

A close-up photograph of a cup of tea. The cup is filled with a dark liquid, and a plume of white steam rises from it. To the left of the cup is a tea bag with a white paper filter and a wooden stick. The background is softly blurred, showing warm, bokeh lights. The overall mood is cozy and comforting.

*T i e m p o
p a r a A m a r*

A W I L D A C A S T I L L O

E D I T O R I A L F L E M I N G

D.J.57

Título: Tiempo para amar

1ra Edición Junio 2019

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código Penal).

(c) Awilda Castillo

© Diseño de portada: Fleming

(c) 2019 Fleming Editorial S. L.

TIEMPO PARA AMAR

Awilda Castillo

Dedicatoria

A ti, que sabes que valora este ahora
Porque de no hacerlo creerías tontamente
En un después que no existe.
A ti, que no lo sabes, por favor
¡Despierta!

Tiempo para amar. Es ese tiempo que pensamos tenemos para desperdiciar, el que podemos postergar para algún día, ese mismo en el que todos los obstáculos son resueltos y los temores ya han sido superados. Tiempo en el que creemos vivir, sin ni siquiera haber pasado rozando de cerca eso que llamamos amor y que a veces está tan lejos de nuestra vida, así tan lejos como estaba el amanecer de un nuevo día de aquella noche, una de las tantas interminables en la vida de Valeria, esa que demás está decir, también es mi vida, porque yo soy Valeria Astudillo, y hoy entiendo que desperdiciar el tiempo por temor a amar de verdad es el riesgo más grande que nos atrevemos a tomar en esto que nos empeñamos en llamar vida, con esa falsa certeza que tiene quien piensa que después habrá otra ocasión, otra oportunidad. Al final, lo peor de todo es que por temor, no estamos preparados para asumir ese riesgo y lo dejamos pasar sin ser capaces de hacer nada, y luego las consecuencias son abrumadoras.

Mis recuerdos de hoy se ubican en el año 2015, cuando aún la mañana no llegaba. Era un Febrero quizás, ya ni me importa que mes era, solo sé que como siempre mi mente se fue a volar hacia otro lado, y aún allí me preguntaba ¿por qué? Pero como tanta veces, eludía la pregunta, no animándome ni siquiera a plantearme algún tipo de respuesta.

Faltaban unas dos horas para el amanecer y yo permanecía despierta en mi cama, inmóvil, con los ojos cerrados como quien dormía, y el corazón despierto como quien sabía que había algo más que esa noche, que esa cama, que esa vida. Sin moverme, para no dar señales de insomnio o de algún desgano, que ni yo misma me daba el lujo de sentir y mucho menos de aceptar ante los demás que los padecía, seguía allí deseando que cuanto antes llegase la aurora y empezara el día y así no hundirme tanto en mis pensamientos.

Sin embargo, tuve que dar un leve giro hacia la izquierda porque estaba ya cansada de huir al único rincón vacío de mi cama, el de la derecha, y por supuesto, inevitablemente encontré o quizás deba decir, me encontró lo que realmente yo no buscaba. Una mano se dejó sentir atravesando las sábanas y cobijas que nos mantenían en calor en medio del frío insoportable que producía el sistema de aire acondicionado que teníamos para poder soportar las altas temperaturas que normalmente se dan en esta zona de mi país. Su mano recorrió rápidamente el camino entre las cobijas, obvió por completo

mi pijama de algodón debidamente abotonada, hasta llegar a mi pezón derecho y posarse allí, sin ningún reparo, sin detenerse a pensar si había algún sentimiento y en el fondo algunas ganas. Nada. Calladamente ya sabía lo que me esperaba, era la rutina de siempre, esa de las que nos hayamos atados los que debemos cumplir con el llamado "deber conyugal".

En ese momento, tontamente yo imaginaba que ese era el tiempo que el mundo había establecido como "para amar", comprobando en un futuro no muy lejano que el mundo estaba simplemente equivocado. Todo esto respaldado a modo de recordatorio por un anillo en mi mano derecha que llevaba grabado el nombre de Beltrán y la fecha de aquella unión que aún hoy me pregunto: — ¿qué fue lo que realmente la originó?

La faena, más bien dicho, su actividad sexual como siempre comenzó y no acabó hasta que estuvo totalmente satisfecho, así como un caminante que solamente tienen necesidad de tomar agua, calmar su sed y luego simplemente sigue su camino; sin mirar atrás o a los lados, sino que sigue enfocado en el lugar a donde quiere llegar, así era lo que yo conocía hasta ese momento como “Tiempo para Amar” y la palabra amor hacía rato que se desdibujaba en mis pensamientos.

Todo esto a mí me parecía normal, eran casi 13 años de matrimonio, y yo lo había aceptado, sin quejarme nunca. Como era de suponer, él volvió a dormir y aún los rayos del sol no se manifestaban, yo seguía despierta, esta vez con los ojos más cerrados que antes. Aunque se creía un semental, terminaba mucho antes de lo que algunos tardan siquiera en empezar, y eso no significaba ningún problema para mí; ya que desde que comenzaba esta rutina, mentalmente yo rogaba porque todo acabase pronto. En esa madrugada, yo no pensaba que existiesen otras formas de sentir, al menos no para mí; creía vivir simplemente en lo correcto y por tanto eso me hacía feliz; sin pensar siquiera que de forma inimaginable me tocaría comprobar que no era así.

Al fin, a las 5:10 am los colores ya cambiando en el cielo abrieron paso a la claridad que me salvaba de continuar en el cumplimiento de aquel deber, hasta que quizás en cuarenta y ocho horas siguientes o un poco más, volviera a repetirse la acción, como siempre con el mismo actor, con la misma rutina y la misma ausencia de sentido y sentimiento, pero éramos perfectamente normales.

¿Yo? Convencida totalmente que representaba mi papel a cabalidad y eso

me hacía sentir "feliz". Empezaba mi rutina diaria. Oración de agradecimiento por este día genial al cual había tenido la oportunidad de llegar... aunque más de una vez aún en medio de esa misma oración, podía irme con mi mente a otro lado y preguntarme o preguntarle a mi Dios, si lo ocurrido hacia unas escasas horas era suficiente motivo para agradecer. Por supuesto, prefería no quedarme pensando en esas cosas, que en el fondo podían resultar un tanto peligrosas, para quien como yo, tenía su vida y sus emociones totalmente en su lugar.

Salí de mi habitación y di unos 10 pasos por un ancho pasillo, hasta llegar a una habitación que tenía colgado en su picaporte un identificador en forma de portería de fútbol que decía "Andrés". Abrí con sumo cuidado la habitación que se encontraba más en penumbra que la que acababa de abandonar y con pasos cuidadosos me acerqué y lo vi... para mí ese realmente era el mejor tiempo del día. Acaricié sus cabellos negros y ondulados, así como su tierna cabeza sobre una almohada cubierta con una funda cuyo motivo era el mismo que colgaba en la puerta. Entrar a esa habitación era como pisar un campo de fútbol y empezar a identificar a grandes jugadores con L. Messi, C. Ronaldo, y un sin fin de rostros que me eran familiares mientras estaba allí, pero que luego se me confundían cuando las camisetas eran todas iguales y me tocaba observarlos en la gran pantalla de la televisión en nuestro salón de entretenimiento, ubicado al final de ese mismo pasillo en la parte superior de nuestra casa. Con suavidad me acerqué, me incliné sobre su frente, besándolo y con voz suave le dije:

—Arriba mi número 10, el juego está próximo a comenzar. Sentí su pequeña mano moverse acariciando mi rostro y la dulce voz de un gran chico de 12 años que me decía:

—Con una novia del equipo tan linda, ningún jugador puede quedarse dormido. ¿10 minutos más?

Volví a besarle y le dije: —estás a buen tiempo. Y continué con un: Sólo 10 minutos y luego "tiempo fuera" los buenos jugadores siempre están listos para la cancha.

Realizada esa diaria visita matutina, mi día tenía sentido, los colores comenzaban a brillar, las razones continuaban apareciendo; confirmaba que mi felicidad era real... al menos eso pensaba yo.

A mis casi 33 años, no podía concebir mi vida sin la presencia de aquel "enano" (como le decía su papá) el cual, parecía que día a día se impulsaba

sobre sus puntillas para hacerse más alto que yo, y lo cierto era que con rapidez su carita se iba acercando más a la mía, aun sin necesidad de tener que empinarse. Pero igual, yo seguía viéndolo tan pequeño como aquel día cuando lo abracé por primera vez.

El nació un mes de Octubre, exactamente un 10, por eso y por su afición por el fútbol, era mi "chico diez". Me embaracé a los 21 años, justo 8 meses luego de mi matrimonio con Beltrán, estaba en mi tercer año en la universidad desarrollando la carrera de educación de niños especiales. El primer año mientras estaba en el básico que enmarcaba toda la parte teórica de la carrera, me fui dando cuenta de la importancia y el valor que los niños llamados especiales podían tener en el ámbito familiar y social. Irónicamente en mi país, Venezuela eran objeto de un sinfín de campañas políticas, pero en realidad nunca hubieron planes que se concretaran para el desarrollo y atención de éstos.

Conocí a mi esposo un poco antes de cumplir 19 años, él tenía 24 y ya estaba graduado en comercio exterior, carrera que había cursado fuera, ya que su padre, mi suegro, de origen Argentino lo había enviado al norte a hacer los estudios universitarios. El muchacho que había salido aplicado para los estudios y sagaz para los negocios a los 22 años estaba de vuelta, graduado y queriendo comerse al mundo a través de sus estrategias de negociación y de la mano de su padre lo había conseguido.

A pesar de haber nacido en Argentina, Beltrán vivía en Valencia, la capital del Estado Carabobo. Escuchar el apellido Méndez en esa ciudad o en todo el Estado, se asociaba fácilmente con empresas y dinero, el prestigio de su organización era conocido y la excelente posición económica les precedía. Pero cuando yo lo conocí, aquí en Lechería, Estado Anzoátegui, donde nos casamos y establecimos nuestra residencia familiar, aquí, ni él, su apellido y su dinero, me sonaron a mí, para nada.

Al final del primer año de mis estudios universitarios las secciones que iban más adelantadas que la mía organizaron un evento para recolectar fondos en beneficio de la creación de una fundación que estaría orientada a la atención de niños con condiciones especiales. Al final de ese año y con la presencia de muchos artistas de la zona y nacionales se logró organizar un gran evento en uno de los Hoteles más importante de nuestra ciudad. Tanto los empresarios regionales y nacionales, se dieron cita a fin de anunciar su solidaridad ante esta causa tan noble. Claro, nosotros como estudiantes lo

hacíamos por lo sensibilizados que estábamos ya con los infantes que presentaban estos síndromes o condiciones especiales de desarrollo tanto a nivel físico como cognitivo. El resto de los participantes lo hacían por otros diversos intereses.

Lo cierto es, que allí estaba Beltrán Méndez, apuesto y galante. Realmente yo lo conocí y no me impactó. Me di cuenta que era un joven agradable con una sonrisa perfecta, pero no despertó en mí ninguna atracción particular. Si mal no recuerdo, él estaba ese día con una mujer deslumbrante, algo mayor que él, pero que en resumidas cuentas hacían una bonita pareja. Por mi amiga Manuela, que inicialmente le había echado el ojo a Beltrán, me enteré que si tenían una relación hacía más de un año para ese entonces. Pasados algunos meses, él empezó a cortejarme y negó toda relación con Sara, así se llamaba, o mejor dicho se llama, la que había sido su amiga de fiestas y posteriormente a la vuelta de su estadía por el norte, habían reanudado su amistad y algo más.

Como era evidente, en la medida que él se empeñaba en verme, quedó todo al descubierto debido a que ella misma un día me llamó por teléfono en tono de reclamo y yo solo le dije que no estaba interesada en Beltrán. Esa actitud al parecer fue lo que detonó en él un interés cada vez más creciente en mí. Terminó por completo su relación con Sara, aun cuando ella y su familia formaban parte de un gran consorcio de la familia del que más tarde sería mi esposo. Al cabo de seis meses más, nos casamos.

Desde ese viaje cuando nos conocimos él había hecho algunos contactos para el desarrollo de importantes proyectos con empresarios de la zona y se gestó una sociedad para desarrollar un negocio grande de lanchas, equipos y accesorios marinos. A los tres meses ya habían comenzado la construcción del Centro Comercial donde quedaría la sede principal de la empresa y todo fue tomando cuerpo en esta zona. Así en poco tiempo y con mucha rapidez, Beltrán Méndez y lo que representaba su familia, comenzaron a tener una sólida presencia económica también en esta zona y en todo el Oriente del país. Cuando salí embarazada él me propuso que suspendiera la carrera y yo me negué porque realmente me gustaba lo que estaba cursando, y me sensibilizaba aún más ante la llegada de mi hijo, además todo mi embarazo fue muy bueno, así que estuve asistiendo a clases prácticamente hasta el día de dar a luz, lo que coincidía prácticamente con el fin del año escolar, el cual ya había adelantado sin problemas. El siguiente año, si congelé los estudios y

disfruté completamente el primer año de mi hijo totalmente a su lado. Beltrán entraba y salía, viajaba mucho por el tema de estar consolidando el negocio, y él se sentía satisfecho con que yo estuviera “entretenida” con el niño mientras él se ocupaba de todo lo demás.

Así transcurrieron los tres primeros años de matrimonio. Cuando Andrés cumplió el año, yo reinicié mis estudios, los cuales trataba por todos los medios de cubrir en las mañanas, mientras mi mamá, mi bella Vivian lo cuidaba o simplemente me acompañaban a la universidad los dos. Él fue creciendo sano y fuerte y a los tres años comenzó a asistir al jardín de niños y yo me graduaba cuando él estaba pasando a su segundo nivel de preescolar.

La Fundación que se inició cuando yo cursaba mis primeros años de carrera logró establecerse y me integré completamente dentro de las filas de los voluntarios inicialmente, hasta que pasado los años estuve al frente de toda la organización. Cuando Andrés cumplía 5 años yo pensaba que era un excelente momento para tener otro hijo. Hacía mucho tiempo que ya no me cuidaba, pero tampoco había logrado salir embarazada nuevamente. Decidí ir entonces al médico y al explicarle mi inquietud y luego de una detallada evaluación, el Dr. Amana, mi ginecólogo de toda la vida, me confirmó que yo estaba perfectamente para concebir nuevamente. Al informarle a Beltrán toda mi visita al médico y contarle sobre mi excelente estado de salud, él me confió algo que mostró un poco más la realidad de nuestra vida feliz.

Él había llegado de uno de sus acostumbrados viajes de negocios y yo estaba sacando sus cosas de la maleta, mientras le contaba de mi expectativas de que nuestra familia creciera. El me invitó a sentarme al borde la cama, tomó mis manos entre las de él y me dijo:

—Valeria es bueno que tú sepas que nosotros ya no tendremos más hijos.

El dejó salir esas palabras, con la naturalidad o simpleza de quien le dice a otro: —He decidido que cambiemos la película que íbamos a ver en el cine -pero claro, la distancia entre una cosa y otra era abismal-.

Yo, entre sorprendida e incrédula, le pregunté: — ¿A qué se refería con todo eso?, porque realmente yo no entendía nada.

—¿Tú me estás tomando el pelo, verdad? Exclamé con incredulidad y algo de temor.

—¿Te acuerdas mi viaje a Francia el año pasado, que duró unos 80 días? Yo asentí con la cabeza y mis ojos quedaron fijos en él.

—Bueno, dijo: En esa oportunidad me practiqué una vasectomía.

Yo me quedé sin articular palabra alguna. Me sentí como aturdida. Y él solo tomó la palabra y volvió a decir: —Y no me vas a preguntar ¿por qué?

Solo asentí con la cabeza.

El levantándose de la cama y poniéndose frente a mí agachándose hasta quedar a nivel de mi cara me dio sus motivos para haberse esterilizado sin haberlo consultado conmigo.

—Querida, tú y yo no hablamos nunca de tener muchos hijos. Andrés vino a nuestras vidas y yo estoy feliz con él, y creo que tú también. Entre tantos eventos a los que he asistido contigo, y para los cuales he donado “tanto dinero” en función de que tú te sientas bien ayudando a esos niños “enfermos”. —Especiales, dije yo corrigiéndolo inmediatamente.

—Bueno, especiales. El punto es Valeria, que de tanto verlos, sentí temor de que nos tocara a nosotros tener un niño así, por tanto decidí minimizar los riesgos y para no condenarte a ti a tomar anticonceptivos que te pueden perjudicar a la larga, decidí cortar el mal de raíz.

Las palabras que dijo sobre “Cortar el mal de la raíz” las sentía como una espada que atravesó desde mi cabeza hasta mi corazón, sin darme oportunidad a reaccionar. Algo se rompió en mí ese día, y lo peor es que nunca asumí que así fuera.

Lo que Beltrán no me dijo durante la conversación que tuvimos esa noche era que, si bien se acobardaba tremendamente de pensar en la sola posibilidad de que pudiésemos tener un hijo con alguna discapacidad o con cualquier condición especial, esa esterilización realmente obedecía a que él había decidido que ninguno de los “amoríos” que tenía cuando se ausentaba por largo tiempo en sus viajes de negocios, lo iba a él poner en riesgo de dejar hijos regados por ahí, que vinieran a reclamar más tarde, participación económica en lo que tanto trabajo y esfuerzo le habían costado tanto a él como a su familia.

Ya hacía, un par de años, una francesa precisamente le había amenazado con la posible paternidad de una niña que acababa de nacer y que al final y luego de hacer la respectiva prueba de ADN había resultado no ser su hija. Luego de pasar por ese episodio, tomó la decisión unilateral de que lo mejor (para él) era esterilizarse, en lugar de decidir serme fiel a mí, como su esposa que era y a la institución que alguna vez estuvimos de acuerdo en constituir, con ánimo de que fuese para toda la vida.

Me quedé en silencio. Era como si de pronto no le escuchara. Veía que el

continuaba moviendo sus labios y acariciando mis manos, pero ya su voz no llegaba a mis oídos, simplemente se había ido. Como esposa había aprendido que las mujeres nos sujetamos a los maridos y les apoyamos o ayudamos en cada una de sus decisiones. Esta vez me sentía perdida en el libreto, era como si estuviera viendo otra obra de teatro diferente a la que yo estaba acostumbrada a participar pasivamente, asintiendo y dando apoyo.

Terminé de arreglar toda su ropa, guardé su equipaje y él estuvo como si nada. En el mundo de Beltrán, siempre todo estaba bien; claro, mientras nada estorbaba sus planes. Yo no le reclamé, no hice ninguna escena, sólo a los dos días siguientes le dije mientras servía su desayuno:

—Debiste haberme consultado antes de tomar una decisión como esa, que influiría en la vida nuestra familia, y mis palabras llevaban un carga de dolor, aun cuando fueron dichas con total pausa a fin de no parecer irrespetuosa y fuera de lugar.

Él acarició mi rostro y respondió: —Ya te expliqué, todo está bien. Continuemos con nuestra vida feliz.

Esa era nuestra vida, él tomaba las decisiones y yo simplemente las obedecía. Nadie había dicho que así serían las cosas, pero de forma natural él se impuso y yo tácitamente lo acepté. Si él tenía que viajar, y el niño estaba en la escuela, yo me quedaba “entretenida” y mi esposo hacía todo lo que debía hacer para el bien de sus negocios y de su familia. Si él deseaba comer algo rico, yo lo preparaba, si quería salir a pescar que era uno de sus pasatiempos favoritos, yo le ordenaba todo lo que necesitaba llevar en su yate y lo que le gustaba picar. A mi hijo Andrés también le encantaba el mar, así que a veces íbamos los tres (aunque a mí sí que no me gustaba).

Si él quería sexo, pues simplemente lo complacía. No me preguntaba si yo me sentía satisfecha o no, simplemente él estaba bien, y eso era suficiente para que todo marchara bien. Al menos esa era la filosofía que pensábamos llevar en nuestra familia y que considerábamos erróneamente que nos hacía feliz.

Por eso cuando despuntó aquel día de Febrero o Marzo, ya ni se, el formato de aquellos casi trece años de matrimonio me atrapó completamente. A las 7:00 am ya el transporte había pasado recogiendo a Andrés, que si bien estudiaba bastante cerca de nuestra casa, por el tema de la inseguridad reinante en Venezuela, habíamos decidido contratar quien lo llevara y buscara para estar más tranquilos. En la entrada de la adolescencia ya él

quería “volar” por eso a partir de ese año habíamos acordado que ya no le llevaría yo, como todos los días, sino que el señor Federico viniera por él y lo llevara junto con otros 5 amigos más del colegio.

Aún en la cocina recogiendo todo para servir el desayuno a Beltrán quien salía a Valencia en un vuelo especial al medio día, me preparaba mentalmente para las actividades que tenía con la fundación ese día en la mañana, sin embargo mi esposo ya me tenía agenda diferente. Yo simplemente era un accesorio más en su mundo, el cual tenía que marchar justo como él esperaba.

—Como no regreso hasta mañana, me dijo, necesito que pases por el banco entregando estos papeles que deben ser actualizados en nuestro expediente de crédito, ya que el próximo financiamiento para la construcción de una marina para las embarcaciones estaba adelantado y para completar el proceso se requería actualizar la documentación. Como era de esperar, él no preguntó por lo que yo tenía o quería hacer, simplemente giró las instrucciones para que su mundo continuara siendo perfecto y a su medida.

Mi mamá llegaba porque íbamos juntas a la fundación y Sofía la persona que me ayudaba a mantener en orden nuestra casa, también estaba llegando. Beltrán como siempre saludó con cariño y mucha elocuencia a mi mamá. Para él exhibirme como una mujer “feliz” era uno de sus principales logros. Terminaba sus alimentos y se levantó del pequeño desayunador interno de la cocina cuando oyó la voz de la “Bella Vivian” llegar y salió hasta el recibidor y la abrazó, diciendo:

—¡Querida suegra, aquí estoy construyendo la felicidad de su hija! Ese era su saludo habitual, y como respuesta seguida a ese comentario, venía una sonrisa mía que confirmaba todo lo que aquel hombre hacía por mí y por el bienestar de su familia. Si había alguien que sabía decir palabras halagadoras y sobre todo a las mujeres, ese era mi esposo.

Luego que Beltrán salió con maleta y todo porque ya no regresaría hasta posiblemente dos días, decidí dejar a mi madre en la fundación mientras yo pasaba por el banco, haciendo lo que él me había indicado. Perdí casi dos horas, para poder ser atendida y cuando al final salí, recordé que había quedado de pasar por la librería retirando unos libros que solicité para Andrés a ser utilizados una investigación escolar, unos libros sobre autismo y asperger que citaban unos nuevos hallazgos, así como también aprovechaba para llevar un ejemplar de la nueva revista de la fundación y la maqueta del

calendario del año próximo en el cual “El Rincón de los Libros” participaría, tal como lo había hecho en los últimos cinco años, como una de las empresas patrocinantes más fuertes.

Al salir del banco recibí una llamada de Paola, quien me informó que mi pedido estaba listo y que estaban esperando ver el nuevo proyecto. Como estaba cerca de El Peñonal, que es el sector donde se encontraba la librería, en lugar de tomar hacia la vía que conducía a la Costanera, arteria principal donde quedaba ubicada la fundación “Crecer” decidí girar y dirigirme a ese lugar tan agradable para mí. Allí en la planta de arriba tanto Paola como Regina, que eran las dueñas del lugar, habían dispuestos cómodos sillones y mesas de té para realizar tertulias sobre libros o una cómoda lectura a solas. Más de una vez mientras Andrés estaba en su clase de fútbol cerca de allí, yo me sumergía entre los libros de aquella mi librería favorita. Mi hijo también se conocía la zona infantil completamente. La mesa un tiempo fue a su medida, claro, antes de empezar a crecer tanto como estaba ahora.

Al llegar al lugar me di cuenta de que estaba muy concurrido. Eran casi las 11:00 am y una inusual cantidad de personas podía verse en el interior del recinto. Mi primera reacción fue irme y no entrar. Hoy tan solo pienso... << ¿qué hubiera pasado de no haberlo hecho?>>. Paola que estaba por los lados de la caja, me vio desde que bajé de mi carro y cuando estaba frente a la puerta a punto de marcharme ella subió su mano derecha y me saludó, como diciendo: —pasa, te estamos esperando. Así que efectivamente pasé. Nos saludamos cariñosamente como estábamos acostumbradas. Ella al estar cerca de mí, me preguntó:

—¿No te acordabas de esta invitación, verdad?

Mi cara de desconcierto lo dijo todo. <<Realmente no>>, respondí.

—Hoy es la presentación en la zona del libro nuevo de JAEZ, ¿te acuerdas que te dije, y te dejé la invitación por correo? Me decía emocionada Paola.

<< ¡Ah sí!>> Contesté. <<Perdona, pero lo olvidé>>, dije con algo de vergüenza.

—Él está aquí desde temprano y el evento comenzó hace más de media hora; tanto los periodistas como el público también están allí en la parte de atrás —decía Paola señalando con su mano hacia la trastienda.

—¿Vas a pasar hasta allá? —me preguntó, haciendo un gesto de afirmación con su cabeza y su cálida sonrisa.

—Creo que voy a recoger lo que tienes para mí y luego paso para que veamos con calma la nueva propuesta del próximo calendario ¿Te parece? — y con esas palabras creía que elegantemente me podía salir de aquella invitación de la cual realmente no me acordaba-

Paola insistió. —¿No vas a conocer al escritor, ni siquiera vas a ojear su libro?

—Tengo que recoger a mi mamá, si tal vez hubiese venido con ella, me quedaría. Eso fue lo que alcancé a decir, hasta que mis ojos se toparon con un libro que tenían a toda vista y que en su portada se podía leer en sencillas letras blancas, sobre un fondo rojo, tan solo dos palabras:

¡Ya Basta!

Al ver que mi mirada se posó sobre el libro, Paola con una agilidad instintiva tomó el libro con su mano derecha y dijo casi en susurro:

—Esto es lo que provoca decir algunas veces.

Y yo las repetí mentalmente, solo que al final yo misma agregué: <<en la vida feliz de uno>>. Esas palabras salieron sin previo aviso de la boca de mi amiga y rápidamente se quedaron dando vueltas, como si el simple hecho de leerlas en esa portada hubiese surtido algún efecto en mi pensamiento.

—Este es el nuevo libro de JAEZ, —continuó diciendo Paola animadamente.

—No es su estilo habitual, pero realmente es muy bueno. No te hagas de rogar, y escucha un poco lo que está compartiendo. Anda, da unos pasos hasta allá y conócelo, para que compres el libro con gusto. —Paola decía todo esto, mientras que yo, como en un trance hipnótico comencé a avanzar hacia lo desconocido.

Caminé unos 10 pasos hacia adelante entre las personas y periodistas que interactuaban con el escritor y simplemente llegué a estar en primera fila, escuchando con atención cuando este hombre hablaba del porqué a veces era tan necesario el uso de aquellas simples palabras en la vida de las personas. Hubo un momento, en el que José Antonio Estanga Zerpa –JAEZ como se hacía llamar y firmaba en sus libros, pronunció estas palabras: ¡Ya Basta! Y sus ojos proféticamente se cruzaron con los míos. Fue una mirada que sostuvimos como por tres segundos, los suficientes para que él las pronunciara y que yo sintiera que era una exclamación propia de mi alma. Yo no volví a mirarle, solo me quedé con sus palabras retumbando en el centro de mí misma.

Las preguntas continuaron y yo intenté salir del lugar, pero la cantidad de personas me lo impedía. Era como impropio luego de estar ahí, tan cerca, salir sin haber terminado esa presentación. Las personas que adquirieron el libro empezaron a acercarse para que se los firmara y dedicara; por mi parte yo empecé a retroceder como sintiéndome descubierta en mis pensamientos, esos a los que nunca me había dado permiso y ahora esas simples dos palabras, me habían hecho pensar seriamente en la importancia o implicación de pronunciarlas.

Al echarme hacia atrás tropecé con un estante de libros, y se cayeron algunos. Me incliné a recogerlos apenada y Paola vino en mi auxilio por mi izquierda, y mi mayor sorpresa vino después. A los pocos segundos, el mismísimo JAEZ estaba a mi lado agachado, recogiendo los libros también.

Yo le dije: —No tiene por qué hacer eso, continúe con las firmas y disculpe si le interrumpí. ¡Qué pena! —y el rubor inevitablemente subía por mis mejillas.

Él no dijo nada, solo clavo su mirada en mis pupilas, y una rara sensación me invadió por escasos segundos. Parpadeé tratando de encontrar la salida a esta situación embarazosa y me puse de pie nuevamente ya con los libros recogidos. Las personas habían comenzado a salir, así que le dije a Paola que iba a cancelar lo que me llevaba y además el libro que se estaba presentando hoy. Pagué y al momento de estarme despidiendo de mi amiga, escuche una voz que venía del fondo de la librería diciendo:

—Valeria... no se vaya. Acérquese por favor-. ¿Era la voz del escritor del libro, llamándome a mí? Me volteé incrédulamente hacia él y me señalé a mí misma con el pulgar derecho colocado en el centro de mi pecho.

—¿Yo? —Él aproximándose hasta dónde me encontraba, volvió a decir mi nombre:

—Valeria Astudillo es usted, ¿no? Y yo asentí tímidamente con la cabeza en señal de confirmación.

Estiró su mano y tomó el libro que él escribió, que yo acababa de cancelar y me dijo:

—Esto es suyo. Colocó sobre el libro mi licencia de conducir, la cual había sacado en el banco, como identificación para la emisión de un nuevo plástico que había pedido y al salir apurada la había puesto en el bolsillo de mi chaqueta, y lo único que justificaba que él la tuviese en sus manos era que al agacharme a recoger los libros, se hubiera caído sin darme cuenta. Aunque

hoy ya tampoco sé, si esa licencia se me cayó o él mismo, la sacó de mi bolsillo.

Junto a la licencia estaba un papel el cual tomé y salí de allí. Al llegar al carro y subirme a él, guardé bien mi documentación y abrí el papel que estaba doblado. Solo decía: ¡Sígueme! Estaba un número que intuí era su teléfono y una cuenta de twitter que decía @JAEZ, y las palabras que me sacudieron: ¡Ya Basta!

Sentí un temblor en mis manos sosteniendo el pedazo de papel. Una sonrisa nerviosa se me escapó y luego pensé: —¿Qué pasa Valeria? Esto es sólo un hombre que escribe libros, como muchos otros, y que también hará estos con muchas personas o quizás con todas. Esto es una estrategia de ventas y ya, me repetía mentalmente como queriendo evitar cualquier otro pensamiento.

Aunque también recordaba lo que Paola, mi amiga de la librería me había dicho acerca de JAEZ, mientras pagaba:

—Él es uno de los mejores escritores de estos tiempos —Y al preguntarle ¿por qué? me había dicho cuanto sentimiento e impacto había sido para ella misma el libro anterior de él, cuyo título era: “El Silencio de Julieta”.

El propio JAEZ había dicho en medio de las preguntas que le hicieron en la rueda de prensa, que esta última publicación aunque no era de su estilo natural, era un tributo justamente a las personas que como Julieta, la de su libro anterior, habían transcurrido en una vida silenciosa y de dolor. Eso me dejó algo intrigada, sin embargo al ver mi reloj decidí ponerme en marcha. Empecé a salir del estacionamiento del centro comercial en el que quedaba “El Rincón de Mis Libros” y al pasar frente a la fachada principal, vi la silueta de aquel hombre a través del vidrio panorámico que cubría toda la entrada de ese local. No sé si él se dio cuenta de que yo le miraba a través de lo oscuro de los vidrios ahumados de mi vehículo, sin embargo traté en lo posible de no voltear mi cabeza, aunque si soy sincera ya en ese momento mi alma había girado completamente para seguirle. Tampoco sabía en ese instante, si él estaba parado allí porque decidió seguirme con su vista o si simplemente estaba cordializando amablemente con alguno de sus lectores.

Salí del estacionamiento, con una sensación rara. No quería estar inquieta, pero lo estaba, no quería sentir esa especie de magnetismo con respecto a ese hombre casi desconocido y su mirada, pero aunque yo no lo veía, la sentía. Respiré profundo y me incorporé al tráfico. Volví a mirar el reloj y me

quedaban solo una hora y media, antes de que Andrés saliera del colegio. Tomé una de las vías más transitadas, que circundaba toda la costa, y de allí su nombre “La Costanera” y en medio de la cola que se forma normalmente en los semáforos que a veces solo unos pocos respetan, quité mi mano derecha de la palanca de velocidades y la dejé correr hasta el asiento a mi derecha, que si bien estaba vacío, allí estaban los libros. Miré los que había ido a buscar, el relacionado conmigo que tenía que ver con el autismo y el libro de Andrés. Como buscando algo más, mis ojos se detuvieron luego en el libro rojo de letras blancas que en su título decía ¡Ya Basta! Y al final en una de sus esquinas, saliendo de un laberinto una firma manuscrita que se entendía.... JAEZ.

Por unos minutos me quedé allí pensando en el libro y las palabras que había escuchado, hasta que la corneta de alguien que venía con prisa o al menos, de alguien que se dio cuenta que yo “no estaba en la vía”, me sacó de mi ensimismamiento. Dejé de mirar el libro con algo de sobresalto. El ruido de la corneta realmente me asustó, aunque también pensaba con temor que más me asustaba todo aquello que se estaba revolviendo de alguna manera dentro de mí ser.

El tráfico fluyó y logré llegar a la Fundación “Crecer” sin mayor contratiempo. Mi madre que bien hice en dejarla allí temprano, había atendido alguna de las cosas que tenía pendiente, cambiando horarios, recibiendo comunicaciones y tomando nota de algunas observaciones que los profesionales que nos colaboraban allí, habían hecho en una reunión temprana. Al verme se levantó de la pequeña mesa que había en mi oficina. Ella decía que no le gustaba sentarse en mi escritorio, que si bien no era nada del otro mundo, tenía mucho que ver conmigo, como ella misma decía: — Todo aquí tiene tu marca. Así que cuando yo la dejaba sola en la fundación para que me ayudara, prefería mantenerse sentada en esa mesa auxiliar y no en mi aposento principal. Al verme se levantó con habitual sonrisa y excelente ánimo con el que asumía todas las cosas diciéndome:

—La reunión en la mañana se llevó a cabo sin ninguna interferencia, los puntos que tratamos contigo vía texto mientras estabas en el banco, quedaron claros. Los licenciados Fernández y Gómez estuvieron de acuerdo en el ajuste del horario propuesto y solo esperan que Norma, que es la especialista de recursos humanos los ensamble y les avise a cada uno.

Esa reunión con todos los especialistas que colaboraban y prestaban su

servicio remunerado en la fundación, había sido pautada con una semana de anticipación y yo llevaría el planteamiento del cambio en alguno de los horarios; ya que los propios padres de los niños habían acudido a ella para solicitar que se extendiera el horario para los sábados y no venir a última hora de la tarde; ya que al salir oscurecía y para los que no poseían vehículo se les hacía difícil y peligroso.

Vivian me dio todo los detalles. Mi madre era una mujer singular, a veces pienso que si hubiese tenido más oportunidad de estudiar en su generación, habría alcanzado muy buenos lugares en cualquier empresa. Tenía una capacidad para entenderse con las personas y encontrar una solución para cualquier cosa, que yo definitivamente no poseía. Por eso siempre le decía:

“Te voy a buscar mamá, a ver que se me pega de ti” y terminábamos riendo siempre luego de decirlo.

Entre escucharla y revisar algunos correos urgentes que había en mi buzón, firmar algunos oficios para algunos entes gubernamentales a los cuales solicitábamos ayuda y atender unas llamadas que mi asistente me pasó, se hicieron las 12:15 pm. Al ver el reloj le dije:

—Querida abuela, tu nieto favorito (el único) sale en quince minutos. ¡Así que vólemos!

Efectivamente así hicimos y le dije además: —Hoy te toca comer con nosotros, necesitamos quien nos consienta.

Ella contestó: —¡Por supuesto! Ya sabes que adoro a Andrés y me encanta consentirlo. Y a ti... bueno, aprovecho cuando tu marido no está, porque ese no deja que más nadie te haga feliz. Decía esto mientras reía. Era curioso, pero yo siempre la acompañaba a reír cada vez que ella o cualquier otra persona hacían algún comentario sobre mi vida feliz con Beltrán. Siempre mi sonrisa sellaba la fama de hacerme feliz que él se había construido. Pero aquella vez fue distinto... En aquel momento, luego de escuchar a mi madre hablar de mi felicidad en manos de mi querido esposo, solo provocó en mi mente dos palabras: —¡Ya Basta!

Al montarse en el carro, mi madre había colocado la bolsa con los libros en sus piernas. Como hizo el comentario sobre Beltrán y no llegó a ver mi expresión de complacencia habitual, se quedó como sorprendida y no queriendo preguntar si pasaba algo, solo empezó a ver lo que había dentro de la bolsa.

—Ya veo que estuviste en tu lugar preferido, dijo.

—¿Cómo están las chicas? Preguntó.

Comenzó a sacar uno a uno los libros y al llegar a de JAEZ, tuvo una expresión como de asombro. Repitió las palabras de la portada: —¡Ya basta! Y fue como si algo cambiara también en ella.

Solo alcanzó a decir: —Esas dos palabras, las pronuncia alguien que está muy cansado. Al meter los libros en la bolsa vio el papel doblado que el escritor me había dado. Lo tomó en su mano, pero al final no lo abrió. Yo permanecí muda como por casi un minuto, que fue eterno.

—Sí, estuve en “El Rincón” pasé por allí antes de llegar a la fundación.

—Recogí mis encargos y compré ese libro que te llamó la atención. El autor estaba allí, haciendo la promoción y lo conocí. Por eso compré el libro.

Mi mamá volvió a sacar el libro rojo y al detallar su portada dijo:

—¡Ah, pero este libro es de JAEZ! Y ahí si quedé casi en shock. ¡Mi mamá lo conocía y yo no!

—A ver ¿y tú de donde lo conoces? dije.

Él escribió “El Silencio de Julieta”, “El Camino a las Estrellas” y una serie de novelas que han causado furor. Yo tengo la que te dije primero, la del Silencio de Julieta.

—¿Y lo leíste? pregunté.

—Por supuesto, dijo cerrando sus ojos. Al abrirlos continuó diciendo con emoción: —Pero lloré muchísimo. Ese hombre escribe con el corazón. ¿Y cómo es él? Cuéntame.

Por un segundo pensé: —¿Cómo es? ¿Qué puedo decir, y precisamente a mi mamá?

—Bueno, es alguien agradable, respondí. Cómo decirle que ese hombre me atrapó con su mirada y me sacudió con sus palabras. Físicamente, nada que ver con Beltrán, que es mi único punto de comparación. La belleza de mi marido, es algo que a veces raya en lo absurdo. El tanto preocuparse por su físico o apariencia es un tema que a veces no consigo entender, pero como eso es parte de su felicidad yo lo he dejado ir a su ritmo. Gimnasio, pesas, dieta, una dentadura perfecta, la ropa a la medida, el cabello perfectamente cortado una barba bien rasurada todo el tiempo. Cualquiera podría buscarlo para hacer una publicidad y lo podría conseguir siempre listo. Para él, tener un hombre con semejantes atributos a mi lado, era razón suficiente para ser feliz.

Por otro lado, José Antonio, era como lo opuesto. Su estilo creo que como

el de la mayoría de los artistas era más bohemio. Aunque estaba vestido de traje aquella mañana cuando lo conocí, no llevaba corbata, y su barba no había sido afeitada al menos en dos días. Tenía los ojos claros, pero no pude detallarlos con precisión, porque los gruesos lentes que llevaba me lo impidieron, además luego de la primera mirada, creo que le rehuí para evitar que viera mis pensamientos. Su edad era de unos 38 a 40 años. Luego supe que tenía 37, así que no me equivoqué tanto. ¿Qué me gustó de ese hombre el día que lo conocí? Definitivamente su boca. Sus dientes no eran perfectos y blancos como los fabricados de mi esposo, sin embargo estaban bien alineados. Me gustó su boca, porque de allí salieron las palabras que me abrieron la posibilidad de entender que quizás no había experimentado ciertamente lo que era el tiempo de amar, y a eso debía decirle de una vez: — ¡Ya basta!

JAEZ, era un hombre de apariencia normal, pero cuando se llegaba a conocerle, definitivamente era alguien extraordinario, bien lejos de lo que se considera “uno más del montón” y no sólo por su profesión, sino por la esencia que en él mismo había.

Llegamos al cole y recogimos a Andrés, quien al ver a su abuela la abrazó con tanto amor, que si no hubiera sido quien era, me habría puesto celosa. Tuvimos una buena comida ese día. Las personas que más amaba estaban allí, y escucharles hablar, compartir y reír era una experiencia sin igual para mí. La tarde avanzaba y mi hijo tenía práctica de fútbol a última hora hasta la noche, así que fuimos a llevar a mi madre a su casa y luego volvimos para dejarlo en su práctica. Yo pasé por la fundación nuevamente, haciendo tiempo que Andrés terminara su actividad, así que volvimos a casa ya avanzada la noche.

Le hice entrega del libro que había traído para él, y se quedó hurgando en el interior de la bolsa. Sacó los otros dos y estuvo revisando un poco el del autismo. Se había compenetrado de alguna manera con la actividad que hacíamos en la fundación y le gustaba saber que pasaba con cada uno de los niños que llegaba a conocer allí. Luego, al llegar al libro rojo, dijo: —¡Pero este libro es de JAEZ! ¿Ahora tú también eres su fans?

No lo podía creer, hasta mi hijo de 12 años en ese entonces, conocía a este hombre. Definitivamente me estaba empezando a sentir como en otro planeta, y sobre todo yo, que navegaba entre libros siempre.

—¿Y tú de dónde lo conoces? pregunté.

—¿Cómo que de dónde mami? No hay chica en el colegio (incluyendo a las profesoras) que no tuvieran el libro de la pobre Julieta en sus manos. Hay unas que dicen que lo leyeron y otras que yo creo que no lo hicieron, pero al final, todas lloran. Ya sabes cómo son ustedes las mujeres.

—Tengo un amigo de los grandes, de los que estudian en 4to. Año que de regalo a su novia, le obsequio uno de sus libros, y anotó gol con eso.

—¡Andrés! exclamé. ¿Y cómo sabes tú tantas cosas? ¿Leíste sus libros?

—No mami, yo aún estoy con mis libros marinos que son los que me gustan. Solo he hojeado algo los de JAEZ, pero si he escuchado muchos comentarios sobre él. Parece que no se deja ver mucho, pero es bueno escribiendo.

—Ya entiendo cielo, dije esto y la intriga crecía dentro de mí.

Este hombre, escritor, famoso, en un país como el mío, en el que todo se sabe. Una ciudad como la mía, que es pequeña por naturaleza y una librería como la de mis amigas, a la que voy un día sí y el otro también...—¿Cómo es que nunca hasta hoy supe de este hombre?

Andrés estuvo leyendo un rato y jugando un poco con sus videos juegos y luego se despidió para dormir. Yo me quedé en mi habitación y en lugar de ponerme a leer acerca del libro nuevo sobre el autismo que había traído, puse en mi mesa de noche el libro del autor que todos conocían. Me desvestí y me metía a la ducha, como para hacerme creer a mí misma, que no estaba muy interesada en saber lo que había escrito ese hombre en aquel libro, que según el mismo, no era de su estilo habitual. Me vestí para dormir y al quedarme sentada sobre la cama, con el control del televisor en la mano tomé el libro de JAEZ con la mano que tenía libre y lo puse sobre mis piernas.

Abrí la primera página del desarrollo, saltándome los agradecimientos, y todo ese relleno que tienen los libros y leí en uno de sus párrafos del prólogo. “Nadie debe morir de silencio, de tragarse la frustración, nadie como Julieta puede fingir una vida feliz, para luego ser consumido por una realidad que mata cualquier tipo de ilusión. El silencio no es la herramienta fatal de los verdugos que oprimen las mentes de aquellos que piensan que hay otras posibilidades, sino el camino por el que pueden transitar los que esperan un cambio en sus propias vidas. Este es un tributo a Julieta y confío que no te quedes en el silencio como ella”.

Cuando leí esto, mis manos dejaron caer el libro y solo dije: —¿Pero qué es esto? ¡Este hombre me está escribiendo a mí! Luego recapacité y me dije:

—Ya va Valeria, esto es sólo un libro y este escritor está hablando de Julieta. ¿Y quién es Julieta?

Para no seguir en la incertidumbre, tome mi celular y marqué el número de Paola, mi amiga de la librería. No me di cuenta la hora que era (cerca de las 10:00 pm) y ella me contestó un poco sorprendida:

—Hola Valeria... ¿pasa algo?

Al darme cuenta de la situación, me disculpé y le dije: —Pao, perdona si te importuno. Solo quería preguntarte algo: ¿Ustedes en la librería tienen el libro anterior de JAEZ? Ese que habla de Julieta.

Y ella respondió: —Ahora entiendo. ¡Comenzaste a leer el libro nuevo!

—Tranquila amiga, si lo tengo. Solo uno. Te lo guardo y tú lo recoges mañana. ¿Vale?

Contesté que sí, y otra vez me disculpé.

Me quedé pensando en lo que acababa de hacer. La urgencia que yo le había dado a todo aquello no era normal. Esto me estaba inquietando más allá de lo que yo podía suponer. Yo había leído muchos libros y novelas, llorado con unos, reído con otros, conocido mucho de los autores y nunca me había pasado algo como lo de ese día.

Pensé que era mejor dejar el libro hasta allí, y buscar el otro al día siguiente, así entendería que el autor hablaba de su personaje y no de mí, porque total, el a mí no me conocía para nada.

Cuando coloqué el libro sobre mi mesa de noche y dejé que la pantalla del televisor se encendiera, me di cuenta que la nota de papel doblada estaba allí bajo el libro.

Vi el número que aparecía escrito y lo guardé en mi celular. Cuando busqué en el whatsapp vi que aparecía la portada del libro “El Silencio de Julieta”. Era la confirmación de que era el número de móvil de José Antonio. Había una opción actualizada que da un aviso al dueño del número cuando es agregado por alguien que no es su contacto. A los dos minutos recibí un mensaje por esa misma vía que decía:

—¿Valeria?

Me quedé sin responder, como dicen los chicos “lo dejé en azul”, realmente las manos me temblaban.

Vi el resto de lo que decía en el pequeño papel y solo pude ver una dirección de twitter, abrí la aplicación igualmente en mi cel e incluí ese nombre, vi su perfil y los últimos tuits publicados. Ese era el hombre, con el

cual me había cruzado hoy, me dije. Solo eso. Al instante, me llegó un aviso de que @JAEZ acababa de comenzar a seguirme.

Tomé mi teléfono en las manos y contemplé el mensaje que decía mi nombre, en una interrogante.

Fui atrevida y contesté: —Sí.

—Qué bueno verte por aquí. Es un verdadero gusto, continuó diciendo en el texto.

Yo solo respondí con una mano en señal de ok.

Apagué el teléfono para no verme tentada a continuar escribiendo, y me programé a repasar ese día (como lo hacía todas las noches) y a planear el siguiente. Al evaluar mi día, me di cuenta que la emoción más grande fue haber cruzado mi mirada con la de aquel desconocido (al menos desconocido para mí)

Mi sueño fue un tanto alterado esa noche, no conseguí dormir tranquilamente y eso se le atribuí a la ausencia de Beltrán. Aunque él había estado ausente muchas veces en sus consecutivos viajes, y no era algo que normalmente interrumpiera mi descanso. Tuve un sueño algo raro, ya casi para despertar y era que lo veía a él parado en una estación del tren y yo, montándome en un vagón simplemente le decía: —¡Ya Basta!

Me desperté y volví a preguntarme lo mismo: —¿Qué es esto?>>. Moví mi cabeza de un lado a otro, y preferí comenzar el día de una vez. Fui a estar con Andrés y lo acurruqué por más tiempo, aprovechando que podía sin tener que dar carreras. Salí muy temprano, luego que el transporte se lo llevó. Llegué a la fundación y fui directamente a mi oficina. Tenía unos asuntos pendientes y me puse a trabajar en ello.

Recibí una llamada de Beltrán, quien me informó que su viaje se demoraría dos días más, ya que debía firmar unas cosas en el Registro y prefería estar allá. Además su padre había estado sintiéndose mal, así que aprovecharía para esperar los resultados de sus análisis médicos. Como era natural, no tuve ninguna objeción. El siempre hacía lo que era conveniente y entendía como de costumbre, que su demora formaba parte de ello.

Lucía mi asistente llegó y me trajo unos casos de tres familias que estaban solicitando entra a formar parte de los programas que la fundación ofrecía para los niños sin costo alguno, ya que no contaban con los recursos. Habría que evaluar y buscar la ayuda para que alguien financiara la atención de estos niños, porque aunque los especialistas colaboraban cobrando muy poco por

sus servicios y algunos, sirviendo sin devengar nada, el mantenimiento del lugar y los insumos necesarios para la atención de cada niño era un costo que no se podía evadir. Si había que reconocerle algo a Beltrán, era que había aportado mucho dinero para que este centro funcionase. Claro, él también aliviaba bastante su carga impositiva frente al fisco, con la justificación de sus donaciones a la Fundación Crecer.

Estuve gran parte de la mañana contactando a los padres de los niños y escuchando vía telefónica sus necesidades, estableciendo días de citas para que vinieran a una entrevista conmigo y con parte del equipo que atendería a los niños. Me había concentrado totalmente en eso, con el objetivo de llevar el ritmo normal de mi vida y olvidar un poco ese episodio del día anterior que de alguna manera trastocó mi rutina, de forma inesperada.

Casi a las 11:00 de la mañana, Lucía marcó mi extensión y dijo:

—Valeria, hay alguien solicitándote, viene con una encomienda de parte de Paola.

Cuando oí eso pensé que Paola conociendo mi interés por el libro, me lo había enviado con su mensajero.

—Dile que pase enseguida, —contesté. Y luego pensé, ¿por qué dije enseguida? Sólo traen un libro. Mantuve la mirada en la carpeta que estaba revisando, hasta que escuche mi nombre en una voz ya conocida.

—Buenos días Valeria, espero no interrumpir. Esa voz masculina, no era la del mensajero de la librería.

Lo reconocí enseguida. Era el, JAEZ, allí, en mi propia oficina y con el libro “El Silencio de Julieta” en sus manos. Levanté la mirada y una vez más, me encontré con la de él. Quise mostrar compostura, pero mi voz temblorosa me delató. No pude evitar esta vez, mi inquietud ante este hombre, y pensándolo bien, creo que nunca pude.

—¿Usted... cómo llegó... Quién le dijo... cómo supo?

—Sí, yo. Vamos con calma, comenzó a decir. Pregunté a Paola por ti y me dijo que querías el libro. Te busqué por las redes. Sé que estás al frente de esta Fundación. Eres fácilmente localizable y ya vez, aquí estoy. Reparto a domicilio, con dedicatoria incluida. —Dijo levantando el libro a la altura de sus hombros y mostrando una media sonrisa que expresaba algo de picardía y enigma a la vez.

—¿Qué hacía este hombre aquí? —me preguntaba.

—¿Quieres saber algo más? Dijo el, como adelantándose a cualquier cosa

que yo pudiera decir.

Tomé aire y tratando de estar lo más serena posible le invité a pasar y a tomar asiento.

—¿Quiere algo de tomar? —pregunté manteniendo la distancia y tratándolo de “usted”, mientras que él desde el principio me tuteó.

—Sólo agua, por favor.

Le avisé a Lucia y en tan solo unos minutos estaba sentado frente a mí, tomando su agua y yo algo intrigada y no pudiendo creer del todo, que él estuviera allí. Interrumpí el silencio, balbuceando algunas palabras:

—Estuve leyendo su libro... y estaba algo... no sabía...

—Me puedes tratar de “Tú” por favor, —interrumpió él.

—Ok, alcancé a decir. Asentí con la cabeza en señal de haber entendido y además estar de acuerdo.

—Mi mamá leyó tu libro, y mi hijo de 12 años te conoce, dije como buscando una salida para escaparme de su larga, profunda y penetrante mirada. No parpadeaba mucho, y a pesar de los cristales de sus anteojos, (de los cuales diría que se veían más gruesos de los que podrían ser con la tecnología actual) su mirada podía percibirse observándolo todo... descubriéndolo todo.

—¿Puedo preguntarle, “preguntarte” (perdón), algo?

—Por supuesto, —fue su respuesta inmediata.

—¿Siempre entregas tus libros a domicilio? ¿Es eso lo que te ha conducido a la fama? ¡Una atención personalizada para tus lectores o preferiblemente lectoras! Creo que dejé colar algo de sarcasmo en mis palabras, y luego de que dije lo que dije, pensé que mejor hubiera sido no hacerlo... pero ya el mal estaba hecho.

—No siempre. Sólo si el lector me interesa lo hago. Es para mí un gusto compartir con las personas que han creído en mí como comunicador de pensamientos y de “intensidades” que solo a un loco como yo se le pueden ocurrir entre la media noche y la madrugada. No me molesta en absoluto hacer la entrega, pero te confieso que no lo hago a menudo, para eso existen los canales regulares, que se encargan que mis libros estén donde tienen que estar y lleguen a las manos que los desean.

—Tú me interesas. —Dijo eso sin más, y yo sentí que una corriente helada me subió de mi espalda baja hasta el cuello, llegando hasta mi rostro. Creo que gracias a que no soy tan pálida, mi rubor no quedó tan al

descubierto, aun cuando sentía que las mejillas me quemaban.

Un sonido en el intercomunicador de mi teléfono, logró sacarme de esa incómoda sensación. Lucía al otro lado de la bocina que pude escuchar en altavoz me dijo:

—Tienes una llamada de tu esposo, por la línea 2. Comunico. Sin esperar mi respuesta y sin ninguna pausa me pasó la llamada, que sonaba todavía en conferencia.

—¿Cómo está la mujer más feliz del mundo? —Dijo Beltrán, e inmediatamente levanté el auricular para contestar.

—Hola querido —fueron las palabras más accidentadas que pude decir en aquel momento.

El comenzó a hablar de la firma de un negocio allá en Valencia y la demora que había surgido a nivel de registro y otras cosas que debía atender. De la visita al médico que había realizado mi suegro y en fin, de todas las excusas posibles para demorarse un par de días más.

Sólo alcancé a decir: —Aja... ah bueno.... Ya, ya. Entiendo.

Sin más, JAEZ se levantó del asiento y me hizo un gesto con su mano derecha tocándose la frente en señal de saludo militar un tanto relajado, y puesto en pié empezó a caminar hacia la puerta.

De pronto, dije a Beltrán: —Espera un momento, —coloqué el teléfono en “mute” y le hable a JAEZ:

—¿A dónde vas? ¡Espera por favor!

Mientras me preguntaba en esos segundos: —¿Estas últimas palabras sonaron a súplica? Nada más de pensar eso, sentía que iba cayendo por un torrente de emociones, que realmente no conocía y que además no estaba dispuesta a dejarme llevar por ellas.

Con el mayor de los desenfados el simplemente volteó hacia mí y dijo:

—No quiero interrumpir el idilio de la “Mujer más feliz del mundo”. No sería justo.

—¡Estoy felizmente casada, si! No creo que eso sea un motivo de ofensa para ti. Si ya averiguaste quien soy, debiste saber también al lado de quien estoy. —Mi voz se tornó grave, casi como con algo de rabia. La verdad es que ese tipo de reacción, no eran propias mías. Yo siempre suelo estar calmada y bajo control, tal como le gusta a Beltrán que esté. Nada que haga sobresaltar nuestro mundo mágico.

Pasé mi mano derecha por mi cabello, tocando el borde que me caía en el

hombro derecho, arreglándolo, tal como hubiera querido también arreglar mis emociones en aquel momento. ¿Por qué este hombre me desordenaba emocionalmente de esta forma? Apenas lo había visto el día anterior, solo sabía de él lo que me había dicho Paola, lo que decía mi mamá y hasta mi hijo, pero lejos de ahí nada más. Era un tipo que escribía novelas y otras cosas y vendía mucho, tenía algo de fama... pero nada de eso era lo que me hacía agitar de aquella manera desconocida para mí. Había algo en él, que yo no sabía explicar, pero que de alguna manera había conseguido despertar también algo en mí, que ni siquiera yo misma sabía que existía.

—Te dije que me interesabas. Aunque pensándolo bien, como que no. Ayer cuando te vi, sentí que mi libro era para ti, tanto el que te llevaste de la librería (el último) el de “Ya Basta” como el anterior “El Silencio de Julieta”. Por un momento pensé, que eras parte del honor que quería rendir en mi última obra, pero en el fondo como que mejor me alegro de que no sea así. Eres demasiado bella, para no ser tan feliz.

—¿Bella, yo? —me decía a mí misma. ¿Qué era lo que este hombre me estaba diciendo? Y que hacía yo, con la llamada que tenía en mi mano izquierda.

Sin pensarlo más, abrí la comunicación nuevamente y solo dije: —Beltrán te llamo luego. Surgió una emergencia. —Y colgué. No alcancé a saber en ese momento, que no era Beltrán quien sostenía la llamada al otro lado, sino Sara, quien desde hacía tiempo le asistía en todos sus negocios. Al menos eso fue lo que él llegó a argumentar luego.

—José Antonio... ¿puede tomar asiento, por favor? fueron unas palabras que se escucharon con eco en aquella que era mi oficina. JAEZ ya casi en el umbral de la puerta, se detuvo.

—Ya cumplí mi cometido aquí. Ya entregué el libro, complací al lector. ¡Caso Cerrado!

—Usted como que está acostumbrado a otra cosa, ¿no? —Dije en un tono de molestia, queriendo saber lo que se le ocurriera decir. Yo no sabía que usted venía, y además ni esperaba volver a verlo, y al terminar de decir ambas oraciones, me di cuenta que ninguna tenía sentido, así que simplemente me callé.

—No estoy acostumbrado a nada, —decía mientras caminabas hacia mí. Pasó al lado de la silla donde había estado sentado hasta llegar a la altura de mi asiento. Observé como empezaba a agacharse hasta quedarse a mi altura, y

pensé: —¿Qué está haciendo? ¿Se volvió loco?

—Como te dije, porque yo si soy capaz de “tutearte”, y el tono de su voz era grave ahora. No tengo nada que esconder, no ando con máscaras por ahí. He venido otras veces a esta ciudad, Paola te lo puede decir, y hasta ahora aquí no había entregado ninguno de mis libros a domicilio.

—¿Qué quieres que te diga? Creo que me escuchaste decir hace un ratito que me interesabas. ¿Por qué? ¡No sé! No soy de los que creen en el amor a primera vista y toda esa sarta de romanticismo barato que sirven para escribir y vender un libro, pero que poco ocurren, y si ocurren a mí no me pasa... vendieron todos los boletos y me dejaron a mí, sin entrar a ver esa función. Pero ayer, sentí la necesidad de saber quién eras. Tu mirada cuando dijiste: “Ya Basta” en el “Rincón de los Libros” me conectó con la más profunda esencia de lo que Julieta nunca se atrevió a decir en uno de mis libros. No te puedo explicar cómo es, ni que exactamente pasó.

Tenía a ese hombre tan cerca de mí, que nuestras pupilas podían moverse al mismo ritmo y mantenerse juntas de un lado a otro, viendo lo mismo... él a mí y yo a él.

Nuevamente sonó el intercomunicador y la voz de Lucía se dejó escuchar.

—Perdona la interrupción Valeria. El Dr. Uzcátegui quiere verte. Dice que por favor si puedes acercarte a la sala de diagnóstico te lo agradecería muchísimo, es importante.

—El deber me llama le dije, mientras ni él se movía, ni yo tampoco. Nunca había sentido a un hombre acercarse con tanta libertad a mí, fuera de Beltrán. Y si era sincera, ningún hombre hasta ese entonces, me había producido semejante sensación, solo con acercarse, ni siquiera mi esposo, Beltrán. No hubo resistencia en mí, no establecí la distancia que estaba acostumbrada a poner con el sexo opuesto. Esta historia iba de forma diferente. Nunca habría dicho a mi marido: —Luego te llamo, por estar hablando con otra persona. Esa... esa definitivamente no era yo.

—Acompáñame —le dije y él sin hacerse de rogar lo hizo. Salimos de la oficina pasamos frente a Lucía, quien se encontraba atendiendo una llamada, que por el gesto de su cara, era de su enamorado. Le hice una seña de que iba con el Dr. Uzcátegui, tal como ella me lo había indicado. Salimos por un extenso pasillo pintado de blanco, con paredes a los lados de vidrio que dejaban ver el jardín interno del Centro. Era un espectáculo contemplar las plantas con todo su colorido. Ese jardín había sido plantado por los chicos

que asistían regularmente al Centro “Crecer” y cada uno iba colocando un nombre a su planta y en la medida que ella progresaba, ellos sentían que igual también ellos “crecían”. Era una terapia que había sugerido una de las especialistas que pasó por el centro alguna vez, y lo habíamos tomado ya como una de las tradiciones más preciadas por todos los que hacíamos vida común en él.

Le fui mostrando a JAEZ las instalaciones en la medida que pasábamos por cada uno de los lugares. Podía apreciarse espacios donde los niños estaban en sus diferentes terapias con atención de especialistas y terapeutas, ya sea de forma individual y grupal. Un área donde los padres también recibían apoyo por parte de los profesionales respectivos y de otros padres que ya habían superado muchas de las etapas iniciales y que ahora también formaban parte del voluntariado de nuestro Centro.

—Me gusta lo que veo. Debes dejar que en algún momento venga a quedarme unos días aquí. Quisiera hacer una investigación, para mi próximo libro y este ambiente puede ayudarme. —Era todo tan natural, que no podía decir que no, sino que más bien a todo iba respondiendo afirmativamente.

Llegamos al área de evaluación y diagnóstico y le dije a JAEZ, que por favor me esperara en una pequeña salita que había a un lado y que desembocaba al final en una especie de redoma que conducía a una de las salidas posteriores del centro. Una de las entradas al jardín interno de los niños.

Mientras yo me entrevistaba con el Dr. Uzcátegui, José Antonio, como todo un niño inquieto se dejó llevar por su instinto hasta el jardín. Allí encontró a mi amiga Manuela que era la “Madrina” preferida de casi todos los chicos que asistían, además de una de las mejores terapeutas del lugar. Y junto a ella, estaba mi madre, la bella Vivian (como le dice Beltrán) quien había traído unas nuevas semillas de girasoles, como sorpresa para mí. En poco tiempo, los tres estaban hablando y el tema de la conversación, simplemente fui yo. Ellas tardaron un poco en darse cuenta de que él era JAEZ, pero cuando lo supieron, no lo quisieron soltar.

Cuando salí del área de evaluación y diagnóstico, los encontré a los tres amablemente conversando.

Yo sentía que definitivamente, estaba entrando en un tiempo distinto en mi vida. Un tiempo que aún no había sido escrito y que yo no había imaginado, pero que simplemente estaba ocurriendo.

La noticia de que el escritor estaba allí, fue corriendo por todo el Centro “Crecer” y al cabo de 15 minutos habían aparecido alrededor de una docena de libros de JAEZ desde los más antiguos, hasta el último. El que yo había comprado. Llegué a sentir un poco de vergüenza, al saber que este hombre era tan conocido por todos, menos por mí ¿ En qué mundo vivía yo..? Y una voz me respondió en mi interior: “En el mundo feliz de Beltrán Méndez, ese que no es real” Y eso fue fulminante para mí.

Se hicieron casi las 12:00 m y el tiempo se acertaba para ir por Andrés, quien ese día tendría prácticas de fútbol a las 3:00 pm, así que podría volver al Centro esa tarde a la hora de la salida del personal y quedarme para revisar algunas cosas.

Él estaba tan ocupado con las personas que se habían acercado para conocerle y comentarle algo sobre sus obras, que pude ir hasta mi oficina y recoger mi cartera para salir. Les pedía a Manuela y a mi mamá que atendieran a “mi invitado”, y me excusaran con él, pero Andrés era prioridad para mí.

Las damas, no dudaron ni un segundo, así que se lo llevaron a almorzar a orillas del mar y pasaron una velada interesante y muy agradable con él. Me llamaron un par de veces para contarme de lo bien que la estaban pasando y lo agradable que había resultado ser JAEZ, y que ahora comprendía, porqué su éxito en la venta de sus libros. Hasta Paola se unió al encuentro, así que todas estaban allí, y yo ocupándome del hombre más importante de mi vida.

Le conté a él, quien había estado en “Crecer” aquella mañana, y que estaba comiendo con mis amigas y su abuela, y el solo dijo: —¿Y nosotros, por qué no estamos ahí? Yo solo alcancé a decirle en un tono juguetón: — Porque simplemente estamos aquí, ¡jajajaja! Terminemos de recoger y mientras que tú te preparas para ir al “fut”, yo doy algunas instrucciones a Sofía antes de que se vaya. Así lo hicimos, mi chico de casi 12 años, se cambió y parecía todo un jugador profesional, al menos a esta hora. Luego de tres horas de práctica, se veía como una publicidad, pero de detergente, porque realmente quedaba sucio por todos lados. Eso nos hacía reír mucho y era el marco perfecto para hacer cualquier cantidad de chistes a la salida de cada una de sus tardes de futbol.

Igualmente yo me preguntaba en ese momento, ¿por qué no estaba en aquel lugar? compartiendo con ese hombre que de alguna manera me había comenzado a fascinar.

Salimos de casa a tan solo 15 minutos antes de las 3:00 lo que me permitió dejar a Andrés en su práctica justo a tiempo y yo continué hasta la Fundación Crecer. Al llegar Lucía me recibió, con emoción y una sonrisa que le ocupaba prácticamente todo el rostro.

Le pregunté: —¿Pasa algo?, y ella solamente contestó: —Él está allí. — Por encima de la superficie del mostrador de su lugar de trabajo compuesto por un escritorio en madera clara y una cenefa elevada que terminaba en un vidrio templado, ella me mostró un libro, y sólo alcancé a ver una firma manual en su parte inferior derecha, donde se podía leer JAEZ. Era un libro diferente a los dos que yo ya había visto. Pero era de él. Y ella me informaba, que seguía allí... en mi oficina.

Al entrar, efectivamente él estaba allí. Sentado en una de las mesitas auxiliares de las dos que tenía en mi oficina, junto a un ventanal interno que daba al jardín del centro. Estaba hojeando un informe que recién había levantado sobre la situación actual de aquel lugar y las necesidades de expansión para la atención de mayor población infantil. Además de contener cifras y datos estadísticos tenía una exposición de mi parte acerca de la necesidad de concientizarnos como sociedad de la situación de cada uno de nuestros niños, tanto los que estaban en alguna situación especial como los que a juicio social eran considerados como “normales”.

El levanto la mirada del informe y al verme llegar, simplemente me contempló. Yo me había cambiado para la tarde. Había dejado el conjunto de chaqueta y pantalón que cargaba en la mañana y lo había sustituido por unos jeans con un una franela en algodón y un cárdigan en azul eléctrico que quedaba abierto, pero que igual se alargaba hasta más de la mitad de mis muslos. Había además recogido mi cabello en una cola alta y no traía puesto sino un par de pequeños zarcillos en forma de rosas azules, del mismo color de la pieza que traía sobre mi franela y pantalón.

El cerró el informe y se puso en pie, exclamando: —¡Wow, no sabía que pudieras verte aún mejor!

Una vez más sentí que la frialdad subió por mi espalda. —¿Por qué este hombre no podía callarse lo que pensaba? Aunque no sabía a ciencia cierta si me molestaba, me sorprendía o simplemente me incomodaba el que fuera tan desinhibido.

—¿Perdón...? Fue mi exclamación, como dándole a entender que no comprendía, lo que él había dicho.

—Que eres un espectáculo, —respondió él, sin ningún problema. Hasta ahora, me había fijado mucho en tus ojos, en la profundidad de esa mirada oscura de miel curtida que se ha cruzado conmigo desde ayer, que es esquiva, pero que puede decir muchas cosas en pocos segundos.

—Estoy aquí, para agradecerte la velada que me hiciste pasar tanto con Vivian, como Manuela y por supuesto la oportunidad de compartir con nuestra amiga en común, Paola. Esas mujeres son maravillosas, y te adoran de paso. Ya casi que soy fans tuyo, por todo lo que hablan de ti.

—¿De mí? —dije con gran asombro. No sé a qué se refiere. Qué es lo que según usted ellas han dicho de mí.

—¿Vas a seguir con el “usted”?

—Bueno disculpa, “Tú”. ¿Qué era lo que decían de mí?

—Pues nada, sólo que eres un ser extraordinario, que el trabajo que haces en este Centro y por los niños es de incalculable valor, por tu entrega y dedicación. Los recursos que has aportado, tu tiempo, tu disposición a servir en todo momento. Tu hijo. Todo. Sólo me dediqué esta tarde a que me completaran el dossier que he hecho hasta ahora de ti. Y te cuento, que me gusta todo lo que he visto y escuchado, hasta el punto ese en que eres “la mujer más feliz del mundo”.

—Por otra parte y siguiendo con lo que te decía de tus ojos, me pareces un espectáculo... ¡guardado, privado, pero al fin y al cabo todo un espectáculo! Ayer y hoy te había visto vestida muy formal y ahora te observo con este aire tan juvenil, que es increíble. De verdad, me pareces alguien especial. Y luego de leer un poco ese informe que has preparado, veo que no solo la belleza va por fuera y en las emociones, sino también en tu manera de pensar y expresar.

—¿Qué más te puedo decir?, que mañana vuelvo a la capital y quise pasar nuevamente por aquí (me trajo tu madre) a decirte que si querías, me encantaría invitarte a cenar. —¡Ojo! Si tienes que venir con el “dueño de tu felicidad”, ¡bienvenido será! Me interesa conversar contigo sobre lo que te dije esta mañana, eso de estar unos días por aquí, pensando en el nuevo proyecto que tengo y ya que me ha gustado realmente la labor que se hace aquí, y principalmente me has gustado tú, quería ofrecerte algún tipo de apoyo.

—¿Qué dices? ¿Comemos esta noche?

Como no fui capaz de responder nada de inmediato, él se levantó del

asiento y se dispuso a salir, no sin antes decirme:

—En “Los Asadores”, 7:30pm, hoy. Te espero o los espero. Como gustes.

—¡Ah... y no acepto que me trates más de “usted”!

Dijo esto y simplemente salió. Yo me quedé como en un trance hipnótico. Aquel hombre, había dicho lo que quería con la mayor naturalidad y sin más había entrado y salido de mi oficina. Yo diría que hasta de mi vida...

Estuve el resto de la tarde allí, revisando los expedientes que me quedaron pendiente en la mañana. Consultado unos presupuestos sobre insumos que había solicitado, contestando algunos correos y realizando una inscripción para un Congreso Anual sobre Autismo a efectuarse en unos meses en la capital. Traté de estar ocupada lo más que pude, para hacerle “trampa” a mi pensamiento y no inquietarme demasiado con las palabras de JAEZ. Sin embargo, no podía evitar el preguntarme: —¿Cómo es que este hombre puede decirme todo esto, y sobre todo cómo es que yo, se lo permito?

Mis pensamientos iban del desconcierto a la intriga. Y sólo me escudaba en unas palabras para escaparme de todo aquello: —No voy a ir a ningún lado.

Se hicieron las 5:30 pm y decidí salir del centro, ya que todo el personal hacía una hora que había salido y no era recomendable por el tema de la seguridad que se hiciera de noche estando allí. El señor Ignacio, quien estaba a cargo de la seguridad de todo el centro y tenía bajo su mando un equipo de 10 hombres que resguardaban las instalaciones pasaba dando una última ronda por los pasillos, hasta cerciorarse de que yo ya no estuviera en mi oficina. Me acompañaba hasta el estacionamiento y me despedía amablemente. Luego sólo quedaban en la noche dos personas a cargo de la vigilancia con las alarmas respectivas.

Abandoné el lugar y llegue a buscar a Andrés. Estacioné en el parqueadero y aún faltaban unos 10 minutos para verlo correr hasta mi carro. Metí la mano en mi bolso y me encontré con “El Silencio de Julieta” y mi celular. Como quien decide, dejar a JAEZ para después, tomé mi celular para llamar a Beltrán, porque al fin y al cabo, con todo lo ocurrido en el día no habíamos vuelto a hablar. Le repiqué y al contestar, fue una voz femenina la que me atendió, precisamente una voz que muy bien yo conocía. —¡Hola Valeria! Te informo que Bel, está dando una exposición a unos inversionistas en este momento y no puede atenderte, estamos en el centro de convenciones del Centro, ya sabes cómo es esto... él es el más hábil para los negocios y

está haciendo lo suyo. —Le digo que te devuelva la llamada. Chao. Y simplemente colgó.

Esta mujer, que ya había tenido su romance con Beltrán, y que ahora era su socia y compañera de viajes, por lo que se veía, se daba el lujo de contestar el teléfono de mi marido (cosa que yo no hacía) y encima de colgarme cuando ella quería. Experimenté algo como de rabia, pero en el fondo no me sorprendía nada de aquello, creo que ambos eran tal para cual, al menos en cuanto a los negocios. Hábiles, competitivos y dispuestos a hacer lo que fuera por aprovechar una oportunidad. A veces prefería no enterarme de esos detalles, porque ya nos habían traído también algún disgusto al confrontar a Beltrán, en la forma en que él concebía como se debían hacer las cosas. Por tanto, yo me limitaba a embellecerle la vida, a que estuviera feliz y a desarrollar todo lo que yo pensaba en el Centro que tenía a mi cargo.

Me quedé mirando la pantalla de mi celular y recordé que no había visto los mensajes de whatsapp en toda la tarde, así que abrí la aplicación y dentro de los 354 mensajes que tenía pendiente por leer, vi que había uno activo de JAEZ. Sólo decía: —Espero que no olvides nuestra cita de esta noche. Te voy a estar esperando hasta que llegues.

—¿Por qué la insistencia de este hombre? —Será que yo estoy enviando señales erradas, me preguntaba. Esto no me había pasado nunca antes. Mientras estaba perdida en mis cavilaciones, Andrés llegó corriendo hasta el auto, y se subió. Yo me sobresalté y él se sorprendió al ver que yo no lo estaba esperando como otras veces.

—¿Qué pasa Ma' te asusté?

—No cielo, lo que pasa es que estaba hablando con tu papá contesté, como dándome esa misma respuesta a mí, acerca de lo que me pasaba internamente.

—Hoy tenemos otra noche para nosotros solos. ¿Qué vamos a hacer? Me preguntó Andrés.

—Tenemos una cena con JAEZ. ¿Quieres venir?

Sus ojos se abrieron muchísimo.—¿Con JAEZ? ¿El escritor? ¿Nos invitó a ti y a mí?

—¿Tú me estás echando broma mami?

—No hijito, te estoy diciendo que podemos cenar con él hoy, si te apetece. Es todo.

Él respondió: —Iremos.

Así que, llegamos a la casa, cada quien fue a su habitación y empezamos a alistarnos para la cena de aquella noche. No sé por qué hice eso, pero lo cierto es que con Andrés presente era como más seguro, no habría nada que José Antonio pudiera decirme que me sacara de mi estado de seguridad, y además quizás al ver a mi hijo allí, entendería realmente que tenía una sólida y feliz familia, por tanto si hasta ese momento había dado una señal equivocada, sería borrada. De todas maneras, tampoco me quedaban muy clara sus intenciones, porque por un lado decía cosas acerca de cómo me veía (que realmente me intimidaban) y por otro lado hablaba de querer salir conmigo aquella noche y mi esposo, del cual yo nunca dije que se encontrara ausente. Era realmente una interrogante tras otra para mí.

El caballero de mis sueños, tocó la puerta de mi habitación diciendo:

—Cenicienta, la hora de salida ha llegado. El carruaje le espera “*madame*” aproveche la noche antes que todo vuelva a su normalidad. Era un chiste que recurrentemente él hacía en las repetidas oportunidades en que Beltrán se ausentaba de la casa, en sus viajes de negocios.

Para nosotros el quedarnos juntos y solos mientras su papá viajaba, había creado una especie de complicidad que luego se trasladaba para el resto de los días. Por lo general cuando Andrés no tenía clases al día siguiente y su padre no estaba, amanecíamos los dos en el salón de diversión, tirados sobre unas mantas luego de pasar la noche en un maratón de películas; una de las que le gustaban a él (de acción) y otras cursis como las que me gustaban a mí, aunque ambos compartíamos las películas animadas por igual. La penitencia era que ninguno de los dos podría dormirse mientras el otro disfrutaba de los títulos que más le gustaban. Eso implicaba cualquier medio para no dormir... desde agua, hasta asustar con el sonido de los pitos que llevaba el propio Andrés a los juegos de fútbol en el estadium más grande de nuestra localidad.

Él decía además, que tenía que aprovechar cuando su papá no estaba, para “reinar” él, porque cuando su padre estaba, toda la atención era demandada para la vida del “Beltrán El Grande”, así le llamaba a manera de burla, pero a solas conmigo -su mamá- nunca delante de mi esposo; ya que en una ocasión lo dejó salir a manera de broma y la molestia de su papá fue descomunal. Diría yo, que hasta inapropiada para la magnitud de la ofensa. Así que “Beltrán El Grande” había quedado solo para nuestros días de campamento, como les decíamos al tiempo que teníamos cuando nos quedábamos solos.

—Enseguida salgo, respondí con voz de princesa de cuento, desde mi

habitación. Diciendo además: —¿alguien sabe dónde está mi zapatilla, la que voy a perder cuando salga corriendo dejando al príncipe encantado? y al instante se podía escuchar tanto mi carcajada como la de Andrés.

Abrí la puerta y allí estaba él, con sus grandes ojos grises viéndome, y yo cual quinceañera suspirando al verlo.— ¡Qué bello está mi príncipe! y me abalancé sobre él para abrazarlo, pero dando un salto hacia atrás dijo: —¡Eh, eh eeh, calma, calma, sé que todas las chicas del lugar quisieran salir conmigo, pero mi corazón ya tiene dueña “madame”, así que compórtese que usted ya tiene el suyo. Yo sólo soy por esta noche, su fiel sirviente o mejor dicho “su Padrino Mágico” (para no decir Ada Madrina).

– Son las 7:15 pm, así que si no quieres ser impuntual (algo que ninguna dama que se respete hace) es hora de subir al carruaje.

Mi hijo, definitivamente era una belleza... no lo digo sólo porque fuera su madre, sino porque realmente creo que había podido extraer lo mejor de cada uno de los que participamos en su concepción. Tenía la bella sonrisa de su papá, sus ojos grises. Su cabello abundante y ondulado como el mío, pero oscuro también como el de su padre. Sus pestañas pobladas y abundantes, eran el marco perfecto para cada vez que sus ojos se transparentaban de alguna manera semejándose a unos espejos. Ya estaba de mi tamaño, así que fácilmente podía salir de su brazo, y así lo hicimos.

Subimos a mi carro. Un sedán de lo más normal. Nada que ver con la camioneta de última generación que usaba Beltrán y el resto de los otros dos vehículos que estaban estacionados en frente de nuestra casa. Siempre me pareció una exageración que hubiesen cuatro vehículos, cuando sólo habían dos personas que manejaran, pero esa era otra de las batallas que también había perdido con Beltrán. Me limitaba entonces, a usar a plateado (como le decía yo), quien ya tenía más de tres años conmigo.

Tampoco le encontraba mucho sentido en un ambiente de alta inseguridad y secuestros, como en el que vivíamos, el andar por ahí ostentando carros lujosos y cambiándolos año tras año. Eso de las apariencias, se lo dejaba completamente a mi marido, a quien realmente si le importaban, pero a las que yo, a pesar de tener más de 13 años junto a él, realmente no me había acostumbrado, o mejor dicho, no me había querido sumar a esa filosofía de vida, que en el fondo me parecía vacía.

Salimos de la Calle Arismendi, que era donde estaba ubicada nuestra Residencia, un pequeño conjunto de 20 villas, de las cuales una era la

nuestra. Tomamos la Avenida Camejo Octavio y rápidamente, como en espacio de 8 o 10 minutos, estábamos entrando a “Los Asadores”. El muchacho del valet parking se llevó el carro y Andrés y yo, nos dispusimos a entrar.

—Estas bella, mamá. Me dijo él, con sus tiernos ojos mirándome. Y yo le devolví una de mis mejores sonrisas, besando su cabeza, como cuando sólo era un bebé. Habían pasado muchos años de eso, pero igual él mismo, siempre me acercaba su cabeza para yo besársela, y era de las pocas cosas en la vida, a las cuales no me resistía.

—Compostura, compostura, mire que se le arruga el vestido, jajajaja. Decía en medio de una disimulada carcajada. Vamos, tenemos que dar buena impresión volvió a decir, mientras se alisaba su chaqueta. Y ya estábamos en el umbral de la puerta principal.

—En la entrada nos recibieron y al preguntar si habíamos reservado, e informarle que nos estaría esperando JAEZ, enseguida nos condujeron a una mesa reservada al final de la larga estancia del restaurante, que daba precisamente a un patio interno, dónde se dejaba escuchar el suave murmullo de una cascada artificial, pero que daba toda la sensación de estar cerca de una verdad.

Y ahí estaba él, enfundado en una camisa blanca bellísima. Yuntas en los puños, saco oscuro, sin corbata. Barba recién rasurada y sus cabellos que hasta ahora me había parecido que era un remolino, al igual que sus emociones, se encontraban esta vez, bien acicalados. Peinado hacia atrás, sin más. Esta vez pude detallar un poco más el verde sus ojos. Traía otros lentes diferentes a los que había observado el día anterior y en esa misma mañana. Aunque pareciera ilógico, era la cuarta vez en dos días que estaba frente a este hombre, que en pocas horas, ya había conocido a mis mejores amigas, a mi madre y como pare más importante, a mi hijo.

Él se puso en pié y me mostró la más amplia sonrisa que había visto hasta ahora. Definitivamente, este hombre me gustaba de una manera especial. Tenía un magnetismo en su mirada, que simplemente me hacía sentir que el rubor subía por mis mejillas y que inevitablemente mis pupilas iban tras las de él, como en un baile tácito que habíamos iniciado el día anterior.

—Muy buenas noche, dijo al vernos. Extendió su mano hacia Andrés diciendo: —Tú debes ser el famoso Andrés. No hay chica que te conozca que no hable de ti, empezando por tu abuela, hasta la chica de la librería. Todas

están rendidas por ti. Y claro está, esta bellísima dama que está aquí en frente, es tu principal admiradora.

Este hombre era osado. Tenía a mi hijo en frente, y era capaz de decir eso de mí. La verdad es que me quedé algo muda, ante esta salida inesperada de su parte.

Andrés por su parte igualmente extendió su mano y le saludó amablemente. —No soy irresistible para todas, pero en unos años, espero que sí... y reía con toda libertad. Yo también soy el principal admirador de la mujer que hoy nos acompaña y si no fuera porque tiene dueño... le aseguro que no lo pensaría dos veces y la conquistaría.

JAEZ tuvo expresión de admiración por la salida tan efusiva que tuvo mi hijo. —Entonces seremos grandes amigos, dijo.

—Vengan, siéntense. Es un verdadero placer tenerlos aquí.

—Valeria, realmente estás hermosa. Gracias por venir. Volvió a hablar, sin restringir ninguna de sus palabras.

Yo sonreí, y me senté. Hacía frío en el lugar, así que saqué mi chal de seda y lo coloqué sobre mis hombros, los cuales estaban algo descubiertos; ya que llevaba puesto un vestido blanco en chifón, de lo más sencillo. Apenas unos delgado tiritos y un escote no muy pronunciado en “v” algo ceñido al busto y a partir de ahí dos piezas de telas que caían sueltas una parte más corta frontal, tan solo un dedo sobre las rodillas y la segunda pieza del vestido algo más larga en la parte trasera, unos diez dedos igualmente luego de las rodillas. No llevaba joyas, casi nunca las uso, solo mi anillo de matrimonio brillaba por ahí. Unas diminutas perlas cultivadas en mis orejas y ya. Un maquillaje discreto y una cartera de “espionaje” como dijera mi hijo, la cual parecía diminuta por fuera, pero en sus compartimentos secretos podías encontrar desde una granada para volar un edificio, hasta una medicina para un dolor inesperado.

Sentados los tres, iniciamos una amena conversación. Andrés, completamente a gusto, empezó a preguntar a JAEZ sobre la novela que tanto hacía llorar a las chicas que conocía.

—¿Julieta es de verdad? Le preguntó. ¿Por qué algo tan triste vende tanto? Todo el mundo tiene ese libro.

—Todo el mundo, no. Tu mamá hasta ayer, no lo tenía y dudo que supiera que existía.

Quise hablar, pero la conversación entre esos dos estaba tan entretenida,

que sólo me limité por un buen rato a escucharlos. Andrés se encargaba de preguntar a José Antonio, todas las cosas que se me hubieran podido ocurrir, pero que no me atrevía a preguntar.

Así me fui enterando que, JAEZ era divorciado, hacía cuatro años, sin hijos, con 12 libros publicados hasta ahora y 3 en proceso de lanzamiento. Con reconocimientos especiales a su trayectoria en Europa, con traducción de sus últimos 8 libros a más de 10 idiomas. Recientemente venía de hacer una gira precisamente por Europa, que le llevó dos meses, atendiendo unas cuantas invitaciones a los medios de comunicación, así como a las diferentes editoriales y librerías, por “El Silencio de Julieta”. “Ya Basta” había salido recientemente y siempre prefería iniciar la promoción en su país. Aunque sabía que nadie es profeta en su tierra, le gustaba dar la primicia acá y luego cuando el libro se hacía famoso, fuera de nuestras latitudes, volvía y la gente lo aclamaba como si recién la obra estuviera siendo presentada. Ya conocía ese juego, sin embargo no dejaba de hacerlo tal como había ocurrido en esta oportunidad. Estaba de gira nacional por las principales ciudades de los Estados venezolanos. Al día siguiente, en el último vuelo de la noche, saldría para Caracas y de allí seguiría con su itinerario, donde estaban los Estados Bolívar, Monagas, Sucre que nos quedaba al lado, Nueva Esparta y así recorrería todo el oriente del territorio, ya que a nivel central ya había hecho las respectivas presentaciones. Fue dando los detalles, como con la intención de que supiéramos donde estaría los próximos meses.

Cuando la conversación se desarrollaba en medio de preguntas y respuestas, anécdotas y hasta comentarios de fútbol, alguien se acercó a nuestra mesa, ya de salida del establecimiento. Era Venancio Castro y su hijo Ernesto, quien era compañero de fut de Andrés y además de ser amigos desde el jardín de infancia. Ernesto, había compartido en nuestra casa más de una pijamada de maratones de película. Se saludaron con su acostumbrado toque de puños y otras señas particulares que ellos hacían con sus amigos más cercanos, con los que se consideraban casi hermanos. Pasaron tan solo unos minutos, cuando ambos ya estaban haciendo planes para entrar al salón de video juegos que estaba al lado.

Venancio se regresó y se acercó nuevamente a nuestra mesa y me dijo: — Dame permiso para llevarme a Andrés. Va con Ernesto a los videos juegos, ya sabes que tienen un “duelo” pendiente y el que gane se comerá la hamburguesa más grande, la que sirven allá en “Cherrys Diner” (donde

habíamos ido alguna vez y ninguno pudo con la gigante). Hice todo lo que estuvo a mi alcance para evitar que Andrés accediera, pero no sonaba lógico el que quisiera retenerlo allí, si dada cualquier otra situación, lo habría dejado ir sin ningún reparo con su amigo Ernesto, bajo la tutela de Venancio, al igual que hubieran hecho los padres de él, si la que hubiera solicitado permiso para llevárselo hubiera sido yo.

JAEZ, chocó igualmente el puño con Andrés y lo despidió diciendo: — En algún momento podemos tener un “duelo”, te puedo retar a pasar el “mundo desconocido” y su tono de voz sonó misterioso. Andrés abrió los ojos y mostró una gran sonrisa, respondiendo: —¡Claro! Si va... reto pendiente.

Me besó en la mejilla y mientras lo hacía me susurró: —Ma’ este hombre es raro, es de la edad de los cavernícolas, pero juega video juegos y además “patea bien el balón” (eso para indicarme que le había agrado y que sentía que podrían ser amigos).

De esta manera, y sin proponérmelo, me quedé a solas con José Antonio en aquella noche, que de alguna manera fue una cita con el resto de mi vida.

—¡Ahora sí! Dijo él.

—¿Ahora si qué? dije yo.

—Que ahora, si puedes preguntar todo lo que quieras. Y puedes colocar tus manos temblorosas sobre la mesa, sin temor a que yo las vea. Sentí que este hombre se estaba acercando peligrosamente tanto a lo que yo pensaba, como al nerviosismo que me causaba. Por un momento me pareció insoportable, al sentirse tan cómodo, descubriéndome a mí; yo que pensaba que estaba totalmente resguardada en mi papel de mamá de Andrés.

—No tengo ningún interés en preguntar nada más. Creo que mi hijo hizo todas las preguntas que se me podrían ocurrir, y las que no, además sólo quedaría una interrogante para mí...

—Y esa ¿cuál será? dijo él.

—¿Cuál es tu interés real en que yo viniera esta noche, qué es lo que pretendes conmigo? dejé caer esas palabras y me sentí aliviada de haber sido capaz de decirlas. A la verdad, este hombre me intrigaba y no terminaba de comprender cuál era su intención. Por momentos sentía que estaba jugando conmigo, y por otros me parecía ilógico que así fuera, porque él no me conocía, ¿qué tipo de interés podría representar yo para él?

—En primer lugar, y como te dije en la mañana, me has llamado la

atención desde ayer cuando te vi en “El Rincón de los Libros”. Cuando nos interrumpió la llamada de tu secretaria esta mañana, intenté decirte que me parecías especial y que la conexión que hubo entre nosotros cuando nuestras bocas y ojos pronunciaron el “Ya Basta” de mi último libro, fue algo fuera de serie. No es mi intención seducirte, ni nada por el estilo (o quizás sí, pensó pero no lo dijo), sin embargo luego de escuchar la llamada de tu marido esta mañana, no pude, aunque traté, dejar de pensar en Julieta.

—¿Leíste el libro? Preguntó.

Yo me encogí de hombros y mirándole con cara de interrogante, sólo dije: ¿En qué tiempo? Ayer te vi, hoy me entregaste el libro, estuviste dos veces en mi oficina y ahora estoy aquí. No han pasado 48 horas desde que nos vimos por primera vez ¿y pretendes que haya leído las 320 páginas de tu libro? Quizás debí quedarme en casa e invertir mejor el tiempo leyendo...

—Qué buena eres dando argumentos. ¿Siempre eres así? ¿O sólo cuando estás asustada? Dijo mientras comenzó a reírse sin llegar a ser estrepitoso, pero si llegando a molestarme. ¿Se estaba burlando de mí? Pensaba mientras trataba de discernir un poco los pensamientos de JAEZ.

—No estoy asustada repliqué, simplemente hace frío.

El me miró fijamente, y sin decir nada se fue acercando tanto hacia mí, que pude sentir su colonia, y no hubo forma de evitar aspirarla hasta el fondo. Pasó sus manos por sobre mis hombros, sin tocarme y tomó mi chal que se había quedado en el espaldar de la silla y lo colocó con sumo cuidado a los lados de mi cuello. Agradecí para mis adentros que el restaurante estuviera relativamente sólo. Era algo inusual y hasta incómodo para mí, sentir la cercanía de un hombre que no fuera mi esposo.

—No debiste hacer eso, —exclamé, pero con una voz más baja de lo que debía.—No está bien que te acerques tanto, las personas podrían imaginarse lo que no es. Yo soy una mujer casada... felizmente casada, y sentí mis palabras como el sonido de una gran campana, ruidosa y molesta, pero totalmente vacía por dentro. No me gustaba para nada esa sensación. Como medida de prudencia le dije: —Gracias por la invitación, vinimos para no ser descortés, pero creo que lo mejor es que me vaya. Tomé mi cartera y cuando me iba a poner en pié, sentí su mano derecha puesta sobre mi antebrazo izquierdo. Sin hacerme ninguna presión, pero con el magnetismo de un imán, ese hombre logró que ni siquiera intentara nuevamente abandonar aquel salón.

—Escúchame Valeria, dicho sea de paso, estás muy hermosa. El color

blanco, resalta el café con miel de esos enormes ojos que tienes. Hasta ahora, has sido una agradable sorpresa en todo. No es mi intención ponerte en apuros, ni que nadie vaya a pensar lo que no es. Estaba preparado para encontrarme hoy con tu querido esposo, el hombre que tiene a “la mujer más feliz del mundo”, y para mi gratísima sorpresa quien vino fue Andrés, que viéndolo bien como se relaciona contigo, tenían razón tu madre y tus amigas, has hecho una excelente labor con él. Son geniales ambos. Decía eso y pude ver un brillo especial en sus ojos, aunque no me atrevía a preguntar a qué se debía.

—Tengo una vida envidiable para cualquiera. Un hijo encantador, un esposo trabajador. Soy estable económicamente. Me encanta el trabajo que hago...

—¿Eres feliz? Cortó él tajantemente.

—Ya te he dicho que tengo...

Me interrumpió suavemente diciendo: —Y yo te he preguntado, si eres feliz.

Me desconcertó. Tomé la copa de vino que estaba servida en la mesa y tomé un sorbo. Ahora si la cosa estaba delicada. Yo no tomo alcohol casi nunca, y andando sin Beltrán, menos. Pero en aquel instante, sentía que necesitaba algo, con lo que me pudiera tragar mis palabras; las cuales como nunca se hacían fuera de lugar y orden dentro de mí.

—Simplemente quería conocerte realmente. Quedé muy bien impresionado con el trabajo que veo están realizado en el Centro “Crecer”, ese lugar en el que pasas bastante tiempo y del que eres responsable. Estoy impactado con la dedicación que le pones a ese programa, además luego de leer tu informe, quedé con deseos de colaborar, además de admirar tu capacidad para transmitir lo que se hace ahí, y la claridad de los datos estadísticos tanto en lo que se refiere a los niños y sus cuidados, como los gastos que se generan en cuanto a la justificación de la parte financiera. — Te debió llevar algún tiempo redactar todo eso.

Sentí que la calma volvía a mi cuerpo, el cual sin poder evitarlo tenía un temblor inusual. Comenzó a hablar sobre un sobrino que tenía con bajo grado de autismo y las dificultades que esto había traído para la vida de su hermana, así como el entender y tratar entre todos de asumir como una familia y de forma positiva, la atención o cuidado que él necesitaba. La conversación se suavizó y fuimos entrando en una especie de ambiente agradable. El siguió

hablando de su familia, yo fui contando de mis anécdotas de la universidad y todos los inconvenientes por los cuales tuvimos que pasar antes de establecernos como el Centro Piloto de todo el estado en la prestación de este servicio. Transcurrieron más de dos horas y cuando vi el reloj marcaba las 10:45 pm. No supe en qué momento el tiempo pasó, sólo sé que aquel hombre además de escribir, tenía una capacidad para conversar e intercambiar ideas de una forma tan natural y sencilla que realmente era fácil embriagarse con sus palabras.

Levanté mi muñeca, mostrando el reloj y dije: —¡Cenicienta se va!

Inmediatamente JAEZ replicó: —¿Cenicienta? ¡Ah no, si es así, todavía no es la media noche! Y se echó a reír sonoramente.

—En serio que sí, debo irme dije yo, recuperándome también de reírme con ganas. Lo de Cenicienta, es porque Andrés cuando salimos solos, siempre dice que yo soy Cenicienta, y que me toca volver corriendo antes de que todo se transforme y pierda mis encantos.

—No creo que tú pierdas tus encantos, se apresuró a decir JAEZ. Y por un momento su rostro cambió y mostrando serenidad y a la vez seriedad, que me costó entender realmente a qué se debía su expresión.

—¿Pasa algo? pregunté. ¿Por qué me miras de esa manera?

—¿Dónde estabas tú? ¿Cómo es que no nos encontramos antes?

—No entiendo... creo que realmente es hora de marcharme. Me levanté, y aunque él también lo hizo y quiso empezar a hablar para persuadirme, solo puse mi dedo índice sobre sus labios y a través de un siseo le hice un sonido indicando que no pronunciara ninguna otra palabra.

—Debo salir de aquí, dando un paso hacia atrás dije: —Gracias por la invitación, realmente la disfruté y salí a paso rápido sin voltear hacia atrás. Creo que de hacerlo, no hubiese podido irme, sin embargo si había algo que había aprendido era en no confiar en poder salir de toda situación siempre, y que habían ocasiones en las que era preferible echar a correr. Y esa era una de ellas.

Al llegar a la entrada de “Los Asadores” solicité que me ubicaran mi carro a la brevedad y en pocos minutos ya me estaba subiendo. Cerré la puerta y arranqué. Conduje hasta el final de aquella avenida, donde terminaba en una de las marinas más grandes de la zona, que por cierto pertenecía a mi marido. Hice el retorno en una pequeña redoma que había allí y al pasar nuevamente frente al restaurante del cual acababa de salir, lo vi. Estaba

parado allí, detrás del vidrio de la entrada, tal como ocurrió en la librería el día anterior. Y volví a hacerme la misma pregunta: —¿Estaba parado allí, para verme pasar a mí? Igual que aquel día, moví mi cabeza en señal de negación, y seguí.

Mi celular comenzó a sonar y para mi sorpresa era JAEZ. Fue la primera llamada que recibí de aquel hombre. Yo tenía su número guardado porque él me lo había dado el día anterior, pero a diferencia de él, yo no le había dado el número mío.

—¿Cómo lo obtuvo? me preguntaba y luego pensé en que la única forma en que lo escuchó, fue cuando Andrés se iba con Ernesto y yo le había dicho que al terminar el duelo me llamara y burlonamente el repitió mi número como dándome seguridad de que no lo olvidaría. Pero eso sólo fue una vez y ya. ¿Cómo fue capaz de retenerlo?

No atendía la llamada porque no llevaba manos libres, y porque en el fondo realmente me asustaba lo que estaba ocurriendo dentro de mí. Un par de kilómetros más adelante, al llegar a un semáforo en rojo, me detuve y vi que además de la llamada perdida, había un mensaje en whatsapp que decía:

—En lugar de “Cenicienta” pareces “Caperucita... pero yo no soy el lobo, así que no tenías porqué salir huyendo de esa manera. Te aseguro que yo no te haría ningún daño.

—Yo no salí huyendo, escribí el texto y arranqué en mi carro al cambiar la luz a verde.

Sentí que entró otro mensaje, pero no lo vi. En ese momento repicó nuevamente mi cel y en esta oportunidad era Andrés.

—Mami, dijo. En 20 minutos el tío Venancio me lleva a casa... ¡gané el duelo! Pero Ernesto definitivamente es el campeón ¡me ganó comiendo!

—De acuerdo, te espero en casa entonces, yo también estoy llegando ya. Te quiero.

—Vaya Cenicienta, no esperaste a la media noche para perder tus encantos. ¿Seguro que no saliste corriendo? Y se echó a reír a carcajadas.

—¡Claro que no! la cena terminó y más nada, sólo me vine de vuelta a casa.

—¿Y no se te quedó nada Cenicienta? ¿Tienes las dos zapatillas puestas? Y continuaba jugando y riendo conmigo.

—Ya te dije que no... que cansón eres... y yo me reía, pero sintiendo que sí había olvidado algo, pero no sabía que era. Bueno, hablamos en casa, ya

estoy entrando al portón de la residencia y dejé escuchar un beso para mi hijo, el hombre que realmente me hacía feliz.

Colgué la llamada, entré al estacionamiento de mí casa y bajé del carro. Abrí la puerta y al cerrar, no pude evitar ir al chat de whatsapp y ahí estaba otro mensaje de José Antonio, que decía:

—Pensándolo bien, si eres Cenicienta. Y para muestra de ello, en la carrera olvidaste algo y debajo del mensaje había una foto de mi chal, el cual al levantarme cayo de mis hombros, y en medio de la “carrera” efectivamente lo olvidé.

—No tenías por qué huir de mí, lo digo en serio.

—No huía de ti... sino de mí, contesté y apagué el teléfono para no verme tentada a decir más nada. Estaba allí en mi casa, en medio del mundo feliz de Beltrán, dónde tenía que estar. De pronto me sentí protegida allí, y no a expensas de mis emociones, cómo había experimentado minutos antes. Subí hasta mi habitación, y en medio de mis pensamientos sólo podía mover mi cabeza en señal de negación diciéndome a mí misma: —No está bien, que sientas esta atracción por este hombre, no está bien. Me quité la ropa y me puse pijama tradicional, aprovechando que Beltrán no estaba. Esas eran las pijamas de mis días con Andrés, las cuales no necesitaban ser sexys ni atrevidas, sino normales, o más bien maternas.

A los pocos minutos, sentí el sonido del timbre de la entrada y sabía que era Andrés. Bajé rápidamente y lo encontré en la puerta junto a Venancio, quien me dijo: —Sano y salvo, traigo al campeón de la noche... bueno, al menos en el duelo de los videos juegos, porque en cuanto a comer, creo que Ernesto sigue invicto. Se dieron un abrazo de despedida y Ernesto se despidió habitualmente de Andrés, y juntos subimos a nuestras habitaciones. El venía contento, contando cómo había llegado hasta un mundo “no sé de qué” en el juego que había pasado el rato jugando con su amigo. Y de pronto me dijo: —¡Ah, pero estoy pendiente con el “mundo desconocido” del cual me habló JAEZ! Espero ese duelo.

—Y a propósito ¿Cómo la pasaste? Preguntó con amabilidad Andrés.

—Bastante bien, respondí. José Antonio es un hombre interesante, no pude dejar de decir.

—¿Más interesante que mi papá? Volvió a preguntar Andrés.

—No hay comparación entre uno y otro, hijo. Además no tendría ninguna razón para compararlos a ambos. Beltrán es Beltrán, único e incomparable,

no hay otro como él.

—Sí, sí, si ya sé cómo es la descripción de “Beltrán El Grande”, tranquila que yo sé que tú sólo vives para él. Y sentí que las palabras de mi hijo, de alguna manera me golpearon o me hicieron despertar. No sé si había reclamo en el fondo, pero era la primera vez que le escuchaba decir palabras como esa.

Acaricié su cabeza y lo besé.— Es hora de dormir mi chiquito, es hora de dormir.

—Si mi papá no regresa tampoco mañana, ¿tendremos maratón en la noche? Y ponía esa carita, a la cual nadie puede decir que no.

—Claro cielo, ahora a dormir. Otro beso y cada uno a dormir en su habitación.

Al llegar a mi dormitorio, pasé directo hasta mi mesa de noche al lado de la cama. Allí había puesto “El Silencio de Julieta” y pensé: —Es hora de conocer a JAEZ, acomodé unos almohadones en el espaldar de la cama y tomé el libro en mis manos. Empecé a leer inmediatamente. Un pensamiento sobre Beltrán paso por mi mente, y era que el resto del día no habíamos hablado. Yo no lo llamé, ni él tampoco lo hizo. Era algo como extraño, pero en realidad no sentía ningún deseo de hacerlo. Sin embargo, me llamó la atención que él no lo hiciera, puesto que en su mundo perfecto y bajo control, yo era una de las piezas a las que le prestaba atención en cuanto a que hacía y cuándo, a fin de que todo estuviera alineado con sus propósitos, que según él, me hacían feliz a mí. En ese momento, ya la palabra “feliz” se me estaba convirtiendo en una caricatura satírica de mi verdadero estado emocional.

Cuando comencé a leer eran las 11:05 pm y el amanecer me sorprendió a las 5:40 cuando apenas me quedaban unas 100 páginas del total de 320 que tenía el libro. Puede haberlo terminado de leerlo completo esa noche, sin embargo, entre llorar y tomar una pausa como agarrando respiro y fuerza, no llegué hasta el final, sino que aún quedaba algún remanente.

Julieta era una mujer como otra, dedicada al cuidado de su marido, quien la “amaba” tanto que no la dejaba ser. Su vida era perfecta, pero silenciosa. Nunca dejaba escuchar sus anhelos, sus sueños, su rabia, su ironía. Ella vivía a través de aquel hombre y la familia que había constituido. Eran de las que llaman familias exitosas, donde todo va bien, pero hay alguien que se siente mal, aunque se vea muy bien.

En más de una página dije: —Esta mujer se parece a mí y luego entendí,

porque era que mi hijo decía que todas las chicas (jóvenes y no tanto) lloraban al leer aquel libro. Me imagino que más de una se veía identificada con la historia que el autor contaba en esas más de 300 páginas.

Estaba consciente que JAEZ no me conocía a mí cuando escribió todo eso, así que no podía culparlo de querer manipularme de algún modo con aquel contenido, pero era inevitable pensar en los puntos coincidentes.

—Con razón que él me preguntó si era feliz, pensaba yo. Y encima fui a decirle que sí, que si era “felizmente” casada. La historia iba contando los pensamientos internos de aquella mujer, que fue consumiéndose poco a poco en medio de tanta felicidad ficticia. Era increíble su capacidad para sonreír cuando solo tenía ganas de llorar, su pretensión de estar bien, cuando muchas veces simplemente quería dejarlo todo. Igualmente era fascinante leer sobre aquel hombre, que si bien no la maltrataba física, ni verbalmente, pero que igual fue mutilando uno a uno los sueños que ella alguna vez pudo tener. *Era la historia triste de alguien feliz.*— Wow... ¡Qué manera de transmitir sentimientos a través de las letras tiene este hombre! Decía esto mientras mis manos temblaban con el libro aun en ellas.

En las páginas del libro, uno podía comprender los pensamientos de Julieta, en los cuales se iba, vivía otra vida; en más de una oportunidad acabó con la vida de su marido, otras tan solo le expresaba todas las palabras que no le decía mientras simplemente le sonreía y le servía (pero en su mente cuantas cosas pasaban).

En ocasiones sólo soñaba que lloraba y lloraba, porque hasta eso en su mundo perfecto, no era permitido. El contraste entre la realidad y la imaginación de Julieta era algo bien fuerte y a veces si no se manejaba con cuidado, era casi imperceptible para ella, el querer quedarse en su mundo ficticio más que en el otro. Definitivamente era un libro de los que atrapaba a cualquiera; yo diría que no solo a mujeres sino también a hombres. Claro, que a la hora de ser leído por un hombre, éste tendría que estar dispuesto a reconocer si él era una versión del descrito en el libro.

A esa hora de la mañana, en un arrebato incontrolable encendí mi teléfono, busque su número y envié un mensaje que sólo decía:

—¡Eres genial escribiendo!

A los dos segundos entró un mensaje de vuelta que decía: —Solo me dejo llevar por mis locas madrugadas. Seguidamente escribió: —Recuerda que me voy hoy, esta noche.

No contesté, sentía terror por mi atrevimiento, y más aún, por saber que él estaba ahí atento para contestarme, antes de las 6:00 am. Era como un poco fuera de lugar la conversación... pero simplemente “era”.

—¿No vas a decir nada? Volvió a escribir.

—¿Qué podría decir? Respondí yo.

—Que no me vaya, que te gustaría verme, que soy un loco pero escribo bien, que tú también me pensaste anoche... que se yo. Quisiera que te dieras el permiso de decir algo.

—Yo no puedo tomarme esa licencia, simplemente no puedo. Recuerda que yo estoy casada esta vez no remarque lo de “felizmente casada”, pero igualmente el estado civil existía, y yo aunque quisiera no lo podía obviar, y creo que por primera vez en mi vida, fui consciente del pesar que eso me producía.

—Entiendo, pero... solo escribió esas dos palabras y el teléfono repicó. Vi la llamada en mis manos y la tomé. No sé por qué, no lo pensé, no aguanté. Todos los argumentos se me borraron en ese instante.

Al otro lado de la bocina, solo escuche su voz. —Valeria, en la vida hay solo un tiempo para amar... un paréntesis que es difícil distinguir en la cantidad de oraciones que contiene la existencia. Sólo te pido que nos veamos antes de irme. Yo sé que tu estado civil prevalece y no soy quien para decirte que está bien o no, simplemente no quiero dejar pasar el decirte lo que quiero. Sólo tengo este día, como mañana, si llega lo tendré también, pero creo que si no te veo antes de irme, me quedará una duda para toda mi vida.

—Yo... no creo que sea buena idea. Mi vida es una vida de orden, sin sobresaltos, sin escondites y no entiendo... yo no podría... y mis palabras sonaban débiles ante lo que estaba sintiendo en aquel momento de forma consciente.

—Paso por tu oficina a las 11:00 am. Por favor espérame. Dijo eso y colgó y yo me quedé con el teléfono y el libro en la mano y una voz que se había empezado a colar en mis sentidos.

El celular volvió a repicar y estuve a punto de responder de acuerdo al texto de JAEZ, pero entré en razón cuando vi que quien llamaba era Beltrán.

—¿Cómo amanece la mujer más feliz del mundo? Escuchar ese saludo en aquel momento, me pareció que era la cosa más fuera de lugar que había escuchado toda mi vida, tuve solo ganas de colgarle la llamada, pero sólo respondí, a la manera usual de “Julietta”, la cual había empezado a descubrir

que tenía formas similares conmigo de conducirme con mi esposo:

—Hola querido.

—Sé que me extrañas y que quieres que vuelva ya, pero creo que hasta mañana no podré hacerlo. Empezó a hablar sobre lo que él estaba haciendo, lo que quería lograr con ese negocio, un futuro viaje que tendría que hacer a Madrid el mes próximo y así fue transcurriendo el tiempo, alrededor de 10 minutos escuchando a Beltrán hablar sobre él, sus metas, sus planes, sus triunfos, “su, su su” era el verbo que mejor conjugaba. De pronto, tocaron mi puerta y era Andrés, quien entró y se metió a la cama conmigo.

—¿Es mi papá? Preguntó. Yo asentí con la cabeza e inmediatamente dije: —Aquí te paso a Andrés, que te quiere saludar.

—¿Hola pa’ qué cuentas? Nosotros aquí súper bien. Anoche gané un duelo con Ernesto...

Él quería compartir con su papá su triunfo del día anterior, sin embargo algo lo detuvo. En apenas un minuto, la llamada se cortó.

—Entró otra llamada y tuvo que atender, fue lo que dijo Andrés que había hecho su papá, y mientras lo dijo su carita reflejaba disgusto y fastidio.

—Ese es “Beltrán El Grande” y no hay nadie como él. Había descubierto que las palabras de mi hijo destilaban algo de dolor y resentimiento, que nunca hasta ahora había notado. Me hacía sentir mal, el pensar que si había escuchado eso antes, pero nunca le presté atención, sólo por mantener el mundo de Beltrán sin ningún inconveniente que afectara la normalidad de su bienestar.

Luego de colgada la llamada Andrés y yo nos quedamos unos minutos en la cama. Hacíamos el juego de “cuánto tiempo queda” antes de que sea tarde. Eran pasadas las 6:15 am, así que su transporte pasaría por él en 35 minutos máximo.

—Si no entras al baño ya, quedarán sucias tus orejas, le decía en tono juguetón, y él pegado a mí, me decía:

—Cualquier cosa, tengo una mamá que me puede llevar y que puede pedir un pase en el cole, que justifique mi llegada tarde, como algo de fuerza mayor.

—¡Fuerza mayor! -Y ¿Cuál sería esa causa de fuerza mayor que haría llegar tarde a algún hijo al cole esta mañana?

—¡Un ataque que le dio por tantas cosquillas! Y diciendo eso se abalanzaba sobre mí, haciéndome cosquillas por todos lados.

Yo le decía: —¡Basta, basta! Ya sabes que las cosquillas son como una tortura para mí, mientras me reía sin control.

— Entonces estás bajo mi mando (decía en tono de malvado) y harás todo lo que te mande y su carcajada superaba a la mía. Mi respuesta no se hizo esperar y quien comenzó a hacerle cosquillas fui yo, hasta escucharlo decir: — ¡Ya mami, ya... por favor!

—Creo que ahora, no será un embuste, la causa de fuerza mayor que te impidió llegar temprano, decía yo, mientras me incorporaba y caminaba hacia mi baño. Igual Andrés salía corriendo para ducharse a la carrera.

A las 6:50 am, el transporte dejaba escuchar su bocina y Andrés corría por la escalera aún con el bulto abierto y yo metiendo sus cosas, tratando de cerrar su mochila.

—¡Lo logramos!, me dijo. —Corriendo, pero a tiempo.

—Si hijito. Que disfrutes el cole hoy también, otro beso se dejó caer sobre su cabeza y terminó de salir hasta la entrada de nuestra residencia. Le seguí con la mirada hasta verlo entrar en el transporte y luego volví a mi habitación, a terminar de vestirme para irme al centro Crecer.

Al estar frente al espejo y verme, no pude evitar pensar en JAEZ.

—Por qué este hombre se empeñaba en decirme que yo me veía espectacular, me vi de un lado y de otro, y aunque no tenía algo desagradable que chocara a la vista, tampoco me consideraba una belleza; al menos Beltrán siempre me había hecho sentir eso de algún modo.

En nuestra relación, el bello era Beltrán. Las mujeres según él, me envidaban, tanto por su posición, como por lo bien que lucía. Era un hombre que se cuidaba mucho. Iba al gimnasio, salía a trotar, practicaba triatlón y en más de una oportunidad había participado en el concurso más grande la zona conocido como “Iron Man”, obteniendo siempre buenos lugares. Su aspecto físico era importante para él. Sus dientes eran perfectos, de tantos arreglos, su cabello estaba siempre perfectamente peinado, sus manos bien tratadas, su barba perfectamente rasurada y cuidada su piel de acuerdo a un tratamiento dermatológico que cumplía sin saltarse nada. Si alguien quería usarlo para portada de una revista, de seguro quedaba muy bien.

Eso era parte de lo que él llamaba “Mi felicidad” y cuando nos reuníamos en grupo, más de una vez se le podía escuchar decir que yo me enamoré de él, nada más al verlo la primera vez; él nunca aceptó, ni pensó que de verdad para mí él había pasado desapercibido, aun siendo tan apuesto. Así que,

considerando todo esto, yo era una mujer simple. No me gustan los implantes, ni las medidas exageradas y mucho menos era ganada a eso de ser esclava de la balanza. Por fortuna, no tenía problemas de peso y no era que descuidaba mi apariencia, pero simplemente eso no era el motivo de mi continua atención. Creo que por eso él siempre hacía énfasis en llamar a mi madre “Bella Vivian”, porque realmente mi mamá era una belleza, y era más amiga de las cremas y del cuidado de la piel que yo. Para Beltrán yo era la mujer “feliz” y mi madre era la “bella”

En más de una ocasión él me había hecho cita con el cirujano plástico de su confianza, para que me colocara implante en las mamas, cosa a lo cual yo me negué en tres oportunidades, primero con la excusa de un próximo bebé y luego convencida de que no quería, porque realmente no consideraba que para mí fuera importante mostrar un busto más prominente. Con mis 34B de medidas estaba más que satisfecha. Luego de que descubrí lo de su vasectomía, él había dejado de presionarme con los de los implantes, así que estábamos en un equilibrio de exigencias no cumplidas, claro lo mío no era un capricho, lo de él sí. Aunque conociendo y entendiendo su manera de pensar, el tener una mujer con las medidas que él quería, contribuiría mucho a su mundo perfecto, en el cual se sentiría feliz. El no llenar sus expectativas me hacía complacerlo en el resto de las cosas, sin poner ninguna objeción y él aceptaba la compensación de buena gana o al menos yo lo pensaba así).

Era por eso, que encontrarme a José Antonio haciéndome cumplidos por mi belleza, me resultaba un tanto extraño. A mi juicio, él me había visto de la forma más normal en que podía mostrarme. Hasta para la cena, traté de vestirme lo menos llamativa posible, con toda la intención de no estar enviando señales erradas hacia él. Pensando en eso, no terminaba de entender que era lo que él decía que era espectacular en mí.

—Quizás es un tipo sensible con respecto a todo el trabajo que hacemos en “Crecer”, —terminé pensando, mientras tomaba un abrigo para el frío, que muchas veces hacía en mi oficina. Había decidido ir de lo más simple aquella mañana. Una blusa blanca cerrada en la parte de atrás, en un pequeño botón dorado, que tapaba mi cabello, transparente en el fondo, y encima un cobertor tejido blanco también que no permitía que se viera nada, al menos no en la parte frontal, que era donde tenía la trasparencia. La blusa llegaba un poco más debajo de mis caderas. Un pantalón no muy ajustado, azul marino y unas sandalias negras que hacía juego con mi cartera. Di un último vistazo al

espejo y salí.

No hubo gran tráfico esa mañana, así que en unos 15 minutos estaba entrando en el Centro Crecer. Aun no eran las 8:00 am, faltaban unos 10 o 12 minutos, dependiendo del reloj en que se mirara. Pasé hasta mi oficina y Lucía, mi asistente, no había llegado. Entré, encendí mi equipo y al tomar mi bolso para guardarlo en uno de los cajones del escritorio, sentí el peso del libro que estaba dentro. Recordé que estaba a punto de terminar la lectura del libro y no dejé pasar la oportunidad.

Decidí sacarlo y aprovechar hasta que Lucía entrara y me dijera lo que teníamos pendiente hoy, para avanzar en mi lectura. Mi teléfono repicó al instante y me dije: —Como que el tiempo se acabó, sin haber empezado.

Era Lucía quien me dijo que no podría venir hasta pasada las 11:00 am, ya que se le había complicado algo con la universidad y tenía que ir a presentar una evaluación. Me informó además que había rodado mis citas para el día siguiente y que solo tenía urgente para hoy, contestar el correo de las personas que eran dueñas de un terreno lateral a la parcela donde funcionaba el Centro, la cual teníamos interés desde hace más de un año en adquirir con el objeto de pensar en un proyecto de ampliación futura. Los dueños siempre estaban fuera del país, y contactarlos había resultado un tanto difícil, sin embargo hacía una semana habían contestado haciendo una propuesta en cuanto al monto, resultando inalcanzable para nosotros. Le había dicho a Lucía que anotara en mi agenda este día como importante, para darles una respuesta al respecto. Y pensar que el único que podía asumir un compromiso de este tipo era Beltrán, pero había sido imposible hablar con él sobre este tema, ya que estuvo muy ocupado y ausente (como siempre).

Pensé entonces: —Tengo al menos una hora para ir viendo el final de la historia, así que lo voy a aprovechar.

El equipo estaba encendido, así que giré en mi silla dándole la espalda, viendo hacia el jardín interno del centro y tomando el libro en mis manos continué la lectura. Casi a las 9:30 iba terminando la última página. Había tanta tristeza en mis ojos o en mi alma, que realmente pude entender la necesidad de leer completa esta historia.

Julieta se había ido... simplemente un día, como uno más de esos cualquiera subió al mirador más alto de su ciudad y así como un pájaro que anhela su libertad, simplemente se dejó caer con su silencio como único testigo de todas las cosas que nunca se atrevió a decir, los ¡ya basta! que nunca

pronunciaron sus labios, pero si su corazón, terminaron cobrando la factura ante un alma rota y acabada por el hastío de unos días de soledad disfrazados de falsa felicidad.

Creo que comenzaba a tener sentido todo lo que JAEZ me había querido decir.

—¿Sería que él pensaba que yo era una de esas Julietas?

—¿Sería que yo misma ahora lo pensaba? Realmente terminé de leer el libro y estuve dando vueltas lentamente por mi oficina viendo a través del ventanal de vidrio que me separaba del jardín interno del Centro. Por minutos estuve allí con la frente pegada al vidrio y la mirada diría yo, un tanto perdida como en el vacío.

Terminé saliendo hasta el jardín, y allí en medio de las plantas que habían sembrado los niños y otras que también había sembrado yo, me senté a contemplar el cielo, el color de las flores y uno que otro pájaro que también salió a volar aquella mañana. Muchas preguntas empezaron a pasar por mi mente en aquel momento, y creo que después de ese día, ya nunca dejaron de aparecer. Me quedé allí sin tener cuidado de cuánto tiempo transcurría, hasta que oí una voz familiar que me sacó de mis profundos pensamientos:

—¿Valeria... que haces allí? Preguntó mi amiga Manuela.

—Como se nota que Beltrán no está, que hoy madrugaste y estás aquí desde temprano.

—Vine hoy a buscar algo que se me había quedado y ví tu carro en el estacionamiento, me fui y acabo de regresar para empezar con las terapias, pasé por tu oficina que es territorio desierto, porque ni tú, ni tu secretaria se dejan ver por allá.

—Lo que no me imaginé es que estuvieras aquí. Pareces uno de los pequeños que se escapan de las terapias y cuando uno menos lo espera, se meten aquí, como si este fuera el lugar más seguro de todo el centro.

—¿Pasa algo? Preguntó. Tienes los ojos rojos... ¿acaso estuviste llorando?

— ¡Ya sé, Beltrán te hizo algo! ¿Por fin lo descubriste? Ella siempre me decía que debía vigilar a Beltrán, que él andaba en algo, que si Beltrán esto o aquello. Hasta un día en que le dije, que como amigas, le agradecía que no hiciera eso más, que mi relación con Beltrán era estable y no necesitaba estar desconfiando a cada rato de mi esposo.

—No Manuela, no pasa nada. Simplemente vi que el día estaba hermoso y decidí salir a contemplarlo un momento.

—Los ojos rojos, es porque leí algo que me conmovió y las lágrimas no se hicieron esperar, ya sabes como soy yo, le dije mientras me ponía en pié y comenzaba a caminar rumbo a mi oficina.

—¡Si ya sé cómo eres tú... cursi, hasta la pared del frente! Dijo Manuela con algo de burla en sus palabras, pero la verdad es que no le presté mucha atención.

—Feliz día amiga, fue lo único que alcancé a decirle y continué mi camino hacia el módulo A, donde quedaban todas las oficinas, incluyendo la mía.

Eran pasadas las 10:30 y Lucía no había llegado, ni había llamado para avisarme más nada. Me parecía extraño, porque aun cuando ella era algo alocada, había sido responsable en sus labores diarias. Volví a entrar en mi oficina y me senté en mi silla, esta vez con intención de comenzar a contestar el correo principal que tenía pendiente. Abrí el archivo y leí nuevamente la propuesta y empecé a hacer cálculos preliminares evaluando algunos escenarios, pero todos resultaban inalcanzables. Terminé escribiendo un correo, agradeciendo la propuesta y solicitando una semana más de prórroga para dar una respuesta definitiva, en virtud de todas las variables económicas que afectaban a nuestro país en esos momentos, los cuales ellos conocían tan bien, como yo.

Faltaban cinco minutos para las 11:00 am, cuando mi intercomunicador sonó. Lo tomé y dije:

—¡Lucía, ya estaba preocupada, pensé que te había ocurrido algo! y sólo obtuve como respuesta: —Hola Valeria, no es Lucía, soy yo. Era JAEZ, había llegado puntual, y al no conseguir con quien anunciarse, lo hizo él mismo. Me quedé muda con el teléfono pegado a mi oreja. Sentí sus pasos y luego un ligero toque se dejó escuchar en mi puerta.

—Adelante, respondí.

Y allí estaba él nuevamente, ya se me había vuelto como familiar el verlo entrar en mi oficina. Y mis emociones se revolvieron nuevamente. Recordé lo que acababa de leer temprano en su libro “El Silencio de Julieta” y todo lo que eso me hizo pensar. Lo vi allí, y nuevamente me pregunté: —¿Qué hace este hombre aquí y sobre todo, qué es lo que pretende conmigo?

—Espero no interrumpir nada, dijo él con una voz calmada y una media sonrisa dibujada en sus labios.

—Terminé tu libro, dije y un profundo suspiro fue lo único que pudo

acompañar mis palabras.

—Es algo bien grave y serio lo que planteas en toda esa obra que si bien tiene la belleza de una novela tiene una crítica social muy clara sobre la posición de la mujer que aun considerándose liberada, es a veces esclava de lo que no dice.

—No sé si mi intención fue de crítica social o de reflejar una tristeza profunda que había en mi alma para esos días, lo que sí sé es que hay gente que abandona este mundo, por no encontrar la forma de expresar lo que siente, y pensando en la sensibilidad, era obvio que hablara de Julieta, una mujer, ya que se supone que ustedes son mucho más sensibles que nosotros y el no tener como canalizarla puede producir a veces grandes traumas, trastornos y quién dice que no, la muerte.

—La verdad es que en la medida que fui escribiendo la historia y adentrándome más en el corazón de esa mujer, fui disfrutándolo tanto que a veces solía parecer tener algo de morbo, el que yo pudiera escribir algo así. Sus pensamientos reprimidos, las cosas que imaginaba que podía hacer o mejor dicho las que hacía en su imaginación y el duro contraste con su realidad era un mundo sin paredes, en el cual me paseaba mientras lo escribía.

— ¡Fue una experiencia fabulosa! Y si como dijo tu gran chico, Andrés, todas las féminas de su colegio lloraron, no es menos cierto que yo también lloré escribiéndola.

—No es para menos... la historia es profunda o fuerte, dije yo, haciéndole una señal para que tomara asiento; ya que desde que llegó me había hablado estando de pié.

Tomó asiento, y allí estaba, frente a mí nuevamente. Creo que ver a este hombre se estaba convirtiendo en una costumbre un tanto peligrosa para mí, pero realmente disfrutaba de su presencia, de su compañía, de lo que él era.

—Te dije que quería verte, porque ya sabes que esta noche me voy.

—Ya viene el fin de semana y el próximo lunes arranco para el resto de los estados del oriente del país, me quedan tres.

— Realmente no sé si Julieta tenga que ver con algo de tu vida, lo que sí sé, es que nunca había conocido a alguien como tú, ocupada en este tipo de cosas y francamente he tenido gran curiosidad por saber el motivo de la tristeza de tus ojos y las verdaderas razones que sustentan tu felicidad, ya que eres “la mujer más feliz del mundo”. Y estas últimas seis palabras las

repetimos los dos como se repite el slogan de una campaña publicitaria de políticos... totalmente engañosas. Tanto mi tono como el de él, me hicieron entender que eso era cierto, sólo en el mundo de Beltrán.

—Como te iba diciendo... yo quería que estuviéramos conversando porque.

—Aguarda un momento, le interrumpí. Saqué mi celular del bolso y marqué, al contestar al otro lado dije:

—¿Aló mamá? ¿Si cómo estás? ¡Bendición Mami! Te llamo, porque necesito que me hagas un gran favor. Decía yo, mientras mi madre respondía dulcemente al otro lado de la línea.

—¿Podrías recoger a Andrés hoy por el cole?

—Es que además de Beltrán y yo, tú eres la única persona para poder retirarlo a la hora de la salida y creo que se me va a complicar algo y no quisiera hacerlo esperar.

—¿Podrías ir tú en mi lugar?

—Es para que el transporte no lo retire, sino tú porque no va a ver nadie en casa y no quiero que coma sólo con Sofía, teniendo una abuela maravillosa que se, le puede dar muchos abrazos.... Bueno, no tanto como yo y no pude evitar reírme a carcajadas como lo hacía mi madre al otro lado de la línea. La respuesta fue positiva, así que me despedí.

—De acuerdo Mami, muchas gracias, Te amo y colgué.

—Listo. Ven, salgamos de aquí.

El me vió con ojos de intriga y yo simplemente lo conduje hasta el estacionamiento, subimos a mi vehículo y arranqué. Seguí el sentido de La Costanera para retornar a Lechería y fui bordeando el mar por las calles adyacentes, desechando la principal, pasando por el casco central y dejando atrás todo lo que era urbano, dirigiéndome a lo que todo el mundo conoce como “El Cerro El Morro”.

—No sé si has venido aquí alguna vez, pero a mí me encanta este sitio. Cuando quiero pensar sin que nadie me interrumpa, suelo venir aquí, aunque solo sea por unos minutos, porque no se puede una ausentar de la vida sin tener que dar muchas explicaciones.

Dije esto y una vez más mis palabras me sorprendieron. Yo era capaz de decir frente a José Antonio, lo que normalmente no me habría atrevido a decir delante de nadie, y aún no sabía por qué me ocurría eso.

—Cuando leía la última página del libro esta mañana y vi que Julieta

subió a la parte más alta de su ciudad y desde allí se dejó caer... pensé en este lugar.

Ya había subido más de la mitad del cerro y estacioné el carro en un espacio reservado para esto. Bajamos y el sol estaba a toda su plenitud, era casi medio día, el cielo era completamente azul, fundiéndose con el mar por donde quiera que pudiéramos voltear, la brisa soplaba y era como una cálida caricia, que refrescaba los casi 38° de temperatura que hacía.

—¡Wow, ciertamente este lugar es hermoso! Y no, no había subido hasta aquí.

—Si te soy sincero, tengo un apartamento frente a la playa, esa que llaman Lido y allí me quedo algunas veces cuando me ha tocado venir, aunque otras, simplemente me quedo en el Hotel que quieren ofrecermelos que organizan la gira. En esta oportunidad estoy aquí abajo, en el Punta Palma y fíjate, desde mi ventana se veía el mar y creo que me conformé con verlo desde allí, sin importarme que me estaba perdiendo esto, y al decir eso extendía sus brazos como queriendo abrazar el viento.

Se había quitado la chaqueta que cargaba y había quedado en una simple franela de algodón que llevaba puesta junto a unos jeans bien gastados, que parecía que no habían sido planchados para su postura. Sus cabellos revoloteaban libre con el viento, cayendo en mechones por un lado y otro y sus ojos brillaban a través de los cristales. Realmente sus ojos eran hermosos, y pude entender que iban cambiando de color en ese momento al compararlos con el azul del mar y el cielo, se veían completamente amarillos, diferente a la noche anterior cuando su verde era más intenso. Luego entendería, que emociones producían esos cambios en sus ojos.

—Bueno, tenemos un tiempo para que digas lo que tienes que decir, no es mucho pero es lo que hay, así que aprovéchalo, dije eso y él me miró con ojos de interrogante, cómo preguntándose ¿qué era lo que realmente yo estaba esperando que él hiciera?

Subí al auto e igualmente él me siguió, subimos hasta la parte más arriba del cerro y comenzamos a bajar por el borde trasero, la que sólo da hacia la inmensidad del mar. Bajamos hasta llegar al “Fortín de la Magdalena” y allí estacioné nuevamente.

—Este es un sitio público y turístico. Para evitar lo que puedas pensar, no te traje aquí para seducirte, ni para hacerte ninguna propuesta indecente, sólo para escucharte.

—Desde ayer me has dicho que quieres decirme algo y no termino de saber que es.

—Insististe en que nos viéramos antes de que te fueras, y bueno, aquí estamos. Cuéntame.

—Anoche cuando saliste corriendo del restaurante, te dije que ¿dónde habías estado tú todo este tiempo? Sabes... yo tengo alrededor de tres años viniendo a esta zona al menos cuatro veces al año, visitando la librería de Paola y Regina y nunca nos vimos, nunca nos cruzamos... y me preguntaba ¿por qué?

—Simplemente porque no era el tiempo, contesté.

—Te lo voy a hacer más fácil, dije mientras me sentaba en uno de los bordes de los soportes donde alguna vez se ubicaron los cañones originales en ese fortín.

—¿Tú con quién estás actualmente? Sentimentalmente hablando debes estar ligado a alguien... la vida que llevas, la fama que te acompaña... debes tener compañía de sobra para estar aquí conmigo, no sé, como perdiendo el tiempo.

—Hace cuatro años, comenzó a decir, tuve un profundo desengaño. Su voz se volvió grave.

—Mi carrera como escritor se volvió sólida en España. Hace unos 10 u 11 años estuve allá realizando unos cursos con autores muy reconocidos y una vez terminado hice un par de manuscritos, participé en un concurso y gané.

—Mi libro fue editado y publicado por una de las más grandes editoriales de allá y en vuelta de 3 a 4 años, ya era relativamente conocido en todas sus provincias. Era más el tiempo que pasaba allá, que el que estaba aquí en Venezuela. Conocí a Rosana allá... Se volteó hacia mí y volvió a decir: Si, Rosana... Rosana Ordoñez, ese es su nombre, una española unos 3 años menor que yo. Una chica espectacularmente bella, de las que paran el tráfico, de un carácter jovial y juguetón que a todos les encanta y yo no fui la excepción.

—Ella iba a cada una de mis presentaciones, empezamos a conocernos, pasamos año y medio saliendo y nos casamos. Yo compré una propiedad en la ciudad de Granada y desde allí me movilizaba a Madrid y a las otras ciudades si era necesario. La belleza de Rosana no era de negarse, así que siempre tenía ofertas para fotografías y campañas publicitarias. Mi carrera también iba en aumento, así que los dos estábamos en el mejor momento de

nuestras vidas, y además estábamos juntos (¿qué más podíamos pedir?).

A los dos años de matrimonio le dije que era hora de que pensáramos en la idea de tener un hijo y ella tajantemente me dijo que no. Su cuerpo tenía preferencia por encima de un hijo.

– Sus argumentos era que debía cuidarse al máximo y que ella tenía aún 10 años de carrera por delante, que luego de eso, si queríamos podríamos pensar lo del hijo.

– Para hacerlo más llevadero yo le propuse que como ya de esos 10 años, llevábamos consumidos dos en nuestro matrimonio, que mediáramos y como tope para hablar de lo del hijo estableciéramos 5 años, de los cuales ya faltarían solo 3 años, considerando los ya transcurridos.

Ella no lo aceptó de buena gana, pero preferí no insistir para no agriar la relación. Nuestra vida siguió pasando dentro de la normalidad. Una vez me ausenté por dos semanas de compromisos en Madrid, y ella no quiso acompañarme y al volver a casa a la media noche, la encontré con Diego, su fotógrafo, en mi casa, en mi cama.

—¿Y sabes algo? No me dolió tanto lo que vi esa noche, sino el argumento que ella me dio.

–No estaba dolida, ni arrepentida. – No argumentaba que se sentía sola y ni siquiera que se hubiera enamorado de Diego, no, ella solo decía que era simplemente sexo. Que evaluara la posibilidad de tener relaciones más abiertas, que a ella no le parecía mal. Que lo de Diego no era algo trascendente, sino que era un sexo ocasional. Creo que hasta el propio Diego se sintió defraudado ante sus palabras.

Ese día me fui y cuando volví por mis cosas, me tocó tenerla cerca nuevamente y no resistí, caí nuevamente en sus redes. –Luego que terminamos, sus palabras fueron tan frías nuevamente como aquella noche: ¿Ves? Es solo sexo Jose, ¡sin tanto escándalo, ni contratiempo! Te confieso que esa mujer me hizo sentir terror, por creer que yo podía tener un sentimiento noble hacia alguien tan frío.

– Agradecí en ese momento, el que ella no hubiese querido tener ningún hijo conmigo, porque imagínate como hubiese tratado a un niño.

—De eso ya han pasado cuatro años. Hace tres ya el divorcio salió completamente, ella se quedó con la propiedad de Granada y yo adquirí una pequeña propiedad luego en Madrid, y voy a ese lugar cuando me toca estar de gira por allá. Aunque mi relación con Rosana terminó, España sigue

siendo una de las mejores plazas donde mis libros no solo se venden, sino se leen.

—¿Y luego de Rosana, quien ha ocupado tu corazón? pregunté cómo teniendo necesidad de saber.

—Yésika, Daniela, Laura y cualquiera que sea han ocupado mi cama, creo que Daniela con más recurrencia que las demás, pero mi corazón... nadie más he permitido que lo ocupe.

—¿Y... esta Daniela, vive contigo? Volví a preguntar.

—Va a mi apartamento del este cuando quiere... y cuando yo quiero también, pero no, no vive conmigo. ¿Por qué lo preguntas?

Sentía que me dio algo de vergüenza por preguntar eso, pero ni modo, él decidió contar y yo decidí saber.

—Solo para saber y organizar mejor lo que pienso, contesté a duras penas.

—Y tú, háblame un poco de ti... si quieres. Dijo él, y por supuesto yo no me hice esperar.

—Mi historia es corta y sencilla. Me gradué en educación especial y eso lo sabes, por eso tengo el Centro Crecer, me apasiona el trabajo con los niños y ver cómo pueden avanzar aun cuando el mundo les da la espalda.

—Conocí a Beltrán, mi esposo, a los 20 años me casé con él, a los seis meses o algo más de haberlo conocido.

—No fue un flechazo, ni fue un loco amor, solo pasó y ya. Hemos tenido un buen matrimonio. Casi a los 22 años tuve a Andrés, quien ya estar por cumplir 12, por tanto yo también voy a cumplir 34 años.

—Beltrán fue el único novio que tuve, con el me casé, con el conocí todo lo que se puede conocer de los hombres. He vivido en su mundo desde entonces y no me quejo. Es un buen hombre... a su manera. Y ya mis argumentos empezaban como a perder fuerza. Hablaba de mi matrimonio como quien lee las noticias en las crónicas sociales de un periódico.

—Creo que si alguien hubiera estado diciendo eso delante de mí, le habría dicho (si fuera mi amiga): —Oye revisa lo que pasa contigo, porque creo que tienes algún problema en tu relación. Simplemente en esta ocasión, era yo misma quien estaba haciendo semejante descripción de mi vida feliz.

Para mi sorpresa, JAEZ en lugar de emitir algún juicio o compararme tal vez con Julieta, sólo se limitó a decir: —Realmente te felicito. Tener una familia es algo envidiable. Conocí a Andrés y me pareció genial, es más...

viendo a ese muchacho como una parte tuya en su máxima expresión, llegué a preguntarme—¿Cómo sería tener una hija contigo? Sus palabras se escaparon sin la menor intención de reservarse algo.

—Dirás que estoy loco, pero mientras hablábamos en nuestra velada de anoche, me imaginé una niña con ojos color miel, como se ponen a veces los míos, cuando estoy algo excitado por uno de mis proyectos.

—Como están ahora, interrumpí yo. El asintió con la cabeza y continuó.

—La imaginaba con mechones de cabello alborotados, como los míos y la profundidad de tu mirada. Te juro que fantaseé toda la noche con eso, mientras te veía. Al conocer a Andrés, no puedo dudar que tienes un buen molde.

—Andrés creo que sacó muchos rasgos de su papá, dije como para llenar el espacio que había quedado en el silencio que él hizo, mientras se perdía en sus pensamientos, abstraído mirando la inmensidad del mar. En ese momento se hicieron casi la 1:00 de la tarde. Había avanzado bastante rápido la hora en compañía de José Antonio. Era la misma sensación que siempre me acompañó en lo sucesivo, cada vez que nos veíamos, el tiempo se encargaba de hacernos sentir que éramos fugitivos que corríamos revelándonos contra él y que él, el tiempo, simplemente era una especie de verdugo que estaba ejecutando una sentencia que desconocíamos.

De pronto empezó a repicar mi celular, era Beltrán y ambos vimos quien repicaba. Dejé el teléfono sonar hasta que la llamada se perdió. Ambos estábamos estas vez, mirando al mar... la fuerte estela de luz se reflejaba sobre el espejo azul, que parecía más transparente que azul, uno que otra gaviota se dejaba solo llevar por el viento, sin necesidad de mover sus alas, sólo eran extendidas y el planear se convertía en una actividad natural. Transcurrieron unos minutos más y finalmente él rompió el silencio.

—¿Por qué no has contestado la llamada de tu marido? El hombre que te hace feliz.

—Porque simplemente no me resultaba fácil explicarle que estaba en este lugar, precisamente contigo, respiré profundo y continué: El me preguntaría y yo le contestaría la verdad... y pienso que eso estaría fuera de toda la lógica de Beltrán, y hasta de la mía.

—¿Y por qué estás aquí conmigo? Dime la verdad.

—Realmente no lo sé. Tú me intrigas, me atraes de alguna manera. En un principio quise venir para desafiarte, y hacerte saber que yo realmente soy tan

feliz como lo digo. Que a mi parecer, te habías equivocado conmigo, en el fondo pensaba que tenías un alma de conquistador y sólo estabas jugando, algo que no entendía realmente, pero que me molestaba.

—Era como convencerme a mí misma de que no pasaba nada contigo. Esta vez mis ojos estaban fijos sobre los de él.

Estábamos haciendo una especie de exorcismo, dejando salir cosas, era como irnos quitando los velos que hasta ahora cubrían parte de quienes éramos uno frene al otro, sobre todo yo, quien se sentía realmente cubierta por todo lo que significaba mi vida hasta ese momento

El simplemente se aproximó a mí, sentí su brazo rodeando mi cintura y otra mano que pasó por detrás de mí cuello y simplemente, me besó. Fue un beso largo, suave, profundo; un beso que fue contando nuestras historias con todos los detalles, sin decir más palabras, sin pensar más en argumentos.

Mis manos se quedaron quietas, pero el beso fue correspondido. Ese beso fue como quien se acerca al único oasis que hay en el desierto, y al que se sabe que ya nunca jamás se volverá. Para mí, era algo completamente extraño el sentir toda esa corriente recorrer desde mis pies hasta la cabeza, por un momento agradecí que este hombre me estuviera sosteniendo, porque en algún momento dudé de poderme mantener en pie. Luego vinieron los pensamientos normales, los que me hicieron volver a la realidad, cuando cesamos de besarnos y nuestros ojos estaban tan cerca..., había preguntas y exclamaciones en el aire. Un sentimiento se movía al compás del viento y sus huellas empezaban a marcarse en nuestras vidas; vidas que apenas 48 horas atrás nunca se habían cruzado, que podían ir en un completo paralelo, de apariencia perfectas, vidas que no habían experimentado realmente un tiempo para amar.

—Creo que ya hemos dicho suficiente y hemos hecho por demás... Es hora de que el telón baje, y nos vayamos de aquí. Olvidemos esto, nos equivocamos, necesitábamos que alguien nos escuchara; tú tienes quien lo haga... yo también. Vámonos de aquí, empecé a caminar hacia mi auto y el guardó silencio. Encendí el motor y cuando estaba a punto de arrancar, él puso su mano sobre la mía que se encontraba en la palanca de las velocidades.

—Por favor, espera un momento.

—Sé que esto te puede parecer descabellado, pero creo que esto no fue una equivocación. -Solo puedo preguntar lo mismo que anoche.

—¿Dónde estabas tú, que no te encontré antes? Yo vengo a menudo para acá, ¿cómo fue que no te vi?

—Debo volver al Centro Crecer, tengo un correo urgente que enviar y una decisión que tomar.

—Como vio que estaba evadiendo hablar de lo que había pasado, me siguió la corriente sobre lo que yo había dicho y preguntó.

—Se puede saber ¿qué decisión debes tomar?

Sin dudar empecé a contarle lo del terreno contiguo al Centro y la oferta inaccesible que habían hecho. La necesidad que teníamos de toda esa superficie para crecer en nuestra planta física y la cantidad de niños que podrían ser atendidos. Era como llevar lo que hacíamos allí, a otro nivel. Sería convertirse en el principal centro de este tipo a nivel nacional. Sin embargo, también tuve que hablar de lo inalcanzable que era para nosotros la adquisición de esa parcela, dado el precio en que se habían tranzado.

—¿Quién les ha financiado anteriormente? Preguntó mostrándose bien interesado.

—En un 30% el total de la inversión la hizo Beltrán, el resto la han hechos entes gubernamentales, empresarios privados, padres que se han organizado y muchos profesionales que al igual que yo, hemos puesto nuestro grano de arena para impulsar este proyecto.

—Admirable lo que ha hecho Beltrán... dijo él, no quitándole valor a lo que había hecho mi esposo.

—Sí, buen aporte... aunque con fines diferentes. El cubrió su aporte social de unos proyectos que tenía contratados, así que le sirvió para eso. Creo que al final justificó aún más de lo que invirtió en la construcción del Centro, no lo sé. Eso siempre me resultó algo delicado y cuando pregunté, me dijo que me ocupara de disfrutar con mis niños y ya. Por otra parte, la carga fiscal de sus empresas de la misma manera, obtuvieron una disminución a partir de estos gastos.

Para Beltrán no había nada que él pudiera aportar, que no le trajera un beneficio en lo personal o para sus empresas, que en resumidas cuentas era lo mismo. No era condenable por eso, pero tampoco era de elevar ninguna ovación, como más de una vez había sido de objeto públicamente, como un hombre que ayudaba a las causas sociales.

—Yo podría, invertir en el Centro, yo...

—¡No! corté yo tajantemente. Eso no estaría bien, dije yo, cerrando de

inmediato toda posibilidad.

—Espera un poco Valeria, esto no tiene nada que ver con lo que acaba de pasar, porque acaba de pasar algo, aun cuando tú te empeñes en asumir que no fue así. Te dije desde que estuve en el Centro Crecer la primera vez, que admiraba la labor que estaban haciendo, te conté además de mi sobrino con leve autismo y todo lo que eso ha significado para todos nosotros como parte de su familia. Esta es una causa por la cual me sensibilizo, nada más eso.

—Mi única salida es Beltrán... pero no he podido conversarlo con él esta semana. Ha estado fuera en viaje de negocios.

—Piénsalo Valeria, yo podría ayudar. Te aconsejo algo, tómate un tiempo... unos días, una semana. Hazles saber que estás considerando la oferta con todos sus detalles y que además estás evaluando la cantidad de recursos con que puede contar el Centro y gana tiempo por esos días, mientras defines que hacer. ¿Te parece?

No pude evitar ver a JAEZ y regalarle una sonrisa. Eso era precisamente lo que había respondido yo antes de que él entrara a mi oficina aquella mañana. Era como si nuestras mentes estuvieran sintonizadas de alguna manera.

—No sé si me creerás... pero eso que me has sugerido, ya lo había pensado y fue lo que hice, le dije mientras mi mano seguía sobre la palanca de las velocidades y la de él seguía sobre la mía.

—Claro que lo puedo creer, eso me demuestra que eres una mujer inteligente.

—¿Puedo? pregunté mientras veía su mano sobre la mía, cómo indicando que debíamos irnos.

—Sí, si claro. Disculpa que te haya retenido, pero creo que igual valió la pena, escuchar esto sobre la necesidad que presenta el Centro en estos momentos.

De esa manera, arrancamos. Empezamos a bajar lo escarpado del cerro y ya eran pasadas las 2:30 pm. Era viernes, así que Andrés no tenía futbol esa tarde, por tanto estaría en casa tranquilamente con mi madre.

—El punto es, que yo no puedo aceptar que tú aparezcas de la noche a la mañana, y decidas hacer una fuerte inversión en el Centro Crecer, eso es ilógico, dije retomando el ofrecimiento de José Antonio.

—Si cualquier empresario de la zona o el país ofrecieran ayuda ¿dudarías en aceptarla? ¿No estarías contenta de tener una solución a la brevedad con

respecto a la compra de ese terreno? ¿El problema soy yo, verdad?

—Tienes algo de razón en lo que dices. Si fuese otro quien estuviera ofreciendo ayuda, un empresario cualquiera, para mí sería más fácil, lo pondría a hablar con Beltrán de una vez. Él puede asesorarles cómo invertir en algo como esto y obtener algún beneficio a cambio, al menos en cuanto a carga impositiva se refiere.

Mi mirada estaba puesta en el mar que nos acompañaba a cada lado del camino, realmente no quería estar viendo mucho a aquel hombre, que tenía la capacidad para retenerme casi como se le antojaba. Me llené de fuerza y mis palabras empezaron a salir, como un ahogado que echa su último grito de auxilio.

—JAEZ, no tengo nada en tu contra, y realmente agradezco mucho tu buena intención de ayudarnos con el Centro Crecer, pero seamos honestos, y ya que has dicho que allí en el Fortín pasó algo, yo no soy de las personas que evade, simplemente proceso lento algunas veces; pero sí, si pasó, y negarlo sería una tontería.

Respiré profundamente y tomando la mayor cantidad de aire para seguir, empecé a decir:

—Mira, yo no sé cómo son las mujeres con las cuales tú estás acostumbrado a salir. Tampoco sé si Daniela o como se llamen el resto de tus chicas de turno te conocieron y de una vez empezaron un romance contigo; lo que yo sí sé, es como es mi vida y cómo actúo yo.

—¿Ves este anillo, o mejor dicho estos anillos aquí en mi mano derecha?

—¿Los ves? Y acto seguido levantaba mi mano derecha a la altura de mi rostro.

—¡Compromiso y Matrimonio! Si tú los quieres observar mejor en el interior de ambos dice el nombre de Beltrán, como para que no se me olvide a quien pertenezco.

—Yo no soy mujer de aventura, ni de amantes, ni de citas a escondidas; esa no es mi vida, yo no hago esas cosas.

—Yo lo sé, y espero no ofenderte con... dijo él, pero yo, no dejé que terminara la frase y continué con mi exposición.

—Hace una hora, quizás más me contaste de tu experiencia con Rosana, tu ex- esposa y lo mucho que te afectó su actitud tan descarada. Bueno, creo que lo que acaba de pasar, tiene en el fondo la pretensión de convertirme en algo parecido y ese juego, yo no lo voy a jugar.

—¡Prefiero morirme antes! y realmente mi tono de voz sonaba grave (aunque no tanto como yo me sentía internamente). Esto era algo que no estaba agendado en mi vida y definitivamente siempre yo había huido a las sorpresas, justamente porque no sabía qué hacer con lo que no estaba bajo control, por lo general, el control de mi esposo.

—Entiendo lo que dices, y yo no pretendo que seas semejante a Rosana y a ninguna de las mujeres con quien he tenido que ver hasta ahora, esto también es algo fuera de agenda para mí.

—Yo no soy un conquistador, ni un “Don Juan”, yo no ando buscando ni amor a primera vista, ni “cama instantánea” por ahí, ya te dije que no creo en eso, una porque me suena a un idilio que no es real y el otro porque es rayar en el lado animal que tenemos los humanos.

—Sin embargo, no es menos cierto que algo me pasa contigo desde el momento en que nos vimos en la presentación de mi libro. Negarlo, sería una simple mentira, y yo hace unos cuantos años que decidí no engañar a nadie, pero sobre todo, no engañarme a mí mismo.

—Quería que vinieras, porque simplemente necesitaba comprobar que fueras de verdad y no alguien que yo me estaba imaginando. ¿Y sabes que resultó? Que eres muchísimo mejor de lo que yo había meramente pensado.

—¿Qué hago, me lo callo y con no decirlo, no sucederá?

—Al menos con el silencio, no incitas a que siga ocurriendo, y eso ya es algo, dije yo, más en susurro que en palabras audibles. Detuve el carro en una de las calles del casco de la ciudad, evitando tomar la avenida principal.

—¿Qué hago contigo? pregunté ¿A dónde te llevo? Y sentí que se me agotaban las palabras y que los argumento para separarme de José Antonio eran escasos, por tanto necesitaba como fuera dejarlo en algún lugar. Era urgente para mí, entrar en contacto con mi realidad, la cotidiana, la que me tenía blindada (pensaba yo) con respecto a situaciones desconocidas para mí, como aquella que apenas estaba empezando a saborear.

—Yo no me quedé en mi apartamento esta vez, estoy aquí cerca en el Hotel que está al pie del cerro, pasamos hace un momento frente a él. Giré mi cara para mirarlo y el subió sus hombros diciendo: —No me dejabas hablar. Te iba a decir, pero estabas directa, ya sabes cómo eres ¿No? Seguido a esto, me mostró una sonrisa similar a la de mi hijo cuando había hecho algo que sabía no iba a gustarme, pero que con esa sonrisa conseguiría que la pena fuera menor. Era la misma expresión, pensé y no pude evitar igualmente

sonreírme por eso.

—Está bien, no hay problema. Yo te dejo allá. Di un giro y tome el camino de regreso hacia el hotel.

—Pero, no tienes por qué hacerlo, yo puedo caminar... o puedo seguir contigo hasta tú oficina.

—No, José Antonio, no. En serio es necesario para mí dejarte en tu hotel, en tu apartamento, donde sea que te estés quedando; yo necesito realmente separarme de ti y eso tiene que ser ahora, e hice especial énfasis en esa última palabra.

No creí que estuviera mal contarle como me sentía, ¿para qué usar una máscara si desde que nos vimos la primera vez él pudo detectar como mis pupilas iban al compás de las de él, como mis manos temblaban y lo último, cómo fui capaz de besarlo con la misma intensidad que él lo hizo, aun cuando mis manos estuvieron quietas.

—Pienso que lo mejor para los dos, es que esto acabe aquí, antes de empezar.

—Tú, sigue tu camino y yo me quedo en el mío. De verdad que eres alguien que me parece extraordinario, pero yo no podría asumir todo el riesgo que trae un acercamiento mayor entre tú y yo.

—Hay un hombre por el cual yo haría cualquier sacrificio y daría mi vida sin pensar... y a él, ya lo conociste y sé que me vas a entender.

El asentía con su cabeza, en señal de estar entendiendo lo que yo le decía. Pero, con la misma naturalidad que lo había caracterizado hasta ahora, simplemente dejó salir sus palabras.

—Te veo y te escucho y dirás que soy un desquiciado, pero la imagen de una niña de los dos, ha vuelto a aparecer en mi mente, en la medida que tú has escrito y proclamado el “obituario” de nuestro amor.

—¿Nuestro amor?

—¿Una niña? Ahora si era verdad que este hombre me estaba llevando al límite de lo que yo podía enfrentar. Pensaba esto y me quedé en silencio, hasta que llegamos al hotel.

Me estacioné justo a la entrada y le dije: —Sano y salvo JAEZ. Listo para seguir tu cruzada. Espero que tengas mucho éxito con tu libro y con tu vida. Mis palabras esta vez, parecían las de un comercial de venta de boletos para unas vacaciones en cualquier lugar del Caribe... falsas y vacías, pero realmente no podía dar más en ese momento. Las palabras de este hombre,

realmente habían revolucionado mis emociones, mis pensamientos, mis sentimientos, todo.

—Solo existe un tiempo para amar, Valeria. Se había acercado a mí, me besó en la mejilla derecha y susurró esas pocas palabras en mi oído, y luego bajó sin más. Se quedó parado viendo como yo arrancaba y con su mano derecha me hizo un gesto de despedida. Era la tercera vez en dos días que protagonizábamos la misma escena, en la que yo pasaba para irme y él estaba parado solo viéndome pasar.

Realmente sentía que no podía casi conducir, mis manos temblaban, pero no más que mis piernas. Cuando me aseguré de que ya no podría verme, detuve el carro nuevamente a la orilla del camino, hice unas cuantas respiraciones profundas buscando la calma que no tenía, la que se había ido hacían al menos 48 horas. Cuando iba por la cuarta respiración, sin lograr mucho, mi celular repicó, al ver la pantalla era Beltrán. Cerré los ojos, como esperando que pasara el milagro, que por tenerlos cerrados y no ver, la llamada fuera a desaparecer, pero por supuesto que no fue así.

Tomé aire por quinta vez y respondí la llamada:

—Sí, hola querido, apenas pude decir. Cuando escuché la pregunta acostumbrada de parte de mí esposo, acerca de ¿cómo estaba la mujer más feliz del mundo? Sin poder evitarlo, le colgué. Fue una reacción que no pude controlar, esta vez sus palabras y en especial esa pregunta era como una bofetada a todo mi ser, en especial, a todo lo que yo estaba empezando a sentir.

Ya no podía más con ese juego macabro de responder algo, que yo sabía no era la verdad. Seguía allí sentada, intentando que mi respiración y ritmo cardíaco se equilibraran, así que reaccioné y las cuatro o cinco minutos, fui yo quien le marqué.

Cuando él contestó, su voz estaba como en un shock...— ¿Me colgaste? Preguntó

—Voy manejando y había un fiscal cerca, contesté sin estar realmente preocupada de lo que él pudiera pensar.

—¡Ah ok! Ahora si entiendo, ya decía yo que una mujer como tú, tan feliz y llena de amor para su esposo, no podría colgarme el teléfono a propósito. ¿Y tus manos libres? ¿Por qué no los estás usando?

—Los dejé en la oficina, contesté.

Estaba aterrada con lo que sucedía conmigo. Yo, jamás le había mentado

a Beltrán, y mucho menos había pensado en colgarle el teléfono, ni aún en los días de disgusto que por supuesto no habían faltado. Siempre mantuvimos cordialidad y yo nunca me molesté profundamente, al menos no daba muestras de ello. Y ahora, además de colgarle la llamada, le había dicho dos mentiras seguidas. Realmente me sentía miserable.

—Creo que será mejor que te llame luego, porque sigo en la vía y ya sabes que es peligroso, dije esperando zafarme de semejante situación tan incómoda para mí. Solo alcancé a escuchar que Beltrán dijo: No puedo llegar hoy tampoco, estaré de vuelta mañana sábado o el domingo, aún no lo sé. Luego vino un “te amo” de esos mecánicos, como los que dice la voz de la máquina que da los tickets a la entrada de cualquier centro comercial. Yo simplemente guardé silencio.

Viéndolo así, nada de eso era extraño, no era la primera vez que mi esposo iba de viaje y éste se prolongaba el doble o tres veces más de lo que decía iba a estar ausente. En fin, en ese momento, lo agradecí. A la verdad tenerlo en casa aquella noche, sería lo más cercano a una pesadilla que pudiera pensar en ese momento.

Quería llegar a mi casa, ver a Andrés, abrazarlo y sentirme segura en las paredes del amor que nos teníamos. Esa era mi realidad, por la que me despertaba diariamente, por la que sonreía y por qué no decirlo, por la que me había convertido en una mujer “feliz” con el fin de darle a mi hijo, la estabilidad emocional y económica necesaria para que creciera sano y equilibrado. Creo que esa era mi verdad, y no me parecía que fuera criticable.

Entré a mi conjunto residencial y al estacionar y apagar el carro, al abrir la puerta trasera para sacar mi cartera, me encontré con algo inesperado. Justamente al lado de mi bolso de mano, en el puesto intermedio, estaba un estuche que ya había visto antes. Era la tabla de JAEZ. Un estuche de cuero negro. No pude evitar el impulso y lo abrí para verificar que efectivamente estaba en lo cierto. La Tabla estaba allí, sin ningún lugar a las dudas, tenía su respectivo teclado que venía integrado al forro y al abrirlo todo completo, salieron y se deslizaron hasta mis pies cuatro hojas amarillas rayadas las cuales estaban dobladas perfectamente para que no sobresalieran del estuche.

Era como una especie de notas personales. Me pareció inapropiado leer, sin embargo pasé por alto este pensamiento y tomé la primera, la cual tenía el número 764 en su parte inferior derecha, era algo como un número de página, aunque mucho tiempo después entendería que más que numerar las páginas,

él iba numerando los días en que se detenía en esas simples hojas y escribía. La del día anterior era la 765 y la del día en curso era 766. Las dos anteriores estaban completamente llenas, por lo que pude ver en diferentes horas del día; ya que así lo señalaban al final de cada párrafo, idea o confesión.

La primera decía al final 11:45pm lo último escrito en la hoja que llevaba el número 764, y solo alcancé a leer una frase que decía: “Cuando se dice Ya Basta con la mirada, eso es producido en el corazón”. Eso me sacudió, pero me sentí algo indiscreta leyendo eso, así que pasé a la 765, la hora que tenía al final eran las 12:00 y lo último escrito decía: “Imaginarte fue un sueño que alguna vez me regalé, pero hoy ha ocurrido el milagro de contemplarte a través de los ojos de ella”.

—¿Qué querría decir con todo eso? ¿A quién le estaba hablando? ¿Eso sería parte de su nuevo libro? Yo no entendía nada.

Llegué entonces hasta la hoja que tenía el número 766 y encontré en un párrafo escrito a la 1:50 am que decía: “No creo en amores a la carta, ni en felicidades que no sufran reveses, no creo en encontrar el amor en una simple mirada... pero hasta ahora estoy empezando a entender que él si puede encontrarme a mí, en un simple pasar de sus ojos”. Luego había unas pocas líneas escritas cuya hora señalada eran las 10:55 am en las que se podía leer: “Solo hay un tiempo para amar”.

Si eso se trataba de la hora en que había escrito, me quedé helada de pensar que esas palabras las registró tan solo minutos antes de vernos en mi oficina, porque él a las 11:00 am se había anunciado a través del intercomunicador de mi asistente.

Esas mismas palabras era las que me había susurrado al oído hacía tan solo un momento cuando nos despedimos. Tomé las hojas en mis manos y no sabía qué hacer. Estuve allí parada al lado de mi vehículo, y una voz conocida me sacó de mis pensamientos.

—¿Ma’ qué estás haciendo allí parada? ¿Necesitas ayuda con algo, traes alguna bolsa? Era la voz de Andrés e inevitablemente eso me hizo volver a mi realidad. Me incliné hacia el asiento trasero nuevamente, guardé las hojas de JAEZ en el estuche, lo coloqué en el bolsillo de atrás del puesto del conductor, saqué mi bolso, cerré la puerta y me apresuré al encuentro con mi hijo.

—Estaba pensando si no había olvidado algo, por eso me quedé parada al lado del carro, le dije.

—Ya sabes cómo es esa sensación, de tener pendiente algo, pero no saber qué es...

—Si te entiendo mami, decía Andrés mientras yo besaba su cabeza.

—¿Y cómo estuvo el cole hoy? pregunté.

—¿Ya sacaron el listado de los que van a participar en los juegos municipales, te incluyeron en el equipo?

—Si Ma' contestó él, todo está listo, dentro de 15 días comienzan los juegos, así que prepárate para ver todos los partidos.

—Claro hijito, contesté abrazándome a Andrés, como quien encontró una boya en medio del mar. Entramos a la casa por la cocina, ya que se comunicaba al estacionamiento directamente. Allí encontré a la bella Vivian (mi madre), como le decía Beltrán junto a Sofía, preparando un rico ponqué para Andrés, quien era el objeto de todo el consentimiento de su abuela, y de todo quien lo conocía.

—Ummmm ¡Huele rico! Dije, mientras dejaba el bolso en una repisa que daba al salón y saludaba también a mi mami con un gran abrazo y un beso.

—El favorito de Andrés, ya sabes. Vainilla, relleno de crema con galletas.

—¿Ya comiste? —Preguntó mi mamá.

—Aún no, pero prefiero hacerlo luego, cuando esté listo el pastel. La verdad es que en aquel momento, lo que menos quería era comer. Sentía un vacío en el estómago, como quien se está lanzando de un octavo piso y sin paracaídas que abra.

—¿Beltrán El Grande, regresa hoy? Preguntó Andrés.

—“Tu papá” respondí yo, haciendo énfasis en ambas palabras y haciendo un gesto con mis ojos a Andrés para que no volviera a decir eso.

—Volverá mañana o el domingo, no me lo aseguró. Al parecer se complicó algo de lo que estaba haciendo.

—Sí, ya sé cómo es, él siempre tiene mucho que hacer fuera, contestó Andrés con voz de aburrimiento.

Era curioso, pero por segunda vez en aquel mismo día, había detectado tonos de voz en mi hijo, que hasta ahora, no me había dado cuenta que los usara, y ambos, tenían que ver con la falta de atención, por parte de su papá. Eso que era muy común en tantos niños, con los cuales tratábamos a diario en el Centro Crecer.

—Entonces... ¿Tendremos campamento de películas esta noche? ¿Puedo decirle a Ernesto que venga? Y mientras lo decía, empezó a saltar dando

vueltas alrededor mío. Había cambiado su tono en tan solo segundos. Pasó de mostrar aburrimiento o desilusión, a una contagiosa alegría de pensar que estaríamos hoy viendo pelis, y que además vendría su amigo. Al parecer, no solo Beltrán nos hacía felices a ambos, ya que Andrés había ampliado de alguna manera su territorio emocional en el campo de la felicidad. Y creo que peligrosamente también yo, había empezado a tocar los bordes de ese territorio para traspasarlo.

—Claro hijo, puedes decirle a Ernesto que venga, dije yo sonriéndole, pero en el fondo con algo de preocupación, por lo que había comenzado a observar, en Andrés y en mí, y por qué no decirlo, en Beltrán. Ante mí se presentaba el descubrimiento de lo que realmente éramos como familia.

A los pocos minutos, apareció nuevamente Andrés, pero esta vez con el teléfono en mano.

– Mami, Ernesto quiere venir, pero me está diciendo, que esta noche su papá lo va a llevar a “Replay” para ver el juego final de la Euro Copa.

–Así que más bien, el tío Venancio dice que pasa por nosotros como a las 7:00 y que luego me des permiso para quedarme en su casa, la tía Nancy nos hará galletas de consolación, por si acaso alguno pierde.

– ¿Qué dices Ma’? ¿Tengo el permiso para quedarme? ¿Vamos a ver el juego?

Extendió su brazo con el teléfono y al otro lado de la línea estaba Venancio, quien cariñosamente me saludó y cordialmente preguntó por Beltrán, quien como siempre, no estaba.

– ¡Ya has oído los planes, así que sólo di que sí! Y se escuchaba al fondo la voz de Ernesto diciendo:

—¡Siiii, siiii, dí que sí tía Valeria!

Ante tal insistencia dije que sí, pero sólo a ver el partido, lo de quedarse fuera de la casa, aún no lo había decidido.

Le dije a Andrés: —Para que te quedes fuera de casa, debo consultarlo con tu papá. Así eran las cosas, como tenía que ser. Andrés estaba contento de ir a ver el juego, y seguro en el fondo, de que le daríamos el permiso, así que se fue al salón de diversión, a armar un rompecabezas gigante que estaba haciendo desde hacía casi un mes, cuyo motivo era del fondo del mar, en el que según la caja se podían ver muchos peces, corales junto al resto del mundo submarino en su gran esplendor. Eran 2000 piezas, por tanto constituía todo un desafío, tanto para él, como para mí, quien de vez en

cuando le acompañaba en esa divertida tarea.

La tarde continuó su ritmo normal, y yo esperé que terminaran de hornear la merienda de Andrés y casi a las 4:00 pm almorcé ante la petición insistente de mi mamá. Andrés estaba haciendo sus deberes y como a las 5:00 pm, me despedía de mi mamá quien iba a una reunión con unas amigas. Ella manejaba, pero hacía un año que le habían operado uno de sus ojos, y su visión no estaba completa, por eso en la medida de las posibilidades o yo la llevaba, o teníamos al Sr. Tomás que pertenecía a una línea de taxis que estaba muy cerca de mi residencia, así que lo llamábamos, y él se encargaba de llevarla, buscarla y todo lo que fuera necesario para su traslado cuando yo no podía.

Esa tarde, ya ella había hablado con él temprano y acordaron que la buscaría a esa hora. Nos despedimos y al entrar a la casa, Andrés me preguntó:

—¿Mami, ya estás mentalizada para ir a Replay a ver el fútbol? Lo estuve pensando y sé que ese no es uno de tus pasatiempos favoritos y como el tío Venancio va solo con Ernesto y la tía Nancy está haciendo otra cosa, te quiero decir que si decides no acompañarnos, estaré bien.

Contemplaba a mi hijo, y realmente no podía entender como era tan maduro. Tenía casi 12 años, y a veces razonaba mejor que un adulto. No pude evitar pensar que si su padre hubiese estado en su lugar, queriendo hacer algo de su agrado; sin importarle para nada que no me gustara el fútbol, ni que no existiera alguien con quien pudiera compartir, simplemente me habría hecho ir, y encima de eso con las instrucciones precisas que debía mostrar mi cara feliz a todo el mundo. Y yo, por supuesto no habría puesto ninguna objeción, porque esa no era una posibilidad en el mundo de Beltrán.

Recordé al entrar a la casa que tenía el “paquete” de JAEZ en mi carro, y debía decidir qué hacer con él. Era raro, pero él no me había llamado para saber si eso estaba en mi carro, ni para saber nada más. Y eso a la vez que me dejaba en calma por un lado, irónicamente también me impacientaba.

Entonces le dije a Andrés: —Pensándolo bien, no voy a ir. Sonreí al verlo y poderle decir eso con toda libertad.

— Y eso ¿por qué? Preguntó Andrés.

—Porque olvidé que debo estar en el aeropuerto a las 8:00 pm. Debo dejar un paquete que me encomendaron.

—¿Un paquete? Dijo Andrés.

—Sí, algo que tengo que entregar para ser enviado.

—Debí haberlo hecho temprano, pero el tiempo se me pasó, así que voy a aprovechar mientras tú ves el juego, para yo ir y venir, ¿sí?

—Está bien “Cenicienta”, pero cuidado al salir, ¿ok? Y caminó riéndose a su cuarto. A eso de las 6:30 pm, él comenzó a arreglarse para estar listo a las 7:00 cuando Venancio pasaría a recogerlo con Ernesto. Yo hice lo propio también. Igual me duché y me cambié.

Originalmente había sacado una ropa un tanto formal, hasta que viéndome al espejo me dije:

—Valeria, demasiado arreglo para ir a llevar un “paquete”, ¿No te parece?

Así que en su lugar saqué unos jeans, una franela blanca sin ningún adorno y una chaqueta que era de la misma tela del pantalón. Unos zapatos deportivos y lista, no había nada que indicara que me estaba arreglando para ver a JAEZ nuevamente. Al menos eso quería creer yo.

A las 7:00 pm muy puntual llegó Venancio con Ernesto a buscar a Andrés. Ya los tres sabían que iban solos, sin presencia femenina, la tecnología es una ayuda veloz para hacer que corra rápido la información entre los muchachos... y entre los no tan muchachos también.

Al montarse Andrés en la camioneta de Venancio, éste bajó el vidrio y me dijo: —Tranquila, te lo devuelvo mañana. Esta es noche de varones. Y yo me quedé sin poder negarme. Había marcado el teléfono de Beltrán aquella tarde en tres oportunidades, pero siempre caía en la contestadora. En el fondo agradecí que Sara no hubiese respondido todas esas veces mis llamadas, porque me resultaba algo incómodo el que ella lo hiciera.

Subí a mi habitación, tomé mi bolso, las llaves y bajé. Pero antes, como para evitar cualquier duda, me decidí a llamar a JAEZ, para confirmar que estuviera en el aeropuerto, o al menos en la vía.

Al segundo repique, atendió la llamada y no me dejó decir nada, solo contestó: —Gracias por ser tú quien llamara. Puse todo mi esfuerzo para no importunarte con mis llamadas después que me dejaste, pero agradezco muchísimo el que lo hayas hecho tú.

—Te llamo porque tengo tu ipad en mi carro, y me imagino que la necesitas... y sé que te vas esta noche, así que voy saliendo al aeropuerto a entregártela.

—Efectivamente me voy esta noche, pero el vuelo no sale, sino hasta las

10:30, por tanto aún estoy en el Hotel.

—Entonces voy hasta el hotel y te lo dejo en la recepción, estás pendiente.

Él no me dejó terminar la frase, apresurándose a decir: —Por favor no lo dejes en la recepción, por favor, quiero que nos veamos antes de irme. — No sé cuándo tenga la oportunidad de volver a mirarte nuevamente.

Pensé para mis adentros: —Valeria, no hay ningún peligro en verlo, porque total ¡ya se va!

Y como quien lee mi pensamiento, salió al paso con una de sus ocurrencias y me dijo:

—Hagamos algo, como tú ya tenías previsto ir al aeropuerto, por qué no me acompañas hasta allá, yo le digo al taxi que tengo esperándome que te busquemos y luego te regrese a tu casa, para que no tengas que manejar todo ese trayecto y mucho menos a esa hora de la noche.

—No, contesté yo, hagamos algo mejor, yo te busco y te llevo al aeropuerto. En diez minutos estoy en la entrada del hotel. Espérame allí por favor.

Colgué el teléfono y seguí mi camino hacia afuera, tal como lo tenía trazado antes de hablar con él. Me monté en el carro y enseguida tomé la avenida Principal que al final, llegando a la playa me llevaría al Hotel “Punta Palma” que era donde se estaba quedando José Antonio en esa oportunidad. El tráfico estaba despejado, así que en pocos minutos, hacía la entrada al estacionamiento del Hotel. Estacioné en uno de los puestos a los lados de la entrada y esperé. A los dos minutos lo vi salir con su maleta, entonces moví el vehículo hasta allá.

Al verme sonrió. Abrí desde adentro el maletero y él introdujo la maleta, cerró la portezuela y subió al puesto del copiloto.

—¡Hola otra vez! dijo, con la sonrisa de un niño en el día de Navidad, luego que ha abierto el regalo esperado.

— ¡Qué gusto verte! Es la primera vez que agradezco el haber dejado mi “asistente” perdida en algún lugar.

—¿No me digas que lo hiciste adrede? Dije yo, mientras movía mi cabeza en señal de parecerme increíble que así fuera.

— Por supuesto que no, respondió. Aunque si se me hubiera ocurrido, no habría motivo para sentirme mal por eso, y soltó una carcajada que le dejaba ver la alegría de forma completa en su semblante, cosa que hasta ahora no

había apreciado de una manera tan clara.

—¿Y Andrés? Pensé que vendrías con él. Me habría encantado verlo. Dijo mientras se acomodaba en el asiento y volteaba a verme completamente, cosa que de alguna manera me inquietaba bastante.

—No me mires tanto. No pude evitar decir eso, como quien busca una excusa para el nerviosismo, mientras pasaba la mano por mi cabeza, cosa que hago cuando realmente no encuentro que hacer.

—¿Por qué te asustas? Sigues estando perfecta. Yo creo que hasta en bata de abuelita de 80 años, te ves bien. Y eran de esas cosas que JAEZ decía, ante las cuales uno no podía negar una sonrisa.

—No estoy asustada, pero me intimida de alguna manera que me veas tanto, es como si estuvieras haciendo una radiografía de mis pensamientos, y te aseguro que no estoy acostumbrada a eso.

Beltrán por lo general estaba siempre con su mirada ocupada en otra cosa, mientras hablaba conmigo. Miraba su celular, el reloj, el periódico, cualquier cosa, pero no me prestaba atención completa, porque total él ya sabía lo que yo le diría (según él) y yo como que me había cansado de expresarle una y otra vez, que no siempre era así, que yo podía estar pensando diferente a lo que él imaginaba. Pero eso, simplemente no tenía cabida dentro de su escenario.

Atravesamos la avenida Principal, y en tan solo 10 minutos, ya estábamos por La Costanera. El tráfico estaba liviano, a pesar de que era viernes y en la noche. Seguimos y en seguida estábamos ya en Barcelona. Le dije: —Por favor toma tú “asistente” y asegúrate de no dejarla nuevamente aquí, porque si eso sucede, ya no te la podré devolver, al menos no personalmente.

En apenas 15 minutos más, estábamos entrando al estacionamiento del aeropuerto internacional José Antonio Anzoátegui. Al llegar, dijo: —Este aeropuerto, tiene los mismos nombres que yo... ¡es genial!

—Pues sí, respondí yo. Y realmente me pareció genial, ya que el nombre de este hombre tan singular, no habría de olvidárseme jamás.

Abrí el maletero desde adentro y le dije: —Bueno, mi misión está cumplida, tú tienes que abordar un avión y yo, tengo que “abordar” la vida que me toca, así que... debo irme.

—Mi avión no sale sino en dos horas y media y tú no tienes a tu galante compañero en casa. Porque según lo que me has dicho, está en una noche de fútbol, con el Señor amigo tuyo, Venancio, ¿no? ese que conocí el día que

cenamos con Andrés.

Me asombraba ver como recordaba cada detalle. Este hombre o tenía memoria de elefante, o realmente había algo que le interesaba... Y me asustaba realmente pensar, que fuera yo. Era una mezcla de miedo con placer, totalmente rara, o al menos desconocida para mí.

— Así que porqué mejor no te bajas, y me acompañas un rato. Puso su mano sobre la mía nuevamente, y en ese momento pensé que: —No debí haber venido, ni decir que me iba.

— Sólo no debí haber venido (me lo repetía en mi cabeza) o arrancar una vez que llegamos sin decir más nada. Sin dar más tregua a que este hombre, cuya mirada se había quedado a vivir clavada en mis pupilas hiciera lo que había empezado a perfeccionar desde que nos vimos... eso de retenerme como quería, aún sin esforzarse mucho.

— Está bien, dije pensando que para mis efectos, era mejor bajarme con él y estar ahí en medio de la gente y no quedarme a despedirme de él ahí en el carro, los dos solos.

Tenía que evitar por cualquier medio que aflorara todo lo que se estaba produciendo en mí, aún sin admitirlo.

Bajamos y al empezar a caminar, él me tomó por mi codo izquierdo, deteniendo mi paso de forma suave. —Valeria... me dijo, nunca voy a olvidar el haberte conocido y estas horas que de forma accidentada o propiciadas por mí, hemos pasado.

Decía eso, y pasaba su mano izquierda por mis cabellos, los cuales eran movidos de un lado al otro por el viento, y él se encargaba de despejar mi cara con su mano. Su roce era suave, casi tierno y yo sentía que el tiempo se había detenido en ese momento.

— Solo te puedo decir pocas palabras, las mismas que me han estado dando vueltas desde que te vi: —Sólo hay un tiempo para amar.

— No sé si así se llamará mi próximo libro, pero es que yo te veo, y son esas las palabras que me produces en la mente.

—Por favor José Antonio... sigamos caminando. Se lo decía casi como una súplica, reconociendo mi total vulnerabilidad ante este hombre que de alguna forma increíble, se había colado por todos mis sentidos. —Recuerda quien soy yo, lo que hablamos esta tarde... Yo no tengo fuerza para esto.

Y sentí que las lágrimas iban a empezar a salir sin ninguna posibilidad de detenerlas. Así que respiré, tomé fuerzas no sé de dónde, y di un paso hacia

atrás soltándome de su brazo.

—Por favor sigamos, o debo correr a mi auto y salir de aquí.

—¡Sí, sí, discúlpame! por favor, no te vayas, respondió él, algo nervioso.
—No quiero importunarte de ninguna manera, y ¡no quiero que llores, por favor! No es mi intención el hacerte pasar un mal rato o una situación difícil. Sigamos.

Y así entramos al aeropuerto. Él hizo su chequeo rutinario y le informaron que el vuelo de las 10:30pm venía con retraso, como todos los vuelos de la tarde de ese día. Dejo su maleta y volvió hasta donde estaba yo, ubicada en uno de los rincones de aquella gran sala.

— Subamos a tomar algo, ven. Y extendió su mano con una naturalidad, que cualquiera podía pensar que éramos pareja... hasta yo misma por un momento dejé correr mi imaginación en cuestión de segundos pensando que si en lugar de estar casada con Beltrán El Grande, como le decía Andrés y mi vida fuera con él, con JAEZ ¿cómo sería mi historia?

Aparté esa idea de mi cabeza, y mientras sacudía un poco haciendo señal de negación, él se fijó que algo estaba pensando y me dijo: —¿En qué estás pensando... en lo mismo que yo?

—¡No! Exclamé yo. Por supuesto que no.

—Pero ¿tú sabes que estoy pensando yo? Y se rió luego de decir esto.

— Yo solo me preguntaba si tomabas café o no, porque yo no tomo.

—A ver ¿En qué estabas pensando tú?

Y fue como si desnudara mi pensamiento por un segundo.

—En nada, respondí.

—A algo le decías que no, en esa cabecita, yo lo vi dijo él sin guardarse nada.

—Si no lo quieres aceptar es otra cosa, pero yo lo vi.

—Ok, tuve un pensamiento contigo, que me pareció una locura, solo eso, y entrábamos al cafetín superior del aeropuerto. Tomamos una mesa y nos sentamos. Pedimos un par de jugos naturales y él se colocó frente a mí.

Miré el reloj, eran las 8:30 pm.

—Tranquila que pronto te irás, dijo él como quien fuera el dueño de mi tiempo. Seguimos conversando y él me preguntaba sobre la inversión en el terreno para el Centro Crecer.

—Te dejé en tu whatsapp un mensaje con mi correo para que pienses bien en la posibilidad de que yo pueda ayudarlos de alguna manera. Igualmente

están los números de mi casa y cualquier cosa que necesites, ya sabes que puedes contactarme cuando quieras.

Se hicieron las 9:15 y una voz anunció que el vuelo donde abordaría JAEZ ya estaba entrando a la pista de aterrizaje. Contra todo el pronóstico realizado del retraso, el vuelo estaba llegando puntual y llamaron a pasar a la sala de espera. Bajamos al lugar de chequeo final y él se colocó de último, dejando pasar a muchas personas antes que él.

—¿Por qué haces eso? pregunté.

—Porque no me quiero ir sin ti, respondió.

Qué forma de responder tenía José Antonio. Era que no me daba espacio para detenerlo o desarmarlo de alguna manera. Así que solo me tocaba una vez más huir de allí.

Él estaba junto a mí y al moverse en la cola, sentía su roce en mi brazo, cosa que ninguno de los dos evitábamos. Yo sólo pensaba en que ya le tocaba irse, pero no me atrevía a mirarlo a los ojos. Cuando sólo faltaban dos personas para que el pasara al otro lado del embarque, se volvió hacia mí, y sin mediar palabras me abrazo con fuerza y ternura a la vez, besó mi frente y volvió a decirme al oído: “Solo hay un tiempo para amar”, yo le besé en la mejilla y lo abracé evitando que las lágrimas salieran como querían.

Nos separamos y por primera vez desde que nos conocíamos, le vi marcharse mientras era yo quien esta vez se quedaba parada viéndole alejarse.

Respiré y dije: —¡Bueno Valeria, despierta! el sueño ya terminó. La puerta de salida más cercana estaba cerrada porque había un inconveniente con alguien en ese momento, así que caminé hasta la próxima, la cual daba precisamente a la puerta por donde estaban desembarcando los pasajeros que venían en el vuelo procedente de Caracas, el cual abordaría JAEZ próximamente. Pero mi sorpresa no pudo ser mayor, al ver salir por esa misma puerta de desembarque a Beltrán y a pocos pasos detrás de él, a Sara. Él al verme, también se desconcertó y me dijo anticipándose a cualquier pregunta:

—¡Quise darte la sorpresa de regresar hoy! Y ahora si serás la mujer más feliz de este mundo. Y seguidamente aparecía Sara detrás, no pudiendo ocultar su asombro.

—¿Qué hace ella aquí contigo, y precisamente hoy, cuando me dijiste que no ibas a regresar?, pregunté yo con palabras entre cortadas, realmente no me

cuadraba nada de aquella escena.

—Y ¿cómo es que llegas en un avión que viene de Caracas si tú estabas en Valencia? Volví a preguntar algo confundida, además de que el tono de mi voz era casi de molestia.

—Todo tiene una explicación amor, me dijo mientras pasaba su brazo por encima de mi hombro y le decía a Sara: —Nos vemos Sara, avísame cualquier cosa.

Yo estaba completamente desconcertada. Por un lado sentía que debía explicar mi presencia en el aeropuerto y por otro lado estaba con cierta intriga por la llegada de mi esposo de esa manera inesperada y con compañía. No sé, había algo que no me terminaba de calzar en todo eso.

Beltrán como quien sale a la arena del juego y pega primero, me dijo:

—Seguro que te llegó alguno de mis mensajes al fin, y por eso viniste a buscarme ¿verdad?

—Porque te estuve enviando varios mensajes que nunca pasaron, según lo que me revelaba mi celular.

—Realmente no me llegó ningún mensaje tuyo, respondí. Es más, yo te llamé como tres veces esta tarde y a pesar de que la llamada si caía, tú nunca me contestaste, mis palabras eran muy pausadas; por un momento llegué a pensar que Beltrán y JAEZ se cruzaron en ese mismo aeropuerto y me pareció tan absurdo todo aquello... Dos hombres tan distintos, a partir de ese entonces con solo una cosa en común, yo.

—En realidad, vine al aeropuerto esta noche, por otra razón.

—No sabía que llegabas hoy, y menos a esta hora... dije esto y me quedé encerrada en mis palabras, pensando en el verdadero motivo que me había traído aquella noche, a ese lugar. Estaba tan metida en mis pensamientos, que por unos segundos no escuchaba a Beltrán, que con insistencia preguntaba:

—¿Cuál fue el motivo que me trajo hasta aquí? A la tercera vez que preguntó, yo reaccioné y me dispuse entonces a dar la explicación:

—Hoy llevé a alguien en mi carro y al bajarse dejó allí su ipad, lo llamé y cómo salía en el vuelo del cual tú desembarcaste, vine a devolverle su aparato, al decir esto, no pude evitar pensar en JAEZ y todo el rato que estuvimos conversando hasta que llegó su hora de abordar.

—Y ¿quién es esa persona? Preguntó Beltrán, como tratando de llenar el vacío y evitar cualquier pregunta sobre él; eso lo entendí luego.

Para él, todo mi cuento había sido providencial, para que me enfocara en eso y no en el detalle de su regreso anónimo y con compañía femenina que supo muy bien desplazar cuando me vio.

—Él es JAEZ un escritor famoso, que conocí hace un par de días en la librería de mis amigas, le dije pensando que realmente hacía tan poco que lo conocí, y era tanto lo que yo había descubierto acerca de mi misma desde entonces.

Ya estábamos cerca de mi vehículo, por tanto hice sonar la alarma para abrir los seguros. Al estar parados frente al maletero, me di cuenta que Beltrán traía una maleta extra con él. Su equipaje era suficientemente grande, como para soportar en la parte superior y solapada a su mango estirable, otro pequeño equipaje gris muy elegante, pero que sin duda era de una mujer. Él no se percató que yo me había fijado en dicha maleta y con toda naturalidad la metió al auto.

Nos embarcamos, y por supuesto, yo le cedí el lugar para que manejara, porque en el mundo de Beltrán, sólo él conduce, y no hablando nada más de vehículos, sino es quien dirige hacia donde van todos los que como yo le acompañaban.

Arrancamos y volvió a insistir en que le contara más de lo que había hecho en los días de su ausencia, como si realmente le importara, preguntaba y preguntaba.

—Ya sabes, atendiendo el Centro Crecer, llevando a Andrés de un lado a otro... todo normal; y no di detalles sobre mis encuentros con José Antonio,

ni ningún otro de mis pensamientos.

—¿Y qué escribe el tipo del ipad? Preguntó. Como tratando de mantenerme ocupada, para que no preguntara más nada, sobre él y su viaje.

—Escribe novelas y realmente es famoso, todo el mundo las lee, tanto aquí como en otros países. Y al decir esto, sentí como una especie de orgullo desconocido para mí hasta ese momento. Le estaba hablando de JAEZ a mi esposo, y me sentía muy agradada de contar de sus virtudes, las que tampoco sabía que ya había internalizado.

—A ver... y cuéntame, dime uno de sus libros que haya escrito que sea famoso. Insistió mi esposo, tomando a JAEZ como el salvoconducto perfecto para salir de aquella inexplicable casualidad de haberlo encontrado aquella noche en el aeropuerto, cuando su retorno era en al menos 24 o 48 horas sucesivas, tal como el mismo lo había dicho aquel mismo día.

—El Silencio de Julieta, contesté. Esa es una de sus novelas más vendidas, yo la acabo de leer.

—¡Ah ya me imagino como es...! Seguro que es una de esas novelitas cursis y rosas, que hacen pensar a las mujeres que siempre vendrá el príncipe azul a cumplirle todos sus deseos y ellas podrán vivir eternamente felices para siempre.

—Eso como que es lo que vende, o al menos lo que le gusta a la mujeres, que son finalmente las que terminan comprando ese tipo de basura mediática.

—Me imagino al tipo, que será todo un Don Juan y con muchas fans moviéndose de un lado a otro.

—Estos escritores de ahora, parecen más extras de películas que otra cosa. Esperan cualquier oportunidad para aparecer en todos lados y haciendo cuánto malabar sea posible a nivel de las redes sociales, para mantenerse a flote, porque al final están en bancarrota y lo que escriben es simplemente basura que a nadie interesa.

—En su novela, empecé a decir yo el príncipe azul es un desgraciado, que merece ser llevado a la silla eléctrica. Esas palabras salieron de mi boca lentamente, pero con una pasión inexplicable para mí.

—Él no escribe la “basura mediática” que dices. —Es un hombre que se toma su trabajo bien en serio y no anda por ahí cazando solamente fama.

Realmente me molestó la descripción que Beltrán estaba haciendo de JAEZ, más aún sin conocerlo y haber leído nada de su trabajo.

Nos detuvimos a pagar el ticket del estacionamiento, y al momento de

hacerlo se volvió hacia mí y me preguntó:

—¿Y tú como lo conoces tanto? Pareciera que has leído todas sus novelas y tienes mucha información sobre su vida.

—¿Eso de dónde salió?

—De ningún lado, respondí. Lo conozco, porque como ya te dije, nos vimos estos días en la librería y además traje su ipad hasta acá.

—Sus novelas son buenas y profundas, ya leí el último, perdón, penúltimo libro y tengo el que recién bautizó pendiente para leer. Por eso te digo, que estás haciendo juicios de valor sobre alguien que no conoces y eso no me parece.

—Ese nombre... el de la tal Julieta que mencionaste... me suena. Empezó a describir su portada y efectivamente hablaba de “El Silencio de Julieta”.

Yo estiré mi brazo izquierdo hacia atrás y tomé mi ejemplar que lo había traído conmigo y se lo enseñé.

— Este es el libro del cual tú estás hablando, le dije con algo de regocijo en el fondo.

—¡Exactamente, ese es! Es como el arroz blanco, en todas partes está. Tanto en Valencia, como Caracas... dijo eso y sus palabras salieron, por error, pero ya estaban dichas.

—¿Caracas? Pregunté yo.

—Caracas, si, respondió él. Tuve que tomar el vuelo en Caracas, porque en Valencia no salía sino hasta mañana en la tarde.

Beltrán tenía una habilidad única para expresar lo que quería decir, de la manera correcta, aún sin que fuera verdad.

Podía engañar con la frialdad de una serpiente y fingir que sufría el dolor más grande, el de una madre ante la muerte de su hijo, y ambas escenas las representaba con total naturalidad y perfección. Claro, eso yo no lo sabía en ese entonces. Me pareció adecuada su explicación, pero en el fondo, había algo que no me terminaba de cuadrar en todo aquello.

Cuando llevábamos como diez minutos rumbo a nuestra casa, volvió a preguntar:

—¿Y eso que viniste para acá tan lejos, sola? ¿Por qué no te hiciste acompañar ni de la Bella Vivian, ni del enano? y hablando del enano... ¿dónde está que no vino contigo? Era increíble, teníamos alrededor de media hora que nos habíamos encontrado, y ahora era cuando Beltrán, “Beltrán El

Grande” había preguntado por su hijo.

—Andrés... no el enano, e hice hincapié en su nombre. Recuerda que no le gusta que le digamos así; ya no, él está creciendo. Está con Ernesto y Venancio viendo la final del futbol español en Replay.

—Te estuve llamando insistentemente esta tarde, precisamente para consultarte si él podía quedarse a dormir allá, pero nunca me respondiste.

—Y mi mami, tenía reunión con sus amigas esta tarde, ya sabes las de su iglesia.

—¿Por qué nunca contestaste mis llamadas? Pregunté.

—No las oí, contestó él con el mayor desenfado y despreocupación posible.

En su mundo, nada de lo que él decía, se ponía en duda. Ya él había dicho que no las había oído, en vano era insistir de mi parte, porque no iba a conseguir ninguna otra respuesta. Me acomodé en mi asiento y me fui quedando como sin fuerzas. Mi mente empezó a recordar todo lo que había ocurrido en las últimas 48 horas, todo tan rápido, todo tan bello, todo tan mágico... y todo tan absurdo al intentar hablar con alguien para quien mis palabras no tenían ningún valor, ni mucho menos sentido.

Me sentí como si venía al lado de alguien, que solo estaba teniendo un monólogo y en el momento que él quería, el telón del teatro podría bajar y acabarse la función, hasta que él mismo determinara cuando comenzar nuevamente.

De pronto él volvió a hablar.

—Los papeles del Banco... ¿se los entregaste por fin a Beatriz, la gerente?

Yo estaba perdida una vez más en mis pensamientos y no le seguí con atención, así que tuvo que volver a preguntar.

—Valeria... ¿Qué si le entregaste los papeles a Beatriz la gerente del banco?

—Ah ok... disculpa contesté. — No te había escuchado bien.

—Sí, los papeles los entregué tal y como me lo pediste; el expediente ya está completo. El próximo lunes, en dos días, tienes respuesta sobre tu crédito. Eso fue lo que me informó la Sra. Beatriz.

—Estás como distraída... ¿no? Preguntó o más bien pensó en voz alta, porque no esperó a que yo le respondiera.

—Yo solo pensé... no estoy distraída, me acabo de dar cuenta de que lo

que estoy es deprimida. Y ese descubrimiento hizo una explosión letal en todo mí ser.

—¿Cómo era posible que la mujer más feliz del mundo, estuviera deprimida? O sería que ¿esa mujer, la más feliz, no existía o nunca existió y solo era la creación en la imaginación de Beltrán, quien me había hecho a mí partícipe de tal engaño al punto de creérmelo?

Esos pensamientos empezaron a pasar una y otra vez por mi mente, así que preferí quedarme en silencio, antes de decir cualquier incoherencia que pudiera molestar a mi esposo.

Seguimos andando y ya casi entrando a Lechería, el teléfono de Beltrán repicó. Era Sara. Nuevamente Sara, aparecía en la escena. No fue suficiente con venir en el avión con él, sino con tener que llamar y hacer sentir su presencia nuevamente.

Él contestó con naturalidad y le respondió afirmativamente a lo que ella preguntaba.

—¿Sí, si claro! Me parece perfecto. No podemos perder esa oportunidad, le escuché decir mientras llegábamos a la entrada de nuestro conjunto residencial.

—En media hora más o menos nos vemos. Colgó la llamada, entramos hasta nuestro estacionamiento y bajamos directo a la casa, olvidando las maletas en mi vehículo.

—Debo volver a salir, dijo. Si quieres me puedes acompañar. Estas últimas palabras dicha en un tono que me sugería más bien, ni se te ocurra decir que quieres venir.

—Sara me ha indicado que se encontró a Lucio Morantes en el Mare Mares, que es el hotel donde se está quedando (bien cerca de aquí) y estamos muy interesados en conversar con él. Mientras estuvimos en Valencia no coincidimos y ahora, casualmente la suerte me lo ha puesto en bandeja de oro. —Él va a ser uno de los inversionistas en el nuevo proyecto que tengo, ¡si señor!

—Así que quedé con ella en vernos en un rato, ya que Lucio hizo lo mismo. Será un encuentro de esos que ya sabes, de pasarla bien, de tomar unos tragos y de concretar alianzas.

El simplemente había empezado a enumerar las cosas que precisamente no me gustaban para nada. Esas reuniones frías en las que cada quien presumía de lo que tenía y las mujeres si era que estaban presentes, solo

ostentaban sus joyas o sus cuerpos de mentira.

—Creo que mejor no vas, terminó diciendo y yo aún sin decir nada, sólo observando aquella escena que me pareció patética. Él había decidido que iba y que luego, según su parecer, no iba. Era como el rey, decidía quien vivía y quien moría...

Sólo asentí con la cabeza y preferí no decir nada, era como si toda mi realidad me estaba aplastando en ese momento. Subimos hasta la habitación y él se quitó el saco que traía puesto, lo dejó sobre la cama y me abrazó por la espalda, empezando a pasar sus manos sin ningún reparo por mi cuerpo. Empezó a besarme el cuello y yo, como pude me aparté de él.

—¡Vamos nena! tu felicidad está aquí... así que aprovéchala.

—Tienes una maleta demás... dije yo, en voz baja, pero con la necesidad de que me explicara de quien era.

—¿Una maleta extra? Dijo Beltrán, quedándose pensativo por un momento.

—Esa maleta es mía, dijo y empezó a quitarse la camisa. Diría que estaba más bronceado que cuando había salido de casa al inicio de la semana.

Su cuerpo perfectamente tonificado, quedaba al descubierto y de pronto vi su mirada, que simplemente decía de lo que él tenía ganas, pero de lo que ahora yo, si estaba segura que no quería.

—Voy a ducharme, dijo. ¿Me acompañas? preguntó.

—No respondí, voy a bajar al carro a buscar algo.

—Como quieras, dijo estando ya completamente desnudo y caminando hacia el baño.

Yo bajé y sentí que mis piernas temblaban. En otra ocasión cualquiera, yo hubiera entrado a la ducha con él, tan pronto lo insinuara, porque así funcionaban las cosas entre nosotros. Él decía que quería, y simplemente yo lo complacía.

Tan pronto empecé a bajar los escalones, mis lágrimas también comenzaron a bajar por mis mejillas. Eran las 11:15 pm y mi esposo me decía que iba a salir y que era mejor quedarme, y yo estaba allí como desenfocada, sintiéndome nada y extrañando a alguien que me había hecho sentir de alguna manera remota, que yo le importaba.

Mi celular en el bolsillo trasero de mi pantalón, de pronto hizo un temblor, avisando que había entrado un mensaje. Pensando en Andrés, saqué el cel y al ver la pantalla, era un mensaje en whatsapp de parte de JAEZ, que

decía:

“Estoy entrando a Caracas, el mundo es diferente sin verte a ti. Gracias por la compañía de hoy”.

Sólo alcancé a decir: —Gracias a ti. Y nada más.

Era demasiado absurdo todo. Llegué al carro nuevamente, abrí de las puertas traseras y saqué una carpeta que tenía allí y el libro “El Silencio de Julieta”, cerré nuevamente la puerta y cuando ya me disponía a entrar a la casa, recordé la maleta pequeña que traía Beltrán...

Con mano temblorosa, abrí el maletero y saqué el pequeño equipaje. Lo traje conmigo hasta la habitación y lo coloqué al lado de la cama. Ya Beltrán estaba por salir de la ducha. Una toalla a nivel de su cintura y otra en la mano, secándose su abundante cabello.

Al verme sonrió y dijo: —Mientras yo voy a mi cita de negocios, tú ve por el enano, o que Venancio lo traiga. —Ya sabes que lo mío, me gusta tenerlo en casa.

—Yo le di permiso para quedarse en casa de Ernesto, por favor no me pongas en ese dilema de ahora contradecirme. Mi voz era casi un hilo, realmente agradecía que Andrés no estuviese allí. Sentía que la vida se me estaba cayendo a pedazos y no lo quería a él, de testigo ante eso.

—A ver querida... de las palabras que te dije ¿cuál parte no has entendido?

—Todo lo he entendido, respondí, solo que... no me parece...

—Tú no estás aquí para que te parezca o no, nada. Tú estás aquí para ser feliz conmigo, porque yo soy feliz contigo.

—Así que trae al enano y todo está bien y en orden. Lo dijo y me dio un beso en la mejilla, mientras caminaba hacia el vestier para escoger su atuendo de aquella noche.

Sacó un pantalón de dril azul marino, una camisa manga corta blanca de lino, sus zapatos mocasines casuales en tono cuero oscuro. En pocos minutos estaba perfecto. Dejó que el secador con aire caliente terminara de secar sus mechones mojados y terminó.

Cualquier mujer que viera aquel hombre, sin imaginarse como era en su interior, podía suspirar nada más verlo, pero en ese momento, me parecía tan desagradable, que realmente me costaba mantenerme tranquila como siempre.

—No voy a buscar a Andrés a esta hora, porque ya estará haciendo los planes para dormir con su amiguito.

—No me contradigas Valeria, ya sabes que las cosas no funcionan así.

—No te estoy llevando la contraria por gusto Beltrán, te pido que por favor, dejes a Andrés terminar su noche con su amigo, tal como lo pidió él, inclusive el propio Venancio.

—Si hubieras estado aquí, estarían los cuatro juntos, los dos padres, con los dos hijos.

—Reproches no, querida, eso si no está en tu libreto. Tú no estás diseñada ni para reclamos, ni para escenitas de víctima. – Tú eres, la mujer más feliz del mundo, porque vives conmigo y para mí; y eso no hay nadie ni nada que lo cambie.

—No estoy en plan de reclamos, ni mucho menos de escenitas fuera de lugar Beltrán, te estoy pidiendo, que dejemos a Andrés pasar su noche cual lo acordado. Tener dos opiniones frente a los muchachos...

—Ya sé, me cortó. Ahora hablarás de todo lo que sabes sobre el aspecto emocional y psicológico de los muchachos y toda esa retahíla de cosas que conoces sobre los niños anormales y su mundo absurdo.

—No son retahílas Beltrán, son verdades y principios que se cumplen no solo en los muchachos, sino en los adultos también. Si uno dice una cosa y luego dice otra, sin ninguna razón deja de tener credibilidad ante los demás, y en este caso sería ante nuestro hijo.

—Bueno, está bien, por esta vez te lo acepto. Habló el rey, pensaba yo para mis adentros.

—¿Y esta maleta? Dije yo, señalando el pequeño equipaje que había colocado al lado de la cama.

—Esa maleta, ¿qué? Dijo él.

—¿Qué hacemos con ella? ¿La desempaco junto con la otra?

—¿Sabes qué? Dijo él. Mejor dame esa maleta y no la desempagues ni nada, hazte de cuenta que no la viste y listo. – Ahora tengo que irme.

Había una gran tensión entre los dos aquella noche. Beltrán no estaba acostumbrado para nada a que se le contradijera, y mucho menos a que se le hicieran preguntas que no estaba dispuesto a contestar.

—Mira Valeria, vamos a ponerlo a blanco y negro, dijo el, mientras se acercaba y me miraba fijamente con aquellos ojos que eran bellos, pero que en aquel momento reflejaban una frialdad que me asombró.

—Tú eres la mujer más feliz del mundo, así que síguelo siendo. –No me contradigas, no preguntes tanto, no intentes ni siquiera amargarme un minuto

de mi día, porque si no, todo sería un prelude del infierno, y tú no quieres eso, ¿verdad querida?

—¿Tú me estás amenazando Beltrán? Pregunté yo, con el más profundo asombro.

—No querida, te estoy ubicando en tu feliz realidad. Contestó él, tomando la maleta, dándome un beso en la boca y saliendo de la habitación.

Yo me quedé parada sin ninguna reacción y a los dos segundos volvió a entrar diciéndome:

—Espérame con esa ropita negra que me gusta, esta noche te haré olvidar todas esas cosas que tienes dando vueltas en tu cabeza. Me lanzó un beso en el aire y se fue.

—Eran las 11:40 pm de aquel día, que había sido largo y extraño. Un día en el que había sido besada por dos hombres, en diferentes momentos, por primera vez en toda mi vida.

Un día en el que había escuchado de forma repetida las palabras: “Solo hay un tiempo para amar” y ahora sentía que yo necesitaba ese tiempo, pero que para mí como que no estaba destinado. Me llegué a sentir como la Julieta del libro de José Antonio, y por primera vez vi la cara completa de la infelicidad que me rodeaba, esa a la cual yo había puesto disfraz por tanto tiempo.

Me empecé a desvestir y busqué como ropa de dormir, la indicada por mi esposo. Era como siempre había sido, y todo funcionaba “bien” así. Me fui colocando esa pieza y no pude evitar comenzar a llorar; fue una especie de dolor profundo que empezaba a aflorar desde lo más profundo de mí ser. Esa noche comprendí que ese hombre, que yo consideraba un tanto frívolo y egocéntrico, simplemente no me amaba y lo peor, era que había descubierto que yo tampoco le amaba a él.

Cuando tomé mi pantalón para colocarlo en el cesto de la ropa sucio, sentí la vibración nuevamente. Era otro mensaje de José Antonio: “Ya en casa... no has estado aquí, pero aquí se te extraña”.

Tomé el teléfono en mis manos, como quien se está asfixiando y algo de aire empieza a entrar por sus pulmones, y respondí:

—Qué bueno, que llegaste bien y sin retraso. Que descanses.

—¿Regresaste bien a tu casa? Preguntó él de inmediato.

—Regresé, mi esposo estaba bajando del vuelo al que tú subías.

—Y ¿qué tal, no me digas que tuviste un disgusto con él, por mi causa?

—No, tranquilo, nada ha sido por ti. Más bien, fuiste la excusa perfecta y preferida de la noche para evitar la realidad.

—Pero... ¿estás bien? Preguntó el, algo preocupado.

—No, no lo estoy, respondí.

—¿Y él está contigo allí? Volvió a preguntar.

—No, él acaba de salir, dije yo.

—¿Salir?... ¿A Esta hora?... ¿Acabando de llegar?

—Disculpa que haga todas estas preguntas ¡qué pena! Pero me parece como extraño ¿no?

—Está en una de esas reuniones de negocios, en las que hay tragos de por medio. No me atrevía contarle lo de Sara, me dio vergüenza; en el fondo me sentí como Julieta, la del libro, la de la tristeza, como Julieta la que se lanzó al vacío.

—Ya comprendo, dijo él, como tratando de justificar lo injustificable.

—¿Y Andrés? Preguntó JAEZ.

—En la casa de su amigo, contesté.

—Es decir que... ¿estás sola?

—Sí.

—¿Puedes ver el cielo dónde estás?

—Si abro la cortina, sí.

—Entonces ábrela, y observa la magia de esta noche. Aunque creas que todo puede estar oscuro, así como la noche, encuentra alguna estrella que brille y piensa que de la misma manera eres tú. Puedes seguir adelante, con todo lo que sea. Te digo esto, porque aunque no dices nada, percibo que hay una enorme carga sobre tus hombros esta noche.

—Así es, respondí.

—No quieres contarme.

—No, volví a decir.

—¿Viste la noche?

—Estoy en eso...

—Ubicaste al menos una estrella.

—Muchas, dije, en voz muy baja (aun en texto).

—Entonces ya tienes suficientes ejemplos de cómo superar la más profunda de las oscuridades.

—Descansa, dijo él.

—Así lo haré, dije yo.

Al cabo de dos horas Beltrán volvió a la casa, y tal como dijo antes de salir, venía por lo que estaba pendiente...

Sus sentidos estaban algo alterados por el alcohol, así que prefería no llevarle la contraria, y dejar que él hiciera todo lo que iba a hacer conmigo, siguiendo también sus instrucciones en eso.

Él se durmió, y yo vi llegar el amanecer con lágrimas de tristeza que bajaban por mis mejillas. No había cerrado la cortina, luego de ver la noche, por tanto, la luz del día se colaba por esa rendija que quedó abierta allí. Quizás en el fondo JAEZ tuviera razón, y en medio de la más densa oscuridad podía llegar la luz.

Ese día comenzaba y yo no sabía cómo asumirlo. Por primera vez en mi vida, no sabía ¿qué hacer? Siempre todo estuvo en su lugar, un sitio para cada cosa, todo perfecto en mi vida feliz. Y ahora descubrir que no era así, era una realidad que a la primera que golpeaba era a mí.

Veía a Beltrán a mi lado, plácidamente dormido, entre sus ronquidos que si no me dejaban dormir bien, tampoco era algo que perturbara mi vida, todo se veía aparentemente normal... Contemplé a aquel hombre con quien había compartido los últimos 13 años de mi vida y entender que realmente no era lo que yo pensaba, oirme convenciendo que era lo que yo en el fondo imaginaba y no nunca lo quise asumir, no era nada fácil para mí.

Tenía dos opciones, una, la más fácil, fingir que no había pasado nada (como otras veces) y seguir con mi vida en orden, levantarme y acomodar mi máscara de mujer feliz y enfrentar al mundo con las ganas de hacer llevadero el mundo de mi esposo y el procurar una vida realmente plena, para el único ser que creía de verdad en toda esta historia, Andrés.

Y pensando en Andrés, miré el reloj sobre la mesa de noche y vi que ya iban a ser las 6:00 am y como sería natural, debía estar buscándolo como a las 8:00 am. Me di cuenta que el llanto había dejado huella en mí, puesto que sentía mis ojos realmente pesados, por lo que supe que estaban hinchados, así que opté por levantarme y meterme a la ducha. Tenía que de algún modo, recuperar el semblante para recibir a mi hijo, como siempre, entera y feliz. Pensaba que la vida de él, no tenía por qué verse afectada por mí recién descubrimiento sobre mi propia vida.

Estuve alrededor de treinta minutos bajo la ducha, sintiendo como el agua quitaba los restos que sobre mi cuerpo había dejado el uso de una pasión gastada y que ahora entendida, que no tenía nada que ver conmigo, sino que

más bien me lastimaba. Era realmente triste sentir que alguien me usaba y simplemente lo demás no importaba.—

—¿Qué era yo? Me preguntaba.

—¿Un objeto más, en la colección de Beltrán Méndez? Algo que sirve para cumplir una función en un lugar, que puede usarse, removerse y guardarse cada vez que él quería...

—¿Acaso no había sido esa la vida de Julieta, la del libro... la de JAEZ?

El hacerme estas preguntas terminaba por abrir el abismo, por el que había empezado a descender. Cuando estaba allí hundida en la profundidad de mis pensamientos y del agua que ya había rebosado la tina y a mí con ella, sentí que Beltrán se levantó y entró al baño.

—Buenos días nena... ¿Cómo amaneció la mujer más feliz del mundo?

Sentí que estaba allí a unos pocos metros, frente al espejo de nuestro lavamanos doble, y me quedé inmóvil. Era increíble, pero para él, no había ocurrido nada. Ni que había llegado en un vuelo anónimo con Sara, cuando yo no lo esperaba, que tenía un equipaje que era de ella, que me habló sobre mi posición en su vida, su salida cuando quiso y vuelta igual cuando le pareció mejor, y más aún el desencuentro sexual que habíamos tenido recientemente, porque si antes no era que sintiera mucho placer, ahora sentí que era una verdadera pesadilla cumplir todas sus demandas en ese sentido.

Lo único que pedía desde que comenzó, era que acabara, por eso no dejé por fuera ninguna de las cosas que le gustaban, porque era la única forma de que se terminara ese episodio, yo lo sabía, así que para qué darle más largas.

Y ahí estaba yo, obligada a responder con una expresión feliz, ante la sensación de una vida rota.

—Buenos días, respondí. Sin más palabras, ni ninguna otra expresión.

Tenía los ojos cerrados, abandonada en la bañera... que no me di cuenta cuando él llegó y también se metió a la ducha conmigo.

Abrí los ojos lentamente y le contemplé.

Sonreía como si estuviéramos en el mejor de los días.

—Te voy a compensar por estos días de ausencia, me dijo, y se aproximó hasta mi cara, con todo su cuerpo encima del mío. Empezaron los besos nuevamente, y él decía palabras de amor que yo ya sabía que no sentía. En ese momento, empecé a sentir que sólo quería salir corriendo de allí.

No sé cuánto deseé que parara, pero lo cierto y como algo de la Providencia, de pronto el saltó diciendo:

—¡Ayyyyy, que mal momento... para un calambre! Cuando él entrenaba mucho, era propenso a que los calambres le dieran con frecuencia. Extrañé que ese fuera el motivo, porque no pensaba que en el viaje reciente del cual acababa de volver, hubiera entrenado, pero con él no se sabía. Su cuerpo era el templo de su vanidad, por tanto, tampoco era descabellado pensar que aún en el fin del mundo hubiese estado entrenando. Lo cierto que ese calambre, fue una pronta respuesta a mis ruegos silenciosos, en medio del torbellino de mi mente aquella mañana.

Como pude salí de la bañera, me coloqué la bata y busqué una toalla para que él se secase y saliera también.

Su pié estaba tan afectado por el calambre que la planta estaba algo de color morado o violáceo.

—Apóyate en mí, le dije, mientras él se envolvía en la toalla.

Caminamos hasta la cama y allí se tumbó unos minutos. Colocó sus piernas hacia la cabecera de la cama y las levantó, y así fue pasando el calambre. Él sabía qué hacer en cada situación, como atleta experto no había nada que lo detuviera.

—Podemos terminar aquí, lo que empezamos allá, me dijo, mientras tiraba de mi bata.

—En un momento debo ir a buscar a Andrés, le respondí. Así que mejor me voy preparando.

—No me siento bien, dije, como dejando por sentado que no estaba en condiciones de continuar con lo que él había empezado (no yo).

—¿Qué te ocurre, amor? ¿Te sientes mal, de qué?, su expresión era de sorpresa. No había nada que entorpeciera nunca sus planes, ninguna molestia mía o indisposición habían impedido ninguno de sus deseos o caprichos.

—No sé, creo que me va a dar gripe o algo así... lo cierto es que me siento mal. Volvía a repetir, mientras sacaba de los cajones la ropa interior.

Caminé al vestier y allí me vestí. Realmente no quería su mirada sobre mi desnudez.

Salí con una ropa deportiva puesta y los cabellos mojados. Al pararme frente a la cama nuevamente, él me dijo:

—¿Y los cabellos no te los vas a arreglar para salir? Creo que estás algo...

—Al regreso de buscar a Andrés me arreglaré mejor, por ahora, salgo así. Salí de la habitación, atravesé la cocina y encendí la cafetera para que él

tuviese su café al bajar.

Realmente lo que quería era alejarme de allí. Eran las 7:15 am. Le envié un mensaje a Andrés, preguntando que si ya estaba listo para ir a buscarlo.

Pasaron como cinco minutos, y ya había salido de mi casa.

Andrés respondió: —Como en media hora Ma' recién nos estamos levantando.

Salí hasta la avenida principal y bajé hasta la playa, que a esa hora hacía honor completo a su nombre “Mansa”, parecía un lago, no se dejaba ver oleaje, era como una gran calma sobre ese inmenso espejo de agua. Me bajé del carro y llegué hasta la orilla, sintiendo la brisa cálida y deteniéndome a ver la inmensidad. Esta era una sensación que me gustaba mucho experimentar, pero que raras veces me daba el lujo de sentir, debido a que siempre estaba ocupada entre los hombres de mi vida. Ahora, uno me esperaba en unos minutos, y del otro solo quería huir, al menos en aquel momento sentía eso.

Al bajarme del vehículo metí el celular en uno de los bolsillos de la chaqueta de mi conjunto deportivo y de pronto sentí una vibración, que me recordó que la luz pasaba mejor dentro de la oscuridad. Era JAEZ.

—Espero que las estrellas de la noche puedan alumbrarte también el día.

—Creo que este es un buen momento para que leas mi último libro.

—Cuando lo escribí, no estaba muy de acuerdo con que fuera para la venta, ya que más bien era como una reflexión a partir de lo vivido con Julieta en mi libro anterior, pero hoy comprendo, porque si debí sacarlo a la luz.

—No es mi tipo de escritura normal, pero pienso que puede servir de referencia para momentos como este.

—Las estrellas no se ven de día, respondí.

—No se ven, pero existen, contestó él inmediatamente.

—Hace años, pensaba que era imposible reponerse de un corazón lastimado, y ya ves, sigo vivo y lo mejor, contento.

—No tengo un corazón lastimado... -tengo la vida rota-, pensé, pero no lo escribí.

—Claro, como tendría el corazón lastimado “La mujer Más Feliz del Mundo”...

Cuando leí esas palabras, sentía rabia y dolor a la vez.

—Creo que no es buena idea esta conversación, respondí y volví el

teléfono a mi bolsillo.

Pensaba: —¿También JAEZ vendrá con esas palabras? que se habían vuelto un “cliché” barato en mi vida, y que hoy me hacían sentir como una verdadera ilusa...

Sentí que entraron dos, tres, cuatro mensajes de seguido, pero no volví, ni a leerlos y mucho menos a contestar nada. Me quedé ahí, parada viendo el mar, ese mismo mar, que el día anterior había visto con José Antonio desde el cerro que podía divisar también desde donde estaba. ¡Cuántas cosas habían pasado en tan pocas horas! Y las que estaban por venir, ni siquiera las imaginaba.

Pasaron algunos minutos, y recordar a Andrés me hizo volver en sí. Me metí al carro nuevamente, y me dispuse a conducir hasta la casa de Venancio. Tan pronto como subí, mi cel empezó a temblar nuevamente, esta vez era una llamada entrante. Era Beltrán.

—Por favor, querida, tráeme de los pastelitos que me gustan para desayunar, y además trae provisiones para la cava; quiero que vayamos de pesca. Dio la orden, y simplemente colgó.

Así eran las cosas en nuestra vida. Ya tenía la instrucción, así que iría por Andrés y lo que necesitaba mi esposo. Parecía que no tenía otra opción, sino regresar al ritmo normal de mi vida.

El teléfono volvió a repicar y sin ver quien era, presumí que era Beltrán nuevamente, así que dije:

—Sí ya sé, espinaca con ricota, queso crema con pechuga de pavo y el jugo natural y agua sin gas, para tu cava. -Luego de que recoja a Andrés, voy para allá.

—Bueno, no sé si podrás traerme eso hasta aquí, pero si quieres... ¡No, que va!, no me gusta para nada la ricota. Y luego sentía una carcajada. Era JAEZ que sin ningún pretexto válido, había repicado a mi cel y yo sin mirar siquiera quien era, simplemente contesté.

—Perdón, no sabía...

—Tranquila Valeria. Solo quería que supieras que lamento mucho si lo que te escribí te cayó mal.—Sé que la ironía no es buena, y mucho menos si tu ánimo está como lo percibo. —De verdad, perdóname. Insistió José Antonio.

—Tranquilo, contesté. Estoy tan acostumbrada a escuchar esas palabras que... ¡No! ¿Sabes qué? que si me cayeron mal... estoy harta de escuchar eso, porque simplemente descubrí que era una mentira. Y sin más,

simplemente rompí a llorar y luego colgué.

Al otro lado de la llamada, JAEZ se quedó con el teléfono pegado a su oído, lamentando muchísimo que yo estuviera así.

Volvió a repicar una y otra vez a mi teléfono y ya no volví a tomar la llamada. Al cabo de un rato, solo escribí por mensaje: —Voy a buscar a Andrés y luego a casa, no puedo seguir conversando.

—No quise importunarte, respondió JAEZ. — Espero que si quieres, tú me contactes para hablar, espero realmente que sea así.

Llegué a buscar a Andrés, quien salió con una gran sonrisa. Nos dimos un abrazo de esos que quitan las tristezas y una vez en el carro me dijo:

—¿Mami que te pasa hoy? Siento que estás diferente.

—Será por el cabello, dije.

—No, por el cabello sólo te pareces a la chica de la película “Valiente”, pero ya sabes que me gustas más así que cuando lo llevas todo liso, como le gusta a mi papá.

—Me refiero a otra cosa, dijo, es como si estuvieras triste... no sé, hay algo en tus ojos....

—¡Wow! Realmente Andrés me conocía. Aunque lo hinchado ya había bajado, lo que ocurría en mi interior, salía por mis ojos, sin poder evitarlo.

Me acerqué a él y le di muchos besos en su cabeza.

—No pasa nada, cariño, no pasa nada, dije tratando que esas mismas palabras hicieran un efecto en mí.

Fuimos luego a la panadería y compramos todo lo necesario para el desayuno de Beltrán y el resto de las provisiones que necesitaría para llevar al día de pesca.

Andrés se emocionó al pensar que saldría en el yate con su padre, le gustaba mucho el mar y todo lo que él representaba. Tenía su traje de buceo, disfrutaba el mar a plenitud, así que ese sería un buen día para él, además de estar en compañía de Beltrán, que realmente eran pocas las veces que esto ocurría.

Al llegar ya él estaba preparado. Vestía unos bermudas blancos, una camisa azul con dibujos de palmeras en relieve blanco, sus zapatos diseñados para el agua y su gorra. Las cañas estaban listas y todo lo necesario para una pesca efectiva. Aunque él no estuviera en casa, yo me encargaba de que todo lo que necesitara para hacer lo que quisiera lo tuviera oportunamente, tal como ahora. Ya él había llamado a uno de sus muchachos para que bajara la

lancha y estuviera lista en la marina.

Andrés entró y saludó a su papá, abrazándolo. Era increíble que ya le llegara por los hombros. Verlos juntos era un cuadro digno de admirar. Cualquiera al verlos creería realmente que eran parte de la familia más feliz del mundo.

—¡Hola campeón!, saludó Beltrán a su hijo.

—¿Pa' fuiste a la playa? ¡Estás bronceado! Dijo Andrés con la inocencia de un niño. Eso me hizo volver a la realidad y salir del encanto de verlos juntos. Recordé el día anterior, mejor dicho la noche anterior y toda la extraña sensación que me dio al verlo salir de aquel avión con Sara.

—Tienes quince minutos para estar lista, mientras yo desayuno, me dijo. Ya la lancha está en la marina, así que debemos darnos prisa. Igual tú enano, cámbiate y busca todo lo necesario.

—¡Hoy será un gran día! Dijo Beltrán sentándose a comer su desayuno.

—Prefiero no ir, dije yo. El abrió sus ojos extrañado.

—¿Cómo que no vas a ir? -Sabes que tienes que hacerlo.

—Ya te dije, me siento indispuesta.

—Y quien se encargará de servirnos y atender a Andrés cuando quiera hablar mientras yo espero que “piquen”. – Té eres la que sabes dónde está cada cosa. – Necesitamos que vayas. Hizo énfasis en estas últimas palabras, y ya estábamos acostumbrados a que cuando él las decía, todo lo demás tenía que hacerse para calmar su necesidad.

—Para evitar cualquier inconveniente, accedí, como en piloto automático (así había sido mi vida hasta ese momento, lo único diferente era que recién comenzaba a darme cuenta).

—Voy a cambiarme, dije. En unos minutos estaré lista.

—¡Esa es mi nena! Dijo Beltrán, en señal de que su mundo estaba bien, como tenía que ser.

A los pocos minutos bajé. Traía puesto conmigo un vestido largo blanco con relieves azul marino, con aberturas en forma de óvalos tanto por delante como por atrás. Un traje de baño puesto debajo, sandalias para la playa y un sombrero en paja natural con una cita blanca que colgaba como al descuido.

—¡Ves Valeria, eso era lo que te hacía falta... que te animaras! Dijo Beltrán como seguro de que todo mi malestar era por y simplemente por él, por no haberlo tenido esos días conmigo.

—Sé que mis ausencias te “matan”, pero ya sabes, yo siempre vuelvo,

aquí estoy. Se levantó de la silla donde estaba sentado, desayunado y dando tres pasos me tomó por la cintura y me besó. Yo era definitivamente, uno de sus objetos favoritos, y ahora entendía por qué... simplemente porque era su objeto más obediente y con el que podía hacer lo que quisiera, cuando quisiera, dónde quisiera.

Andrés entró al comedor, y yo me aparté suavemente del Beltrán.

—¿Listo hijito? ¿Llevas todo? Revisé su bolso, ajusté una de sus tiras y arreglé la gorra sobre su cabeza.

—¿Listos entonces? Dijo Beltrán.

—Listos, contestamos Andrés y yo, al unísono.

Llevamos todas las cosas hasta la camioneta de Beltrán y minutos más tarde, ya íbamos rumbo a la marina que estaba al final de la avenida que bordeaba todos los canales del Morro. Pasamos frente a “Los Asadores” y no pude evitar recordar mi encuentro con JAEZ en ese lugar. A tan solo algunas horas, había pasado unos momentos tan agradables allí y ahora iba en mi mundo, en mi realidad, rodeada de un vacío que hacía cada vez más sórdida la obra que me tocaba representar.

Cuando Beltrán metió la cava y el resto de las cosas que llevaríamos me di cuenta que al final del amplio maletero de su camioneta, estaba aún la pequeña maleta que había visto el día anterior.

Llegamos a la marina y embarcamos, ya el capitán de la nave estaba listo, junto con su ayudante y un cocinero que siempre estaba abordo para complacer bajo mis órdenes a mi querido esposo. Salimos y a los pocos minutos una embarcación similar a la nuestra nos hacía compañía a escasos metros. El capitán apago los motores por un momento, e igual hizo la otra embarcación. Vi en uno de los extremos, a un hombre alto, no tan joven, vistiendo atuendo marino, similar al de Beltrán, bastante moreno, como de un bronceado permanente, amplios bigotes y una gran sonrisa. Levantó su mano derecha en señal de saludo y Beltrán incorporándose hizo lo mismo.

—Ese es Lucio Morantes, me dijo. —Párate a mi lado, sonrío y saluda.

Hice tal cual me lo pidió. Las dos naves se fueron acercando bajo la maniobra de los dos ayudantes y en pocos minutos tenía frente a frente a nuevo inversionista de mi marido. Como siempre, Beltrán era muy ágil para hacer este tipo de negocios. Era un hombre súper simpático, con tema suficiente de conversación como para entretener a cualquiera. Lucio tenía el dinero que él quería para el desarrollo de su último proyecto, así que no lo

dejaría ir fácilmente. Beltrán era un hombre de negocios, realmente hábil... diría ahora, no sólo de negocios, era alguien que sabía persuadir a cualquiera, así tuviera que valerse de estrategias insospechadas por los que creíamos conocerle.

Estábamos conversando amenamente, más ellos que yo, cuando vía salir también en la superficie de la otra embarcación, a Sara. Llevaba un traje de baño en dos piezas, que dejaba ver muy bien su cuerpo. No me pareció nada nuevo, puesto que desde que la conocía, si había algo que ella sabía hacer, era lucir bien. Su silueta perfecta armonizaba de manera impecable con el azul de su traje de baño (que igual hacía juego con lo claro de sus ojos), el torso apenas cubierto con la parte de arriba de un diminuto sostén e igualmente la parte de abajo un pequeño bikini que solo cubría lo estrictamente necesario, no disimulado para nada con un pareo algo transparente que llevaba atado a su cintura y que dejaba totalmente al descubierto una de sus piernas.

Beltrán al verla, le sonrió. Yo evité mirarla. En poco tiempo, también había subido a nuestra embarcación. En ese momento, Andrés que se encontraba en el camarote, extrañado por que nos habíamos detenido, subió.

—¿Qué pasa mami, porqué nos detuvimos? Preguntó.

—Tranquilo Andrés, cosas de tu papi, ya sabes.

Al ver a Lucio y Sara, Andrés volvió a hacer el gesto que le había visto repetidas veces en estos días... como de cansancio o fastidio.

—Por estos... era la salida a pescar... ¿no, ma'?

—Tranquilo hijito, ya vamos a seguir. Tu papi, se encontró a sus amigos y están hablando algo de negocios allí, pero eso no tiene porqué entorpecer tu día. — ¡Mira que hermoso está todo! Le pasé mi brazo derecho por encima de su hombro y lo conduje hasta la proa, dejando la popa libre, que era el espacio donde Beltrán convertía aquel paseo “familiar” en el marco perfecto para sus negocios, y tiempo después entendería que también éramos la escenografía favorita para darle emoción a sus encuentros sexuales con Sara.

Pasaron alrededor de quince minutos y Andrés y yo continuábamos admirando el azul del cielo y el mar, al igual que observando los islotes que se veían con mayor precisión desde allí, que desde tierra, de donde los veíamos naturalmente.

Enrique, el ayudante del Capitán, amablemente nos iba señalando el nombre de cada uno, y los lugares a dónde nos acercaríamos para la pesca de aquel día.

El Capitán bajó de su cabina, dejando por un momento su lugar y saludándonos amablemente, diciendo: —El día de hoy van a disfrutar mucho, esperamos que pesquen grande peces Andrés. Valeria, tan dulce como siempre... tiempo si verte por estos mares.

—¡Hola Armando! Siempre es bueno verte. Esperemos que si logren pescar, Andrés vino preparado ¿verdad hijo?, y mientras decía esto, daba una palmadita a Andrés en su hombro derecho, con el fin de animarlo y de que olvidara lo que había dicho hacía un rato. Entre Armando y Enrique, estuvieron conversándole unos minutos y enseguida navegaba en su mundo marino... le fascinaba el mar.

Del mismo modo también apareció ante mí, el buen Lorenzo, quien al verme, cariñosamente me besó en la frente.

—Mi Vale querida, que alegría que estés aquí, mejor dicho, que estén aquí, chocando el puño con Andrés.

—¿Cómo los vamos a consentir hoy? ¿Qué quieren comer?

—Pescador que se respete... come de lo que pesca, dijo Armando en forma jocosa.

—No, pero a mi segundo oficial a bordo, yo puedo consentirlo un poco, decía Lorenzo. Este hombre casi anciano, conocido de nuestra familia de toda la vida, era como una especie de abuelo para Andrés. Cada vez que subíamos al yate, él estaba. Siempre tenía cosas ricas para ofrecer, cumplía mis órdenes en la cocina al pie de la letra. Beltrán encantado y Andrés también y lo mejor para mí, era el cariño que emanaba de él hacia nosotros.

Creo que si mi madre hubiese querido rehacer su vida luego de la muerte de mi padre, me habría encantado que fuera con Lorenzo, pero las circunstancias no se dieron, o más bien, yo nunca me enteré bien de los detalles.

—Vamos a preparar unos lingüinis en salsa blanca con camarones y langostino, y agregaremos el producto de la pesca. — ¿Les parece?

—¡Ummm rico! Dijo Andrés. Así que yo asentí con mi cabeza y Lorenzo, se volteó para volver a la cocina. Al hacerlo miró hacia la popa y vio a los acompañantes de Beltrán, y noté que al ver a Sara, la expresión de su rostro cambió por unos segundos, luego se repuso y nuevamente me miró y dijo:

—Ten cuidado querida. Y seguidamente se fue.

Andrés seguía entretenido con Enrique, cuando Armando, el Capitán le dio la orden de arreglar todo, recoger el ancla y continuar. En pocos minutos

la embarcación comenzó a navegar nuevamente y yo simplemente iba agarrada de una de las barandas de la nave. Andrés estaba viendo las carnadas y todos los aperos de la pesca con Enrique.

Beltrán se aproximó a mí por mi espalda, pasó su brazo derecho por mi cintura, y me dijo al oído:

—Tenemos invitados, así que vamos para que te sientes con nosotros allá. —Se amable, este hombre es importante para mí, y a Sara, bueno ya la conoces, así que trátala bien, que es quien me está ayudando con el tipo.

—¿Trátala bien? Pensé yo... Es decir que este paseo, se iba a convertir en la pesadilla acostumbrada de conseguir dinero y negocios, y mostrar la familia feliz, que ahora me daba cuenta no existía, y mucho menos con la presencia de aquella mujer allí. Algo me decía que nada andaba bien, sobre todo yo.

Como era de esperar, me senté con ellos, a los pocos minutos Andrés solicitó mi atención y fui. Seguidamente escuché a Beltrán decir: —Por eso las esposas son necesarias, nos tienen todo bajo control. —No sabría qué hacer con el chico, si ella no viniera.

Entonces cobraron sentido las palabras que él me había dicho en el comedor, sobre la necesidad que tenía de que yo fuera, y qué podría hacer él con Andrés si quería estar hablando mientras “picaban” los peces, solo que había empezado a entender que la pesca de aquel día era de otro tipo y que lo que alguna vez pudo sonarme como halago (que no lo era) al decir que me necesitaba, en ese momento entendía que para nada era así, sino más bien la triste justificación de estar con alguien, por la simple ley del “uso”-

El día transcurrió como esperaba Beltrán. Lucio Morantes, decidió asociarse con él, hubo el respectivo brindis con champagne y juntos se dispusieron a pescar. Eran casi las 11:00 am cuando la embarcación se detuvo en un lugar cercano a la isla conocida como “La Borracha”, donde Armando y Enrique sabían perfectamente que se podía obtener una buena pesca.

Por espacio de tres horas estuvimos allí, y sacaron meros y pargos. Fue una excelente pesca.

Andrés logró hacerse de unos peces más pequeños, pero igual su actuación fue genial, ya que de su caña vinieron alrededor de una docena de peces. Él estaba feliz, y por verlo de esa manera, valía la pena para mí, cualquier sacrificio que yo pudiera hacer.

La comida se preparó cual lo acordado con Lorenzo y todos quedaron

muy a gusto con su preparación. A eso de las 4:00 pm ya estábamos de vuelta para la Marina. Ambas embarcaciones juntas, una muy cerca de la otra. Una con solo el capitán y el ayudante y la otra, con la misma tripulación, nosotros y dos invitados que fueron nuestros acompañantes todo el día.

Al momento de despedirnos de nuestros pasajeros, el Sr. Morantes fue muy amable conmigo, elogiando a Andrés y su desempeño en la pesca y agradeciendo todas las atenciones que tuvimos con él. Sara, para mi asombro, se quedó con nosotros en el yate, y solo se acercó a mí y al oído me dijo: — ¡Relájate!

Bajamos de la embarcación y nos dispusimos a entrar en nuestro vehículo, y Sara venía con nosotros. Tomó asiento al lado de Andrés en los puestos de atrás y adelante veníamos Beltrán y yo. El tan fresco como si viniéramos con mi mejor amiga, y yo algo incómoda, porque no entendía realmente que hacía ella ahí. Pasamos por el Hotel Mare Mares dejándola y seguimos para la casa. Andrés no paraba de hablar de lo mucho que disfrutó sacar cada pescado del agua.

Llegamos y entre la euforia del día, el ducharse, cambiarse y dejar todo en su lugar, se me hicieron casi las 8:00 pm. Empecé a sentirme mal y la temperatura comenzó a subirme, tenía fiebre.

Beltrán dijo: —Es que definitivamente tu eres delicada con respecto al sol, pero valió la pena que fueras. ¡Todo salió perfecto!

—Te felicito, dije y subí a acostarme. Él se quedó en la sala de entretenimiento, viendo un programa en la tele, y haciendo un par de llamadas.

Andrés vino a mi habitación a contarme algo y luego lo acompañé a la suya, y tanto él como yo nos fuimos a dormir temprano. Me tomé algo para la fiebre y solo dormí, no supe a qué hora Beltrán se acostó.

Al día siguiente era domingo, él ya había salido a trotar temprano, al regresar dijo que iría a jugar golf con Lucio Morantes en el campo del Mare Mares y yo imaginé nuevamente como sería esa escena.

—Realmente me siento mal, dije. Como quien pide que clemencia para que no le obligasen a salir, aun sintiéndome como yo me sentía aquel día. Lo que mi cuerpo reflejaba, era solo parte de lo mal que había empezado a sentirme interiormente.

—Está bien, quédate. A veces el juego se pone largo y tal vez el sol te afecte más.

Yo pasé el resto del día con Andrés, revisando sus tareas, ayudándolo con algunas cosas del colegio y ordenando un poco la casa. Era increíble, pero luego de que Beltrán había salido, yo había empezado a sentirme mejor.

Llegó el inicio de la semana y todo arrancó dentro de la “normalidad”. JAEZ me había dejado un par de mensajes, y yo no había contestado ninguno. Decidí no hacerlo, en ese momento todo me parecía igual y hasta ese hombre que me había dado la impresión de tener algo mágico, se empezaba a desdibujar en mi mente.

Llegué al Centro Crecer y hablé un par de cosas con Lucía quien ya se había reintegrado a sus actividades normalmente, luego de resolver el inconveniente que tuvo en su universidad.

Sostuve una reunión con unos padres que estaban buscando orientación sobre un niño con necesidades especiales de aprendizaje, así que llamé a Manuela, quien gentilmente se unió a la reunión, aportando su asesoría en cuanto al lenguaje y la forma en como su desarrollo le podría ayudar. Establecimos cuál era el tipo de terapia acorde con las necesidades del niño, buscamos quien lo apadrinara y el papá y la mamá del pequeño, salieron de nuestras instalaciones con la tranquilidad que da el tener una esperanza.

Manuela se quedó conmigo en mi oficina, y en un momento que tuvimos a solas me dijo:

—Tú tienes algo... tus ojos están “apagaditos” ¿qué te ocurrió?

—Ha sido Beltrán ¿verdad?

No sé en qué estaba pensando yo, que involuntariamente hice un gesto de asentimiento con mi cabeza.

—¡Viste, te lo dije! ¿Qué te hizo? Cuenta, cuenta... anda pues, dime que fue lo que pasó. Manuela estaba tan ansiosa por saber, que no fue necesario decirle casi nada.

—Beltrán llegó el viernes sin avisar en un vuelo por la noche, y con Sara...

Solo dije eso, y vi con asombro, como el rostro de Manuela se transformó. Pasó de verse ansiosa a completamente ser invadida por la ira.

—¡Esa perra! Dijo con odio casi desmedido.

—¡Manuela, contrólate, ya sabes que no me gusta que uses palabras como esas! Recuerda que trabajamos con niños, y tú sabes que yo no hablo de esa manera. Pero que va, ya Manuela había dejado salir parte de lo que estaba sintiendo en ese momento.

—Yo sabía que esa tipa, tenía algo con Beltrán.

—Tranquilízate, dije yo, esa actitud no me ayuda para nada.

—Pero es que él no puede hacer eso... no puede “hacernos” eso.

Y al decir esas palabras, como que se dio cuenta, que había cometido un grave error, producto de dejarse llevar por la rabia que sentía.

—¿Cómo es eso que no puede hacernos eso? Dije casi sin voz y con gran asombro. —Explícame Manuela, porque la verdad es que no entiendo nada.

—Tengo que irme, dijo ella. Tengo un niño que entra a terapia en unos minutos.

Saliendo muy nerviosa y con mucha premura, simplemente abandonó mi oficina y me dejó ahí. Ahogándome ahora en otro tipo de desconcierto y duda.

Empecé a recordar cuando conocí a Beltrán, y lo que Manuela me había dicho al verlo. Mil pensamientos me llegaban, al punto de no poder sostenerme casi en pié, así que apoyándome en mi escritorio, fui casi arrastrándome a la silla hasta sentarme.

—¡Sería que ella... y Beltrán... también! Ella era mi mejor amiga o algo así. Todo empezó a darme vueltas en la cabeza. Recordé también su continua insistencia en que siempre estuviera revisándole las pertenencias a mi esposo (algo que por cierto nunca hice). Siempre fue muy insistente en decirme cosas que sembraban dudas acerca de él, hasta ese día que le pedí que no lo hiciera más. Fue como si otro castillo de naipes, se viniera abajo también delante de mis ojos. Todo se iba derrumbando poco a poco.

Me quedé como aturdida con la reacción de Manuela, y más aún con sus palabras. Ella era Manuela... la que conocía desde siempre, la que se graduó junto conmigo y yo invité a participar de este proyecto de vida, porque la creía tan sensible y leal como yo. Por momentos, mientras revisaba algunas cosas en la computadora, se venían pensamientos a mi mente, en los que relacionaba a Manuela con Beltrán de una forma inadecuada y luego terminaba diciéndome: —Ya va Valeria... ¿estás pensando esas cosas de tu esposo y tú amiga? ¡Eso es como el colmo! así que terminé por decidir no seguir navegando en las dudas, sino ir directamente y hablar con ella.

Me acerqué al área donde ella daba sus terapias y al preguntar a su asistente, me dijo que Manuela había abandonado el centro hacía unos minutos, porque se le había presentado una emergencia. Me desconcertó un poco esa salida, pero en el fondo rogué porque no fuese nada grave lo

ocurrido, sobre todo a nivel familiar, para ella.

Se hizo la hora de volver a la casa para almorzar, así que tomé mi cartera y me despedí de Lucía hasta la tarde. Ya Andrés estaría en casa, de vuelta del cole y Beltrán estaría también.

Me monté en el carro y vi los libros de JAEZ en el asiento trasero, tanto el de Julieta como el de Ya Basta los había dejado allí desde el viernes cuando fui al aeropuerto. Por un momento y en medio de aquella turbulencia que se había convertido mi vida, sin que nadie lo supiera, empecé a repasar lo que había sucedido con José Antonio en la semana anterior. Mi mente rápidamente pasó por cada encuentro que tuvimos, desde la librería, sus visitas en este mismo lugar, la subida al Cerro El Morro y al Fortín, el beso y nuestra despedida en el aeropuerto. Pensar en eso, me sacó un poco de la angustia de estos últimos tres días.

Recordé además nuestra última conversación por chat y allí se me arrugó un poco el pensamiento. Tomé el cel, abrí el chat del whatsapp y comprobé que había ocho mensajes de JAEZ desde el sábado en la mañana. Cuatro que los había pasado, cuando yo estaba a orillas de la playa, en el momento que decidí no contestarle más, dos más que entraron al final de la tarde de ese mismo sábado y uno que había llegado muy temprano aquel mismo día. Los del sábado decían reiteradamente que le perdonara si había dicho algo que me molestara, que sabía que lo de la mujer más feliz del mundo, no había sido buena idea, que era su forma de hacerme reaccionar y que entendía que se había equivocado.

Los mensajes de la tarde eran un poco más extensos y hacía mención a dos porciones de su libro ¡Ya Basta! El cual entre una cosa y otro, no había podido continuar con su lectura. Estaba solo en el inicio, donde empecé aquel día cuando lo conocí, después me agarró “El Silencio de Julieta” y hasta ese momento, solo me quedaban las páginas de mi vida que se habían escrito en las últimas 48 horas, las cuales eran realmente patéticas, y fuera de cualquier pronóstico que se me pudiera ocurrir.

Ambas citas hablaban de la importancia de expresar una negación a tiempo y de hacerse consciente de los límites que deben existir en cualquier relación, haciendo una referencia en ambas, al personaje de Julieta de su libro anterior.

Definitivamente él tenía muy buena forma de escribir, porque además de la sencillez con que lo hacía, lograba conectar el desarrollo de esa última

obra, con lo ocurrido en la anterior, lo que hacía que aun siendo tan distintos ambos libros, fueran necesarios ambos para su mejor comprensión, al menos en el caso del último.

Su último mensaje de aquella mañana, mejor dicho madrugada (5:10 am) decía que del lunes al miércoles le tocaba el Estado Monagas y luego pasaría por Sucre al retorno. Pensé: —Estará en Cumaná Viernes y Sábado... a tan solo una hora de aquí... y dejándome llevar por esos pensamientos, me quedé frente al volante sin arrancar por algunos minutos.

El repique insistente de mi celular, con el tono de Beltrán, fue lo que me sacó de mi abstracción.

—¡Aló! Contesté.

—¡Hola amor! ¿Acaso no sabías que era yo?, escuchaba la voz de Beltrán al otro lado y por primera vez en mi vida, sentí rechazo tan solo de oírlo.

—No me di cuenta, respondí. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Por qué no me respondiste como siempre, con el amor y la dulzura que te caracteriza? con ese tono de mujer enamorada que muere por su marido.

—Estoy en el estacionamiento del Centro Crecer, disponiéndome a salir para la casa, por eso no me di cuenta que eras tú. Por un momento llegué a pensar en decirle: —Estaba pensando en otra persona, en un recuerdo agradable, por eso no me di cuenta que eras tú. Lo pensé, pero por supuesto que no lo dije. Sin querer, había comenzado a actuar como Julieta la del libro, la que imaginaba en su mente cómo responder al hombre que le destrozó la vida, en medio de la rigidez, el control y el solo hacer su voluntad.

—¡Ah ok! Replicó Beltrán. Te llamaba para comentarte que no me esperes a almorzar, voy a ir con Lucio hasta Anaco. Vamos a ver unos terrenos que me parecen podrían interesarnos para otro tipo de proyecto que se me ha ocurrido, así que voy saliendo con él en una media hora. Deberíamos estar de vuelta esta misma noche, todo depende de cuánto tardemos en el recorrido que estimamos hacer en ellos.

Anaco quedaba a hora y media de Barcelona, si iban con alguien que los llevara expresamente, como ocurría cada vez que Beltrán se movía en las ciudades aledañas... aún no eran la 1:00 pm, es decir a las 3:00 pm fácilmente podrían estar en Anaco. Dos horas como mucho que pudieran estar viendo los terrenos, significaría que a las 5:00 pm, podrían estar de vuelta y llegando a casa a las 7:00 pm sin ningún inconveniente.

Le hice saber lo que pensaba, con respecto a este viaje de última hora, y lo viable que era volver ese mismo día, pero él como acostumbraba no me prestó mucha atención y sólo dijo:

—Te llamo si hay alguna novedad. Mantente feliz y dejó escuchar un beso, posteriormente colgó.

Ya él había dicho lo que quería y para todos sus efectos, era suficiente.

Encendí el motor de mi carro y arranqué. Mi mamá me había llamado temprano para decirme que nos veríamos en mi casa al medio día, así que tendría uno de esos almuerzos rodeada del amor de mi hijo y de mi madre.

Llegué a mi casa y al entrar al estacionamiento, Andrés salió a recibirme muy contento.

—¡Mami, mami te tengo una noticia! Mientras saltaba a mi lado, aún sin yo bajarme del auto.

—¿Qué será hijito? Dije yo mostrando todo interés.

—¡El miércoles comienzan los intercolegiales y soy el delantero de mi equipo! Y tenía una sonrisa dibujada en su rostro, que me contagiaba de alguna manera su alegría. En este momento, como en muchos al día, agradecí a Dios por haberme dado el hermoso regalo de tenerlo, porque realmente él iluminaba mis días.

Entramos juntos a la casa, Sofía estaba en la cocina, terminando lo que yo ya había adelantado antes de salir en la mañana y también mi madre estaba allí con ella.

—¡Hola mi niña! Exclamó al verme. Me dio uno de esos abrazos, en los que provoca tener sólo 8 años y romper a llorar al contarle a tu mamá que es grande, que alguien se metió contigo a la hora del recreo y te sientes mal. Pero no, ahora yo no era pequeña, y trataba por todos los medios de no cargar a mi madre con mis cosas, bueno, eso no lo hacía ni con ella, ni con nadie. También le di un abrazo caluroso y un gran beso en la frente.

—¿Así que les fue magnífico en la pesca del sábado? Preguntó con una gran sonrisa.

—Ya Andrés me puso al tanto de cuantos peces logró sacar y todo lo que hicieron. Estoy tan orgullosa de él. Y mientras lo miraba, sus ojos destilaban amor hacia su nieto.

—Y Beltrán, preguntó mi mamá. Pensé que lo vería aquí hoy, hace más de una semana que no le veo el rostro. Y dicho esto sonreía al ver uno de los gestos que le hacía a Andrés.

—Va de viaje para Anaco ahorita, le comenté. Tiene un nuevo socio y andan viendo unos terrenos. Me llamó desde su oficina aquí en el Palm Beach y me dijo que saldría en un momento. Dije eso, y también me quedé pensando; yo asumí que él estaba en su oficina, pero a la verdad, no lo sabía. Él tenía dos oficinas o frentes como él mismo los llamaba, una ubicada en la prolongación de nuestra misma calle de residencia, ubicada en el último piso del Centro Empresarial Palm Beach que había adquirido cuando se construyó ese edificio y otra oficina en Puerto la Cruz, justo frente al Paseo Colón, también en uno de los edificios más modernos. Ambas oficinas dispuestas como puntos estratégicos para sus negocios.

— ¿De dónde habría salido? No lo supe, porque para no perder la costumbre, él no indicaba su ubicación exacta mientras estaba en la ciudad. Asumí, que estaba en una o en otra. Por mi parte, como yo si permanecía en el Centro Crecer, era para él completamente localizable todas las horas del día.

El almuerzo terminó y tenía que volver al Centro Crecer. Andrés se quedó en casa esa tarde, puesto que estaba adelantando unas investigaciones para no perder nada mientras saliera a representar a su colegio en los próximos juegos. Mi madre prefirió quedarse con él, así que volví sola a mi oficina.

La tarde estuvo normal, y entre varias llamadas decidí que quería hablar con JAEZ así que marqué su número.

Al tercer repique atendió y me dijo: —Estoy en plena entrevista con la prensa local, en cuanto termine te devuelvo la llamada.

Inmediatamente colgué. Sentí mucha pena por haberlo interrumpido, y más aún, porque él me contestara estando en lo que estaba.

Sentía que había sido un tanto descortés con este hombre, que lo único que había hecho era hacerme despertar un poco, de la realidad de mi vida y del letargo de mis sentidos.

Continué con lo que estaba haciendo y a los veinte minutos mi teléfono repicó, era José Antonio.

—Hola, contesté... Disculpa la interrupción... no debí... inmediatamente él me cortó.

—Gracias por llamar, me sentí muy mal por haberte dicho esas palabras que te incomodaron. Luego me quedé pensando, en que no tenía justificación para decirte eso en ese tono, ya que yo estoy seguro de que esas palabras no pueden resultarte agradables.

—Disculpa tú, que no pude atenderte bien en ese momento, siguió diciendo él, sin darme tregua a que yo le cortara. He estado pensando mucho en ti, y ya sabes que mi gira por aquí va a ser hasta el miércoles y jueves y viernes me toca muy cerca de donde tú estás; así que pensaba que...

—José Antonio, dije yo, no nos compliquemos. Te llamé, porque sentí que había sido descortés contigo al no responder tus mensajes, que si bien me hicieron rabiar un poco con el énfasis que le diste a mi categoría de “feliz”, pero al margen de eso, agradezco mucho tu gentileza para conmigo. Por otra parte... ¿qué estoy diciendo? Dije sin poderlo evitar; yo no soy buena ni para las excusas y mucho menos para explicaciones sin fundamento. — Te llamé, porque de pronto sentí necesidad de escucharte, disculpa si fui inoportuna.

—Inoportuna fuiste, dijo eso y soltó una carcajada. Pero no te preocupes, estaba contestando una pregunta a uno de los periodistas más pesados que me he encontrado en este país, y precisamente tú repicaste y quedé salvado por la campana. No te extrañes, si llega a reseñar tu llamada en su nota de prensa, porque además continuó diciendo una vez retomé su pregunta, que debía ser alguna llamada femenina para que no me negase a atenderla. Y yo, como no me hago de rogar, le dije que sí.

—Definitivamente tú no tienes reparo, exclamé yo.

—Tranquila, dijo él. Ni que quisiera, el periodistas puede saber que eras tú quien llamabas.

—Quizás alguna de tus conquistas, se pone alerta entonces, dije con una picardía que desconocía podía tener yo, y menos en las circunstancias actuales en las que me encontraba.

—¿Cómo está Andrés?, preguntó amablemente.

—Muy bien, contesté y le compartí lo de sus juegos intercolegiales y la posición que le pusieron a jugar.

—Entonces vas a estar algo ocupadita esta semana.... Y yo que había pensado que nos viéramos.

—José Antonio... dije yo en un tono de alerta.

—Bueno, yo solo decía, replicó él en tono de niño regañado. Sabes que cada vez que veo el mar, te recuerdo. Esa visita a ese fortín donde me llevaste, es inolvidable para mí, y nuestra escena fue digna de la más sublime novela que yo podría escribir. Él siguió hablando de lo que le gustaba de mí, del paisaje encantador que habíamos visto y yo insistía en despedirme; hasta que me dijo casi al final: —¡La volví a ver!

—¿A quién? Pregunté yo.

—A la niña, dijo él. Tú no me crearás, pero desde que te conocí, no he dejado de verla y cada vez, más nítidamente. Tiene mis ojos y tus labios.

—Creo que el tiempo de cordura ya terminó, por tanto debo colgar, José Antonio... debo colgar.

—Entiendo que no entiendas Valeria, pero en cualquier momento también podrás comprenderlo. Te mando un abrazo fuerte, que te llene de alegría el alma.

—Gracias, dije yo, y me quedé con el teléfono pegado a mi oreja, sintiendo como la comunicación se cortaba, y era como si el hilo de la vida, también se cortara con ello.

La tarde continuó normal. Atendí a unos personas que querían información sobre el centro y si había posibilidad de atender niños en otras ciudades del país. Salí a dar un recorrido por las salas donde se realizaban las terapias, con el fin implícito de ver si Manuela estaba por ahí, pero nada, ella no estaba en el Centro. Pregunté a una de las asistentes y me informó que no había vuelto. Llegué a pensar que lo de su emergencia, era realmente serio, así que decidí marcarle por si acaso necesitare ayuda, pero todo fue en vano, no contestó.

Se hizo la hora de volver a casa, así que me despedí de Lucía y me marché. Cuando estaba subiendo a mi vehículo, revisé como por instinto el correo y vi que tenía uno en mi bandeja proveniente de los dueños del terreno que quería comprar para el Centro Crecer. Inmediatamente lo abrí, y comprobé que habían respondido con toda celeridad. La respuesta fue sencilla y se resumía en que me daban 15 días a partir de la recepción del mismo, para que les presentara una oferta. Me sentí un poco afectada y presionada por esto, ya que eran pocos días para conseguir alguien que estuviera dispuesto a invertir y sobre todo con el propósito al que sería destinado el terreno. Inclusive para convencer a Beltrán, era poco tiempo.

Aunque podía parecer increíble, la semana anterior pasó y no había podido hablar con mi esposo respecto a eso, y viéndolo con mayor detenimiento, con respecto a nada habíamos hablado.

Vi el reloj en mi muñeca y marcaba las 5:25 pm. Me imaginé que si ya la inspección a los terrenos estaba hecha, podrían estar regresando más a o menos a esta hora, al menos saliendo de regreso. Llamé a Beltrán a su número y no conseguí que me contestara, así que supuse que ya venía en

carretera y allí la señal se perdería constantemente.

Conduje hasta mi casa, y casi a la entrada de la residencia recibí una llamada de Beltrán:

—Hola Nena. Te llamo para decirte que seguimos hasta Puerto Ordaz, terminamos en Anaco temprano y volamos en la avioneta de Lucio hasta aquí. Creo que me voy a quedar un par de días por estos lados. Grandes cosas pueden salir de esta sociedad y ya sabes, no voy a perder la oportunidad.

—No me extrañes, que ya sabes que volveré y tendrás tu recompensa. Tú ocúpate de continuar feliz como siempre, ahora tengo que irme.

—¡Beltrán! Alcance a interrumpirle. Necesito hablarte de dos cosas.

—Ahora no, cariño. Debo salir, tengo a Lucio esperándome. Te llamo luego, sí.

—¡No Beltrán! Escúchame por favor. Aunque sea por una sola vez en tu vida, ¡escúchame!

—A ver... Nena, cuéntame... y la contrariedad era notoria en su voz.

—No me digas “Nena”, yo tengo mi nombre y tú lo sabes.

—Quiero hablarte del Centro Crecer, y es...

—¡Ah no, Valeria, por favor! No me vas a detener aquí, porque quieres hablar de tus niños tara...

—¡No te atrevas a decir nada desagradable de mis niños! Y la conversación se fue poniendo desagradable.

—Está bien, disculpa. ¿Qué es lo que ocurre con tu Centro?

—¿Recuerdas que te he dicho en otras oportunidades que realizamos un macro proyecto para ampliar el Centro y todos los servicios que prestamos allí? El silencio de Beltrán decía que o no se acordaba y si lo hacía, no le importaba mucho.

—Bueno, resulta que pusieron a la venta la parcela de terreno que está justo al lado, sobre la cual está hecho el proyecto, claro con la esperanza que lo obtuviéramos alguna vez. Pero, los dueños están pidiendo mucho dinero, y por supuesto el Centro Crecer no tiene esos recursos.

—¿Y tú que pretendes Valeria? ¿Qué nuevamente yo, meta la mano en mi bolsillo y te haga feliz con el capricho ese que tienes con tus niños?

—No, Beltrán. Solo quería que supieras que estoy presentando esa dificultad, y si tú conoces a alguien que esté interesado en este tipo de causa o que pueda hacer algún tipo de donación, ¡bueno no sé! Realmente nos sé en qué estaba pensando yo, al decirte todo esto. Ya veo que fue un error.

—No ha sido un error, cariño. Cálmate, porque has estado como algo tensa estos días. Está bien que me lo hayas contado ¿De cuánto dinero estamos hablando?

—1.164 millones de bolívares...

—¿Qué? ¡Definitivamente, te volviste loca!

—No es que no los tenga, pero tampoco los voy a dar, solo par que tú “juegues” a ser la salvadora de todos los niños tarados de esta zona.

—Está bien Beltrán, olvídale.

—¡Ah, otra cosa! Quería comentarte que esta mañana hablé con Manuela...

—¿Con quién? Y había molestia en su voz.

—Con Manuela, mi amiga Manuela, la que trabaja conmigo... Me preguntó por ti y hubo un momento en que se exaltó.

—Mira Valeria, me cortó Beltrán. No tengo tiempo para escucharte los cuentos de Manuela. Esa tipa está esquizofrénica, para ponerle un nombre científico a su estupidez. Ya te he dicho que no hables con ella, que no sé cuál es su fijación conmigo, pareciera que yo me gané su rabia de gratis, así que no estoy interesado para nada en escuchar hablar de ella.

Esta conversación, de alguna manera la habíamos tenido en otras ocasiones. Una vez le comenté a Beltrán que Manuela insistía en que lo vigilara o averiguara sobre sus negocios, sus viajes y todo lo que hacía. En esa oportunidad Beltrán se molestó tanto, que la llamó y le prohibió delante de mí, que me volviera a importunar con sus comentarios. A partir de allí, yo seguí con la amistad con ella, porque realmente la consideraba mi amiga, pero ella no volvió a ponerse intensa en ese sentido.

—Pues, lo que Manuela me ha dado a entender en esta oportunidad Beltrán, es que tú no puedes andar con nadie más, porque eso sería como sernos infieles a las dos.

—Nunca le había dicho palabras como estas a mi esposo, y es que hasta ahora no había interpretado las palabras de Manuela así, pero viéndolo bien, eso fue lo que me quiso decir.

—¡Esa mujer está totalmente loca! Y al fondo se dejó escuchar la risa de una mujer.

—¿Quién está allí contigo Beltrán? Escuché a alguien reírse. ¿Hay una mujer contigo ahí? ¿Acaso Sara?

—¡Vamos cariño, no te pongas paranoica! Ya te he dicho como son las

cosas... La voz que escuchaste es de Sandra, la novia de Lucio Morantes, que está con él cómodamente sentada en el restaurante donde estamos, almorzamos muy tarde y nos hemos quedado aquí conversando. Mientras que yo estoy aquí contigo, hablando de cosas desagradables.

—Bueno, discúlpame por arruinar de alguna manera tu reunión, realmente discúlpame y simplemente colgué.

Era algo inusual, pero en los últimos días le había colgado el teléfono a mi esposo en dos oportunidades.

Al llegar a la casa, ya mi madre estaba saliendo, así que fui a llevarla junto con Andrés quien de ida y vuelta me puso al tanto de sus tareas y todo lo que estaba dejando listo, para que a partir del miércoles pudiera asistir a cada uno de sus compromisos de fútbol, sin ninguna restricción. Pensé que igualmente yo, tenía que ajustar mi agenda para estar presente en cada uno de esos encuentros.

Volvimos a nuestra casa y Andrés preguntó por su padre. Le respondí que estaba en otro de sus negocios, y que nos avisaría cuando volvería (porque realmente yo no lo sabía).

—O sea ¿que él no va a estar en ninguno de mis juegos?

—Esperemos que sí hijito, no nos adelantemos a los hechos. Además, yo si estaré, en todos.

Sonreímos y nos abrazamos los dos, como sabiendo que nos teníamos sólo el uno al otro.

La semana transcurrió y Beltrán no regresó. Estuve con Andrés desde el miércoles hasta el viernes, saltando de una cancha de futbol sala a otra, atendiendo lo que era posible en el Centro Crecer y siguiendo con mi vida y las preguntas que me hacía con respecto a mi marido, y a nuestra vida que después de todo, yo ya había descubierto que no era tan feliz.

El día viernes vi que Manuela apareció por el Centro Crecer, su mirada era escurridiza y apenas nos saludamos. Pensé abordarla por un momento, pero también pensé que si yo tenía que aclarar algo, debía hacerlo con el hombre con quien compartía mi vida, y no con ella, porque al fin y al cabo, era con él con quien yo había hecho un compromiso.

El viernes por la noche, Beltrán me informó que estaría fuera una semana más, que no me preocupara; ya que el negocio se estaba dando muy bien, así que llegaría pronto a encargarse de las cosas que tenía pendiente aquí.

JAEZ me había llamado cada día, y habíamos hablado de algunas cosas.

Yo realmente estaba algo desanimada, así que en el fondo agradecía que de alguna manera él estuviera por ahí, haciéndome sentir que para alguien era importante saber cómo estaba yo. Supe que terminó su gira el viernes en el estado Sucre y supuse que había vuelto a Caracas aquella noche.

Con el asunto de los juegos de Andrés, tuve que dejar algunas cosas pendiente en la oficina, por lo que el sábado bien temprano me preparé para ir al Centro Crecer. Le dije a Andrés que me acompañara, así le daba una vuelta al jardín.

A las nueve de la mañana, ya estábamos en el Centro, yo en mi oficina y él revoloteando por todos lados. Se asomaba a través del vidrio del ventanal que daba de mi oficina al jardín del Centro y me hacía muecas que daban risa, luego se puso a regar cada una de las plantas con sumo cuidado, contándole cuentos, mientras ellas estiraban sus hojas como complacidas de ser regadas no solo de agua, sino del amor de sus palabras.

Casi a las diez de la mañana, sentí que tocaron a la puerta de mi oficina, y dije casi en tono de burla:

—Empuja la puerta loquito... está abierta, no creas que voy a estar encerrada, estando tu y yo solos aquí...

Mi sorpresa fue mayúscula, cuando vi aparecer en el umbral de la puerta de mi oficina a José Antonio Estanga Zerpa. ¡Simplemente no lo podía creer! Tenía los ojos tan abiertos como mi boca, y solo alcancé a decir:

—¿Cómo es esto... que tú estás aquí?

—Seguí mis instintos e imaginé que estarías aquí, junto a tu caballero andante.

—Fue simple, pensé, sí estuvieron toda la semana con lo del fútbol de Andrés, significa que estuviste ausente de por aquí, y siendo tu tan responsable.... Lo único que podías hacer era venir hoy hasta aquí, a redimir tu culpa. Decía eso, y se acercaba a mí con la naturalidad de quien tiene amor para dar, y eso era lo que hacía, me daba su amor. Me abrazó, con suavidad y fuerza a la vez y era como sentir que luego de una tormenta en alta mar, mi barco llegaba a un puerto seguro y las aguas se tranquilizaban. Era increíble lo que este hombre me hacía sentir. Una seguridad desconocida y una paz que ni siquiera sabía que existía.

Andrés se asomó por el ventanal, y tocó con su puño el vidrio, haciendo ruido para que lo viéramos. JAEZ al verlo, se acercó al ventanal y chocó el puño con él, a través del vidrio, mientras yo aproveche para poner el índice y

pulgar de mi mano izquierda en mis ojos, con el fin de cortar el paso, a las lágrimas que amenazaban con querer salir de algún modo por ahí.

Andrés vino corriendo desde el jardín, atravesó prácticamente todo el centro en dos minutos y llegó jadeante ante JAEZ.

—¡Epa Andrés! ¿Cómo estás? Mientras se saludaban a la manera que lo hacia él con sus “panas” del colegio. Ambos tenía una gran sonrisa en sus caras al verse, y yo simplemente estaba complacida.

Estuvimos los tres sentados en mi oficina y Andrés le preguntaba sobre su gira y el libro nuevo, y JAEZ iba detallando con toda paciencia cada uno de sus viajes tanto al estado Monagas como Sucre, de donde venía precisamente aquella mañana. Y de pronto nos dijo:

—Les tengo una propuesta. Conozco un sitio, al que me gustaría invitarlos. Creo que no tienen ya más nada que hacer por aquí, así que digan que sí.

Inmediatamente Andrés levantó su mano derecha en señal de aprobación y dijo: —¡Si!

Los dos me miraban como diciendo: “estamos esperando por tu sí”.

—Y ¿a dónde vamos o mejor dicho iríamos? Porque yo tengo cosas que hacer...

—¿Qué vas a hacer Ma´? Si ni siquiera Beltrán El Grande está. Vamos con JAEZ, di que sí.

—Cuando venía hacia acá, en la entrada de Anzoátegui y saliendo de Sucre, está un lugar en subiendo que se conoce como “Los Altos”, les invito a ir allá ¿Qué les parece?

—Excelente dijo Andrés, así que voy a recoger mi mochila que la dejé del lado del jardín.

—No creo que sea buena idea ir José Antonio. Mi mirada era de preocupación, sin embargo por dentro, me sentía como una niña cuando la invitan a columpiarse en el parque.

—Porque dices que no es buena idea.

—Porque Beltrán no está, y no quiero dar lugar a malos entendidos, además tú y yo...

—Tú y yo somos una mujer y un hombre que van con un niño a dar un paseo. -¿Quién puede condenar eso?

Sintiéndome sin argumentos, accedí sin hacerme tanto de rogar.

—Sólo tengo un inconveniente.

Y los dos se miraron como preguntándose con que iba a salir yo.

—Que no me gusta manejar para allá arriba, eso de subir cerros, ya Andrés sabe que no es conmigo.

—No hay ningún inconveniente. El señor que me trajo, que está allá afuera por cierto, él nos puede llevar.

—No se te escapa nada ¿verdad?

—Si algo me interesa, no.

—¿Vamos?

—¡Vamos!

Subimos los tres a mi carro y el taxi que había traído a JAEZ nos seguía.

—¿Y qué hago yo con este carro?

—Lo dejas en casa mami, y luego nos pasamos todos al otro carro. Muy simple

Andrés y sus salidas acababan de completar los planes de JAEZ. Sin decir nada más, ni querer presentar objeciones que podría ser vistas como capricho, manejé hasta mi casa. Entramos hasta el estacionamiento y Andrés dijo: — Debo subir un momento a ponerme pantalones largos y a buscar una chaqueta, porque allá arriba es más fresco que aquí, igual tú mami, porque sufres de frío, aun habiendo sol. Y mientras se reía, se bajaba del carro entrando a la casa.

No me quedó más remedio que invitar a pasar a José Antonio quien se quedó en el salón, mientras Andrés y yo íbamos a cambiarnos.

JAEZ aprovechó para pasearse por toda la sala e ir viendo una a una las fotografías que había de Beltrán y yo, desde que nos casamos y cada una de las que nos habíamos hecho luego con el embarazo de Andrés y luego de su nacimiento. Éramos la familia feliz de esas fotos.

Yo bajé primero que Andrés y al hacerlo, lo encontré con una foto mía en sus manos, era una de las pocas fotos en las que aparecía sola. Hacía unos dos meses le habíamos comprado a Andrés una cámara y estaba que fotografiaba todo, así que en una tarde mientras paseaba por la playa, él me tomó esa foto sin ni siquiera darme cuenta. Era yo, simplemente sentada a la orilla del mar, viendo el horizonte. Ni imaginaba yo, cuando Andrés me tomó esa foto, que mi vida iba a dar las vueltas que dio.

—Me encanta esta foto ¿Es reciente verdad?

—Sí, tiene un par de meses. La tomó Andrés con su cámara nueva.

—Pues, tiene talento para la fotografía. Y mis respetos son para la

modelo.

Esa foto estaba casi escondida detrás de las demás, a Beltrán no le gustaba porque decía que no se me veía sonriendo y entonces no se parecía a “nosotros”. Yo terminé poniéndola en el porta retrato, porque apreciaba que mi hijo la hubiera tomado.

—¿Me la puedo quedar?

—¡Estás loco... por supuesto que no!

—Podrías darme agua por favor, tengo algo de sed.

—¡Ah sí claro! Disculpa que no te ofrecí nada, pero todo esto ha sido tan imprevisto... Ya te la traigo.

Fui a la cocina y mientras buscaba el agua para JAEZ, Andrés bajó y estaban hablando de fútbol y video juegos. Él tomo lo que le traje y nos fuimos, nos embarcamos los tres en el taxi que resultó ser una Vans de ocho puestos.

—¿Por qué un vehículo con tantos puestos, para trasladarte a ti solo?

—Porque uno no sabe a quién va a invitar a subir, dijo José Antonio esbozando una de esas sonrisas que habían ha comenzado conquistarme.

Andrés comenzó a pasarse de un lugar a otro y nosotros íbamos sentados juntos. El tráfico estaba fluido, así que en poco tiempo había atravesado Puerto la Cruz y seguimos como quien iba saliendo precisamente hacia el estado siguiente, Sucre. Empezamos a subir en una bifurcación que decía “Los Altos de Sucre” y allí entre curvas cerradas y empinadas el clima comenzaba a refrescarse. Lo verde era más verde allí, y el color de las flores era aún más brillante. Estaba cerca el medio día, y a pesar de ello, había neblina. Llegamos a un lugar conocido precisamente como “Neblina” y al entrar nos recibieron amablemente sus dueños. Una de las atracciones del lugar era que decían “Paseos a caballo” y Andrés se emocionó.

Él siempre estaba pendiente de lo que pasaba debajo de la superficie del mar, así que no había tenido mucho contacto con este tipo de animales. El lugar tenía una hermosa piscina, la cual me pareció fuera de lugar, al compararla con el frío que hacía, hasta que uno de los señores que nos atendió, me dijo que su agua era climatizada. Había además canchas de fútbol, basquetbol, tenis y bolas criollas.

—¿Qué quieres hacer de primero? Preguntó JAEZ

—¿Yo? La verdad es que no se... esto estaba fuera de mis planes.

—Vamos a montar dijo Andrés.

—Dejémonos llevar dijo José Antonio, tomándome de la mano y llevándome justo a donde estaban los caballos con los preparadores.

Ayudaron a subir a Andrés y fueron dándole algunas vueltas suaves y él gritaba de emoción

Se hicieron casi la una de la tarde y Andrés continuaba encima de un caballo que resultó muy dócil y que se dejó dirigir por él, con total naturalidad. JAEZ había ordenado que nos sirvieran el almuerzo en una mesa dispuesta debajo de un árbol frondoso. Era un lugar encantador, podía sentirse el paso de la brisa fría, pero era totalmente agradable, los pájaros cantaban con la libertad del que se encuentra en su ambiente, las flores del lugar era un verdadero espectáculo y era una mezcla de amarillos, fucsia, blancos y rojos, en un fondo verde que adornaba todo el lugar.

La comida fue deliciosa, a base de ensaladas verdes, pollo a la parrilla con una salsa especial que preparaban en el lugar. Para Andrés, José Antonio había ordenado pollo empanizado a la altura de los mejores lugares de comida rápida, con papas fritas y todas las salsas que quisiera echarle. Jugos variados y de postre nos sirvieron fresas con crema y una torta de chocolate que realmente estaba exquisita.

—Ahora lo que provoca es dormir. Siempre me preguntaba cómo la gente era capaz de comer tanto y podían seguir con su ritmo de del día. Yo, comía poco, para mantenerme activa, ya que de lo contrario entraba como en un letargo, tal como en ese momento; con la única diferencia era que esta vez no era letargo de cansancio, sino una agradable sensación de estar tranquila. Veía a Andrés tan a gusto y disfrutando de cada cosa que por un buen rato me olvidé que Beltrán era el dueño de mi vida.

Nos sentamos en unos cómodos muebles que también estaban al aire libre, mientras Andrés caminaba por los alrededores. Había animales y pájaros silvestres que pasaban por el lugar sin temor de nosotros, era como si estuviéramos en otro planeta diferente al que estábamos acostumbrados todos los días.

—¡Es un chico excelente! Comentó JAEZ en una exclamación que sentí ese momento, le salió de lo más profundo.

—Sí, es el mejor motivo que tengo para sonreír y para despertar cada mañana.

—No es para menos. Y ambos le veíamos jugar con uno de los balones de fútbol que había traído. De pronto José Antonio se levantó y fue a hacerle

compañía. Empezaron a hacer pases de balón por uno cuantos minutos y luego se acercaron uno de los dueños con un muchacho un poco mayor que Andrés, el cual era su hijo y se unieron al juego. Andrés hizo equipo con JAEZ y la próxima hora, la pasaron metiendo goles en una portería improvisada que hicieron entre los cuatro con unos troncos que estaban por ahí. Ellos metían los goles y yo gritaba, como si estuvieran en la copa del mundo. Cuando el juego terminó, se metieron a la piscina y nadaron por un buen rato, haciendo competencia y Andrés dándole todas las especificaciones de como nadar a JAEZ, como le gustaba tanto el mar y había participado en una de las competencias en las que su papá regularmente competía, sabía lo que significaba nadar a mar abierto.

Escuchaba la risa de ambos, mientras yo estaba sentada en uno de los bordes de la piscina, moviendo mis piernas dentro del agua. Cuántos recuerdos empezaron a pasar en mi mente entonces... recordaba cuando Andrés estaba pequeño y Beltrán tenía algo de tiempo para jugar con él, o al menos eso pensaba yo. De pronto sentí nostalgia no por esos tiempos, porque realmente era como una fantasía de mi mente; sino más bien empecé a sentir nostalgia por la vida que nunca tuve. Veía a este hombre, desprendiéndose de sus ocupaciones, porque yo sabía que las tenía, estando ahí con nosotros dos en medio de la nada... era una situación extraña, pero por primera vez en mi vida, no cuestioné nada, sino que simplemente me dejé llevar. En toda esa zona, la señal de los teléfonos móviles se perdía, por tanto desde que estábamos ahí, no había recibido ni una llamada, ni un mensaje, nada... precisamente Beltrán había llamado y nunca nos enteramos, pero de eso sabría después.

A las 4:30 de la tarde, les dije al par de “muchachos”, creo que ya es hora de irnos. Ambos pusieron cara de desacuerdo, pero mis palabras fueron firmes y decididas. Sabía que de ese lugar había que bajar temprano, sino luego se volvía peligroso, además sabía que José Antonio debía ir a algún lugar para instalarse, si se iba a quedar aquella noche en mi ciudad. A las 5:00 pm ya había comenzado a bajar y el clima se había vuelto realmente frío, así que hasta que llegamos a la carretera principal, veníamos con las ventanas abiertas, sin necesidad de aire acondicionado. Andrés se recostó en la parte del fondo de la vans y cuando pasamos Puerto la Cruz estaba dormido.

—Me gustó mucho pasar este tiempo con ustedes. Lo disfruté al máximo.

—Yo ni sé cómo pude venir hasta aquí y hacer esto... pero realmente te lo agradezco. Hacía mucho tiempo que no me sentía así (eso por no decir que nunca me había sentido tan a gusto como aquel día).

—La volví a ver... dijo JAEZ casi que como un pensamiento en voz alta, que se le escapó.

—¿A quién viste?

Esta vez él no contestó, solo cerró sus ojos suavemente y movió su cabeza en señal de negación, como queriendo decirme: “nada, nada, no vi a nadie”.

—Viste a la niña... y cuando dije eso, el abrió los ojos y asintió con su cabeza.

—No quiero importunarte con eso, pero es algo que me pasa desde que te conocí. No lo puedo explicar muy bien, pero la veo, simplemente eso.

—Bueno, no soy quien para decir nada al respecto, pero realmente no...

—Sí, ya sé, no lo entiendes, y yo tampoco. Pero ocurre, como esto que me pasa cuando te veo, y cuando no te veo también.

—Ya sabes que yo...

—Sí, ya se tu historia y volteó a ver a Andrés, reconociéndolo como parte de mi historia. Sé de Beltrán a quien parece le hipotecaste tu vida cuando te casaste con él. Sólo te pregunto, Valeria: —¿Realmente eres feliz?

De pronto mi mano tocó su rostro y con toda la dulzura de lo que puedo ser capaz me le acerqué y le respondí:

—José Antonio, cuando tenemos hijos, la felicidad nuestra es producto de segunda categoría... simplemente no importa; importa el bienestar de ellos, la felicidad de ellos.

El también toco mi rostro y en ese momento nuestras miradas en silencio, comenzaron a comunicar lo que no nos atrevíamos a decir.

Hoy no puedo evitar al recordar todo eso, que las preguntas vuelvan una y otra vez a mi mente. ¿Por qué será que en el momento a veces somos incapaces de hacer lo que quisiéramos? Y simplemente después tenemos la vida entera para lamentar el no haberlo hecho.

Lo cierto es que esa tarde la que terminaba luego que bajamos de “Los Altos” me sentía sobrecogía por un sentimiento que me había empezado a embargar... de manera tácita, sin mucho estruendo, sigilosamente, había comenzado a crecer en mí, el amor hacia aquel hombre que contaba entre sus muchas historias el cuento de una mujer infeliz que no supo decir “ya basta”

en toda su vida y que de alguna manera en ese momento había empezado a identificarse conmigo, o quizás yo con ella; con la única diferencia es que mi vida pronto empezaría a tener unos cuanto “ya basta” de esos que ella nunca dijo.

Nos despedimos de JAEZ aquella tarde y él retuvo mi mano un poco al bajar del vehículo que nos había trasladado, Andrés por su parte se despidió con toda simpatía y haciendo compromiso de pronto volver a verse para animarse a echar un duelo de video juegos, a lo que José Antonio se motivó en aceptar sin ningún inconveniente.

—Puedo irme mañana en la noche, si nos vamos a ver.

—No puedo asegurarte nada.

Esas fueron nuestras últimas palabras aquella tarde. Entramos a nuestra residencia y al acercarnos a la casa, caminando por las aceras entre los jardines frontales de cada una de las residencias, me di cuenta que Beltrán había llegado. Su bicicleta estaba afuera, como quien acababa de llegar de hacer sus vueltas acostumbradas. Sentí algo de temor. Una vez más casi se cruza con JAEZ. Era algo no planificado, pero Beltrán había estado más ausente en los últimos días, sin embargo, cada vez que José Antonio se acercaba más a mí, mi esposo aparecía sin previo aviso.

Entramos a la casa y Andrés corrió a su habitación, llevando su balón y la mochila en sus manos. Se quitó la chaqueta y la dejó sobre uno de los muebles del salón. Yo, subí a mi habitación y efectivamente comprobé que Beltrán había llegado, y podía escuchar la ducha desde la puerta donde me detuve. Vi su maleta al fondo de la habitación, casi al borde del vestier y pensé por un momento que había descubierto que mi esposo era el rey de las maletas, que por cierto yo ni sabía, ni mucho menos veía cuando las preparaba, pero ahí estaban. También pensé por unos segundos, en cuantas maletas le había recibido en cada uno de sus viajes, colocando cada cosa en su lugar y no me había detenido a pensar en que fueran diferentes, que trajera más o menos de las que se llevaba al salir.

Me había conformado con adaptarme a su vida de hombre de negocios, en la que siempre había equipajes de por medio, pero hasta unos días atrás cuando vi el equipaje que realmente era de mujer, no me había detenido a pensar como hasta ese momento, que definitivamente Beltrán tenía una vida paralela a la que vivía conmigo.

—Hola ¿Cuándo llegaste? Le dije acercándome a la puerta de la sala de

baño.

—¡Hola amor! Respondía y abría una de las puertas corredizas de vidrio templado. El agua seguía cayendo y él estaba allí delante de mí.

—Has llegado en el momento justo para acompañarme. Ven, el agua está como te gusta.

—No gracias, prefiero esperar aquí afuera hasta que termines. Tengo algo de frío.

—¿Frío? Tu termostato está dañado, dijo mientras se reía burlescamente. Con el sol tan radiante que ha hecho esta tarde, sentir frío es como raro... ¿no crees?

—¿Y dónde estaban? ¿Porque andabas con Andrés, cierto? Te llamé o mejor dicho les llamé a ambos, y en el mensaje decía que no podían ser localizados, como si estuvieran en un lugar en el que no había señal.

—Sí, Andrés y yo andábamos juntos. ¿Y tú, desde qué horas estás aquí?

—Llegué casi al medio día. Salimos en la avioneta de Lucio esta mañana, hicimos el mismo recorrido de ida llegando a Anaco y luego regresamos por carretera. El negocio va muy bien, sólo tenemos que ordenar unos cuantos detalles antes de firmar la compra de los terrenos en Anaco y luego ir otra vez hasta Puerto Ordaz, para tomar una decisión con lo que él me mostró allá.

—¿Vas a comprar unos terrenos en Anaco? ¿Y eso sería, como para qué? En ese lugar no hay playas, ni marinas. ¿Por qué quieres invertir allá?

—Pensamos hacer un centro comercial distinto a todos los que hay hasta ahora. Es una zona petrolera, el dinero se mueve allí, así que me parece una buena oportunidad.

—¿Y de cuánto es la inversión que estimas hacer?

—La totalidad de los terrenos tienen un valor de unos dos mil trescientos millones. Lucio tiene terrenos que complementarían el lote que pienso comprar.

Beltrán continuo hablando de la magnitud del negocio que pensaba hacer mientras salía del baño y empezaba a secarse frente a mí. Fue detallando algo del punto de equilibrio y toda la ganancia que a partir de allí tendrían en un tiempo de retorno de inversión como de tres años. Él era experto en eso, así que podía hablar con precisión de cómo medir la rentabilidad de una inversión, y sobre todo de llevarla a cabo.

Dinero, dinero... parecía que pensar en eso era lo que le mantenía animado, y en el fondo pensaba ¿para qué? Si no tenía más que un solo hijo

(por elección de él) y yo no era de las que tenía un estilo de vida de mujeres ricas y frívolas. Pero definitivamente, eso era lo que le gustaba. Yo, no se lo criticaba del todo, pero lo que si me hacía sentir algo decepcionada era que cuando le había comentado acerca del terreno contiguo al Centro Crecer que queríamos adquirir, eso sí le había parecido una locura, porque no tenía que ver con sus intereses y su riqueza personal, que de paso ya me estaba pareciendo, una simple pobreza emocional.

Se terminó de vestir y yo entré al baño a recoger lo que había dejado Beltrán allí y a arreglar un poco y mientras lo hacía, lo escuché hablar con Andrés. También pude oír que el teléfono de Beltrán repicaba entrando una llamada a su teléfono, así que cuando yo salí de mi habitación encontré a Andrés en el salón de diversión, viendo su rompecabezas sin atreverse a colocar ninguna pieza.

—¿Por qué estás aquí?

—¿Qué crees? ¡Está encadenado por el teléfono desde que bajó de tu habitación!

Una vez más vi aparecer una mueca de hastío en el rostro de mi hijo, y realmente eso empezó a inquietarme.

—Tranquilo mi príncipe... ya sabes cómo es, no te amargues por eso.

—Si... lo sé, pero creo que ahora está peor. A veces me pregunto, ¿para qué vuelve? sino “vuelve”

Esas palabras me golpearon en la cara y pusieron en perspectiva correcta todo lo que había sido nuestra vida.

Beltrán desde que Andrés nació, o mejor dicho desde que estaba en mi vientre, había estado yendo y viniendo constantemente; nunca pasaron al menos seis meses, sin que se alejara al menos uno o un par de meses. Nunca estableció de algún modo ese lazo paterno cercano con Andrés, y eso que el niño siempre trató por todos los medio de atrapar su atención. Las veces que estaba en un juego en los que Andrés participaba, era porque ahí estaría presente alguien en quien tenía algún interés asociado a sus negocios. No había ningún paso que diera por causalidad, no había tiempo para perder, ni dinero que dejar escapar. A los pocos meses entendería también que como los negocios y el dinero, las mujeres era algo que él tampoco dejaba escapar.

Estuve con Andrés colocando algunas piezas en el rompecabezas, y terminamos riéndonos a carcajadas, recordando algo de lo que había pasado en esa tarde, cuando estuvo jugueteando con José Antonio en la piscina y las

caras que me hacía cuando salía a la superficie. Estábamos entretenidos en eso, cuando apareció Beltrán.

—Les parece si salimos a dar una vuelta por ahí, la noche es joven. Les invito a comer en uno de los restaurantes del Mare Mares y si quieres enano, puedes darte un chapuzón en la piscina, aunque es de noche, sé que a ti te dejarán.

—Piscina... no gracias, pa'. ¡Además, hoy comí como por tres días!

—Y hablando de eso... ¿dónde fue que estuvieron ustedes, que no me atendían el teléfono y andaban sin carro?

—Fuimos a “Los Altos”, un amigo nos invitó y la pasamos súper. Y la respuesta de Andrés me libró de tener que dar detalles por mi parte.

—¿Ah sí? Pero no me dijeron nada, y eso que les llamé y les llamé repetidas veces. Con razón que la llamada no entraba, allí arriba no es buena la conexión.

—Tú de todas maneras no habrías venido con nosotros, no había nada que te llamara la atención allí. Ningún negocio que pescar.

Yo me había quedado en silencio escuchando a mis dos hombres hablar y empecé a sentirme mal y triste a la vez, al sentir el tono de reclamo que había en la voz de Andrés. Nunca había sido un niño que replicara ante nada, y para él que su papá estuviera en cualquiera de sus actividades era lo máximo; ahora sentía su desgano ante Beltrán y me parecía que había empezado a llevarse a cabo también una ruptura entre ellos, y eso se me parecía mal, muy mal.

—No siempre hay negocios cuando salgo con ustedes....

—¿Seguro?

—Bueno campeón, no lo tomes a mal. Gracias a todo mi esfuerzo vives como vives. Ni siquiera te puedes imaginar lo que mandé a pedir para ti ¡Es un nuevo video juego, pero es algo fuera de serie!

Por un momento los ojos de Andrés se iluminaron, pero enseguida perdieron su brillo. Ahí entendí que la cosa era grave.

—Se llama “mundo submarino” y es un simulador completo de lo que ocurre debajo del mar. Vas a sentir como el agua te roza, las texturas de los corales, peces de todos colores y tamaños, una experiencia única en un barco perdido y grandes tiburones para que la emoción crezca. Vas a sentir que te falta algo de aire cuando estés perdiendo y eso te hará abortar la expedición y tendrás que salir del agua cuanto antes.

Yo estaba pasmada de ver lo que ocurría. El mar y sus maravillas eran la locura de mi hijo, podía hablar sin parar de ese tema; de hecho le contó a JAEZ esa tarde de sus aventuras de buceo con un detalle que no podría mejorar cualquier simulador de video juego. Sin embargo, luego de lo que Beltrán le expuso, solo alcanzó a decir: —¡Chévere papá, gracias!

—¿Gracias? No, no me des las gracias todavía... espera a que llegue y ahí sí enloquecerás.

—¿Y qué dice mi esposa feliz? ¿Si te animas a venir?

—Estoy cansada Beltrán, esperábamos hacer cotufas y sentarnos a ver películas esta noche. Ese era nuestro plan.

—Ya veo... pero ese no era mi plan, así que vístete que vamos a salir.

—Ya te he dicho que...

—Valeria, si te digo vamos; es que vamos nena. Anda cámbiate y salimos.

—¿Y tú pretendes dejar sólo a Andrés aquí, luego de todos los días que has pasado fuera?

—Tranquila amorcito, él ya es grande. ¿No me vives diciendo que no le diga más “enano”? entonces ya está grande y puede quedarse solo, mientras nosotros nos vamos por ahí de noche romántica.

Cuando Andrés estaba más pequeño, ciertamente Beltrán hacía muchas salidas y teníamos que llamar a mi mamá para que lo cuidara, él no se había interesado mucho en que nos acompañara. Para él, necesario era que lo acompañara yo, para los efectos del formalismo, aunque estuviera aburrida o me sintiera incómoda con quien el estuviera haciendo el “negocio” en cualquier momento.

—¿Por qué quieres ir a ese hotel? Pregunté y era algo que a partir de esa vez iba a estar haciendo constantemente, con las implicaciones negativas que eso traería.

—¿Aún Sara se está quedando allí?

—¿Sara?... ¿De qué estás hablando Valeria?

—No sé... como la última vez que la vi, la dejamos allí ¿Te acuerdas? Nuestro día de pesca familiar de la semana pasada, en el que Sara estuvo presente todo el día.

—¡Ah ya sé por dónde vienes! ¡Mi mujer está celosa! Decía esto repetidas veces como cantando y riendo a la vez, y Andrés y yo solo nos veíamos la cara, sin decir nada más.

—Voy hasta mi cuarto, a ducharme, realmente estoy algo cansada. No voy a salir, pero agradezco la invitación.

Salí del salón de juegos y Beltrán se vino tras de mí. Antes de llegar al dormitorio me alcanzó y me tomó por el codo de mi brazo izquierdo, sujetándolo con fuerza.

—A mí no me dejas con la palabra en la boca. Tú no eres así, no conmigo.

—Me estás lastimando el brazo Beltrán. Y mirándole directamente a los ojos, solté mi brazo de su mano.

Entre al dormitorio y fui quitándome los zapatos, me coloqué mis sandalias de baño y me dirigía a entrar a la ducha, cuando él me lo impidió.

—Estás molesta porque sientes que te he dejado solita muchos días, ¿cierto? Eso es fácil de arreglar, ven. Empezó a desabotonar mis pantalones, y yo tomé su mano entre la mía y dije:

—¡No! aquí nada se arregla de esta forma.

—¿Pero qué quieres? Te estoy ofreciendo placer del bueno y ¿estás dudando? La verdad que creo que estás enloqueciendo. Tú no eres así.

—Y según tú ¿cómo soy?

—Eres la mujer perfecta. Sonriente, complaciente, la que me espera con ansias de que la devore, la que se muere por mí y me extraña en todo tiempo. Tú, eres mi esposa feliz. Aunque en este momento, no sé a dónde se ha ido esa mujer.

—Y te has puesto a pensar alguna vez, que quizás esa mujer, ¿ni siquiera existe? ¿Lo has pensado?

—Definitivamente, creo que te ha afectado demasiado mi ausencia de estos dos últimos viajes y no entiendo ¿por qué? Si comparativamente con otros, me he tardado menos. —¿Será lo que has estado leyendo, del tipo ese que escribe novelas y melodramas?

—Manuela me dijo que tú, no podías “hacernos eso”

—¿Vas a volver ahora con lo de Manuela? Ya te dije que ella siempre ha sido una demente. No sé por qué la tienes en el Centro Crecer todavía... tu no vas a...

—Beltrán, yo no soy tonta... o al menos no tanto como tú mismo pudieras creer. Era la primera vez en todos esos casi trece años de matrimonio que teníamos una conversación como esta. Y no, porque no hubieran razones similares, sino porque yo nunca me habría atrevido a

contrariar a mi esposo de algún modo.

—Pensé que ese tema estaba claro, y que sobre Manuela no había nada que hablar. Te lo dije una vez, y no quiero volver con eso; ella está mal.

—Pero mal ¿porqué o de qué? ¿Qué tiene ella en tu contra, o que fue lo que tú le hiciste?

—Yo no le he hecho nada a ella, simplemente no he querido complacer sus apetitos sexuales, y está paranoica.

—¡Beltrán! ¿Tú estás escuchando lo que me acabas de decir? ¿Sabes cuán grave es eso?

—Hay Valeria, no es para tanto; te estoy dando la explicación de por qué Manuela es cómo es, pero no es el fin del mundo. Ignórala y ya.

—No Beltrán, eso que tú acabas de decir es una acusación muy grave contra alguien a quien he considerado mi amiga por casi toda mi vida.

—Bueno, era un simple juego Valeria. Lo que pasa es que me harté por lo que dijiste de Manuela. Ya, cancelalo y continuemos en lo que estábamos.

—No estábamos en nada...

—¡Hay no! Esto si no lo esperaba yo. Aquí sabemos cuáles son las reglas del juego. Yo, quiero y tú quieres, así que ayúdame a quitarte la ropa y no te hagas de rogar.

Era una sensación extraña, yo siempre aunque no sintiera todo ese placer que él decía que yo sentía, había sido sumisa en cuanto a sus gustos y a satisfacer su apetito sexual cuando él quisiera, como él quisiera, pero esta vez, aparte de que no tenía ningún tipo de ganas, me resultaba casi despreciable estar ahí con él.

No hubo forma de que entendiera de que no quería hacerlo, así que una vez más el me silenció con un sexo que si antes estaba lejos de producirme placer, había empezado a sentir que realmente no quería seguir así. Ese día empecé a comprobar, que mi vida con Beltrán, no era para nada lo que yo me había empeñado en hacerles creer a todo el mundo, y sobre todo no era lo que yo misma me había empeñado en creer.

Tan rápido como empezó terminó y me besó diciendo: —Bueno, si tú no quieres salir, yo sí. Fue al baño, se refrescó, se miró al espejo y salió. Yo me quedé tendida en la cama por unos minutos, hasta que Andrés tocó la puerta y me dijo: —Beltrán El Grande se ha ido ¿vemos la peli?

—Dame unos minutos le contesté. Salté de la cama y me duché lo más pronto posible. Dejé el agua lo más fría posible, a ver si con su golpe sobre

mi cuerpo se me olvidada de alguna manera lo que acababa de pasar. Cuando salí de la ducha y comencé a secarme frente al espejo del tocador, salieron de mí unas simples palabras, que marcaron de alguna manera el resto de mis días al lado de mi esposo:

—Quiero irme de aquí. Esas palabras dichas en voz alta, me asustaron tanto, como si no hubiesen venido de mí. Simplemente mi corazón habló, sin filtrar las palabras por el prisma de la razón, de la conveniencia, del deber ser... No, de forma contundente, las palabras salieron y mi expresión en el espejo, fue algo que lo confirmó. Estaba parada allí, frente a otra persona, que se atrevía a exponer lo que sentía, y sobre todo estaba ante el reflejo de alguien, que sin proponérselo había empezado a sentir, y con una intensidad no conocida, un sentimiento que nada tenía que ver con el esposo perfecto, ese que hacía pocos minutos acababa de salir.

Hice un esfuerzo por salir de aquel trance y me vestí. Caminé hasta la habitación de Andrés y toqué: —Entra ma', contestó.

Crucé el umbral de la puerta y lo vi allí entre todos los posters de sus ídolos del fútbol, abrazado a una de sus almohadas, con la mirada en el techo y la tristeza alojada en algún rincón de su cabeza.

—¿Por qué no quiere estar conmigo mami? Era la primera vez que mi hijo se atrevía también a exponer sus sentimientos de tal manera delante de mí.

—¿Cómo que no quiere estar contigo? ¿Te refieres a tu papá?

Y el asintió con su cabeza.

—Él siempre quiere estar contigo y se encierran en tu habitación, pero no es así conmigo. No soy lo que lo hace volver a esta casa, y eso lo sé.

—Cariño, él es tu padre y te ama, decía yo mientras acariciaba su pelo y besaba su cabeza. Lo que ocurre es que no siempre los adultos son capaces de expresar lo que sienten de la mejor manera. Fíjate, él está pendiente de ti; sabe lo que te gusta y pronto tendrás ese video juego especial, del cual te habló.

—Sí ma' pero tú sabes que no me estoy refiriendo a eso. El tío Venancio es diferente con Ernesto... Andrés decía eso, y no pude evitar que el corazón se me rompiera en pedazos. Tantos niños con déficit de atención y problemas de desamor que yo veía a diario y ahora comprobar, que él mío también estaba atravesando por problemas similares, me causaba mucho dolor.

—Yo te amo con todo mi corazón, dije abrazándolo con mucha ternura.

—Yo lo sé ma' y tú sabes que yo siento lo mismo por ti, pero en doblete... y casi dejó ver una sonrisa al decirme eso, pero me pregunto a veces ¿es que él, Beltrán El Grande, no quería que yo naciera o algo así? He escuchado muchos cuentos de niños no deseados.

—¡Wow! En ese momento entendí que mi hijo hablaba muy en serio.

Parecía increíble, pero en los últimos días, a través de JAEZ y Andrés la vida se encargaba de hacerme ver cosas que nunca percibí o que simplemente eran mejor no detallar. Lo que acababa escuchar de los labios de mi propio hijo, me daba una perspectiva más clara de lo que había sido mi relación con Beltrán durante todos esos años y explicaba además su actitud con respecto a Andrés, quien si había comenzado a tener claridad sobre toda nuestra situación, y lamentablemente creo que su percepción era más nítida que la que había tenido yo hasta ese entonces, quizás porque él había sido afectado directamente.

—Hay personas a las que se les hace difícil expresar lo que sienten hijito. No te sientas mal, Andrés. Tu padre siempre te ha amado, ha estado cuidando que no te falte nada desde que estabas en el vientre y eres su orgullo, su campeón.

—Yo no me refiero a esas cosas que dices mami, yo lo digo porque tú misma sabes que él siempre prefiere estar contigo que conmigo. No es como el tío Venancio, que donde está Ernesto, él también está detrás. Sabes, que Beltrán El Grande no va a mis partidos de fútbol, y tú lo sabes bien, porque más de una vez te he escuchado convenciéndolo para que lo haga. Su tono de voz se iba alterando, hasta el punto de casi romper a llorar.

—Si me lleva a pescar es como el sábado pasado, ¡que ni me ve!, sino que está entretenido con sus amigos, con sus negocios, ¡con sus mujeres!

Al decir eso último, Andrés se cortó. Y me miró, como queriendo decir con su mirada que olvidara lo dicho. Sentí que el corazón se me paralizaba al comprender el dolor que había en mi pequeño.— ¿Por qué no lo vi antes? Me parecía cruel que Andrés estuviera sintiendo todo eso, y yo sin prestarle la atención debida. Lo abracé con todo el amor que era capaz de transmitir y me acurruqué junto a él, mientras le cantaba una dulce canción al oído.

Su respiración se fue quedando en calma y cuando estaba casi dormido, me incorporé para salir y él tomó mi mano entre la suya.

—No te vayas mami.

—No me iré hijito.

Dejé que pasaran unos minutos más y luego le pregunté si retomábamos nuestro plan de peli y cotufas y él dijo que sí. Cada uno quiso como olvidar lo que había significado la confesión de apenas unos minutos atrás y nos preparamos para ver la película. Realmente en ese momento, yo no encontraba cómo hacerle sentir a Andrés que estaba equivocado, que su papá si lo amaba con todo su ser y todo lo importante que era para él. Era increíble que yo había visto tantos casos, dando terapia y hasta consejo para los familiares de los niños con este tipo de deficiencia, más afectiva que de otra cosa; y ahora me tocaba a mí estar ser parte de los que tenían el problema. Para mi sorpresa sentía que no tenía las herramientas suficientes para asumirlas. Y no porque no supiera la teoría y práctica de cómo empezar una terapia y hablar con un padre, sino que me asombraba mi ceguera en todo este tiempo. La realidad simplemente me había explotado en la cara.

Mientras la película duró, estuvimos riendo y comiendo las cotufas, y en un momento de pausa cuando Andrés fue al baño, al volver me dijo:

—Me gustó ir con JAEZ hasta Los Altos y la pasé bien con ustedes dos juntos.

Andrés estaba por cumplir ese año, 12 años, y era como si a través de sus palabras la sabiduría me visitara de una manera insospechada. Para mí no era fácil escuchar ese comentario de mi hijo; resultaba más bien algo extraño, quizás fuera de lugar, pero así y todo él lo hizo.

En ese momento recordé que no supe más de José Antonio desde que nos bajamos en la casa y luego vino el encuentro con Beltrán, su salida y para completar la noche, las confesiones de mi hijo, con respecto a cómo se sentía con su papá. Por supuesto que lo olvidé, o mejor dicho no quería pensarlo; ya que estaba bastante ocupada dándole amor a mi hijo.

—Es un tipo buena onda. Me parece muy atento y además, tiene algo que me gusta mucho...

—¿Qué será? -Dije yo sin salir de mi asombro.

—Es de las personas que saben escuchar.

—Lo certifico, pensé pero no lo dije.

Andrés tomo asiento en nuestro puf gigantesco y continuamos viendo la película hasta terminar. A partir de allí, me fue casi imposible concentrarme en lo que estaba viendo. Mi pensamiento iba de JAEZ a Andrés y de Andrés a JAEZ, claro con la interferencia de Beltrán entre un viaje de pensamientos y otro.

Terminamos casi a las once de la noche de ver el film y Andrés colocó un partido de futbol que había dejado grabando. Todo parecía normal, así que preferí dejarlo dormir.

—Apaga la luz y luego a tu habitación.

—¡Claro má!

Me dispuse a salir del salón de diversión y antes de cruzar la puerta, dijo algo que una vez más me conmovió.

—¡Te tengo a ti, y eso es lo mejor mami... te amo grande!

Por supuesto que esas palabras me derritieron, así que regresé a donde él estaba y lo abracé mientras le besaba muchas besas.

—¡Y yo a ti cielo, y yo a ti! Te amo grande yo también.

Atravesé el pasillo y llegué a mi habitación. Beltrán aún no llegaba. Había estado fuera prácticamente por semanas y aun así, necesitaba salir. Era complejo o hasta algo ilógico pensarlo, pero definitivamente mi esposo no tenía lazos de amor con su hijo, y ahora había empezado a preguntarme si los tendría conmigo. Casi a la media noche sentí que la puerta de mi habitación se abrió; Beltrán llegó y con cuidado siguió hasta el baño. Igual vi cuando pasaba al vestier y volvía a la cama. Se recostó con suavidad a mi lado y me abrazó por la espalda.

—¿Estás dormida? Preguntó mientras sus manos empezaban a acariciarme de una forma que ya no quería soportar.

—No estoy dormida, y lo sabes.

—Claro, tú no puedes dormir sin mí, cuando yo estoy aquí. Pero ya llegué... así que ven...

—Beltrán, creo que debes hablar con nuestro hijo.

—Sí, sí querida, lo que tú digas... ahora ven, que quiero...

Me incorporé en la cama, sentándome como quien quiere tomar distancia y respiro.

—Creo que debes hablar con Andrés cuanto antes, Beltrán. Estoy preocupada.

—¿Preocupada? ¿Qué pasa con él, acaso está metido en algún problema en el colegio, hay alguna queja sobre él? ¡Eso no puede ser! Él es un chico que lo tiene todo para estar bien y feliz; así como tú querida.

Y volvía a abrazarme queriendo continuar con lo que para él ya había empezado.

—No hay ningún problema con Andrés fuera de esta casa. Él es un chico

excepcional, buen comportamiento, buenas calificaciones, amigo de todos; los profesores lo adoran... bueno, todo el que lo conoce lo quiere, pero él se queja de que no ocurre eso contigo.

—¿De qué hablas nena? Y empezaba a besarme el cuello en señal de seducción. Vamos... dejemos eso para luego y ahora pasémosla bien juntos. Pronto tendré que ausentarme nuevamente.

—En este momento Beltrán, te digo que estoy preocupada... y si se quiere muy triste. Mi hijo supo decirme a mí, que él sentía que tú no lo querías.

—¡Hay Valeria... por Dios! Esas son cosas de adolescentes, ya sabes cómo son los muchachos. No le pares tanto y ya.

—¿Ves? ¡Ese es el punto! Que si hay que “pararle” Beltrán. El muchacho está enviando una señal de alarma, y yo sé por experiencia que puede ocurrir después.

—Por eso siempre pensé que eso de tener hijos no era buena idea. Los hijos, son problemas.

Lo dijo creo que sin pensar, pero esas palabras terminaron de hacerme entender la situación real que nos arrojaba a los tres, como parte de la familia que conformábamos.

—¿Tú no querías tener hijos? Pregunté con la voz entrecortada, porque sentía que el dolor se empezaba a desencadenar dentro de mí.

—¡No seas dramática nena...! Ya sabes que yo quiero al enano, lo que no quiero son complicaciones.

—¡Beltrán, un hijo no es una complicación; un hijo es una bendición!

—Sí, sí, sí ya conozco todo lo que tu opinas de los hijos, y por eso querías tener cuatro o cinco o ya ni sé cuántos.

—¿Yo quería hijos? ¿Quieres decir, que tú no querías hijos? Creo que hasta ahora empiezo a comprenderlo. Me levanté de la cama y en medio de la penumbra caminé hasta el baño, sentí que me descompensaba, tenía ganas de vomitar. Entender que mi marido había rechazado a Andrés desde siempre, me hacía sentir miserable. A los pocos minutos, él me siguió hasta el baño y yo me encontraba frente al espejo tratando de entender ¿quién era yo, quien era él, y qué realmente éramos los dos?

—Valeria vuelve a la cama, no hay que hacer una tormenta en un vaso de agua. Tú quieres que hable con el enano, pues bien ¡hablaré! Todo sea porque tú te sientas en paz y feliz. Vente... volvamos a la cama, yo te voy a hacer

olvidar toda esta tensión.

—¿Dónde estabas tú Beltrán? Es casi la media noche, y en los últimos 15 días no has estado aquí. Realmente quisiera que me dijeras ¿qué es lo que ocurre?

—¿Qué es lo que ocurre? ¿Qué va a ocurrir Valeria? ¡Nada! Tú eres la que estás enredada en tus emociones, con no sé cuántas cosas allí. La verdad es que la que está rara eres tú.

—Tú no eres así. No eres de esas mujeres nerviosas e inseguras y mucho menos que sufres de celos desenfrenados... siempre has sido pausada, ecuánime, sin sobre saltos y por encima de todo, feliz ¿Qué te ocurre ahora? Estás nerviosa, distante y hasta desconfiada con respecto a mí.

—Tienes razón Beltrán... es que hasta ahora he empezado a comprender la realidad de nuestra vida. De solo pensar que tú no querías a Andrés, eso me rompe el corazón.

—Querida, yo nunca he dicho que no quería tener a Andrés. Él es mi heredero, mi primogénito, en él están puestas todas mis esperanzas para que dé continuidad a mis negocios, así como yo lo he hecho con respecto a mi padre, y eso tú lo sabes.

—Beltrán, yo no hablo de tus planes para con nuestro hijo, yo estoy hablando de la sencilla relación de amor entre un padre y su hijo, que además es tu único hijo.

—¡Ay no Valeria! Si eso es todo lo que tienes para ofrecerme esta noche, yo de verdad prefiero acostarme y dormir. He tenido unos días de mucho movimiento, y ya sabes cuales son mis expectativas al volver a casa luego de cada viaje de negocios que hago. Este es mi spa personal, mi rincón favorito en el mundo, el lugar donde tú me esperas y me haces feliz

— ¿Acaso eso es mucho pedir? Y así daba media vuelta y me dejaba en el baño, sin decir más nada. En el fondo agradecí que se hubiera cansado y marchándose saliera de baño. Yo me tardé unos minutos más, cuando volví a la habitación para acostarme pude sentir su respiración por lo que supe que estaba dormido. Me acosté con mucho cuidado, pero el igual se dio cuenta de que yo estaba allí, por tanto se arrimó y me abrazó para continuar en su sueño profundo.

El fin de semana terminó de transcurrir como en cámara lenta. Andrés se despertó tarde, cosa normal en él, mientras su padre estaba en casa. Casi al medio día, desayunamos y prácticamente el resto del día pasó en una

continua evasión de unos con otros. Beltrán también en eso era bueno, que digo bueno ¡Muy bueno!

La nueva semana arrancó sin ningún inconveniente y ese día lunes, había que ir al banco a firmar lo del desembolso del crédito solicitado por Beltrán. No pude llegar en toda la mañana al Centro Crecer e iba monitoreando con Lucía todas las incidencias vía telefónica. En una de mis llamadas le pregunté:

—Lucía, ¿has visto a Manuela el día de hoy? Eran las 11:00 am cuando hice la llamada y mi asistente me respondió negativamente. Era completamente raro, porque Manuela no era de faltar a su trabajo, así que nuevamente me preocupé al pensar que eso tenía que ver con la emergencia familiar que había dicho que tenía la semana anterior.

La firma en el banco se prolongó, hasta casi la hora de ir a buscar a Andrés al colegio, así que fuimos juntos esa vez.

—¡Qué fastidio esta cola! Protestó Beltrán, quien estaba totalmente desacostumbrado a buscar a Andrés al colegio; ya que eso siempre lo hacía yo. Pasaron unos minutos hasta que Andrés apareció.

—Hola enano ¿por qué tardaste tanto? Esta hora es muy pesada y de complemento buscarte lo complica todo.

—Hola papá... Hola mamá decía, mientras cerraba la puerta del carro de Beltrán para luego pasar su mano derecha por el respaldo de mi asiento, hasta tocar mi hombro derecho. Yo, en señal de mi profundo cariño, besaba su mano.

—Y ¿cómo te fue hoy hijito? ¿Mañana continúan los juegos intercolegiales?

—Si mami, los reanudamos mañana, así que tienes que llevarme temprano a las 7:00 para la cancha del “ojo”, ahí tendremos el primer partido.—¿Tú vendrás también papá?

—No Andrés. Mañana debo volver a Puerto Ordaz, creo que en esta semana voy a cerrar un negocio que estoy haciendo allá, además ya que tengo los fondos necesarios en la cuenta, tengo que estar viajando a Anaco también. Estoy haciendo una inversión importante allá.

Yo lo observaba de reojo y pensaba: —¡Ese es mi marido! esos son sus planes, en los que no está su hijo con sus actividades normales, ni yo con cualquier otra necesidad (así fuera emocional) que ameritara su atención. Para él, su agenda era lo más importante y el resto del mundo

(incluyéndonos) simplemente debía acoplarse a ella. No había visto mi celular fuera de las dos llamadas que había hecho al Centro Crecer aquel día. No consulté ni los mensajes de Whats App, por tanto no vi lo que JAEZ me había escrito.

Al llegar a casa, pasado el mediodía, Andrés me dijo que debía ir a la práctica, pero en esta oportunidad la harían a final de la tarde, según lo que le había informado el entrenador, así que aprovecharía para hacer unas láminas que tenía que dejar en el Colegio a la mañana siguiente, antes de que lo llevara al partido que tenía a primera hora. Una vez que finalizamos de almorzar, salí para el Centro Crecer y Beltrán quedó en la casa con Andrés. Me fui temprano con el objeto de devolverme a buscar a mi hijo un poco antes de las 6:00 pm, y así ponerme al tanto de los detalles de las actividades de matutinas.

Pasé frente al puesto de Lucía, y al ver como estaba todo en su lugar de trabajo que si estaba en el Centro, mas no en su puesto; lo que significaba que estaba comiendo en la cafetería. Fui directo hasta mi oficina, coloqué mi bolso de mano en uno de los muebles auxiliares y me senté. Rápidamente encendí la computadora y mientras ella hacía su rutina de inicio, estiré mi brazo hasta mi cartera y saqué el celular de ella. Lo coloqué sobre mi escritorio e inmediatamente me fui a ver los mensajes.

Había unos 200 y al pasar por la lista de los emisores, me detuve en los mensajes de JAEZ. El sábado en la noche él me escribió para ver si nos podíamos ver, y cómo única respuesta le coloqué: —Beltrán está aquí. Él no contestó nada más, al menos no que yo viera y ahora me daría cuenta de que sí lo hizo. El domingo en la maña, había un mensaje que decía que estaba en el aeropuerto por abordar el avión de vuelta a la capital. Y había otro mensaje casi al terminar el día, en el cual me decía que había llegado y preguntaba cómo estaba yo. Al no ver los mensajes, no respondí.

Pero lo que más me sorprendió aquel día, fue el mensaje que me había dejado en esa mañana.

—Abre tu correo, no acepto negativas. Era una simple oración, pero de gran significado, y eso lo entendería mejor en pocos minutos.

Al finalizar la mañana, había otro mensaje en el que preguntaba si había abierto el correo que me envió, y por la ausencia de respuesta de mi parte, pudo inferir que no.

Ingresé a mi buzón, y vi su correo allí. Inmediatamente lo abrí. Este

hombre se había convertido en una sorpresa tras otra para mí, pero lo que leería a continuación, era demasiado hasta para imaginarlo. En dos párrafos que era lo que tenía el correo, me explicaba que había contactado a los dueños del terreno contiguo al Centro Crecer, que había cancelado el monto total de su costo en euros. Daba instrucciones precisas además a su abogado para realizar en lo sucesivo la donación del lote al Centro, pidiendo que se solicitaran todos los requisitos legales para tal fin. Él había hecho eso, la semana anterior, aún durante la gira que realizó por los Estados Sucre y Monagas. Ahora empezaba a entender que estuviera en la zona este sábado cuando nos vimos; lo que quería decir que había pasado desde el viernes para hacer todos esos trámites.

—Esta semana le darán a mi abogado la documentación original de la venta y él te la hará llegar a ti, para que la revises y nos suministres todos los datos, a fin de hacer la donación respectiva. Había escrito todo eso en pocas y sencillas palabras. No me imaginaba cómo se las ingenió para contactar a los dueños, sé que en el Fortín, cuando estuvimos por allá, yo le di algunos detalles de los dueños, pero nada con tanta precisión, como para que hubiese hecho todo eso, en tan poco tiempo. Al parecer José Antonio también sabía moverse en el mundo de los negocios y tenía además un abogado muy eficiente.

El segundo párrafo de su correo decía que ahora preguntaba por la parte más importante, Andrés y yo. Eso me conmovió, sentirlo interesado en mi hijo simplemente me dieron muchas ganas de llorar. Yo no terminaba de procesar correctamente, todo lo que leía en aquellos dos únicos párrafos que tenía aquel primer de muchos correos que recibiría de JAEZ.

Tomé mi celular y le marqué. Al segundo repique atendió la llamada.

—Me tenías en ascuas, dijo. ¿Por fin, viste el correo que te envié? Quería hablarte de eso cuando nos vimos el sábado, pero la oportunidad no se dio... además yo esperaba verte nuevamente y darte la gran noticia, mirándote a los ojos y pudiendo ver además la sonrisa en tu cara así como el brillo en tus ojos por la alegría de haber obtenido lo que querías.

—Pero... José Antonio... ¿no tenías por qué hacer esto!

—Tienes razón, no tenía que hacerlo, “quería hacerlo”.

—Yo no puedo aceptar... es mucho dinero, ¿cómo fue que hiciste...? Aún me cuesta entenderlo.

Una vez más mis palabras se enredaban sin poder salir adecuadamente. Él

sobrepasaba cualquier cosa que yo pudiera esperar.

—Tú querías, o déjame decirlo de la manera adecuada (para no equivocarme con mis palabras). Tú más bien necesitabas ese terreno para la ampliación del Centro Crecer y la terminación del proyecto ¿Cierto? Pues, yo lo vi y lo leí en el material escrito que tenías en tu oficina. Llamé a varios amigos en España, además de mi editorial allá y aquí, tuve el dinero y simplemente lo compré. Bueno, no sólo lo compré, es mi donación a tu causa.

—¡Estás loco! Ni Beltrán hubiese podido hacer una inversión de esta magnitud, tan rápido.

—Pues mi apreciada señora, tu marido feliz, no es el único que sabe de negocios y de dinero en esta historia. No presumo para nada de lo que tengo, pero lo que tengo, lo tengo y lo invierto como quiero; y hasta ahora no me ha ido mal. Además creo que esta ha sido la mejor inversión que he hecho en mi vida. Y no me digas que no la puedes aceptar, porque esta es una donación institucional, o si quieres hazme partícipe del Centro y seremos socios de alguna manera. Podía escuchar su carcajada luego de todo lo que me había dicho. Este hombre realmente me desconcertaba, estaba asombrada con su capacidad para estar en todo lo que a mí me interesaba. En el fondo no lo podía creer.

Luego se hizo un silencio, hasta que él mismo, lo interrumpió.

—Valeria.

—Dime José Antonio.

—“Sólo hay un tiempo para amar”.

Dijo esto y simplemente colgó. Luego me llegó un mensaje al whats app que decía: —Estoy entrando a una entrevista de radio. Él estaba en la capital, no supe en que emisora, lo cierto es que mi desconcierto aumentaba con cada cosa que hacía, porque aún con sus ocupaciones que no eran sencillas de llevar y mucho menos de evadir, estaba sintonizado conmigo. Más de lo que yo me imaginaba o pudiera esperar tener con el hombre más cercano a mi vida, mi esposo.

La tarde terminó y salí del Centro Crecer con algo de prisa, recordando que debía llevar a Andrés a su entrenamiento al comienzo de la noche. Llegué a la casa y Beltrán no estaba, así que recogí a Andrés y nos fuimos juntos. Las próximas dos horas iban a ser de espera, así que mientras mi hijo estaba en su práctica, yo había traído conmigo el libro de JAEZ que había comprado el día que lo conocí.

Era interesante ver como en el libro iba exponiendo de forma fresca, las razones válidas para ofrecer un ¡Ya Basta! En diferentes situaciones cotidianas de la vida. Definitivamente, de alguna manera ese libro era un homenaje a las tantas Julietas que no se atrevieron a decir nada y un despertar para aquellas que quizás sin saberlo (como yo) tenían muchas características de ella en su diario vivir.

El texto del libro era muy fácil de leer, la letra era de un tamaño quizás más grande que lo tradicional en sus novelas y la hoja muy blanca resaltaba con agrado el trazo negro de cada fuente. Como él mismo había dicho, este libro era un “punto y aparte” con relación a lo que había hecho en su carrera como escritor, sin embargo, bien merecía la pena leerlo.

Estuve tan entretenida en la lectura mientras Andrés estaba en su entrenamiento, que no vi el teléfono durante todo ese rato. Beltrán me había repicado y no lo había escuchado; José Antonio me escribió y no lo vi. Cuando la práctica terminó y Andrés apareció con su estampa de final de temporada, destilando sudor por todos lados, así como digno ser metido a la lavadora junto con su indumentaria, fue que me di cuenta realmente de cuánto tiempo había pasado.

Instintivamente saqué el celular y allí estaba la llamada perdida de Beltrán. Preferí llamarlo de una vez, para evitar complicaciones mayores. Hice tres intentos, y cuando ya estaba a punto de colgar definitivamente, mi esposo tomó la llamada

—¿Me llamaste? Pregunté. Estaba aquí en la práctica de fútbol de Andrés y me distraje un poco leyendo. ¿Necesitas algo?

—Si nena, necesito que te vengas ya para la casa. Salgo mañana muy temprano de viaje y quiero dejarte unas instrucciones muy claras, además quiero darte un intensivo de mí, para que no me extrañes tanto.

Me quedé en silencio, porque preferí no responder a sus insinuaciones, que últimamente me parecían ser las frases menos esperadas y agradables para mí. Sólo alcancé a decir:

—En unos minutos salimos para allá, querido.

Subimos al carro, ya que yo me había bajado a una de las mesitas que se encontraban dispuestas en el cafetín que estaba construido a uno de los laterales de las canchas donde siempre habían niños, jóvenes y adultos practicando algún deporte, especialmente fútbol.

El trayecto a casa fue rápido, a pesar de que era un día de semana, ya la

hora pico había pasado, así que pronto estábamos haciendo la entrada a nuestra residencia.

Como me lo podía imaginar también Beltrán se encontraba en casa. Estaba haciendo algo de ejercicio en una terraza ubicada en nuestro patio, con un equipo multifuerza que él había mandado a instalar. Nunca dejaba de ejercitarse, estuviera donde estuviera. Desde allí había vista para el garaje de nuestra casa, así que vio cuando entramos Andrés y yo, e inmediatamente bajó. Con una pequeña toalla que colgaba a los lados de su cuello, secó su sudor y se acercó a nosotros.

—Hola amor, aquí estoy esperándote... le hice un gesto con los ojos y dijo: —bueno, esperándolos.

—¡Me encanta recibir en casa a la mujer más feliz y a su eterno acompañante! Decía esto, mientras me tomaba por la cintura y me besaba, y yo con Andrés viéndonos, no pude más que forzar la mejor de mis sonrisas. Qué lejos estaba todo aquello realmente de lo que era yo, y pensar que hasta ahora lo veo con toda nitidez.

—Y tú campeón, ¿cómo te fue hoy? ¿Ganaron?

—Hola pa'. ¿El juego de hoy? ¡Hoy no hubo juego, es mañana! ¿Verdad mami?

—Sí, hoy seguían las prácticas y reanudan el campeonato mañana.

—Mañana juego a primera hora en la “Canchita”, ¿a ese juego si vas a ir, no? Era una pregunta retadora de parte de Andrés hacia su papá, pero en el fondo llena de esperanza de que alguna vez dijera que sí, y le hiciera sentir prioridad en sus asuntos.

—No enano... mañana no voy a estar. Eso precisamente les quería comentar. Debo salir a primera hora de mañana a Puerto Ordaz, volver a Anaco para firmar la adquisición de los terrenos que te comenté y luego creo que voy a permanecer unas cuantas semanas en el Estado Bolívar, revisando la inversión que voy a hacer con Lucio Morantes. Debo conocer bien el resto de sus empresas y socios que están allá. Esto va a ser muy beneficioso para nosotros. Decía nosotros y Andrés y yo nos veíamos como diciéndonos: — ¿Cuáles nosotros?

Seguimos hablando unos minutos más y luego Andrés fue a ducharse y yo me cambié para irme a la cocina a preparar la cena. Igualmente Beltrán se bañó y vistió y nos sentamos los tres a eso de las 7:30 a cenar. Andrés subió a su habitación, diciendo que quería repasar algo de sus tareas y ver un partido antes de dormir. Se despidió de su papá y de mí, luego se marchó a su habitación. No volvió a decirme nada más sobre la percepción que tenía

acerca de que su papá no les prestaba atención.

Por mi parte yo prefería no abordar más el tema, sino más bien esperar un poco para tocarlo cuando estuviéramos a solas y ya hubiera pasado el estrés de los partidos que debía jugar. Subí también a nuestra habitación y Beltrán estaba allí sacando algunos trajes del vestier; esta vez su equipaje era grande.

—¿Y eso que tú mismo has decidido hacer tu maleta?

—Es que la maleta estaba muy arriba y cómo es pesada por eso la bajé, para cuidar de que no te lastimaras al tomarla.

—¡Qué considerado eres, gracias!

—Me gusta que te mantengas fresca, así yo puedo disfrutarte mejor. Y una vez que dijo eso, se aproximó a mí y me empujó suavemente hasta la cama y comenzó a desvestirme.

—Beltrán... espera un poco. Dijiste que debías darme unas instrucciones.

—La primera instrucción es que me haga feliz, así que vamos... no te hagas de rogar.

Como tantas veces, él hizo lo que quiso, y yo hice lo que él quería que yo hiciera; nada que ver con lo que yo quería o podía soñar. El consuelo que me quedaba dentro de lo desagradable que todo aquello se había vuelto para mí, era pensar que terminaría rápido, porque así era mi marido, tomaba lo que quería, casi de forma instantánea y luego lo dejaba sin más.

Él se quedó tendido en la cama, y yo como pude me fui al baño, abrí la regadera y sin esperar el agua caliente me metí. En lo sucesivo el agua fría, era parte de mi terapia para olvidar lo que sucedía con mi esposo y sus ganas. Salí del baño con ropa de dormir de una vez y él se había quedado dormido. Comencé a sacar su ropa del vestier, pero no me podía ubicar bien, ya que no sabía ni cuántos días, ni qué tipo de compromiso atendería a dónde iba. Por lo que él mismo había sacado, pensé que las reuniones eran bien formales, entonces tomé un par de trajes completos. Para cerciorarme preferí preguntarle, así que suavemente, puse mi mano en su hombro derecho y con pequeñas palmaditas, lo llamé:

—Beltrán... Beltrán... necesito que me digas algo. Beltrán... ¿estás tan profundo? ¡Beltrán!

Y él entre dormido y despierto dijo:

—¡Tranquila Nena, Valeria no se va a enterar!

Sentí que mi respiración se paralizó por unos segundos. No quería pensar más allá, sólo quería que él me respondiera.

Volvía a llamarle suavemente: —¡Beltrán... Beltrán! Pero nada, no respondió, se volteó hacia un lado y así sin ropa, siguió durmiendo. Terminé de hacer la maleta con todas las cosas personales que yo sabía bien necesitaba, y algunas otras prendas de vestir. Al menos para unas semanas tenía listo su equipaje. Aunque terminé pensando, que ni era necesario preparar tanta maleta para él, puesto que a veces no llevaba y volvía con una y a veces llevaba una y aparecía con otras. Él era así.

A la mañana siguiente desperté muy temprano e hice que Andrés también despertara igualmente. Se encontraba muy entusiasmado y expectante con el partido que en apenas pocas horas tendría. Por su parte Beltrán estaba aún en cama, sin intención de levantarse.

—¿Y tú no ibas de viaje hoy temprano?, le dije mientras movía un poco el edredón en el que estaba envuelto.

—¡Hey dormilón! Ya son más de las cinco de la mañana. ¿Qué pasa contigo?

Él fue abriendo lentamente los ojos y dijo: —¿Puedo dormir hasta las seis? mi salida es a las nueve. ¿No te lo dije anoche?

—¡Anoche no me dijiste nada! Y al decir esto, me quedé pensando en lo que sí había dicho.

—¿Con quién soñabas anoche?

—¿Por qué lo dices? Y su voz era como un bostezo prolongado.

—Porque a alguien le decías que yo no me iba a enterar... eso lo escuché con claridad mientras yo te llamaba, para saber qué tipo de ropa ibas a llevar a tu viaje. Además para saber cuántos días estarías fuera.

Beltrán se destapó el rostro, quitando las cobijas lentamente y dijo:

—Voy a unas cuantas reuniones formales, por tanto necesito un par de trajes completos, oscuros preferiblemente; el resto pueden ser pantalones y chaquetas más casuales, ya sabes.

—Exactamente eso fue lo que hice.

—¡Esa es mi nena! Y volvió a cubrirse.

—Si te vas a las nueve, te daba tiempo de llevar a Andrés hasta la cancha y deseárselo suerte... estar allí de alguna manera. ¿No te parece?

—Debo revisar unos reportes antes de salir Valeria, así que no creo que sea buena idea.

—Bueno, si tienes que hacer eso, ¡termina de levantarte! ¡Dale un abrazo y deséale suerte! cuando vaya saliendo en un momento conmigo. ¡Levántate!

Y ya mi tono era de enfado.

—Vuelve a tu condición feliz, por favor, dijo él y empezó a incorporarse en la cama.

A los cinco minutos ya Andrés estaba listo, tomando un desayuno ligero que yo le había preparado. Igualmente preparé su lonchera y termo con agua para que no le faltara nada una vez terminara el partido.

Faltando diez minutos para que fuesen las 7:00 am ya estábamos listos. Beltrán terminaba de arreglarse e iba bajando para desayunar. Yo tomé mi bolso y Andrés su bolsa deportiva y a pasos rápidos salimos. Él se despidió de su papá y yo también.

Llegamos a tiempo al partido y todo se desarrolló en un ambiente de emocionante competencia. Un poco antes de las 11:00 ya habíamos terminado. Pasamos por el colegio recogiendo los deberes de Andrés y pasé dejándolo en casa para luego irme al Centro Crecer. Un poco antes del medio día estaba ya sentada en mi escritorio revisando los correos y atendiendo unas cuantas cosas con citas de familias que estaban pendiente, así como dando respuestas a algunos de los proveedores.

Había además un correo que decía en el asunto URGENTE, y venía de Raúl Palacios, mi asesor jurídico y el del Centro por supuesto.

Inmediatamente lo abrí y encontré el borrador del documento por el cual me estaban cediendo a mí, el lote de terreno que JAEZ había comprado. El abogado de él, había contactado a Raúl y sin más, ya tenían todo listo para poner esos terrenos a mi nombre. Yo abrí muchos los ojos, porque realmente estaba sorprendida. No podía creer lo que José Antonio había hecho, él estaba cediendo la titularidad de los terrenos, no al Centro, sino a mi persona. Una vez más me vi en la necesidad de llamar a este hombre que me parecía estaba realmente superando con creces cualquier expectativa que yo pudiera tener.

—José Antonio, dije. Disculpa que te moleste, porque sé que esta es la hora del almuerzo, pero acabo de ver...

—Buenas tardes Valeria ¿cómo estás? ¿Yo? Bueno sí, divinamente. Un día soleado y la temperatura aquí en Caraca bastante agradable. ¿Cómo está Andrés?

—¡Hay José Antonio, discúlpame otra vez! Buenas tardes, gracias por preguntar. Yo estoy bien y Andrés también.

—¿Ganó el partido?

—Sí, 2 a 1 la anotación.

—¡Buenísimo! Ahora sí, ¿para qué soy bueno?

—¿Para qué eres bueno? Me tienes al borde de la locura, con cada movimiento que haces. ¿Cómo es eso que recibí hoy el borrador del documento de cesión del terreno? ¡y a mi nombre! ¿Cómo hiciste contacto con Raúl?

—Mi querida señora, cálmese. Vamos por parte. Nicolás, mi abogado desde la cuna, como eminencia que es en su área, conoce a los buenos abogados de este país, entre ellos a Raúl Palacios. Fue profesor de él en la Universidad, así que te puedes imaginar que no le niega nada. Fue casi su mentor. Pensamos (entre los tres) que lo mejor era colocar el terreno a tu nombre y no del Centro Crecer, y que cómo tú eres la más interesada en todo el proyecto, velarás porque el uso del terreno sea destinado para lo que ha sido donado. Acéptalo así y luego en algún tiempo, si lo crees conveniente lo pasas a nombre del Centro Crecer. Debes evaluar quienes son las otras personas que están contigo en la fundación, dado que la inversión es bien grande.

—Precisamente, porque la inversión es de semejante magnitud, yo no debería aceptarla, además tú...

—¡Prohibido decir que no señora mía!

—Para ti, esto puede resultar hasta divertido José Antonio, pero para mí no...

—Que me ría no quiere decir que esto sea un juego para mí Valeria. Me he interesado en este proyecto, por lo que he visto, que no es más que todo el trabajo que haces, que dicho sea de paso, me parece extraordinario. Para mí es algo admirable la dedicación que le pones, además de brillante todo lo que es el proyecto “per se”. Esto nada tiene que ver con que yo quiera impresionarte, ni mucho menos... y dejaba escuchar una gran carcajada.

—¡José Antonio, por favor! Esto es bien serio para mí. Si te soy sincera, me pone hasta nerviosa. Yo nunca he recibido nada de otro hombre que no sea de mi esposo...

—Bueno, pero esto tampoco es una joya que te estoy reglando para que la exhibas, esto es una donación de mi parte para el desarrollo de un programa que beneficia a muchos niños, y en honor a mi propio sobrino, lo hago con todo gusto. Y ahora sí, no me podrás negar, el que vaya hasta allá las veces que quiera y me inspire a escribir mi próxima novela, como te lo dije personalmente.

—Tengo que pensarlo José Antonio. ¿Y si consigo que Beltrán te lo compre? Así tu recuperas tu dinero y...

—Señora mía, usted no está entendiendo nada... Voy a dejarte que lo pienses, no te puedo obligar. Si consigues que tu esposo feliz, quiera comprar el terreno, yo se lo vendo.

—Ok, entonces yo te estoy avisando cualquier cosa. Me sentí incómoda por decirle eso, sin embargo tampoco me sentía cómoda con lo que él decía que había hecho por mí.

—Como quieras. ¡Ah y para que también estés informada, tanto Raúl como Nicolás me aseguraron absoluta discreción en toda esta negociación! No dijo nada más, yo no me atrevía a preguntar si estaba molesto, solo me despedí y sentía que él no cortaba, ni yo tampoco, pero ninguno de los dos articulamos ninguna otra palabra, hasta que por fin... yo colgué.

Lucía que ya regresaba de almorzar me pasó un par de llamadas y luego de revisar y cuadrar las citas en la agenda de los próximos tres días, me fui a casa.

Al llegar encontré a mi madre acompañando a Andrés y haciendo postres con Sofía nuevamente.

—¿Qué está pasando con ustedes? Preguntaba mi madre con algo de incógnita y sátira en su voz. En este último mes creo que he visto a Beltrán a penas una sola vez. Sé que él viaja con frecuencia, y cuando lo hace al exterior tarda bastante, pero mientras está aquí en Venezuela está localizable. O yo no he venido lo suficiente o él está más ausente de lo normal.

—Creo que ambas cosas mamá.

—Pero te veo a ti como muy tranquila, no sé, siento que algo pasa. Te noto diferente.

—No pasa nada mami, Beltrán está haciendo lo que sabe hacer, negocios, viajes, dinero... todo eso que ya sabes.

—Descubro algo de cansancio en tu voz, o más bien en tu tono. ¿Pasa algo Valeria?

—Ya te dije que no mamá. Voy a subir a darme un baño para a cambiarme, creo que ya no voy a regresar al Centro por el día de hoy. El sol durante el juego de Andrés esta mañana, de alguna manera me agotó. Ya vuelvo mami.

Decidí llamar a Beltrán para confirmar que se hubiera marchado, ya que mientras estuve en el partido de futbol la bulla no me dejó escuchar las

llamadas que entraron y entre ellas, había una de él. Luego que me fui al Centro Crecer entre una cosa otra había de alguna manera olvidado llamarlo. Entre esas “cosas” estaba JAEZ y lo que había hecho con el terreno que quería comprar para completar el proyecto en nuestro Centro.

Le marqué en dos oportunidades sin obtener respuesta. Eran las 3:45 pm de ese día. A la tercera llamada, sentí que tomaron la llamada y al escuchar mi voz, hubo un silencio; luego tuve la sensación de que el celular era pasado de una persona a otra, hasta que escuché la voz de Beltrán.

—¡Hola Valeria, al fin te reportas! Te estuve llamando antes de salir, pero nunca agarraste ese teléfono. Me imagino que estarías entretenida con el enano. ¿Ganó el juego, por fin?

—Sí, ya sabes que estaba con Andrés y hacía énfasis en decirlo, como recordándole que no le llamara “enano”. Mientras el partido duró, ya sabes que se oyen gritos, hay mucho ruido, por eso no escuché. Luego de dejarlo en casa me fui al Centro Crecer a atender unas cosas que tenía pendiente.

—Estoy en Puerto Ordaz, llegué como a las 2:00 pm (no hace mucho). Volvimos a volar en la avioneta de Lucio. Estoy pensando que sería práctico para mí comprar una aeronave también, así es mucho más sencillo trasladarse de un lugar a otro ¿No te parece amor?

En ese momento recordé lo de la inversión en el terreno y aproveché de preguntarle.

—Beltrán, ya sabes que te dije acerca de la necesidad del Centro Crecer de adquirir el lote de terreno que tenemos al lado; eso para la expansión y complemento del proyecto total del lugar, ¿si lo recuerdas?

—Claro cariño. Ese es el terreno que hace falta para que tus niños siembren más maticas, hayan más salones y consultas dónde atenderlos, así tu seguirás recibiendo la satisfacción de ayudar a todos a cambio de una paga de segunda, en lugar de estar trabajando para mí.

—Lo que dices no está correcto del todo querido, pero no voy a entrar en esos detalles en este momento. Lo que sí quiero hacer es preguntarte si estás interesado en la adquisición del mismo, para luego hacer la cesión al Centro Crecer. Hable con el dueño vía telefónica hoy y es capaz de aceptar la cancelación del 70% para firmar y en poco tiempo el restante (fui arriesgada al ofrecerle a mi esposo tal propuesta, ya que no se lo había planteado a JAEZ)

—Tengo mucho que invertir en este momento en otras cosas, querida. No

creo poder complacerte el “caprichito” esta vez.

—No es un capricho Beltrán... (pensé que capricho era lo de pensar en comprar una avioneta, pero no quise iniciar una discusión con eso)

Bueno, lo que sea cariño; el punto es que no estoy en capacidad de desviar los fondos que tengo para eso. Tengo asuntos realmente importantes que atender.

—¿Y si te dijera que ya tengo quien haga la donación?

—Te diría que eres más hábil que yo... y eso es un cumplido. ¿Cuál estrategia usaste? Nadie en su sano juicio invierte tanto para nada. Debes estar bromeando.

—No Beltrán, por el contrario, tengo a alguien bien interesado y convencido de que el proyecto vale la pena.

—¡Entonces no lo dejes escapar! Eso no se consigue todos los días. Es más, si puedes preséntamelo, a ver si logro hacer algún negocio con esa persona, te lo agradecería amor.

—Te tomo la palabra esposo... No perderé esta oportunidad. Gracias por el consejo.

Decidí dejar la conversación hasta allí y colgué.

Con el paso de los días, tal como JAEZ me había dicho, me volvió a llamar su abogado para hacer la cesión a mi nombre, porque ese había sido el requisito que el mismo José Antonio había impuesto para que el terreno sirviera para la fundación. Al cabo de una semana, en la que Beltrán por un pretexto y otro no volvía a casa, la cesión se realizó. Contrario a lo que yo esperaba, JAEZ no asistió, sino que en su lugar, su apoderado, el Dr. Nicolás Marrero lo hizo. Aunque me desencantó un poco, el que no viniera, en el fondo agradecí la total discreción de todo aquel asunto.

Terminaba otra semana, y ya los juegos de Andrés habían finalizado con la victoria por parte de su equipo. Habían sido unos días realmente agotadores, corriendo de un lado para otro, entre una cancha y otra, pero de total satisfacción, pudiendo ver las lágrimas de emoción de mi hijo. Como portero recibió un reconocimiento al final del torneo y muy orgulloso posó para las fotos. Beltrán nunca lo llamó para saber cómo había estado todo con el torneo. Quién sí estuvo pendiente fue JAEZ. Se había convertido sin yo saberlo, en un fans del equipo de Andrés. Había conseguido el número de su celular, y de forma natural habían empezado a tener contacto.

Continuaron pasando los días y Manuela al fin volvió a sus actividades en

el Centro. Hablé con su asistente una mañana me informó que ya estaba de vuelta. Coincidencia su regreso, casualmente, con el regreso de Beltrán. Yo, en esos momentos no me percaté, porque andaba bien ocupada con buscar patrocinantes e inversionistas para la construcción de lo que faltaba en el Centro. Con el terreno a mi disposición, había decidido que quería echar a andar cuanto antes todo el proyecto, aunque realmente la magnitud era enorme, superando cualquier ayuda que pudiera llegar.

Para mi sorpresa había empezado a recibir llamadas y correos de empresas ligadas medios de comunicación, como periódicos, televisoras y hasta editoriales, manifestando su interés en aportar para la construcción. Al final me enteré que José Antonio les había pedido su aporte y ellos al enterarse de la labor que hacíamos y del interés que el mismo JAEZ había demostrado, se sumaban con todo gusto. Lo cierto es que para cuando Beltrán regresó (a los 18 días) luego de haberse ido, Andrés estaba convertido en el campeón goleador de su equipo y yo estaba atareada y entusiasmada con la expansión del Centro Crecer. Fue por esto que no noté con exactitud el momento en que Manuela se reintegró.

Sin embargo, al darme cuenta que ya estaba en el Centro, por un comentario que me hizo Lucía, le solicité que pasara por mi oficina, y casi al final de una mañana del segundo día de su regreso lo hizo y apareció.

—Manuela, que bueno verte, dije yo de lo más conciliadora posible. Realmente estaba preocupada, no sabía si lo de tu familia era algo grave o ¿qué era lo que realmente pasaba?

—¿Cómo has estado?

—Hola Valeria, dijo ella con el mayor desenfado. Lucía muy bien, parecía que hubiese pasado unas semanas en un spa, recibiendo tratamiento de belleza. Su bronceado era perfecto, su cabello totalmente hidratado y su actitud como la de quien conquistó el mundo después de haberlo perdido.

—Se te ve muy bien, agregué. Pretendía que el ambiente fuera cordial y tener la misma cercanía de otros tiempos. Ven, cuéntame lo que ha pasado.

—Yo me veo bien, pero tú no tanto, y su tono era casi burlón. Te ves ojerosa, como cansada; acaso tu maridito...

—No volvamos con eso Manuela, ¡por favor! He tenido unos días fuertes de trabajo aquí, además con Andrés en torneo todos estos días... pero ese no es el punto amiga. Y al decir la palabra amiga, sentí que un vacío se iba colando en mi alma, lo que me importa es saber que ha pasado contigo.

—¿Conmigo? ¡Realmente nada! ¿No me ves? ¡Cada día estoy mejor!

—Entonces ahora sí, que no entiendo nada.—Mi actitud iba cambiando de preocupación a molestia. Esta mujer que tenía enfrente me hablaba en tono desafiante y me miraba con algo más que desprecio, cuando yo solo quería saber si le ocurría algo malo. Además y lo más lamentable de todo... yo la consideraba mi amiga, y de allí mi preocupación.

—Manuela, vamos por parte. Hace más de quince días, te ausentaste de tus labores aquí en el Centro; hubo que reprogramar tus citas con otros terapeutas. Hay niños que vienen de lejos y tú lo sabes, y no podemos dejarlos en el aire, además.

—¡Ay Valeria, no necesito escuchar todo eso! Sé perfectamente como es todo el sermón que das con relación a los niños, que “si son esto, que hay que cuidar aquello” —su tono era agresivo— era como si otra persona diferente a la que yo conocía estuviera frente a mí.

—¡Pero Manuela! ¿Qué es lo que te ocurre? Preguntaba porque realmente quería saber. ¡No entiendo tu agresividad! ni esa actitud desafiante ante mí, cuando yo solo quiero tu bienestar y saber qué fue lo que ocurrió y porqué te ausentaste tantos días. —Recuerda que nosotros aquí prestamos un servicio a la comunidad y no podemos hacer lo que queremos cuando nos place.

—Sí, sí, sí ya lo sé. —Ahora me dirás de lo sacrificada que es tu vida por estar aquí, de la abnegación por esos niños y tus horas de trabajo sin remuneración y todo eso que te hace lucir tan bien delante de los demás. El sarcasmo y la amargura en sus palabras, era algo que yo no podía concebir.

Esa era la muchacha que yo más había querido en los tiempos de la universidad, fue una de mis damas en el cortejo de bodas, ella me ayudó (a regaña dientes) a escoger la ropita de Andrés antes de nacer y ocupaba un lugar especial en mi corazón. Nuestro distanciamiento comenzó a raíz de que ella insistía en que Beltrán me engañaba, o al menos eso insinuaba. Pero a pesar de todo eso, yo la seguía queriendo.

—A ver Manuela, nuevamente, vamos por parte.—¿Qué es lo que te tiene tan enojada o molesta? Sobretudo ¿Qué es lo que te tiene molesta conmigo? ¿Qué es lo que ha pasado?

—Mira Valeria ¿Sabes qué? ¡Que yo me voy! No tengo porqué aguantar reclamos tuyos, ni pedirte permiso cada vez que voy a salir. De alguna manera yo también soy socia en este Centro y tengo tanta antigüedad como tu aquí.

—¡Manuela! Y esta vez mi tono era más serio. Mi intención no es la de reclamarte nada ni mucho menos, y como tú dices, eres socia en este Centro, como otro conjunto de profesionales que laboramos aquí. Nunca te he hecho sentir que tu participación es menor que la mía, ni en función de eso te he tratado, simplemente quiero transmitirte que en toda organización, para que las cosas funcionen medianamente bien, tiene que haber un orden y ese es el rol que me toca a mí en todo esto; velar porque todo esté en orden.

—Te guste a ti o no, yo estoy al frente de esta Institución y estoy muy interesada en garantizar la atención que damos a los niños, porque esa considero que es nuestra razón de ser.

—¡Ahí estás pintada! Esa es Valeria Astudillo, la abnegada, la “en su sitio” la mujercita feliz que comparte su felicidad con el mundo. —Pero la que está metida en su burbuja y no se imagina como es la vida real. Esas palabras eran totalmente mordaces. Manuela destilaba hiel en sus palabras y en el lenguaje corporal hacia mí.

—Entonces indícame tú, ¡Cómo es Manuela. Cuéntame, que es lo que tú si sabes, que yo no sé.

—En ese momento supe que Manuela tenía otras intenciones conmigo, y que no eran precisamente por el Centro Crecer; su rabia y frustración apuntaban directamente hacia mi persona, ya lo de su acciones en el Centro, quedaban en segundo plano, todo tenía que ver conmigo... y en ese momento supe que su talón de Aquiles, era Beltrán, mi esposo.

Manuela dio dos pasos y se acercó a mí, podía ver como sus pupilas se dilataban y cómo sus ojos de tonos amarillos, estaban ahora como unos hoyos negros, ante el crecimiento de sus pupilas ocupando casi el total de sus coroides.

De acuerdo a los estudios que juntas habíamos realizado en nuestra carrera, sobre la conducta humana, yo sabía que para que alguien dilatara sus pupilas a ese extremo, tenía que estar bajo un medicamento muy fuerte o una emoción extrema y estaba empezando a convencerme que en el caso de Manuela, era lo segundo.

Su respiración era entrecortada y podía sentirla al estar tan cerca de mí.

—Manuel cálmate. ¿Por qué estás tan agitada?

—¡Tú eres una tonta!

—¡La insulsa de siempre! La que hace las cosas de manera correcta y termina gustándole a todos. Su voz era burlona, con tonos que subían y

bajaban llegando a gritar y a casi no dejarse escuchar en otros momentos.

—La que se casó con el más deseado y luego cada año restriega en la cara del público su felicidad almidonada. La que tiene sueños de hacer bien para todos, la misma que logra ganarse el aplauso hasta de los más pequeños y que hasta los que escriben libros, la encuentran interesante.

—Ahora empiezo a entender que este ataque de rabia, no es más que una mezcla de frustración y envidia. ¿Por qué no te calmas y decides hablarme sin tanta agresión?

—¡No me trates como a uno de nuestros pacientes Valeria! No juegues a la profesional conmigo, a la de “tu estar calmada y yo la alterada”, te aseguro que no te va a funcionar.

—No tengo por qué jugar a nada Manuela, yo estoy calmada, y tú claramente estás fuera de control. Retrocedí unos pasos y fui a sentarme detrás de mi escritorio. Realmente sentí que Manuela estaba alterada y quería mantener una distancia recomendable para estos casos. Quedaba claramente a la vista, que sus emociones se desbordaban sin ningún tipo de control, que había ira en su interior la cual iba creciendo en la medida que hablábamos, o al menos eso de hablar, intentaba yo.

El tono de su voz, fue tan alto que Lucía se asomó por la puerta de mi oficina y pregunto:

—¿Pasa algo Valeria?

—¡Cierra la puerta niña tonta! gritó Manuela, e inmediatamente Lucía desapareció.

A los pocos minutos, Lucía marcaba el intercomunicador y al contestar me dijo:

—Tengo a dos personas de seguridad aquí afuera, por si lo necesitas.

—Está bien Lucía, yo te aviso... y esperemos que no sea necesario.

—¿Qué?... ¿ya te vinieron a rescatar? ¿A la chica de porcelana, alguien como yo puede hacerle daño?

—¡Basta ya! Manuela, si quieres que conversemos, lo hacemos, y si no, realmente agradecería que salieras de mi oficina y te ruego que consideres bien si estás en condiciones y sobre todo en disposición de seguir aquí en el Centro.

—Tú no puedes echarme, yo soy acc....

—Tú eres accionista minoritaria, de unas acciones que yo misma te regalé. No es mi intención echarte, pero considero que en estos términos no

podremos seguir trabajando juntas. No, al menos mientras tú no estés clara de cómo debe ser tu comportamiento y cuál es tú responsabilidad. Si decides quedarte, eres bienvenida, si decides irte, te indemnizaré justamente (y pensaba en todos los gastos que sobrevendrían con el asunto de la construcción).

—¡Yo no necesito esta limosna Valeria, ni necesito que me consideres tanto!

—Pero, ¿Qué es lo que te ocurre? ¿Cuál ha sido mi error contigo? ¿Y cómo dices que no necesitas el dinero, acaso tienes otra fuente? Siempre me has dicho que no cuentas con recursos, y de allí toda la ayuda que siempre te he dado.

—¡Ja! ¿Encima me vas a sacar en cara, esa “ayuda” recibida? ¡Si es así, avísame! Su mente era un torbellino, por más que yo pudiera insistir, no conseguía calmarla. Al parecer y como se veían las cosas, ella tenía mucha rabia acumulada.

—No voy a sacarte nada, pero me intriga saber por qué ya no necesitas el dinero que proviene del Centro, acaso has ¿Cobrado alguna herencia? ¿Te has ganado algún premio o algo así?

—¡No, simplemente ya tengo alguien que me mantenga! Y sus palabras fueron lanzadas con toda la hiel que es posible de alguien que como ella, tenía un resentimiento por largo tiempo guardado.

—Vaya, felicidades ¡al fin encontraste lo que tanto habías esperado! Entonces ¿por qué tan amargada? dije esto, pero empecé a sentir que me temblaban las piernas, era como inevitable que la conversación nos llevara para donde yo no quería ir.

—Pues sí, ya tengo quien me mantenga, comenzó a decir.

—Mejor dicho, siempre lo he tenido. Creo que ha llegado el momento de que sepas la verdad y que tu mundo perfecto deje de serlo. Su voz había cambiado, había como un dejo de dolor, de tristeza aguda que también se había acumulado con los años.

—Tú me lo quitaste todo...

—¿Qué yo...qué? Realmente me asombraban sus palabras.

—¡Tú, te atravesaste entre Beltrán y yo!

Listo, el velo había caído. Al fin Manuela se había atrevido a hablar. Era como si un castillo de naipes se empezara a derrumbar ante mis ojos, y entre uno de los naipes, estaba mi vida, igualmente cayéndose a pedazos.

—Cuando lo conocimos ¿Te acuerdas? Yo supe que era el hombre que yo quería. Bello, con dinero, sin importarle mucho las reglas. Esa misma noche nos conocimos, muy de cerca, por completo. Tú ni siquiera lo veías, no te interesaba.

—Porque era así Manuela, no me interesaba. Y sí, recuerdo que tu comentaste sobre él, pero yo nunca imaginé que... Era una confesión reveladora, pero en el fondo sabía que ya había muchos indicios de esto, simplemente en mi “burbuja” como ella misma decía, yo me había empeñado en no verla. Hasta el mismo Beltrán la acusaba de Loca, y yo no entendía por qué, o al menos no quería.

—Él estuvo conmigo esa noche y muchas, y todas... hasta estos días en los que no he estado aquí; los he pasado con él. Su voz era intimidante, desafiante, retadora, era como dar la noticia de una tragedia y aun así, regodearse en ella.

Yo estaba sentada en mi silla y literalmente me fui hundiendo al ver a aquella mujer que había considerado mi amiga por tantos años, a la que quería entrañablemente, y que ahora parecía una perfecta extraña ante mis ojos, siendo lo peor de todo, el sentimiento que tenía de aversión hacia mí. Era mi enemiga, la amante de mi marido y siempre estuvo cerca de mí.

Es increíble cómo somos ciegos en un mundo que nos da señales por todos lados. Mis lágrimas empezaron a caer silenciosas, no articulé ninguna otra palabra y ella seguía soltando toda la amargura que había en su corazón. Era como una represa que se abría, como un río que se desbordaba sin reparo, llevándose todo a su paso, y en esta oportunidad lo que arrasaba era mi vida, mi matrimonio, mi mal llamada felicidad.

—De repente él se interesó en ti. Ya no era Sara, ni yo, eras tú. La que lo dejó esperando hasta casarse, la chica buena que se hizo la “difícil”. Cuando Sara te llamó a ti para advertirte sobre su relación con Beltrán y marcar su territorio en él, ella no tenía que haberlo hecho; ya que quien pasaba momentos ardientes con él, era yo, no tú. ¡Ni de eso te diste cuenta!

Manuela estaba como en un trance, parecía una actriz representando su papel más cumbre. Era un despliegue de expresiones extremas en emociones de odio contenido y amor no correspondido. Era como estar ante una obra cruel y dramática. Caminaba de un lado a otro frente a mí, movía sus manos, batía su cabello, una y otra vez se me acercaba de manera intimidante y yo... simplemente ya no estaba ahí. Entre las lágrimas que dejaba salir silenciosas,

como de muerte, mi mente se había ido a otro lugar; era como un escape hacia otra realidad, a otra situación.

Empecé a recordar el nacimiento de Andrés, su primera palabra, su primer paso, su primera fiesta de cumpleaños; mi vida iba pasando en escenas que recordaba dentro de la felicidad de mi matrimonio. Parecía como si ella pudiera ver esto también, por que en cada una de esos recuerdos ella aparecía en algún lado dando la explicación de donde estaba ella, escondiéndose por los rincones hasta de mi propia casa para tener momentos íntimos con mi esposo. Pero yo no la escuchaba, ya no. Mis oídos se habían cubierto como de una especie de coraza, y ya sólo quería que saliera de mi oficina, del Centro, de mi vida.

Pasaron alrededor de quince interminables minutos, hasta que de algún modo reaccioné. Mis pensamientos habían llegado hasta lo actual, hasta conocer a José Antonio, el libro de Julieta y solo alcancé a decir dos palabras: —¡Ya Basta!

—¿Ya basta?... ¿Ya Basta? ¿Eso es todo lo que tienes por decir?

Levanté el teléfono y le dije a Lucía: —Por favor has pasar a las personas de seguridad, Manuela ya se va.

Lo que escuché luego fueron groserías e insultos de la más baja denominación, cosas que yo no podría repetir, ni aunque quisiera. Dos de los señores de seguridad entraron a mi oficina y se colocaron uno a su lado derecho y otro a su izquierda, indicándole que debía salir.

—Acompáñenla a recoger todas sus pertenencias, la licenciada a partir de hoy no está en condiciones de seguir acompañándonos en nuestras labores. Giré mi silla dando la espalda y allí me quedé mirando el jardín contiguo del Centro.

Así había terminado la mañana de aquel día. El medio día avanzó y yo continuaba sentada de espalda a mi escritorio, perdida en el jardín contiguo del Centro, ese mismo en el que tanto Manuela como yo habíamos participado. Era como estar asistiendo al entierro de alguien que amas y por supuesto la sensación era muy dolorosa. Olvidé recoger a Andrés. Por primera vez desde que él estaba en la escuela, no había estado allí para recogerlo, ni había tomado la previsión de que mi madre lo hiciera. El mundo se había detenido de alguna manera para mí.

Pasadas la 1 de la tarde, mi celular repicó y era mi mamá diciéndome que ya Andrés estaba en casa. Mi asistente, Lucía hizo algo por mí que se lo

agradeceré siempre... al ver todo la situación tan incómoda con Manuela y al notar que yo me quedé allí y no salí como otras veces corriendo a buscar a mi hijo, llamó a Vivian, mi mamá y le pidió que arreglara el retorno del niño a casa (y que por instrucciones mías).

—Si tienes que quedarte corrido toda la tarde tranquila, yo voy a estar aquí horneando con Sofía y si necesitas que lo haga puedo llevarlo al fut en taxi, aunque creo que Beltrán puede hacerlo.

—Precisamente hija, él viene entrando en este momento ¿quieres que te lo pase?

Mientras mi mamá hablaba sin parar, yo no concebía ordenar mis pensamientos y lograr responderle algo. Sin esperar mucho, ella puso a Beltrán al otro lado de la línea.

—¿Y cómo está la mujer más feliz del mundo? ¡Me imagino que bien, porque ya el amor de tu vida está de vuelta!

Yo seguía muda.

—¿Qué pasa nena, porqué te has quedado hoy en el Centro? ¿Alguna novedad con alguno de tus niñitos?

Apenas alcancé a decir: —Estoy bien.

—¿Quieres que nos veamos para comer si no lo has hecho? Así aprovechamos de hablar que en los últimos dos días desde que llegué entre una cosa y otra no te he atendido como yo sé que quieres... y su tono como siempre era insinuante y divertido. Yo, simplemente hubiera querido no tener que hablar nunca más con él.

Definitivamente ese era el hombre que yo conocía, no el que había descrito Manuela en sus confesiones sexuales acerca de mi esposo. Escuchándolo sólo me preguntaba: —¿Cómo puede ser alguien tan falso y mantenerse de pie dándome la cara? Esa era la peor de mis pensadillas.

—Voy a quedarme en el Centro Crecer el resto de la tarde, Beltrán.

—Entonces me llego hasta allá amor. Noto tu voz cansada ¿Te pasa algo?

—Nada

—Ok, entonces en un rato nos vemos. Colgó como siempre, sin esperar a saber si yo quería reunirme con él, sin que yo dijese nada. Era increíble como él no salía de su mundo, así con ello acabara con la vida de los demás.

Yo continué sentada allí donde estaba, quería levantarme y no encontraba como. Ni siquiera podía llorar, era un estado de decepción tal, que realmente no tenía ninguna reacción. Seguí así unos minutos más, hasta que el sonido

de mi celular me sacó de mi dolorosa introspección.

—¿Sí? Contesté, sin ver la pantalla o pensando que podía ser mi madre nuevamente. Había olvidado que ese era el tono de repique que había colocado para José Antonio.

—Valeria, disculpa que te llame a esta hora, de repente estás almorzando y en familia, pero algo raro me pasa desde hace un par de horas. Llegas a mi mente y siento como una opresión en el pecho que no se explica, ¿te pasa algo? Yo no soy de esas personas que creen en conexiones especiales ni extra sensoriales, pero algo me impulsó a llamarte.

—¿Estás bien?

Escuchar la voz de JAEZ fue como que si se encendiera una luz en una habitación que estaba oscura y donde quedaban al descubierto, mis miedos, mis dolores y por qué no decirlo esta vez, mi más profunda decepción. En ese momento fue que me hice más consciente de todo y no pude decir nada, sino llorar.

—¿Estás llorando! ¿Qué te ocurre? ¿Andrés está contigo? ¿Le pasó algo a él? Valeria por favor... dime ¿Qué te ocurre?

Yo seguía sin decir nada, aun queriendo decir algo, no podía. Sentí tanta presión en el pecho, que la voz realmente no me salía. Me mantuve sin dejar salir mi dolor cuando mi mamá me llamó y luego con el mismo Beltrán, sin embargo ante JAEZ no; ante él mis emociones una vez más me dejaron al descubierto.

—¿Quieres contarme que pasa? Insistía José Antonio. Su voz era de preocupación, pero sus preguntas no eran de insistencia desmedida, sino por un real interés, con intención de ayudar.

—Está bien, entiendo que no puedes hablar ahora, pero quiero que sepas que cualquier cosa que esté ocurriendo no puede arrasarte al punto que no continúes. Recuerda que Andrés te necesita fuerte. Piensa en él, eso es motivo suficiente para mantenerte alegre.

—Por otro lado, no olvides que yo Te Quiero... Era la primera vez que de una forma directa este hombre me decía esto, y quizás este era el peor momento para hacerlo; sin embargo en medio de mi dolor, le agradecí (sin decirlo) que lo hiciera. Tampoco olvides que “Solo hay un tiempo para amar”, Valeria y no sirve de nada desperdiciarlo. Cuenta conmigo para lo que quieras, te llamo luego.

—¡Beltrán me engañaba con Manuel! Estas fueron las pocas palabras que

alcancé a decir.

—¿Qué? Oí decir de parte de JAEZ como quien acababa de escuchar la cosa más loca del mundo.

—Eso no puede ser “Valy”, seguro que hay un error, a veces las cosas no son como lo imaginamos, además la gente habla mucho sin saber, debes esperar y no irte de las primeras. Cálmate, por favor.

Realmente esta información lo había sacado de onda, estaba tanto como nervioso como asombrado; además de sentir una rabia que yo no lograba entender en aquel momento. Tiempo más tarde sabría que el asombro de José Antonio era porque él ya había visto a Beltrán en un evento de gala en el centro del país, acompañado de una mujer que no era Manuela, y que por supuesto no era yo. Pero en ese momento, él no dijo nada, pensó que era suficiente con todo lo que ya pesaba en mi balanza ese día.

—Creo que será mejor que hablemos después. Luego de contarle en esas pocas palabras lo que me había sido informado de tan mala manera por la propia Manuela, me sentía como un poco más consciente de la situación, y sus palabras de alguna manera me hicieron calmar.

—¡Claro, hablamos cuando quieras! Ya sabes que estoy aquí, si me necesitas.

Luego de oírlo colgué sin decir más nada, me levanté y fui al baño de mi oficina. Al entrar y mirarme al espejo, fue como si el reflejo que veía allí, perteneciera a otra persona. Ya no era la Valeria que se creía feliz, de tanto escuchárselo decir a su flamante marido, ahora era la mujer destrozada por tanta mentira y asqueada de la capacidad horrible que pueden tener ciertas personas para fingir amistad. Esa era yo, devastada después de la tormenta. Lave mi cara una y otra vez, y cuando tomé la pequeña toalla que tenía allí para secarme, sentí que alguien entró a mi oficina.

—¡Mi amor! ¿Dónde estás? Era la voz de Beltrán.

Sentí que las piernas me fallaban nuevamente. La punzada del dolor del engaño una vez más laceró mi corazón, pero terminé de secarme y salí, dispuesta a no decir nada...

—Hola Beltrán.

—¿Así de seco? Se acercó a mí, y me besó. Uno de esos tantos besos de embuste, de desamor de cobardía, que él ya había perfeccionado el arte de darme.

Yo sentí asco y me quedé parada allí delante de él. Aquél hombre que

siempre me había parecido atractivo, era simplemente un monstruo, un asesino capaz de matar a sangre fría cualquier sentimiento que hubiese tenido por él.

—¿Vamos a comer?

—En el cafetín de aquí.

—¿Qué? no Nena, tu sabes que yo no soy de los que come mal.

—Entonces tendrás que irte Beltrán, no tengo tiempo para más.

Mis palabras eran un poco frías y distantes y él solo pensaba que yo estaba celosa y necesitando de su atención, luego de tantos días fuera.

—Valeria ¿Qué te pasa? Esta mañana eras la mujer más feliz de este mundo y ahora siento que estás como triste o peor aún, molesta. ¿Qué hiciste, qué te ha pasado?

“La mujer más feliz del mundo” me quedé mirándolo, pensando cuantas veces él se había burlado de mí, cada vez que decía esas tontas palabras, mientras el hacía y deshacía con cualquier mujer que se le ofreciera o que intencionalmente él buscara.

—Si quieres, será el cafetín, sino tendrás que irte a otro lado. Yo, necesito quedarme aquí, Beltrán. No había expresión en mi rostro, estaba nuevamente en un estado neutro o si cabía decirlo ausente.

—Está bien querida, pero solo para que no digas que no te complazco en todo. Y ve quitando esa cara de insatisfacción, que esta noche, seguro, nos ponemos al día y así mañana amanecerás contentica.

No respondí nada más. Salimos al pasillo y nos encaminamos hasta el cafetín. Era la primera vez en todos los años que tenía en el centro Crecer, que Beltrán accedía a quedarse conmigo y sobre todo a cambiar su atención y comodidad en el almuerzo para comer algo ligero en ese lugar. Nos sentamos en una de las mesas del cafetín e inmediatamente Pedro, que era el encargado de esa concesión desde hacía más de 5 años, vino a tomarnos la orden.

—Dos ensaladas y una hamburguesa fue el pedido, que Beltrán hizo. La carne llevaba no sé cuántas especificaciones ordenada por el mismo, tal como si estuviera en el restaurante más exclusivo donde complacían sus caprichos. Yo le veía, y me resultaba increíble como pude vivir todo ese tiempo con alguien que no conocía, porque realmente era así.

—Y bien, cuéntame... que te hizo quedarte aquí hoy.

—Tenía cosas que resolver, por la construcción...

—¿La construcción? Entonces eso va en serio. La verdad es que pensaba

que me estabas retando cuando me dijiste hace unas semanas que habías encontrado quien comprara el terreno, pero ahora me parece aún más asombroso escucharte hablar de construcción.

—Sí, la persona interesada en ayudarnos es real, existe y compró el terreno, además nos apoyará consiguiendo recursos para la construcción de la etapa que nos falta. De esa forma se completará todo el proyecto.

—¿Y quién es? Me interesa conocerlo. Si tiene tanto dinero para perderlo aquí, creo que pudiera interesarme hablar con él.

Aquí iba Beltrán otra vez, su mundo, los negocios, el dinero, su conveniencia... Yo lo observaba en silencio y no encontraba ningún punto de coincidencia en ese momento conmigo.

—Es JAEZ. Él es el inversionista.

—JAEZ, JAEZ... ¿me suena de qué...?

—El escritor de El Silencio de Julieta.

—¿Qué? ¡Ese tipo!.. ¡No puede ser! Tú me estás tomando el pelo, ¿verdad?

—No, él es el inversionista.

—¿Y de dónde... cómo tiene tanto dinero? No me parece que eso de los libros de tanto así, como para poder invertir en algo como esto. Aquí hay algo que no me suena.

Yo no dije más nada, simplemente me quedé en silencio mirándolo.

La comida se me hizo desagradable. Estuve por casi 40 minutos escuchándolo hablar de todo lo que había logrado en su viaje al sur del país con Lucio Morantes y lo que eso iba a significar para él en cuanto a dinero. El siguió hablando y hablando, hasta que yo le interrumpí y viendo mi reloj de pulsera le dije:

—Tengo que volver a la oficina.

Él se levantó de la silla y tomándome por la cintura se dispuso a caminar a mi lado. Pensé como tantas veces habría el hecho esto mismo que acababa de hacer y no pude evitar pensar además en los ojos de Manuela viéndonos, acumulando rabia en contra de ambos, pensando en lo tonta o ridícula que yo le parecía al andar siempre con alguien que ella sabía que no me amaba. Ya a esa altura, empezaba a imaginar que más de uno sabía lo de Beltrán y Manuela y quizás las otras mujeres.

—Hoy hablé con Manuela, dije y sentí que su respiración se entrecortó un poco. Se va del Centro Crecer.

—¿Y eso por qué? Ella necesita el trabajo, por esa razón siempre la hemos ayudado. Beltrán había dicho la verdad, siempre le habíamos ayudado; a pesar de lo poco dispuesto a compartir su dinero, las veces que yo decía que la ayudaría en el centro o con recursos propios, él nunca se opuso.

—Creo que ya tiene quien la mantenga, al menos eso fue lo que dijo.

—Ya sabes que ella está más loca que cuerda. Ya la tendrás de vuelta por aquí, seguro que sí.

Lo decía con una seguridad, que podía apostar a que se cumplieran las palabras que acababa de pronunciar. Llegamos al frente de mi oficina y nos despedimos. Volví a entrar a mi oficina, y me preguntaba a mí misma: —¿Por qué no le había dicho nada? Realmente no encontraba que decir. Aún mi mente en ese momento estaba tratando de digerir toda la información que Manuela de algún modo me había confirmado con todo ese ataque de rabia que descargó contra mí.

El silencio me acompañó por el resto de los próximos días. Beltrán entraba y salía entre un negocio y otro y me avisó que viajaría el mes siguiente fuera del país y que tal vez tardaría más de lo acostumbrado. Y yo me preguntaba: —¿Qué tiempo era el acostumbrado? Si él iba y venía a su antojo y yo siempre lo esperaba para atenderlo, volviera cuando volviera. Tristemente esa era la historia de mi vida... la de la mujer “más feliz del mundo”.

Faltando dos días para irse de viaje, ya de noche en casa, comenzó a hacer su rutina que bien yo conocía a fin de que le complaciera (como él decía que yo lo hacía, cosa que ya ni creía). Me había vuelto durante aquel mes en la mujer más esquiva, la que tenía pretexto para todo; es más sin que él lo asimilara mucho, me pasé a la habitación de Andrés, con la excusa de ayudarlo con una serie de exposiciones que tenía ya al final de ese último lapso escolar y por un malestar de fiebre que puntualmente presentó dos días.

Cuando ya las excusas estaban agotadas, él esperaba en nuestra cama. Empezó a hacer lo que bien sabía... a creerse el hombre más especial a la hora de hacer sentir a una mujer, cosa que realmente no era. Y ya, con el desencanto del engaño, pude evaluar con frialdad que nunca me había sentido amada realmente en los brazos de este hombre, de mi esposo, del hombre “que me hacía feliz”. Al intentar desvestirme, le dije: —No quiero. Dos palabras cortas, sin ninguna carga emotiva, simplemente una negación.

Él, extrañado quedó mirándome fijamente hasta que dijo:

—¿Qué es lo que ocurre ahora, Valeria? Ya sabes que en dos días me voy de viaje, y luego tú misma te quejas de que no te atienden. Aquí estoy, aprovéchame.

—¡Aprovéchame! Yo pensaba en esta palabra que él había dicho y no sabía si reírme o llorar. Mis ojos debieron ser muy expresivos al respecto, ya que el a la defensiva dijo:

—¿Cuál es tu inconformidad ahora? ¿Todavía estás molesta porque no quise meterme en la inversión de tu proyecto, de dejar el dinero que tanto me cuesta ganarme en tus caprichos? Beltrán había empezado a mostrarse agresivo, y sus palabras llevaban algo de violencia en el fondo. Nunca había recibido una negación de mi parte. Indistintamente de lo que yo sintiese o disfrutase, él siempre conmigo tenía lo que quería.

—¿Recuerdas cuando hable con Manuela hace ya unos cuántos días?

Hizo un gesto como de fastidio y moviendo su cabeza en señal de negación dijo:

—No vas a venir a hablar de la loca Manuela en este momento. ¡No faltaba más!

—Me lo contó todo Beltrán.

—¿Todo... que llamas todo? ¿Con que historietita te salió Manuela ahora para sacarte dinero?

—Ninguna “historieta” Beltrán... Manuela dijo que ustedes han sido amantes desde que se conocieron, antes, durante nuestro matrimonio y hasta la actualidad.

Simplemente así lo dije... sin gritos, ni sobresaltos, pero sí con mucha decepción. Ambos estábamos sentados recostados en la cabecera de nuestra cama, envueltos entre almohadones y cojines que teníamos para tal fin. Tantas veces había estado así, para escucharle todas sus conversaciones vacías hablando de sí mismo y del dinero... y ahora la conversación era sobre que nuestro matrimonio había muerto y yo no lo sabía.

—¿Que te ha dicho... qué? E inmediatamente se incorporó parándose de la cama, dando la vuelta completa hasta el otro extremo, hasta llegar a mi lado derecho.

—¿Tú no has creído todo lo que te ha contado, cierto?

—No lo he creído Beltrán, simplemente sé que es cierto. Mientras han pasado los días y lo he ido pensando más, todo tiene sentido... ustedes dos se han reído de mí todo el tiempo.

—¡No Valeria! no digas eso; yo te amo, siempre ha sido así, tú eres la mujer de mi vida, mi complemento, yo sin ti no podría vivir. Por eso habías estado esquiva todos estos días, por eso ahora mismo te negaste a estar conmigo... eso que es, ¿venganza? Su tono se había transformado en grito.

—No subas la voz Beltrán, yo te escucho perfectamente. Y no, no es una venganza. Yo no podría hacerte lo que tú a mí. Al menos no con tanto cinismo y desparpajo. Recordé por segundos el beso que hubo entre JAEZ y yo, y lo mal que me sentí por ello, todo lo que le dije para distanciarnos... todo me parecía estéril y vacío.

—Bueno, yo te agradezco que estés tan calmada, no podría esperar otra cosa de ti. Tú vives bien, tienes todo lo que quieres, te complací con lo del hijo, te dedicas a tus niños tarados y yo te dejo. Creo que has entendido bien nuestras posiciones y comprendes que lo mejor para nosotros es estar juntos, siempre juntos.

Era increíble, Beltrán El Grande lejos de sentirse avergonzado por lo que había hecho, lo cubría todo con la vida que él supuestamente me “había dado”.

—¿Tú me estás queriendo decir que no tengo derecho a reclamarte nada, porque tú me mantienes a mí y a nuestro hijo?

—Valeria, yo soy un hombre... Hay mujeres que se ofrecen y estaría mal no aceptarlas. Pero eso es solo aventuras, sexo, tiempo que se acaba. Tú eres mi centro, mi oasis, tu er...

—¡Yo lo que soy es una tonta! Y definitivamente ese papelito no quiero hacerlo más.

—¿De qué estás hablando Valeria? No me estés amenazando...

—Yo no amenazo Beltrán. Yo no quiero estar más contigo. Quiero el divorcio.

—¡Vamos Nena, que la llevas de perder! Ven acá, vamos a llegar a un acuerdo. Yo sé que tú me quieres, vamos a tener una noche romántica de esas que te gustan a ti, y sentirás que tú eres mi única dueña, que no tienes porqué sentir celos de Manuela, ni de ninguna otra. Tú eres mi esposa, la mujer que yo elegí para compartir mi vida, la que lleva un anillo con mi nombre, con la que tuve un hijo y la que ha disfrutado de todo mi trabajo y esfuerzo durante todos estos años. Tú eres feliz conmigo, mi amor. No hay que arruinar eso.

Se iba acercando más y más. Empezó a besarme por todos lados hasta tenerlo sobre mí.

—¡Para Beltrán, para! Te dije que no quería intimidad contigo, ¡para!

—¡Pero qué es lo que pasa contigo, Valeria! Ya déjate de tantos brincos. Tengo mi necesidad en este momento y tú me vas a satisfacer. Eso no tiene discusión.

—¿Y todo lo resumes en eso Beltrán? En tu necesidad... ¿como si fueras un animal, que no puedes contenerte? Ya te dije que no quie...

Él no lo pensó más se abalanzó sobre mí, quitó mis ropas y con una fuerza que era superior a la mía, simplemente inició y terminó su acto sexual.

—Tú eres mía Valeria, mía, y nada nos va a separar. Tú seguirás como hasta ahora, siendo una mujer “feliz”, no hay negaciones, no hay escenas de celos, no hay mujeres diciendo lo que no es.

—Y tú simplemente abrirás tus piernitas, cada vez que yo diga y como yo diga, ¿entendido Nena?

Se acababa de caer por completo la máscara de Beltrán. Él era el hombre del dinero, el que tenía lo que quería cuando quería y punto.

—Yo me sentí caer en un profundo abismo, sin que existiera mano que me rescatara. No articulé más palabras. Pasaron los dos días para el viaje de Beltrán, y este se fue; solamente había una variación en comparación con los anteriores, esta vez yo deseaba que no volviera nunca más.

Luego de aquella noche el fingió que no había pasado nada, que nuestra vida continuaba siendo feliz. Yo simplemente había empezado a sentir repulsión por aquel hombre, que si bien no había sido el motivo de una gran pasión para mí, si había sido el objeto de mi amor, consideración y respeto a lo largo de los años, y ahora nada de eso lo encontraba por ningún lado. Mis días se hicieron algo sombríos.

Andrés en varias ocasiones me preguntaba: —¿Qué pasa Ma’? Tienes la mirada triste. Yo simplemente me arrimaba a él, como mi única tabla de salvación, dentro de aquel infierno que había comenzado a ser mi vida.

Por su parte JAEZ seguía en contacto, pero yo le hablaba poco. Desde aquella noche en la que mi esposo, me forzó y en la que pude comprobar realmente quien era, sentí que no había un lugar donde me sintiera cómoda en el mundo, todo me parecía de mentira. Creo que de alguna manera profética, el “Silencio de Julieta” había sido escrito pensando en mí, antes de que todo me ocurriera.

Con Beltrán fuera de escena por un tiempo que no habíamos definido, me dediqué a Andrés y al Centro, como siempre que él no estaba, pero esta vez,

como lo que lograba mantenerme a flote. El año escolar iba avanzando y Andrés estaba a punto de culminar. Por mi parte, yo había estado bien atareada, atendiendo personalmente a unos niños que habían quedado en el aire, por la ausencia de Manuela, además de tener encima la construcción que había comenzado; así que mis días eran intensos en actividades.

Cercano a los días de Agosto, ya con las clases finalizadas, la Bella Vivian, mi mamá, me pidió que dejara ir con ella a Andrés a la Isla de Margarita. Iba ella y una de sus amigas más allegadas así me pareció bien para Andrés y para mí. Ya Beltrán llevaba fuera un par de meses, y yo solo había hablado con él un par de veces. Él llamaba a nuestro hijo y éste me lo pasaba, ya que no sabía en el estado que estaban las cosas entre su padre y yo.

En ocasiones normales, jamás él lo llamaba, por tanto Andrés estaba feliz de que lo hiciera, entendí que era una de las tantas manipulaciones de Beltrán y su manera de hacer las cosas, lamentablemente el niño estaba en el medio de los dos. Con quien hablaba constantemente Andrés era con José Antonio, se habían vuelto amigos de alguna asombrosa manera, jugaban video juegos en línea y siempre me comentaba donde estaba él, de gira por sus libros, tanto dentro como fuera del país. A mí en el fondo, me daba vergüenza pensar en él, no me parecía bien contarle lo ocurrido, pero si no era a él, ¿a quién más podía acudir?

Llegó el tiempo de asistir a una Convención para la cual me había inscrito meses atrás. Sin embargo el grupo que lo organizaba, me propusieron que no asistiera solo como participante sino que me hicieron una invitación como ponente. Eran unos jornadas anuales que se realizaban cada año en Caracas, y justo coincidía con los días que había planeado mi mamá llevarse a Andrés, así que acepté con todo gusto. El Centro Crecer, se había convertido en una referencia acerca del trabajo con niños considerados especiales, no por el síndrome que tuvieran, sino por lo especial que resultaba para la vida del que compartía con ellos esa experiencia. De construirse todo como lo teníamos planeado sería uno de los principales, no sólo de Venezuela, sino de América Latina.

Faltando dos días para la Convención, mi madre se había llevado a Andrés para su casa, con el pretexto de consentirlo. Sus notas habían sido excelentes, y como todos los años, también ese lo aprobó con honores, así que los dejé un poco estar en un intensivo cariñoso de abuela – nieto. Yo me

había quedado sola en casa, y acostada de noche, mirando por la ventana de mi habitación, lloraba pensando en cuán difícil se me había vuelto mi vida, la que hacía tan poco, yo consideraba feliz.

Me preguntaba muchas veces: —¿Por qué Beltrán no me quería? ¿Por qué yo no era suficiente para él? ¿En qué me equivoqué? Y dándole vueltas una y otra vez a eso, concluía, que el error principal de todo eso, fue haberme casado con él.

Pensando en eso, estaba parada frente a la venta sintiendo la brisa soplar, cuando mi celular repicó. Sabía que era JAEZ, y lo dejé repicar sin contestar... Dejó un mensaje de voz que decía:

—Valeria, no me evadas más por favor, quiero hablar contigo. Además, sé que estás sola en casa.

Escuché el mensaje y me asombró. Luego recordé que Andrés y él eran amigos. Parecía más cercano al chico aquel hombre, que su mismo papá, pero ya eso no resultaba para nada raro.

El teléfono volvió a sonar, y tomé la llamada.

—Aló, respondí.

—Al fin agarras mi llamada, dijo JAEZ. Realmente no quiero importunarte, pero estoy algo preocupado por ti. En los últimos meses no he logrado que me respondas más de dos o tres palabras seguidas. ¿Qué ocurre? ¿Te hice algo que te disgustara?

—Cuéntame de ti, la última vez que hablaste conmigo me contaste que habías descubierto algo un tanto “grueso”. ¿Es por eso todo este silencio?

El guardó silencio y simplemente yo no dije nada... hasta que unos segundos después respondí a sus preguntas.

—No pasa nada. Tú no has hecho nada que pueda dañarme ni mucho menos. Quizás sea por eso que dices todo este silencio. Si te soy sincera, estoy pensando, solo eso, pensando.

—Algo difícil debes estar pasando, porque que dejes a Andrés ir fuera de casa, no se me parece a lo que vi de ti, con respecto a él.

—Eres muy observador.

—Cuando algo me interesa, sí.

Las lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas, así que no pude hablar nada más. Era callarme, o que el supiera que estaba llorando y eso no me parecía prudente; total él no tenía por qué estar en mi vida.

—Te ruego que no te calles, por favor. Eso me hace sentir que “Julieta”

anda por allí.

Por unos segundos se escuchó el silencio entre los dos nuevamente y luego simplemente dije:

—¿Tú lo sabías verdad?

—¿Saber qué, Valeria?

—Lo de Beltrán con Manuela... bueno y no solo con ella. —Tal vez tú eres como el resto del mundo, que sabía todo lo que pasaba con mi marido, y yo no. Había algo de rabia en mi voz, pero lo entrecortado del llanto, no permitió que se percibiera.

—No, por supuesto que no. Nada de eso sabía. Siempre pensé que Beltrán hacía honor a lo que decía de ti acerca de ser “La Mujer Más Feliz del Mundo”. De ser cierto lo que dices, me parece que su habilidad en los negocios no es la misma que tiene para no entender lo valiosa que es la mujer que tiene.

Yo callé, y mis lágrimas seguían deslizándose mejillas abajo.

—No puedes encerrarte en la tristeza; tienes muchas cosas por hacer, toda una vida por delante, un hijo maravilloso que te ama muchísimo. En ese momento, no habló de sus sentimientos hacia mí, porque consideraba lo mal que podía estarme sintiendo, y eso lo agradecí. Aunque no puedo negar que lo que me hizo que pudiera decirle algo sobre lo que me pasaba, fue precisamente el recordar nuestra última conversación en la que me había dicho que me quería. Eso lo pensé pero no dije nada al respecto.

—En este momento, no puedo darte detalles, solo te digo que si era cierto y no solo con Manuela.

—No puede ser...

—Lo es, pero ahora de verdad, no quiero hablar de eso.

—Listo ¡Señora Mía! Y perdona por lo de mía y empezó a reír, como con ganas de que a mí se me olvidara mi tristeza aunque fuere por un momento.

—Estuve viendo que dentro de pocos días va a haber una Convención en Caracas y vas a estar como ponente en cuanto al manejo del Centro y la puesta en marcha del proyecto total de sus instalaciones, junto a todo el alcance que esto va a tener en nuestro territorio y fuera de él.

—¿Cómo sabes que hay esa próxima jornada?

—Fácil, en la página del Centro Crecer, hay un link que lleva a las últimas noticias que en cuanto a Congresos, Jornada y Convenciones que tienen que ver con los profesionales de tu área y simplemente entré... y te vi.

—Genial esa foto, por cierto. Así que pronto vas a estar por aquí.

—Si la Convención comienza en dos días, y dura tres. Mi participación es durante el primer día, pero me han sugerido que me quede al final, para lograr responder algunas preguntas luego de la intervención de todos. Aún lo estoy evaluando, no me gusta ausentarme mucho, ya sabes Andrés me necesita.

—Andrés se va de viaje con tu mamá.

—Y tú... cómo sabes! ¿Te has vuelto muy amigo de Andrés, no?

—Ya casi le puedo ganar en uno de nuestros duelos, del mundo virtual... pero definitivamente me quito el sombrero ante el campeón. Dejaba oír una agradable risa y conseguía que de alguna manera, y aunque fuera por aquellos minutos, sintiera ganas de sonreír también.

—Ciertamente él va a estar con mi mamá, mientras yo voy a Caracas.

Estuvimos hablando alrededor de media hora y él no tocó más el punto de mi viaje. Yo igualmente no mencioné nada más al respecto. Hablamos de lo bien que se estaba vendiendo el libro actual y su nuevo proyecto que ya estaba en la maqueta de su manuscritos, tanto a mano con en tabla, tal y como lo había visto el día que la dejó en mi carro.

Nos despedimos, y en los días sucesivos volvimos a hablar sobre unos nuevos colaboradores para la construcción y otros detalles sobre el proyecto, incluyendo que yo consideraba prudente el pasar el terreno que él había comprado a mi nombre, a favor del Centro Crecer, puesto que como estaban las cosas, yo estaba decidida a separarme legalmente de mi marido. Pero eso tampoco yo se lo había dicho a JAEZ.

Llegó el día anterior a la Convención y salí en el último vuelo de la noche para estar temprano en el sitio. Era uno de los salones más amplios del Hotel Eurobuilng en la capital. Llegué temprano a la jornada y estuve atenta durante todo el inicio y desarrollo de la mañana del primer día. A primera hora de la tarde era mi intervención y el colega que abrió mi participación lo hizo de una manera tan especial al hablar de los pequeños a quienes atendíamos, que al pasar al frente, sentí que una lágrima corría por mi mejilla, sin poderlo evitar.

Contarles a ellos sobre los avances de los niños, al igual que el avance que el Centro Crecer había tenido en los últimos años, era increíble. Conocía tan bien lo que hacíamos allí, la población que atendíamos, las cifras que manejábamos para nuestro funcionamiento, el personal interdisciplinario que conformaba todo la plantilla, que era capaz de exponerlo sin ningún

inconveniente o temor. Lo que más me gustó, fue ver al resto de los profesionales que estaban en aquel recinto, emocionados y motivados a atender esa población que era objeto de nuestra dedicación y amor.

Eran alrededor de las 5:00 pm cuando todos empezamos a salir del amplio salón donde se desarrollaba la jornada y nos dirigíamos a un salón contiguo donde nos esperaban un ligero buffet a fin de que pudiéramos compartir. La mayoría estábamos alojados en las mismas instalaciones del hotel, así que no había contratiempo para quedarnos allí el tiempo necesario.

Estaba hablando con un par de colegas, con los cuales había compartido en otros congresos como este y la velada estaba un tanto agradable. Sentí deseos de ir al baño y ya la tarde iba cayendo totalmente. Salí en búsqueda del sanitario y en uno de los jardines laterales que adornaban los pasillos desde donde yo estaba, hasta el baño, pude ver una silueta conocida. Era JAEZ, con un copa de vino blanco en su mano derecha, la cual alzó cuando me vio. Hizo un movimiento con su cabeza y leí sus labios cuando dijo: — ¡Salud!

Asombrada me acerqué a él, y sin más rodeos le pregunté:

—¿Qué haces tú aquí?

—Para mí, un placer también verte, Valeria. ¡Qué gusto! Dijo él, recordándome igualmente lo mal educada que había sido.

—Soy uno de los principales patrocinantes de este tipo de eventos. Recuerda que tengo un lazo familiar que me ha impulsado desde hace mucho a prestar apoyo a este tipo de causa.

No me convenció de un todo su argumento, pero tenía también que pasearme por el escenario, que no todo lo que ese hombre hiciera en las áreas relacionadas conmigo, tenían que depender o ver de alguna manera con mi persona. Eso sería como crearme muy importante para él, y aún yo no lo veía así.

—Me pareció magistral tu exposición.

—¿Y estuviste allí?

—Por supuesto, no me lo perdería por nada.

—Estás empezando a asustarme. Es demasiado bueno para ser cierto.

—Tranquila “Caperucita” que este “Lobo” tiene los dientes desgastados, y no te pienso comer. Irremediablemente los dos nos echamos a reír. Él tenía cada cosa, que me era imposible mantenerme indiferente.

—¿Tú ibas a dónde? Preguntó él, haciéndome volver al inicio de nuestro

encuentro.

—¿Yo..? a ver.. por un momento, al ver a aquel hombre, había olvidado que estaba buscando al salir del salón del buffet.—¡Voy al sanitario! Conseguí decir como aliviada.

—Derecho a la izquierda, segunda puerta, con indicación de “femenina”.

Yo asentí con la cabeza y me dispuse a caminar hacia donde él me había indicado, pero mis pasos eran un tanto vacilantes.

—Tranquila, yo no me moveré de aquí. Te espero.

—¡No puedo contigo! Fue lo único que pude decir antes de apresurar mi paso, recordando que si debía llegar al baño cuanto antes.

Cuando me miré al espejo en el baño, un momento antes de salir, me dije a mi misma como dándome algo de ánimo, o calmando mis nervios.

—Él no va a estar allí... y si está, pronto se irá.—¡Tú tranquila!

Respiré profundo, pasé la mano por mi cabello y salí. Efectivamente él estaba allí, y no solo donde lo había dejado, sino un poco más cerca del baño.

—¡Promesa cumplida, no me marché!

—Sí, gracias.

Caminamos dos pasos dirigiéndonos al salón de donde yo había salido unos minutos antes y él se detuvo. Yo hice lo mismo y me volteeé a mirarlo.

—¿Qué ocurre?

—¿Te gustaría ver dónde vivo? ¿Bueno, al menos mi eje central mientras estoy aquí en esta ciudad?

—Está bien. Y luego de decirlo, mi pensamiento inmediato fue: ¡Te volviste loca Valeria!

Ni siquiera volvimos al salón del buffet. Bajamos hasta el estacionamiento del Hotel y subimos a su auto.

—Esta vez manejo yo, así que bienvenida a mi mundo “Señora Mía”... que ya sé que no es mía.

Subí a su carro, un sedán de color azul muy oscuro, muy confortable de una de esas marcas chinas que en ese momento era lo único que se conseguía en nuestro país.

Colocó algo de música suave al fondo y salimos del Hotel.

—Te voy a “contar” Caracas, me dijo. Y enseguida empezó a hablarme de lo hermosa que era, de una forma tan poética y metafórica que simplemente me conmovió y encantó.

A la hora que nos fuimos eran casi las 6:00 pm por tanto el tráfico era

bastante pesado.

—Y frecuentemente tú vas en este tránsito.

—¡No que va! En estos momento casi todo lo hago por video conferencias y salgo más de noche que de día.

—Como los vampiros...

—Tal cual. Ya veo que también has ido recuperando el humor, decía mientras reía.

—Trato de vivir.

—Tratar no es suficiente, solo hay un “Tiempo para Amar” Valeria.

Yo no contesté nada más y él empezó a decirme hacia dónde nos dirigíamos.

—No te esfuerces mucho en explicarme, yo igual no entiendo Caracas.- Siempre que he venido, me llevan y me traen, no me gusta manejar aquí, así que no me ubico mucho.

—Entonces confórmate con saber que vamos hacia el este, y mi edificio se llama “Molinos de Viento”, porque debe ser “un Quijote” todo el que vive allí.

Casi que le pregunto si era cierto lo de “Quijote” hasta que caí en cuenta que era otra de sus bromas.

—Pero que conste, si se llama “Molinos de Viento” mi edificio... y yo, si soy un Quijote.

Pasada un poco de las 7:30 llegamos al lugar. El edificio ciertamente se llamaba como él dijo, en una de sus columnas principales podía observarse la figura de uno de esos molinos.

—Me siento como entrando en “Castilla”.

—Entonces bienvenida Dulcinea.

Los dos íbamos riéndonos, como quien tiene nervios y no consigue controlarlos del todo. Así, subimos en el ascensor hasta el piso 11, que era el penúltimo de aquel edificio. El ascensor se abrió y a unos seis pasos estaba la entrada de su apartamento.

—Ahora sí, bienvenida.

Metió la llave en la cerradura y abrió la reja de seguridad, luego hizo lo mismo en una puerta de madera que le seguía y me invitó a pasar.

—Este es mi humilde hogar. ¡Bienvenida!

El lugar era acogedor, tenía un amplio pasillo en la entrada que daba a una sala de buen tamaño, en la que sólo había un gran sofá y muchos cojines

sobre una mullida alfombra. Dos mesas laterales y un balcón siguiéndole más atrás. No ví tan bien a primera vista, pero me parecía que había un caballete de pintura en el balcón.

La cocina dispuesta de un lado de la sala, en un concepto abierto que lo abarcaba todo y dos puertas más que intuí que una correspondía a un dormitorio y la otra a un baño. Una escalera en uno de los rincones del salón, que indicaba que había otros ambientes arriba.

Él se metió a la cocina y traía en su mano dos copas de vino, semejantes a la que él había estado tomando hacía unas horas en el hotel.

—Tú sabes que yo no tomo.

—No importa lo que yo sé, necesito brindar por que tú estás aquí. —Anda, acompáñame; solo una copita.

El levantó la copa, y cuando estábamos a punto de brindar, se empezaron a sentir unos pasos que descendían por la escalera que desembocaba en la sala. En pocos segundos apareció, Daniela.

—¡Hola cariño, bienvenido!

El asombro se dejó ver en el rostro de JAEZ, mientras la joven Daniela bajaba lentamente por la escalera circular, en unos cortos pantalones que cubrían poca parte de su espectacular figura. Era una niña bellísima, su cabello largo y claro, su piel fresca, todo un encanto.

Al terminar de bajar la escalera y verme allí, también mostró algo de sorpresa al verme allí. Se acercó y solo dijo:

—¡La de la pintura....! Es... impresionante...

JAEZ dijo: —Hola Dani. No sabía que estabas aquí, yo... y me veía entrecortado.

Yo sonreí, más asustada, sintiéndome más incómoda que otra cosa. Me volví hacía un lado y vi una pequeña mesita auxiliar entre los muebles. Caminé hasta allí, dejé la copa en la mesa y simplemente me dirigí hacia la puerta.

—Creo que no ha sido oportuna mi visita, debo irme.

—Ya va, déjame presentarlas. Daniela ella es Valeria... Valeria ella es...

—Sí, ya sé, Daniela. Todo un gusto en conocerte, linda. Mi sonrisa era forzada y nerviosa. Ellos estaban en un ambiente íntimo y él me había traído hasta acá. Sólo alcanzaba a preguntarme en mi mente ¿porqué... o mejor dicho para qué había insistido en que viniera con él? Realmente no entendía nada y preferí salir de allí.

—Gracias por mostrarme dónde vives José Antonio, debo irme. Abrí la puerta y salí. Al girar vi como Daniela se le colgaba del brazo a JAEZ, reteniéndolo.

Me había fijado que el ascensor bajaba con una llave, así que sabía que no podría bajar por allí. Me dispuse a tomar las escaleras de emergencia y mientras lo hacía, una intensa emoción me empezó a recorrer.

Sentí mucha rabia, y me iba diciendo en la medida que bajaba las escaleras: —¿Para qué viniste hasta aquí? ¡Definitivamente eres una tonta! ¡No quieres aprender!

—Y él ¿que pretendía, que hiciéramos los tres aquí? ¿será que pretende casarse con esa muchacha, que dicho sea de paso es espectacular, y quería invitarme al matrimonio? Los pensamientos venían a mi cabeza como remolinos que no cesaban. Las escaleras se hicieron interminables, y mientras yo bajaba por cada escalón otra pregunta y comentario de este mismo estilo iban apareciendo cada vez con más fuerza. Cuando llegué a la entrada, antes de poder pedirle al vigilante que me abriera, al pie del ascensor estaba JAEZ. Al verme, dijo:

—No tenías porqué irte de esa manera. Sé que fue incómodo, pero ya sabes, te había dicho que ella existía de algún modo.... Y además yo no esperaba que estuviera aquí, hace ya mucho...

—No tienes que explicarme nada José Antonio. Tú eres un hombre soltero, sin compromisos con nadie, puedes hacer con tu vida un saco, y si quieres meterte en él... ¡pues estará bien!

—¡Wow, estás realmente molesta! Y había casi una sonrisa en su rostro al decirlo.

—¿Y encima te vas a reír de mí? ¡No me parece divertido el “papelón” que acabo de hacer ante esa muchacha!

—No, yo no me estoy riendo de ti. Pero, si quieres que te diga algo, me agrada saber que sientes celos, que no te soy indiferente.

—José Antonio, por favor, ¡no seas infantil! No estoy molesta contigo, sino conmigo, por haber venido como una tonta para acá, sabiendo que no tenía nada que buscar ni aquí, ni contigo.

—Pues, te equivocas. Si tenías que venir, quería que conocieras mi mundo. No tenía idea de que ella estaría aquí. Hace unos cuantos meses que no nos veíamos...

—Claro, me imagino que habrían otras de turno...

—No Valeria, y por favor no uses el sarcasmo conmigo. Yo te estoy mostrando mi vida, tal cual es. Y justifico lo que sientes... tus celos y estoy seguro que...

—¿Celos? ¡Yo no tengo celos..! cómo te dije tu eres un hombre li...

—Sí, celos... y los sientes, así que debes reconocerlo ¿para qué te sirve que lo quieras ocultar?

—Yo no soy una mujer celosa, ni aún con “mi marido” y todo lo que acabo de descubrir (que tú lo sabes) ni aun así, soy de las que hace escenas de celos. Yo soy una mujer equilibrada, con las emociones bajo control, que no tiene por qué dejarse mover como hoja al viento, sólo por lo que tú hagas con tu amante, tu novia, tu prometida o lo que sea tuyo.—¡No son celos!

—Pues yo diría que sí, sí estás celosa. Veo fuego allí en tus ojos, una llama que hasta ahora no conocía. Y por favor, no me compares con tu flamante esposo; yo con una mujer como tú a mi lado, no tendría nada que buscar en ninguna parte.

—¿Viste la cara de asombro de Daniela? no fue porque entrara con alguna mujer...

—¡Ah no! ¿Y qué fue eso entonces? ¿Acaso tienen por costumbre hacer fiesta con varias mujeres a la vez y tú reinando entre ellas? ¡Bueno, ahí sí es verdad que no me anoto yo! Yo estaba más agitada de lo normal, mi voz se entrecortaba, sentía que el corazón se me iba a salir por el pecho, realmente estaba molesta, quizás como nunca.

—¡Pero Valeria, ya va! Primero respira y cálmate. Y él me daba el ejemplo de cómo debía hacerlo

—No tengo porqué calmarme, porque yo no estoy alterada; solo me quiero ir, así que por favor llámame un taxi. Lo que decían mis palabras, para nada se relacionaba con la expresión de mi actitud. Estaba furiosa.

—Daniela se asombró al verte, porque ya te había visto... empezó a decirme JAEZ en un tono tan conciliador, que no pude hacer más que bajar la guardia.

—No entiendo lo que dices, ¿cómo es eso de que me había visto?

—Porque yo estoy haciendo un retrato tuyo en mi balcón. Allí estoy haciendo una pintura tuya. No soy experto con el pincel, pero alguna vez me he asomado a esa ventana. Y quiere decir que no lo hago tan mal, pues ella te reconoció. ¿Por qué no subes? ya Daniela se fue. Te muestro el lugar completo y ves el cuadro que ya está casi terminado.

—Yo, me quiero ir a mi hotel.

—Entonces te llevo.

—No, te dije que quería un taxi.

—Te dije que te llevo. No aceptó réplicas de mi parte, así que se quedó parado a mi lado como esperando que yo decidiera si subía o me iba, pero en ambos escenarios lo haría con él.

Me encogí de hombros y pregunté:

—¿Qué estás esperando que haga?

—Sólo lo que tú quieras Valiera, yo no puedo presionarte. Y sus ojos una vez más traspasaban mi defensa.

—Te dije que quería irme... es lo mejor.

—Lo mejor es que te quedes, subas conmigo y veas lo que quería mostrarte ante de la interrupción.

—¿Interrupción? No lo llamaría así

—Fue una interrupción... que ya no está, que no existe. Aquí solo estamos tú y yo.

Iba acercándose sin que mi actitud distante le hiciera desistir. Se aproximó casi dos pasos y lo tuve frente a frente... su boca a la altura de la mía, sus ojos recorriéndome como rayos que lo descubrían todo dentro de mí. Aguanté el respiro, con el fin de que no notara lo agitada que estaba.

—Creo que es mejor... y no alcancé el final de la oración, cuando me besó.

El mundo una vez más, como había sido la primera vez, giró a nuestro alrededor. El celador que se encontraba en su garita, con una sonrisa en su rostro volteó la mirada a otro lado, pero con la intención de ver las cámaras de seguridad y seguirnos observando.

No hubo defensa de mi parte. Nunca la hubo. Desde la primera vez que mis ojos se cruzaron con la de aquel hombre, no pude resistirme a nada de lo que él quiso. A lo más que llegué fue a correr, pero negarme como tal, jamás.

Con mi rostro en sus manos, el me susurró dulcemente: —Subamos, quiero mostrarte algo. Su mano sostuvo mi cintura y ya no había excusas para no hacer lo que ambos queríamos. Así que subimos.

Al entrar vi unas llaves colocadas al lado de la copa de vino que yo había dejado momentos antes, al salir como dijera mi hijo, tal cual Cenicienta, a la carrera.

El notó que vi las llaves y sosteniéndome cerca una vez más dijo:

—Esas son las llaves que tenía Daniela. Vino a devolverlas, ella no sabía que yo estaba aquí.

—Debo parecerme una tonta, dije mientras esquivaba su mirada, que me buscaba intensamente.

—No, no me pareces tonta. Me parece que eres una mujer que siente y creo que más de lo que tú misma te imaginas. Recuerda Valeria, sólo hay un tiempo para amar.

Cuanto diera hoy, por haberle puesto más atención a aquellas palabras que aquella noche José Antonio me dijo, así como lo repitió constantemente siempre que tenía la oportunidad.

Me tomó de la mano y atravesamos el salón hasta llegar al balcón. Corrió la cortina y yo no pude hacer más que asombrarme... ¡simplemente era yo!

—¿Cuándo... tú... Quién? Mis preguntas eran solo balbuceos que no encontraba como hilar de manera coherente. Era como la foto que tenía yo en mi casa, pero había algo más en mí, una sonrisa y luz que esa fotografía original no tenía. Y en la original yo aparecía sentada a la orilla del mar y en esta, estaba a la orilla del mismo mar, de pié y con los brazos extendidos como quien abraza el atardecer.

—¿Cuándo? El día que me permitiste entrar a tu casa. Saqué la foto del portarretrato y la robé.

—¿Yo? Si, loco por ti.

—¿Quién te ha estado pintando? Pues sí yo, creo que he logrado grabar tus dimensiones y hacerte algo de justicia, ¿o no?

Yo estaba atónita. Realmente lo que JAEZ había dibujado me dejaba sin palabras. Con razón que Daniela me reconoció, porque no había dudas que la mujer en el lienzo era yo.

—No solo escribo de ti Valeria, también puedo dibujarte. Así que quiere decir que te tengo “clarita” en mi memoria.

—Yo no sé qué decir... realmente me sentía como apenada ante aquella sorpresa. —No estoy acostumbrada a ser el centro en la vida de alguien, yo no creo que...

—Valeria, deja de argumentar y solo siente, ven.

Me llevó con él junto al sofá y tomó mis manos mientras me veía con dulzura.

—No sabía si en algún momento te tendría aquí para ver eso. Eras mi musa anónima hasta ahora. Eso había dicho Daniela y...

—Todas las que han estado contigo en este lugar desde entonces....
Completé yo la frase.

—No. Te equivocas. Ya te he dicho que no soy ningún Don Juan, ni ando buscando sexo express por ahí. Quien hizo el comentario fue mi buena Matilde. Lo más cercano a una madre que tengo. La otra mujer que tiene las llaves de mis guaridas y las mantiene en orden y limpias cuando yo no estoy. Ella me dijo: —Hay algo especial en su mirada, algo que ha cambiado la tuya.

—¿Y sabes qué? Tiene razón.

Se acercó más, que ambos podíamos respirarnos el aliento. Nuestros ojos se contaban lo que había en nuestro interior. Los besos llegaron lentos, ricos y profundos. Yo no sabía que podía desear tanto besar a alguien, fue como el redescubrir lo que era capaz de sentir. Y pensar que eso apenas era el inicio. Sus caricias me inundaron y yo simplemente estuve allí abandonándome en sus brazos y en lo que yo sentía.

Pero en un momento, él se separó de mí y me dijo: —Creo que mejor nos vamos y te devuelvo al hotel. Me sentí tan cortada que no alcance más que a decir: —Está bien. No entendía nada.

Ambos nos levantamos del mueble en el que estábamos. Aun en mis labios estaba el sabor de los de él. No articuló más palabras, ni yo dije nada tampoco. Salimos de aquel edificio y había un silencio reinando entre ambos.

Mientras el conducía acariciaba mi mano, y yo no alcanza a entender que había ocurrido, pero tampoco decía nada. No quería, o más bien me negaba, a confirmar lo tanto que estaba llegando a desear a este hombre.

Al llegar al hotel, bajó al estacionamiento y me acompañó al lobby.

—Bueno, gracias por traerme, dije con algo de insatisfacción en mi voz.

—No tienes nada que agradecer, más bien yo soy quien te agradezco el permitirme estar contigo aquí. El haber ido hasta mi casa, y sobre todo, el haber entendido sobre el episodio incómodo de esta noche.

—Y no me voy, no tengo porqué. Llegamos al mostrador y solicitó su llave como un huésped más. Y para mi sorpresa, le entregaron también una llave, tal cual hicieron conmigo. Los dos empezamos a caminar hacia los ascensores y no podía evitar mi cara de asombro. Él, con un gesto de complacencia, que ya había empezado a conocer bien, me guió hasta el ascensor y empezamos a ascender.

—Me toca quedarme en el piso 4, allí está mi habitación, dije. Y no sabía

si réirme o qué hacer con aquel hombre que tenía frente a mí. Era como si todo lo tuviese programado, como si simplemente le hablara a la vida y ella sirviera todo a su alcance, sin poner trabas.

—Sé que puedes estar pensando que soy un controlador o te tendí una trampa... y aunque si hice arreglos para estar este día aquí, sabiendo que tú también estarías, no tengo nada bajo control, Valeria. Yo simplemente te veo, y puedo pensar en una sola cosa: “solo hay un Tiempo para Amar”. Esas palabras se me parecen a ti. Quise reservar una habitación contigua a la tuya, pero lamentablemente no conseguí. Así que me toca la suite presidencial, por lo que debo seguir pisos arriba.

El ascensor se detuvo en el piso 4 y me tocaba a mí abandonar la gran caja metálica y salir. Y ya estaba a punto de colocar mi pie fuera cuando sentí que su mano pasó nuevamente por mi cintura atrayéndome hacia él.

—No me dejes subir solo... era un susurro tan íntimo que hizo que fuera casi imposible despegarme de él.

—Debo entrar a mi habitación. Y diciendo esto, él simplemente caminó conmigo, entramos a mi habitación y el deseo nos fue inundando. Los besos eran intensos, pero de pronto recordé lo que había pasado en su casa y dije:

—¿Qué pasó allá en tu casa? ¿Hice algo mal? Yo no estoy acostumbrada a esas cosas, por tanto a lo mejor... tú...

—No hiciste nada Valeria. Tú eres perfecta así tal cual. Aun cuando estabas rabiosa, me lo disfruté. No quería que ocurriera nada allá, porque como tú misma dijiste antes de entrar, allí hay recuerdos con otras personas, y aunque no hubo amor, si sexo. No quería mezclar eso, con lo que tú eres para mí, y eso no lo entendí hasta tenerte justo ahí. Me encanta que hayas visto el cuadro y donde paso mis desvelos, pero creo que mi vida necesita como un nuevo aire.

—Ya entiendo. Ese es el lugar de tus citas.

—No. No es que sean muchas, ni que con cualquiera ocurra algo, pero creo que tú eres alguien diferente, y por eso quiero escribir otra historia contigo. Por eso Daniela dejó sus llaves ahí. En algún momento escribí apoyado en su espalda desnuda, pensando en ti, y ella lo sabe.

—No sé qué hacer con lo que dices... yo creo que no estoy preparada para alguien con tanta facilidad para decir lo que siente.

—Pues no digas nada, sólo siente. Nuevamente me besó. Y así como iban cayendo los pensamientos y argumentos que podían existir para que lo que

estaba ocurriendo, no lo hiciera, nuestras ropas también iban haciendo lo propio. Mi celular no paraba de sonar. El teléfono de la habitación también. El botones vino a traer una nota. Todos los colegas habían dejado algo dicho para mí. Era una noche para salir y divertirse, había alguien en el gremio que siempre esperaba que yo estuviera sola para intentar lanzarse a la conquista. Uno de mis colegas del Centro, que mientras estábamos en la zona, nunca se atrevía a decirme nada, pero cada vez que salíamos a este tipo de eventos, aun cuando lo hacíamos por vías separadas y yo nunca le di pie a nada, igual se aventuraba a hacer invitaciones, que yo nunca atendía. Ahí estaba una tarjeta que me había enviado, JAEZ la vio y dijo: —¡Tiene a más de uno, caminando de cabeza por usted, licenciada!

—Para nada, contesté.

—¿Sabes qué?

—¿Qué será?

—¡Nos vamos de aquí!

—¡Estás loco José Antonio!

—Sí, y que bueno que lo estoy.

Me tomó de la mano, alisó un poco su traje, yo hice lo mismo y salimos de mi habitación, caminamos nuevamente hasta el ascensor y subimos hasta la suite que él tenía reservada.

—Ahora sí, solos tu y yo, bella. Su sonrisa ahora era plena, vi sus ojos brillar y su mano alcanzarme en la más suave y rica caricia.

Yo, temblaba por completo. A esas alturas de mi vida, solo había conocido a Beltrán, y no sabía algo más que satisfacerle a él.

Sentir las manos de JAEZ acariciando mi cuello, besándome tan despacio era un tipo de placer como desconocido para mí.

—Yo no sé si pueda... solo alcancé a decir.

—Yo no quiero forzarte a nada, Valeria.

Me miró con paciencia y dulzura y luego yendo hacía una gran ventana que daba hacia un inmenso balcón me dijo: —No va a ocurrir nada, que tú no quieras que ocurra.

—Ya sabes cómo ha sido mi vida, mi relación. Quizás tú estás acostumbrado a otro tipo de mujer, más directa, más liberal, no sé, con más que ofrecer que yo.

—Ven, quítate los zapatos y siéntate aquí, miremos ambos hacia allá, la noche está hermosa. Yo soy de los que cree que hacer el amor, va más allá de

juntar dos cuerpos y sacarse gemidos de placer. Yo creo en la entrega, y eso es lo que quisiera que ocurriera entre nosotros, si es que tú quieres.

—¿Y cómo es eso? Pregunté cual niño pequeño.

—¿Quieres que lo describa con palabras?

—Tú eres el escritor... si puedes escribir muchos libros, también puedes irme haciendo esa historia y mostrármela a ver si es así lo que quiero.- Háblame de cómo sería esa entrega.

—Empezaría por tu cintura...

—¿Por mi cintura? ¿Y eso por qué?

—¡Porqué por ahí pasa todo lo que estorba!

—No lo entiendo...

—Verás, tus pantalones están sujetos allí, en tu cintura. Tu blusa cae justo hasta ahí... empezaría por liberar las curvas de tu cintura, de todo lo que la cubre.

—Ya... creo ir entendiendo.

—¿Quieres escuchar el recorrido?

—Cada palabra.

—Entonces cierra los ojos y siente. Luego me dirás si realmente quieres que suceda.

—Ya lo que cubría tu cintura, se ha ido. Veo tus piernas descubiertas y con suavidad saco lo que queda. Ya no hace falta, cubrirse no tiene sentido, para quien tiene el alma desnuda y el sentimiento latiendo con fuerza.

Voy sintiendo como mi respiración se agita con cada palabra que JAEZ dice. No hay que dudar que maneja muy bien el verbo, tanto el escrito como el hablado.

—Mis manos en tu cintura, te liberan de lo que te cubre arriba. Ya no hay más razón para ocultar lo que hay en el corazón. Siente mis manos recorrierte, van con todo mi deseo. Mis dedos rozan con suavidad cada rincón de tu piel.

Escuchar su voz y sentir que mis lágrimas empezaron a caer silenciosamente, fue la misma cosa. Eran solo palabras... pero estaban dibujando en mi mente, lo que este hombre sentía por mí. Mucho más de lo que yo había podido escuchar o ni siquiera imaginar en todos estos años de casada.

—Me acerco cada vez más a tí, el olor de tu piel, me hace ir como un paciente cazador tras la presa más deseada. Recorro tus hombros frágiles, temblorosos; un cuello que me está invitando a besarlo, como quien se

encontraba solo y perdido en el camino. Presiento tus palabras, las que han salido por todo ese trayecto, unas de alegría, otras quizás no tanto. Imagino algunos te amo que no aterrizaron en ningún sentimiento que te diera reciprocidad. Pero quiero proseguir...

—El camino de tu cuello bajando, me seduce y pienso cuanto he querido recorrerlo desde que nos conocimos. Presiento tus rincones y avanzó hasta tus colinas de forma muy suave. Llegar a las cúspides de ellas me hace experimentar el sentido que ha tenido, todo el viaje transcurrido hasta aquí. El duro suelo de sus picos me hace pensar en el deseo que nos incendia a ambos y esto me convence de que no estoy solo en esto, sino en que tú estás conmigo. Es un deleite para mí recorrerlos, mis dedos se deslizan suavemente en cada uno y no puedo evitar que mi boca se abra al no contener las ganas de probarlos. Tu sabor es el más exquisito de los manjares que pudo haberme tocado.

—Valeria... Dice de una manera tan suave como sus propias palabras que recorren mi piel, mi ser, toda yo.—¿Quieres que siga? ¿Vas entendiendo lo que siento, a través de mis palabras?

—Sí... Continúa. Y es que para mí, ya es imposible no querer. Siento la respiración de JAEZ ahí detrás mío, su respiración se confunde con la mía y su voz con sus palabras, que va desnudando poco a poco mi alma y mis ganas. Sólo alcanzó a decir: —Por favor, continúa , y es más una súplica que otra cosa. No quiero estar en ningún otro lugar.

—Voy bajando un poco más, siento tu respiración ensanchar tus costillas... Las veo, mi mirada te recorre y pienso en lo fuertes que estas parecen para cubrir los suaves, pero agitados latidos de tu corazón. Así has sido desde que nos encontramos, una fortaleza de razones por fuera para no dejarme ver por completo esos sentimientos que están ahí y que te agitan tanto a ti como a mí.—Y sigo bajando... Llego a tu ombligo.

—Ahora soy yo quien casi se entrega a este hombre, sin más. Qué manera tiene de hacerme sentir tantas cosas. Mi cuerpo realmente está trémulo ante tantas sensaciones, yo no estaba preparada para esto, creo que más bien yo ni siquiera imaginaba que este tipo de emociones existiera.

—Podría hundirme por completo en ese "hollo negro" del universo de tu cuerpo. Entraría allí a las galaxias de tus ganas y las recorrería una a una hasta saciarlas, hasta hacer que una lluvia de estrellas te colmen con el placer que sientas conmigo.—Dime ¿qué vas sintiendo Valeria?

Yo solo alcanzo a mover la cabeza en señal de negación, admitiendo que no puedo decir con palabras todo lo que me ocurre, todo lo que estaba sintiendo.

—Sigo hacia abajo, sigo la línea del camino, bajando de tu ombligo hacia tierras más profundas, y me encuentro a la orilla del mar de tus pasiones, donde las olas del deseo te estremecen y logran mojar hasta la arena más seca. Te siento temblar, es inevitable porque al igual que tú yo lo hago, tus olas me arrastran y me hacen desearte cada vez más. Un territorio prohibido, pero con bandera mía desde que nos vimos. Yo no sabía cómo sería, pero aquel día cuando te bese (y sentí igualmente tu beso) a pesar de no existir una vía posible, presentí de alguna manera que nuestro camino se abriría y yo podría ir pisando tu territorio, derramando de mi fuente en él, para que ya no hubiera más desierto, sino tierra que germine y florezca. Así te quiero Valeria, abierta, alegre, dispuesta a recibirme con todo este amor y deseo que tengo dentro desde que nos vimos.

Se oye ahora un silencio... Solo tu respiración tan agitada como la mía. No más palabras. Abro lentamente mis ojos y me encuentro con los tuyos. En tus ojos hay una llama encendida, tus labios entreabiertos como saboreando algo y tu cuerpo que se mueve en pos del mío.

—Yo no podría hacer nada que tú no quisieras, Valeria, simplemente no podría.

Yo, sin poder contenerme solo me acerco más y le beso, mientras digo:

—Quiero todo José Antonio, quiero todo.

Empiezas a besarme y es como si araras mi cuerpo con eso... Saliendo de mí todas las huellas anteriores, como quien prepara la tierra para una siembra luego de removerla y sacudirla.

La pasión nos va envolviendo, siento que es demasiado placer para mí. Hasta ahora todo simplemente había sido para complacer a otro, sin pensar o detenerme mucho en lo que yo quisiera o me gustara o sobre todo lo que no me gustara, como tantas veces me había pasado con Beltrán. Pero el, Beltrán ahora empezaba a desdibujarse por completo en mi vida y más aún en mis sentimientos. Cuán lejos estaba todo lo que yo sentía ahora de lo que fueron tantos años al lado de alguien que realmente no me quiso. Lo inexplicable para mí era ¿cómo se mantuvo tanto tiempo a mi lado sin ni siquiera sentir afecto por mí? Pero ese no es un pensamiento válido para este momento, ahora era el Tiempo para Amar que se abría ante nosotros y no quisimos

dejarlo pasar más.

Lo único que puedo decir, es que las palabras de JAEZ se quedaron cortas ante todo lo que me hizo sentir toda esa noche inolvidable y única para mí. En sus propias palabras "mágica" para él.

Antes de que amaneciera, le dije mientras acariciaba su espalda:

—Debo volver a mi habitación, hay que estar muy temprano listos para empezar la jornada de hoy y hay además una entrevista planeada al medido día con una persona que está interesada en financiar todo lo que son los sistemas de aires acondicionados para la ampliación que estamos haciendo en el Centro Crecer.

—Estoy loco si te deajo ir ahora... El mundo que espere y no interrumpa, en este momento eres mía y no pienso dejarte ir. Así que su brazos rodearon mi cintura y más abajo, encargándose de que olvidara todo lo que no tenía que ver con lo que estaba sintiendo. No pude soltarme y además no quería, era como el mismo dijo, era de él, sus brazos y sus piernas se convirtieron en mi refugio favorito y ya nadie me sacaría de allí.

A las 7:00 de la mañana ambos corrimos a mi habitación y mientras me cambiaba para bajar al salón de las conferencias igual él se acicalaba un poco, ya que tenía ropas en la suite donde nos quedamos esa noche.

Mientras yo me vestía, escuchaba su voz llena de alegría y entusiasmo. Al cruzar mi mirada con el espejo y verme... Solo pude decirme: —¿Valeria, esa eres tú? E inmediatamente con una sonrisa contestarme a mí misma, acercándome al espejo: —¡Sí, si soy yo y amo a ese hombre que está ahí afuera! La imagen de Beltrán pasó por mi mente y hubo como escalofrío en mi espalda, pero la voz de JAEZ diciéndome algo, no me dejó continuar así.

Mi celular repicó, era Andrés. El al ver la llamada contestó. A pesar de que era muy temprano y mi hijo hizo preguntas, José Antonio le explicó que las actividades comenzaban temprano, que él estaba asistiendo también a esta jornada y que yo no contestaba por estar arreglándome. De manera increíble a Andrés no le pareció extraño y por lo que pude escuchar a través de la puerta JAEZ le decía algo así como: —¡Tranquilo campeón, yo la cuido!

Yo salí en unos minutos y él todavía hablaba por mi teléfono. Sentí que el corazón me dio un salto al comprobar que hablaba con mi hijo.

Al terminar, se volvió hacia mí y con una sonrisa me dijo:

—Tranquila señora mía, su príncipe valiente ha preguntado por usted y yo le he dado las mejores razones. Además le expliqué mi presencia aquí en

esta jornada. La jornada nuestra "la tuya y la mía"... No, era solo una broma querida. No le dije nada de nosotros, no todavía.

"Nosotros" esa era una palabra que me emocionaba y la vez me asustaba grandemente.

—¿Y qué le dijiste a Andrés? Pregunté con algo de nervios. Realmente yo no hubiera sabido que decir.

—Nada que no fuera cierto. Le dije que yo asistía también a la jornada y que vine muy temprano para desayunar contigo antes de que iniciara. Pero como tú eres una dormilona, todavía te estabas arreglando.

—Ah, además Andrés me dijo algo y estoy preocupado...

—¿Qué te dijo mi niño?

—Está preocupado Valeria. Aunque tú pienses que no, él se da cuenta que algo pasó entre Beltrán y tú.

Me dijo que te cuidara, porque en los últimos tres meses te había visto muy triste. -Y yo como buen amigo de él que soy, me lo voy a tomar muy en serio... Te voy a cuidar.

JAEZ se aproximó a mí, tomo mi cara entre sus manos y con una dulzura desconocida para mí... Me besó. Era increíble que pudiera ser tan pasional como había sido en la noche, en la que me amo sin parar, y ahora era a la vez tan delicado. Yo me sentía realmente como fuera de mi estado de "felicidad ficticio" normal.

Era increíble estar ahí con aquel hombre, que había conseguido entrar y adueñarse de todos los rincones de mi vida. Yo todavía no asimilaba lo ocurrido en la noche anterior, tanto por lo intenso como por lo amplio de sus implicaciones. Debía volver al día siguiente a mi vida normal, a mi casa, con mi hijo y la sombra de Beltrán seguía vigente; ya que si bien tenía cerca de cuatro meses que él se había marchado en uno de sus viajes y dado las circunstancias en que se fue, nuestra comunicación había sido completamente nula, tampoco era menos cierto que él continuaba siendo mi esposo. Él me enviaba instrucciones sobre lo que debía hacer con respecto a ciertos aspectos de sus negocios y pagos relacionados con la rutina de nuestra familia y yo continuaba asistiéndolo en lo que dijera. Era como si tácitamente él había asumido que al descubierto de sus andadas con las mujeres en algún momento todo volvería a la normalidad y yo seguiría siendo su esposa de "figurín". Por mi parte yo había decidido no continuar en dicha mentira, pero realmente no había dado ningún paso en concreto para cambiar dicha

situación.

—¿En qué estás pensando Valeria? Pregunto José Antonio como si fuera capaz de saber lo que pasaba por mi mente en aquel momento.

Yo algo sorprendida respondí:

—Pienso en que las cosas no son tan sencillas...

Mientras él se acercaba a mí y dulcemente me besaba rodeándome con sus brazos.

—No tiene por qué ser tan complicado señora mía... Podemos hablar con mi amigo para que arregle toda la documentación necesaria para que definas tu situación. Me imagino que él, tiene excelentes abogados...

—Yo no alcancé a decir nada más. En el aire había una conversación sobre un divorcio que era inminente, pero que yo no me había planteado la idea de llevar a la práctica. Este hombre que tenía a mi lado, definitivamente era el amor, sin embargo mi vida tenía otras aristas en las cuales el amor hasta ahora no había sido el centro de todo. No imaginaba para ese entonces, el precio que pagaría por mis ambivalencias en ese sentido... ¿Cómo saberlo?

—En que estás pensando Valeria, decía JAEZ mirándome con ojos inquisidores.

—Pienso en... Lo complicado que se vuelve todo luego de amar tanto. Cuando vine para acá, no pensaba realmente que nosotros nos pudiéramos encontrar. Tu tenías meses que no te dejabas ver, yo pensaba que tú... Y de pronto... Ahora estás aquí, has descubierto mis sentimientos, me has llevado por un camino que yo jamás imaginé recorrer... Yo...

Y en medio de mi vacilante oración, simplemente José Antonio me tomo en sus brazos, mientras susurraba y me desvestía: —Solo hay un tiempo para amar.

Era su forma de dispersar mis dudas, era hacerme sentir la realidad de lo que sentíamos. Era encontrarme con la certeza de que ya nuestras vidas no se separarían indistintamente por lo que tuviéramos que pasar.

La convención ese día comenzó y yo no estuve en la primera ponencia. Estaba en los brazos de JAEZ quién era el puerto seguro donde mis dudas se disipaban.

Era tan dulce y fuerte a la vez, que yo prácticamente desde que le conocí no pude negarme a nada de lo que el quiso. En otras circunstancias eso podría sonarme a desventaja, pero en su vida, en el sentimiento que me trasmitía para mí era más bien un privilegio.

Acariciaba mi espalda mientras me decía:

—Valeria, yo no quiero que sientas que te estoy presionando a hacer algo que no te has planteado. Solo hablaba del abogado, porque quiero que sientas que cuentas conmigo para todo lo que puede venir. Beltrán no es alguien en quien se pueda confiar y tú lo sabes... Por tanto yo quiero que tú sepas que yo...

—¿Y tú cómo sabes que él no es de confiar? ¿Por las cosas que ha hecho con tantas mujeres? ¿Por eso que ya sabes? ¿O tú sabes algo más?

El simplemente guardo silencio y su mirada penetrante estuvo sobre mí, dándome la sensación de serenidad que necesitaba. Puso uno de sus dedos sobre mi boca y dijo:

—Simplemente pienso en ti, porque al fin y al cabo tú eres quien me interesa, no él. Tú misma ya sabes lo que necesitas saber. No dio más detalles, no hablo de las mujeres con quien si lo había visto, como dijo, simplemente se centró en mí.

—Yo quiero que arregles tu situación, por tu bien y el de Andrés. Y como una vez me dijiste pensando en lo que yo había vivido cuando estuve casado que no harías algo como eso... No quiero hacerte sentir comprometida o envuelta en algo que atente contra ti y tu reputación.

Le miré largamente y dentro de la admiración que me daban sus palabras, alcance a pronunciar una sola de las mías: —¡Gracias! Y lo abracé como si no hubiese otra oportunidad posible para hacerlo.

Nos levantamos para arreglamos y salir nuevamente. Así transcurrió el día de aquella convención que ya nunca más olvidaría.

Estuve durante toda la jornada en mi lugar y él en el suyo, pero en medio de tantas personas, su mirada en algún momento se cruzaba con la mía diciéndome sin pronunciar nada, lo que ya había escuchado en la noche anterior. Era como la mirada de la primera vez que lo vi, la misma capacidad para penetrarme de una forma inesperada.

La actividad de aquel día fue bastante larga. En horas del mediodía, cual lo acordado me entrevisté con un inversionista que terminó siendo contacto de él, cosa que yo no sabía hasta ese momento. Así que no hubo ningún inconveniente, ni era extraño que JAEZ estuviera presente. Hicimos los acuerdos necesarios y ya por esa parte el acondicionamiento del ambiente para la nueva etapa del Centro Crecer, estaba resuelta.

El resto de la tarde continuó el ciclo de las conferencias finales y al

terminar el día un brindis de despedida. Uno de los colegas se me acercó a recordarme que el vuelo de salida de todo el grupo sería el madrugador del siguiente día y yo asentí en señal de que estaba informada y conforme. Del mismo modo se me acercó Manuel, quién esta vez estuvo más insistente que en los eventos anteriores, preguntándome porque no había respondido a su invitación. Su intensidad empeoró con los tragos que se tomó y José Antonio al verlo, simplemente se apareció sin ninguna excusa aparente, pero de una forma contundente:

—¿Manuel? ¿Manuel es tu nombre, no?

Y Manuel al verlo extrañado le miró con desdén.

—Si soy Manuel, pero yo a ti no te conozco, así que te agradezco que no seas inoportuno.

—Verás Manuel, tú no me conoces mucho... y yo solo lo necesario para saber que estás molestando a la Señora Astudillo.

—Ah... es eso... ¿Y tú quién eres? Me parece que no eres del gremio. Además no portas ningún distintivo.

Yo intenté persuadir a JAEZ de que se fuera, con la mirada, pero él no hizo caso para nada de mi intención.

—Manuel, yo soy el guarda espalda de la señora y si no quieres que esa sonrisa un tanto ridícula sea borrada para siempre de tu rostro, te agradezco que desalojes el espacio. A pesar de que el tono de JAEZ era algo hasta cómico a mi modo de ver, su mirada era firme y helada, tanto que Manuel pasó saliva con algo de susto, intimidado por casi el susurro que José Antonio le había dicho al acercarse.

—No hay porqué... intenté decir, pero él me interrumpió cortes pero contundentemente.

—Como usted diga "mi señora" me retiro un poco, pero mis ojos están sobre el señor (y le daba una palmada en el hombro a Manuel). Confío que él quiera conservar su rostro y cuerpo tal como lo disfruta hoy. Sin más, caminó dos pasos a la derecha y se quedó parado allí con una sonrisa a medias y la mirada puesta fijamente en Manuel, quien ante tal situación solo alcanzó a decirme:

—Valeria... te ruego me perdones... yo no quería... no fue mi intención. Y apuraba la copa de vino que tenía en su mano, bebiendo todo su contenido.

Yo tuve que hacer un esfuerzo para contener las ganas de reírme, así que no miré hacia José Antonio para no soltar la carcajada.

—Descuida Manuel, como le dije a mi "amigo" de aquí al lado, no pasa nada; no hay porqué alarmarse. Sólo que no es bueno que olvides que tengo a alguien que me cuida, y es bastante celoso.

Y así quedó cerrado el episodio con Manuel, quien sin previo aviso o despedida simplemente desapareció del salón.

Al darse cuenta de que Manuel ya no estaba, JAEZ se acercó a donde yo estaba compartiendo con el resto de unos colegas. Los presenté y resultó ser la atracción de toda la velada, al ser reconocido como el autor de "El Silencio de Julieta". Antes de la media noche decidimos retirarnos.

Cuando íbamos en el ascensor, me dijo sin más preámbulos:

—¿En tu habitación o en la mía? Yo no respondí, solo le miré. Para mí no era tan sencillo dejarme llevar solamente por todo aquello que estaba sintiendo. Había una batalla interna dentro de mí, además de una voz de acusación que me hacía sentir algo culpable por todo aquello.

—Entiendo, dijo él. Como ya te he dicho antes, no voy a presionarte. Me acompañó hasta la entrada de mi habitación y simplemente me besó y se marchó, sin que yo reaccionara o dijera nada más. Ese hombre me besaba, y yo sentía que me perdía en un camino sin retorno. Me pudo hacer suya ahí mismo, sin que yo hubiese puesto ninguna objeción, sin embargo no fui capaz de decirle que se quedara junto a mí. No articulé ninguna palabra, y me quedé parada allí en el umbral de la puerta agitada por la fuerza de mis ganas viendo como él se perdía en el pasillo rumbo al ascensor.

Entre y cerré la puerta, me metí a bañar a ver si el agua despejaba un poco mis pensamientos.— ¿Qué era todo aquello que estaba viviendo? ¿Acaso era yo igual que Beltrán?

Salí de la ducha y me tendí en la cama por un rato. Quería escuchar la voz de Andrés, que definitivamente era lo que me devolvía la realidad a mi vida, pero pensando en que ya era de madrugada preferí no hacerlo.

—Tomé mi celular y envié un mensaje por WhatsApp a José Antonio diciendo: "¿Estás despierto?"

Y el de lo más normal contestó:

—Despierto y esperándote.

Yo no tenía a donde ir con lo que sentía, sino a sus brazos. Era mi puerto seguro, la playa donde se ahogaban mis ganas, el amor que jamás había sentido, quién podía amarme sin poses, ni mentiras... él era capaz de decirme lo que sentía.

—¿Quieres que vaya hasta allá? Volví a escribir otro texto.

Enseguida contestó:

—¡Por supuesto!

Mi teléfono repicó y al atenderlo, él solo dijo:

—Valeria, mi amor... solo hay un tiempo para amar. Si no tienes fuerzas con que venir, yo te busco y te doy las mías... pero por favor dime que quieres venir.

Una vez más lo hizo, me rindió a él.

—Quiero.

Antes de que yo estuviera lista para subir, ya él estaba tocando mi puerta.

Al entrar me besó y tomándome por la cintura me dijo al oído:

—No tienes por qué sentirte presionada, yo solo quiero estar contigo, a tu lado. Lo demás lo decides tú.

—Me estaba arreglando para subir.

—¡Estás perfecta!

—¿Perfecta? ¿Con los cabellos sin peinar, saliendo del baño y en bata?

—Para mí, "con o sin" eres a mi medida. Siempre me parece que te ves muy bien.

La verdad es que me costaba entender que era lo que a este hombre le atraía de mí. Al lado de mi esposo, nunca me sentí una mujer encantadora, capaz de hacerle sentir a alguien que yo era lo que esperaba en la vida. Junto a él todo había sido como "tienes esto y es como demás, porque no te tocaba" "la competencia es muy fuerte así que esfuérsate por verte bien" y aunque nunca corrí la carrera de querer verme bien o perfecta, si sentía la desaprobación de Beltrán al no tener las medidas que otras chicas que conocíamos tenían, a través del bisturí.

Ahí sí que nunca hice concesiones con él. Mis medidas que a él le parecían quizás inadecuadas por poco o mucho (nunca lo entendí bien) resulta que a JAEZ le parecían "a su medida" era irónico sentirse valorada y amada por alguien a quien no le había entregado sino una sola noche de mi vida y ser casi despreciada tanto tiempo por quién me tuvo a su lado muchos años. Había empezado a ver mi matrimonio, mi vida feliz y sobre todo a Beltrán Méndez como parte de mi pasado. Triste pero era así.

—No pienses tanto, que yo no muerdo... decía JAEZ mientras me acercaba a él a través de las tiras de mi bata. Bueno, si muerdo, pero poquito y empezaba a besarme el cuello como quien pretendía morderme. Junto a él,

la risa era algo natural. Hacía cada cosa para hacerme sentir bien, que me era imposible negarme a lo que quisiera o al menos eso pensaba yo. La madrugada transcurrió y nos quedamos juntos nuevamente. Esa vez fue impresionante lo que vivimos. Ese hombre sabía llevarme al límite de lo que yo podía desear. Subimos a su suite y al llegar allí comenzó a hablarme de diferentes cosas, pero no hacía nada que indicara que quería que pasara a otra cosa.

No aguanté su tranquilidad, así que le pregunté acerca el porqué de su actitud, a lo que respondió de forma libre y natural, tal como eran sus pensamientos: —No va a pasar nada entre tú y yo, en lo que tú no estés dispuesta a que así sea. No quiero que sientas presión.

Llegué a sentirme avergonzada y el continuo diciendo:

—Lo que tú quieras, dímelo y estaré allí para complacerte; y ya tienes alguna idea de cuánto puedo hacerlo. Su tono era pícaro y firme a la vez. Eran esas, sus palabras, las que siempre me hacían reaccionar y volver en pos de lo que sentía.

—¿Y que se supone que debo decirte? Y mi tono llevaba algo de reproche o inconformidad.

—Nada Valeria... solo tienes que imaginar y decirme que quieres. Te reto a que hagamos el ejercicio. Ayer yo te dije a ti, como sería mi entrada triunfal en tus ganas, ahora quiero escucharlo de ti.

Sentí que el rubor subió por toda mi cara. ¿Este hombre me estaba diciendo que le diera detalles de mis más íntimos deseos con él?

Y como si no hubiese más posibilidad para conseguir que me amara esa noche, simplemente lo hice.

Me paré frente a él, comencé a dejarlo sin ropa, mientras le describía más bien en forma de súplica lo que anhelaba vivir con él, aquella noche.

Debo confesar una vez más, que siempre me quede corta entre lo que imagine y todo lo que él conseguía hacerme sentir. ¡Simplemente fue increíble!

Terminaba el fin de semana y mi vuelo salía a las 7:00 am de Maiquetia a Barcelona. A la hora que el avión despegaba, aún yo no alcanzaba a "despegarme" de JAEZ.

Llamé a la Bella Vivían (como le decía Beltrán) y también hablé con Andres. Les dije a ambos que me demoraría ese día, puesto que me vería con José Antonio para aclarar unas cosas referentes a la nueva etapa del Centro

Crecer.

La mañana comenzó radiante ese lunes, el sol, brillaba sobre la ciudad pero, el ambiente era muy agradable, ya que el color de El Ávila lo circundaba todo, dando calidez al asfalto de la ciudad.

Salimos del hotel e hicimos los respectivos chequeos. No había lugar por donde pasará con JAEZ que no le saludara una persona, llegando a sentirme descubierta unas cuantas veces. El como que lo entendió y al saber que había perdido el vuelo que tenía pautado para ese día, llamó a su agente de viajes quien arregló, todo para dejar la salida para las 7:00 pm de aquel mismo día. No me sentía totalmente relajada pensando en que había quedado de volver, estar ahí para Andrés y no había cumplido. Era la primera vez desde que él había nacido, que yo no estaba.

Dándole sentido real a lo que yo había dicho a Andrés, José Antonio, había llamado a unos de sus amigos y logró que se interesara en donar los nuevos transformadores necesarios para la electricidad de la nueva etapa del Centro Crecer. Así que pasamos reunidos con Alberto Ceballos al menos unas dos horas, en sus espectaculares oficinas ubicadas al este de la ciudad. Cuando salimos de allí, eran ya un poco más del medio día. Como teniendo la capacidad de saber lo que yo pensaba, JAEZ tomó su móvil y llamó a Andrés.

—¿Hola campeón, qué tal tu día de escuela? Al otro lado de la línea, con el teléfono puesto en alta voz, mi niño contestaba muy animado:

—¡Hola amigo! Todo bien. ¿Cómo está mi princesa, la dueña de mi corazón? ¿La has cuidado bien? ¿Está menos triste?

Por supuesto que JAEZ contestó a todas las preguntas recibidas. Mientras subíamos a su carro, tomaba con una de sus manos la mía, y con la otra contestaba a Andrés.

—¡Todo perfecto, Campeón! Y si, ella está animada, la estoy cuidando mucho, tanto así que no quiero regresártela... y se escuchaba una sonora carcajada que él dejaba salir a todo pulmón.

Realmente me ponía nerviosa esa situación, porque nunca esperé que pasaría por ella, para mí hasta que José Antonio apareció en mi vida, me era muy difícil ver otra realidad que no fuera la que tenía con Beltrán.... y fue el mismo a José Antonio quien me sacó de esos pensamientos, al pasarme a Andrés.

Cuando oí su voz, sentí una emoción muy fuerte, recordé cuando di a luz

y vi por primera vez su rostro, y ahora estaba ahí del otro lado de la línea. Yo tenía casi que una historia nueva en mi vida, que no tenía claro cómo se lo iba a decir. Mientras JAEZ seguía ahí, a mi lado, pero sin hacer ninguna interrupción, él entendía perfectamente lo que significaba Andrés para mí, y eso hacía que definitivamente mi corazón le amará más.

Pregunté a Andrés por sus deberes escolares, por todo lo que había hecho el fin de semana, y le di detalles de mi estadía durante este par de días en el Congreso, la salida que había tenido con José Antonio esta mañana y lo que eso significaría para el Centro Crecer.

Luego de terminar mi conversación con Andrés, un silencio se coló en mis pensamientos. Había algo de confusión en mí, me tocaba volver en el vuelo de las 7:00 pm y no sabía cómo hacer para dejar a JAEZ sin que sintiera que mi alma se quebraba. Tampoco sabía cómo enfrentarme a mi realidad pretendiendo ser la misma de siempre, cuando la realidad era que había cambiado todo para mí en las últimas 48 horas.

José Antonio desde que lo conocí había tenido la facultad de acercarse mucho a lo que yo estaba pensando, así que sin guardarse nada me dijo:

—Vamos a comer, señora mía... porque entre tantos pensamientos que tienes y ese frió en el estómago que sientes al pensar dejarme, hay que reponerte las energías de alguna manera. Yo solo voltee hacia él, y no dije nada, solo suspiré.

—Calma Valeria, calma. Todo va a estar bien. Arreglaremos las cosas, como deben ser. Decía esto y acariciaba mi mano con suavidad, mientras ponía en marcha su vehículo. Nos detuvimos en un lugar conocido para él, con un espacio al aire libre al final, donde se podía apreciar la belleza del cielo y uno que otro pájaro aún a esa hora se escuchaba cantar. Era bastante discreto, lo cual agradecí... Hasta ese momento fue que estuve consciente de que tenía una relación con alguien que no era mi esposo, por muy normal que pareciera la cosa entre nosotros (fluíamos tan naturalmente que cualquiera diría que éramos pareja... ¿y lo éramos?) lo que acababa de empezar en aquel fin de semana, marcaría el resto de nuestras vidas.

Si ese era el tiempo para amar al cual él se refería desde que nos vimos la primera vez, empezaba a sentir la incomodidad de un reloj enorme que contabilizaba los microsegundos que pasaba con él, y me hacía pensar en ¿cuándo se terminaría? El solo pensar eso, realmente me dolía.

Cuando salimos del lugar, del cual no registré nombre en mi memoria, ni

supe realmente como llegamos allí (nunca he sido buena para las ubicaciones geográficas) eran alrededor de las 3:30 pm.— Debo estar en el aeropuerto a más tardar a las 6:00 pm, por tanto creo que es hora de que vuelva al hotel, recoja mis cosas y esté a tiempo para que el taxi me lleve. Dije esto y realmente ni sé ¿por qué? Era como una forma de buscarle sentido o arreglo a algo que no estaba acostumbrada a manejar.

—¿Por qué la distancia? Dijo José Antonio. Con su mirada fija en mí, como desnudando mis pensamientos. Era irónico, pero este hombre conseguía voltearme la vida en un dos por tres y del mismo modo, al mirar sus ojos, había algo que me llenaba de equilibrio, de seguridad, de paz.

—Vamos al hotel. Arrancó su auto, y como si no estuviera pasando ningún momento de tensión, empezó a platicarme sobre algunos aspectos de los que habíamos comentado en la reunión con el señor Ceballos y lo bien que este aporte haría para el Centro Crecer. Esto me distrajo de mis pensamientos inquietos, y pronto me fui metiendo en una conversación fascinante con él. Definitivamente, era totalmente persuasivo para mí.

Llegamos al hotel y al retirar mi llave, él hizo lo propio también. Me intrigó eso, pero no dije nada más. Subimos hasta mi habitación y dijo:

—Tenemos quince minutos para recoger todo lo que tienes aquí y que quede todo empacado perfectamente.

—Y eso ¿por qué?

—Porque a las 4:00 pm iremos saliendo de esta habitación. Dime que tengo que hacer, para ayudarte. Y así empezó a abrir el closet, sacó la ropa que estaba aún colgada, miró si el lugar de los zapatos estaba vacío, entró al baño y sacó artículos personales con todo cuidado y en tan solo diez minutos estaba todo bien ordenado dentro de mi maleta.

—¡Cuanta eficiencia! No sabía que podías empacar tan bien.

—Esa es una de las ventajas de viajar tanto, y de vivir solo...

—Bueno, tus deseos están cumplidos. Tengo todo recogido, así que puedo marcharme. Me intrigaba este hombre... ¿estaba apurado porque me fuera? No alcanzaba a entenderlo bien, pero él abrió la puerta sacó la maleta y yo simplemente le seguí al ascensor, al entrar yo presioné lobby y él me dejó.

Llegamos a la recepción y realicé mi chequeo de salida respectivo. Vi que él dijo algo al botones, pero no alcancé a oír, solo sé que al momento de terminar, cuando me disponía a tomar la puerta de salida, sentí su mano

sujetando mi codo izquierdo guiándome suavemente hacia donde se ubicaban los ascensores. Una vez más me dejé llevar y entramos, el apretó el piso de su suite, y acercándose a mí, hasta hablarme en un susurro que denotaba urgencia me dijo:

—Mis deseos van a ser cumplidos... ahora.

El ascensor se abrió directamente en su suite y allí perdí la noción del resto del mundo. Él me desvistió y empezó a amarme con la desesperación y el placer de quien tiene mucho para entregar y poco tiempo para hacerlo.

—Quiero que recuerdes cada día, que te amo. Eso me lo decía entre beso y beso, entre gemido y expresión de placer que ambos dábamos. Una lágrima mía corría, al igual que el resto de mi cuerpo se mojaba.

A las 5:30 pm de aquella tarde los dos salimos de ese hotel, dejando nuestra recién comenzada historia de amor detrás. El llevaba mi mano en la suya mientras conducía y ambos sabíamos que la despedida nos esperaba.

Arribamos al aeropuerto de Maiquetía justo a las 6:00 pm.

—Ha llegado puntual, señora mía. Para que no diga que la retrasé y perdió su vuelo por mi causa.

—Ojalá fuera solo el vuelo lo que hubiera perdido... y no mi cordura.... Pensé eso en voz alta y él simplemente lo escuchó.

—Valeria, este es nuestro tiempo, el tiempo que tenemos para amar. No te angusties, yo voy a estar para ti y para Andrés.

Él quiso bajarse a acompañarme y yo le rogué que no. A regañadientes se quedó en el carro, mientras yo me alejaba lentamente y entraba a la sección de chequeo de vuelos nacionales. El vuelo salió correctamente a las 7:00 pm, él estuvo escribiéndome hasta el momento de despegar, en el que apagué el celular y ya luego ambos sentimos lo que fue nuestra primera separación. Cerré los ojos durante todos los minutos que duró el vuelo y agradecí el hecho de no traer a nadie al lado mío, porque mis lágrimas, aún a ojos cerrados salían sin poderlo evitar.

Era como si una parte de mí, se hubiera quedado junto a él, me dolía no tenerle cerca, no escuchar su voz, no volverme loca con su risa. Esta era una sensación nueva para mí, otra, entre muchas otras que José Antonio había conseguido inaugurar de forma magistral en mi vida.

Al arribar al aeropuerto de Barcelona, y leer que decía José Antonio Anzoátegui, no pude evitar que una risa con llanto incorporada salieran de mí. Ahora me hacía consciente, de que sacarme a JAEZ de la cabeza no sería

nada fácil y lo que lo hacía más difícil, era que principalmente yo no quería que fuese así. Bajé del avión y al esperar al borde de la correa que deslizaba las maletas para los pasajeros, mi teléfono repicó, pensé que era él quien llamaba, así que de inmediato saqué el aparato del bolsillo lateral de mi chaqueta y atendí.

—¡Sigues siendo la mujer más feliz del mundo! Dijo la voz de Beltrán al otro lado de la línea. Yo me quedé sin poder responder nada. Oír su voz, justamente en aquel momento, me tambaleó. Hacía alrededor de tres meses o más que no habíamos entablado conversación. Sólo nos habíamos comunicado vía email, para atender y resolver algunos asuntos inherentes a los negocios de él. El resto había sido información de pagos, firmas e instrucciones de ese tipo que Beltrán me dejaba de forma escrita.

Desde nuestra desagradable conversación sobre su relación con Manuela, y ya no sólo con ella, sino con las que yo me imaginaba, se había roto cualquier tipo de comunicación de pareja entre nosotros. Y ahora llamaba, como si nada; tal y como que si yo siguiera siendo “su Nena” que lo esperaba contenta y con las piernas abiertas cada vez que él así lo disponía; sin preguntar nada, sin exigir nada y lo mejor, “siendo la más feliz del mundo” en la historia de mentira que ambos construimos. Y digo ambos, porque ya a esa altura del juego, había comprendido que yo tuve mucha responsabilidad al no decirle nunca lo mal que me hacía sentir, y el dejar que la vida se me pasara sin intervenir en ella, dejando que solo sus deseos guiaran mis días.

—Sé que a pesar de todo me extrañas “Nena” y aunque todavía no voy a volver, porque tengo muchos negocios que atender, ten por seguro que estaré de vuelta y todo se arreglará y será como antes. —O mejor dicho: ¡Mejor que antes!

—Beltran yo... y mi voz se cortó. No encontraba que decirle.

Mi impulso natural era decirle: —Estoy enamorada de José Antonio Estanga Zerpa, el escritor, ese de quien te has burlado y mal hablado como te ha dado la gana. Ese hombre me ha hecho feliz de una manera que no conocía, de una manera que tú jamás podrías. Todo ese remolino de pensamientos pasaba a toda velocidad por mi mente, mientras mi boca continuaba callada.

—No necesitas decir nada Valeria. Te conozco, se cómo piensas y tu grado de disposición a la hora de conservar todo lo que tenemos como familia; se además cuánto amas a Andrés y lo importante que es para ti su

“estabilidad” y sabes que eso solo lo tendrán conmigo. –He estado hablando con el ayer y hoy, y me ha dicho que estabas en...

—Disculpa Beltrán, tengo que colgar. Cerré la llamada, a la vez que mi maleta se aproximaba al lugar donde yo estaba, así que aún con el celular en la mano, estiré la otra y logré tomar mi equipaje para luego disponerme a caminar hacia la puerta de salida. Abordé un taxi y empecé a rodar rumbo a mi casa. Como era lunes y eran pasadas las 8:30 pm el tráfico había bajado, así que el vehículo donde iba, se desplazaba a buena velocidad, sin interferencias importantes.

Mientras iba en la vía, volvió a sonar mi móvil y esta vez sí era JAEZ. Al tomar la llamada y escuchar su voz, mis lágrimas empezaron a caer.

—Quise dar tiempo a que recogieras tu equipaje y abordaras el taxi, ya me confirmaron que vas en él. No lo podía creer... él había arreglado todo desde allá para mi traslado. Con razón que vi mi nombre en el cartel del taxista, pero entre el aturdimiento que me dejó la llamada de Beltrán, no había pensado que era JAEZ quien lo había preparado todo para mí, lo asocié con el Centro Crecer, pero luego recordé que el vuelo originalmente era para la mañana y yo estaba regresando de noche. Una vez más, él lo había hecho todo en favor mío.

—Y cuéntame... ¿Me extrañas como yo a ti? Estoy en esta Caracas que se me ha hecho enorme desde que te fuiste, he pensado que debo replantear mi centro de acción en esta ciudad, así que voy a buscar un apartamento más humano, para que la próxima vez que nos veamos...

—Beltrán me acaba de llamar. Fue lo único que alcancé a decir, antes de que mi voz se cortara y las lágrimas hicieron lo suyo.

—¡Valy...Cielo! ¿Estás bien? Por favor no te asustes. ¿Qué ha dicho él? ¿Te ha hecho sentir mal? Si te parece puedo tomar el primer vuelo mañana y si hay que hablar con él, lo hacemos... yo estoy...

—Tranquilo José Antonio, él no está aquí. Realmente no sé dónde está, ni cuándo va a volver, pero lo que puedo decirte es que oírle me hizo sentir horrible. Recordé todo lo mal e irreal que había sido mi vida hasta ahora. Y mi realidad ahora contigo, que no sé cómo asumir...

—Cálmate amor, tú eres una mujer equilibrada y fuerte. Además yo estoy contigo, para lo que necesites en todo este proceso.

– Ya te dije el otro día, que podías contar con el abogado para arreglar cualquier situación legal que así lo amerite. No mencionó la palabra

“divorcio” y se lo agradecí, porque realmente me sentía como en una mezcla de muchas cosas.

—Creo que será mejor, hablar después.

—Sí claro, no quiero importunarte. Llega a casa y luego que veas a Andrés y estés más tranquila, hablamos. Te llamo antes de que te duermas.

Así colgamos y yo seguí callada hasta llegar a mi casa. Faltaban ocho minutos para las nueve cuando metí la llave en el cerrojo y abrí la puerta. En ese momento mi príncipe Andrés venía bajando las escaleras y corrió a mi encuentro.

Sentir su abrazo, fue como llegar a la orilla luego de sufrir un naufragio, como sentir el olor que despide el hogar, no por las paredes, sino por el amor de la persona que nos recibe. Fue un abrazo cálido y largo; sin poderlo evitar, mis lágrimas comenzaron a rodar.

—¿Cómo le ha ido a mi expositora favorita? JAEZ me dijo que tu presentación fue genial.

Tenía sensaciones encontradas. Si bien tocar orilla resultaba increíble, dentro de mi ser seguía sintiendo las estampidas que el huracán de pasiones vivido el pasado fin de semana, me había dejado. Y al pensar que eso era “pasado” me producía un sabor amargo en la boca.

—Todo bien, mi príncipe, todo bien. —¡Te extrañé un mundo!

—Sí, JAEZ me lo contó todo...

Sentí que palidecía ante mi hijo al escuchar esas palabras.

—¿Todo? Apenas alcancé a decir.

—Sí, todo... que estuvo contigo todo el tiempo, cuidándote, que el Congreso fue un éxito y que además pudieron conseguir unas donaciones o algo así para tu Centro, mami.

—Wow... ahora entiendo la presencia de José Antonio en el evento... tú lo planeaste todo; me tenías vigilada. Decía esto, sintiendo un alivio de que él supiera este todo, y no el todo que yo sí sabía que había pasado. Definitivamente, no tenía claro cómo abordar esto con Andrés, toda la situación era muy extraña para mí.

Empezamos a conversar de mi viaje y terminamos hablando del viaje a Margarita con su abuela. Estaba enrojecido por haber estado en la playa, muy feliz de haber compartido con la bella Vivian durante todo el fin de semana. Tenía dosis de cariño acumulado sobre él. Pasamos alrededor de una hora en mi habitación terminando de ponernos al día con todo lo que había ocurrido

durante los últimos días.

—¡Ah mami! Beltrán El Grande llamó justo antes de que entraras, a ver si habías llegado. —Es como raro, pero estos días ha estado llamándome continuamente; pudiera decir que le hace la competencia a JAEZ, sin conseguir ganarle, por supuesto.

—Bueno hijito él es tu padre y siempre ha estado pendiente de ti. Dije esto, pero en el fondo ni yo misma creía esas palabras, aunque había algo que era cierto.... Beltrán era su padre.

—Tanto, tanto como estar pendiente de mí, no mami. Dijo Andrés en tono de juego. —Él siempre está pendiente de ti. Te aseguro que sabe de qué fue tu exposición en el Congreso y cada una de las cosas que hiciste allá en la capital.

Tan pronto escuché lo que dijo Andrés, sobre que mi esposo podría saber todo lo ocurrido durante este fin de semana, sentí que un frío helado me recorrió la espalda. Lo que él decía era cierto, Beltrán sabía en todo momento que estaba haciendo, donde y con quién. De ahí su tranquilidad, aunque estuviese cerca o lejos en uno de sus viajes, el conocía cada uno de mis pasos, como algo natural y ahora me daba cuenta que era parte de su vigilancia hacia mí, quizás temiendo en que yo alguna vez, pudiera hacer algo parecido a lo que él hacía.

Y ahora... ¿yo me había convertido en alguien semejante a él, en alguien infiel..? El pensar esto, me hacía sentir mal y mi hijo lo notó.

—¿Qué tienes ma'? ¿Dije algo malo?

—Todo está bien cariño, y mientras decía eso, pasaba mi mano sobre su cabeza con mucha ternura. La preocupación había llegado a mi vida y creo que no me soltaría por mucho tiempo. — Es hora de dormir Andrés, estoy muy cansada y mañana debo estar temprano en el Cetro Crecer.

—Claro mami, descansa.

Nos abrazamos rico y luego Andrés se fue a su dormitorio. Yo me quede ahí navegando entre mis pensamientos. Mientras me quitaba la ropa y me metía a la ducha, mis pensamientos volaron hasta lo acontecido desde el pasado sábado junto a José Antonio. Había sido todo tan intenso para mí, que no había tenido tiempo de reaccionar, pero ahora... allí viendo la habitación y el baño que por tanto tiempo había compartido con Beltrán, me empecé a sentir mal. JAEZ llamó una y otra vez, pero yo estaba bajo la regadera, dejando que el agua azotara mis pensamientos, así que no escuché.

Al salir, como quince minutos después, vía las llamadas perdidas y un mensaje al whatsapp que decía: “Estoy ansioso de hablarte, por favor atiéndeme mi amor”.

Vi esa palabra “mi amor” y sentí que todo mi cuerpo tembló: —¿Su amor? yo era el amor de JAEZ ¿en qué momento fue que mi vida dio tantas vueltas y cambió a lo que era en ese momento?

Empecé a recordar cronológicamente lo ocurrido desde mi matrimonio con Beltrán, mi vida a su lado en mi escenario de “mujer feliz”, lo ocurrido con mi expectativa de tener familia, la decisión de él, de no tener más hijos, su trato con Andrés, la presencia de Sara todo el tiempo a lo largo de nuestra vida en común y lo último, el descubrimiento de la relación que también databa de años, con Manuela, mi amiga. Igualmente vino a mi mente, el momento en que conocía a José Antonio hacen ya unos cuantos meses, el ¡Ya Basta! Que se coló por mis huesos haciendo que despertara de alguna manera de la vida que tenía y poder darme la oportunidad de sentir todo eso que me embargaba por completo.

No pude evitar romper en llanto, era como pasearme por una vida falsa y aterrizar con temor sobre el amor que estaba sintiendo.

—¿Cómo sería mi vida de aquí en adelante? ¿Y si Beltrán ya sabía lo que había pasado entre José Antonio y yo, que ocurriría? Entre un pensamiento y otro, se hizo la madrugada y no alcancé a devolver la llamada a JAEZ, pero cuando iba a ser las tres, justo antes de dormirme, le dejé un mensaje en el chat que decía:

—Haciendo un recuento de mi vida, me visita la angustia, pensando en lo que siento, el temor también llega.

Lo envié y me quedé dormida. Abrí los ojos nuevamente a las 5:30 y me dispuse a comenzar el día, con algo de cansancio pegado a mi espalda. Debía volver a mis tareas, a la cotidianidad de mis deberes, por tanto sin más pretextos lo hice. Andrés se levantó al igual que yo, todo estaba dentro de la normalidad; preparaba su desayuno, entonces volvieron a mí los pensamientos sobre lo que me esperaba a partir de ese momento. Logré terminar a tiempo la lonchera de Andrés, nos despedimos y yo me dispuse a ir a mis labores.

No prendí mi teléfono hasta que llegué al Centro Crecer, donde Lucía me esperaba con algunos asuntos pendientes. Dejé el celular sobre mi escritorio, y al encenderlo empezaron a llegar todos los mensajes que no había visto.

Tenía unas cuantas llamadas de José Antonio, pero igualmente había llamadas de Beltrán. Era irónico, pero en todos estos meses de ausencia, él no me había llamado, solo nos comunicábamos vía correo y ahora, desde que estuve con JAEZ, había aparecido nuevamente, como si nada. Podía sonarme hasta macabro, pero Beltrán tenía un sentido de la oportunidad casi cruel.

Hice el recorrido por el Centro, me reuní con unos colegas, revisé unos cambios en los turnos, atendí a unos padres que habían venido para conocer las instalaciones, así como también considerar la posibilidad real de que fueran incluidos en el programa. En otra circunstancia, debía ser Manuela quien les recibiera, pero ante su ausencia, los asumí yo.

Pensaba mientras conversaba con estos padres: —¿Dónde estaría Manuela? Desde la desagradable conversación que habíamos tenidos hacía ya unos seis meses, no había vuelto a saber de ella. ¿Sería que estaba con Beltrán en su viaje? Prefería no seguir pensando en ello y centrarme en la necesidad de aquellas personas que tenía frente a mí. Así transcurrió casi toda la mañana.

Cuando iba a entrar a mi oficina, Lucía me miró con una sonrisa e hizo un gesto con sus brazos como diciendo: —No pude evitar que pasara...

Al abrir mi puerta, él estaba allí. JAEZ en persona.

Mi asombro se dejó ver.

—¿Tú?... ¿Cómo?... ¡No sé qué decir!

—Sé que estas confundida, un tanto abrumada quizás. Te llamé, te escribí, como no me contestaste, tomé le primer vuelo que pude conseguir hoy, así que aquí estoy; acabo de llegar. He venido directo del aeropuerto hasta aquí.

—¡José Antonio, no sé qué decirte! Por dentro sentía solo unas ganas inmensas de abandonarme en sus brazos, de besarlo, de decirle que no quería estar sin él, pero el miedo me paralizó.

—Por eso estoy aquí Valeria, para que no te quepa dudas de lo que hay entre tú y yo. Imagino que no la estás pasando bien al enfrentarte a tu realidad, pero te aseguro que mi intención es apoyarte en todo.

—¡Beltrán sabe... o no lo sé! Fue lo que alcancé a decir de modo entrecortado.

—¿Sabe? Pues me parece bien, así llamamos a todo por su nombre y resuelves tu situación cuanto antes.

—¿No sé qué hacer...?

—Déjame estar contigo y lo resolveremos. ¿Cuándo regresa Beltrán?

—Pronto...

—¿Has considerado lo que te dije el otro día sobre el abogado?

—¿Abogado? Pensaba en Andrés y lo que podría ocurrir con él si Beltrán nos separaba.

—¡Sí querida, el abogado! Vas a necesitar uno que te represente en lo que se avecina.

—¿Y qué es lo que viene?

—Un divorcio, Valeria.

Él tenía razón, era inminente por la situación de Beltrán y ahora también la mía, lo más sensato era separarnos, acabar la farsa, terminar de una vez con aquella vida absurda, pero en el fondo sabía que no sería nada fácil.

El teléfono de mi escritorio sonó y Lucía anunció: —Valeria, el Sr. Méndez te llama, comunico. Como siempre y sin espera, ella comunicó a Beltrán.

Yo no quité el altavoz, así que la llamada entró de esa manera:

—Hola Nena, al fin te encuentro. Necesitamos hablar, y ya sé que tú necesitas entender algunas cosas, pero estoy seguro que como siempre saldremos bien librados de esta, como de cualquier otra situación. Regreso en menos de una semana y quiero que nos vayamos a pasar unos días solos tú y yo a una de las islas cercanas, de esas que te gustan, bueno de las que me gustan a mí.

Yo miraba el teléfono sin decir nada. Esto era increíble... con todo lo que había ocurrido y Beltrán me llamaba como si nada. Si JAEZ no supiera todo lo que ya había descubierto, pensaría que esta era la llamada normal de un esposo que está fuera por viaje de negocios, pero que igual ansía volver a su casa, y además es esperado con anhelo por su esposa. Qué lejos estaba nuestra realidad de ser eso, pero era lo que daba a entender Beltrán en lo que decía en su llamada.

JAEZ me hizo un ademán con la mano, en señal que dijera algo. Yo solo me atreví a pronunciar unas palabras: —Hola Beltrán...

—Querida, pensé que no me escuchabas, tanto silencio me asustó, pero yo sé que tú estás ahí esperándome. Por favor, pasa por el Banco y retira una

documentación que yo debo firmar. Me la iban a mandar por una de estas agencias de envíos, pero como mi regreso es para dentro de apenas 6 días, preferí firmarlos y devolverlos allá mismo, así gano más tiempo. Su comportamiento era el habitual, el de tenerlo todo bajo control, el de dar órdenes para que todo fuese cumplido cual lo esperaba. Ese era el mundo de Beltrán.

Si José Antonio no estuviera al tanto de cómo era realmente Beltrán, tanto por lo que él sabía que ocurría conmigo, así como por las cosas que el mismo Andrés ya le había contado, podía haber pensado que yo mentía sobre mi esposo, al escucharle hablarme de una manera tan natural como si no estuviera pasando nada y nuestra relación estuviese en su mejor momento.

—No Beltrán, no voy a buscar ningunos papeles, y no puedes llamarme así como si nada. ¡Tenemos muchas cosas pendientes y no vas a venir a persuadirme de que todo está bien, porque simplemente no está! Para mi sorpresa, todas estas palabras y la fuerza con la que iban, salieron sin que yo me lo propusiera. Fue como un torrente contenido por tantos meses, que ante su desparpajo, simplemente salió.

—Nena, tranquilízate, todo se va a arreglar. Yo sé que puedes estar un poco molesta, al no comprender como han sido las cosas, eso es normal; pero descuida, yo arreglo todo y tú seguirás siendo “la mujer más feliz de este mundo”.

—No Beltrán... no vamos a arreglar nada. La relación de nosotros está rota, bueno si es que alguna vez hubo una relación real. Estoy empezando a creer que todo estuvo en mi imaginación.

—Valeria, cálmate. Sabes que no tolero para nada la histeria femenina, y tú has sido todos estos años una mujer muy ecuánime, precisamente eso es lo que ha hecho que tengamos éxito en nuestra relación, así que no quieras parecerte al común de esas mujercitas que reclaman y se hacen de víctimas. Tú estás por encima de eso.

—¿Por encima de qué Beltrán? ¿Por encima de tus infidelidades y egoísmo? Realmente no te entiendo, ¡Tu cinismo llega a niveles realmente asombrosos!

Entonces escuché las palabras más sinceras que había podido expresarme mi flamante esposo hasta ese momento:

—Te lo voy a poner sencillo Nena y espero no tener que repetirlo.

—Tú sigues siendo la esposa feliz, yo, sigo en mis asuntos, punto. No se

habla más, ni mucho menos se discute. Tú quieres tener la familia feliz, que te permita ver crecer a tu hijo de forma saludable, quieres estar junto a él hasta y que él haga una familia también feliz... pues entonces ¡cállate y escúchame!

—Vas a hacer todo lo que yo te diga, como siempre, como ha sido hasta ahora.

—Lo de las mujeres, ya sabes que es pasajero; yo siempre he vuelto contigo. Tú eres quien aparece en mi tarjeta de navidad, quien firma en mis cuentas, quien gasta mi dinero, quien se lleva todos los elogios por tener la familia que tenemos, además eres el objeto de la envidia de más de una que quisiera tener a su lado un hombre como yo.

—Si tú quieres conservar lo que tienes, incluyendo tu hijo, bueno, “nuestro hijo”, debes mantenerte equilibrada, como siempre. Espero verte en seis días, y ya sabes cómo me gusta que me recibas, que sea de color negro tu ropa interior, que ya de rojo he tenido suficiente en lo últimos meses. — Te como a besos, Nena.

Y así Beltrán, simplemente colgó. Era la segunda vez que me hablaba en modo de amenaza, lo que confirmaba que él, definitivamente no estaba dispuesto a ponérmelo fácil. Él no se iba a resignar a que nuestro matrimonio se acabara así como así.

Mis manos estaban temblando... al igual que todo mi cuerpo. Era como una mezcla de impotencia, asombro y repulsión. JAEZ se acercó a mí, con gesto de preocupación y sin decir más nada, me abrazó. Las lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas en medio de un llanto silencioso.

—Todo va a estar bien, Valeria. Yo estoy contigo.

Yo simplemente le abracé más fuerte.

Se hizo la hora del mediodía y tuve que salir corriendo a buscar a Andrés. Dejé a JAEZ en la vía y él me dijo que se registraría en un hotel. Le agradecí el entender que no podía ir a buscar a Andrés en su compañía, ya que no tendría una razón para darle que pareciera válida.

Llegué al cole a recogerlo y lo miré detenidamente mientras caminaba hacia el auto. Mi chiquito había crecido, quizás mucho más de lo que yo misma me daba cuenta. Imaginar la vida sin él me destrozaba por completo. Al verme se acercó, subió al carro y venía muy contento contándome sobre las actividades del día y los futuros partidos de futbol en los cuales participaría para la próxima temporada. Yo trataba de tener mi mejor cara y

de dibujar una sonrisa, pero en lugar de eso una lágrima simplemente se me escapó.

El abrió sus ojos y llevo una de sus manos hacia mi rostro, secándola antes que se escurriera por mi barbilla.

—¿Qué ocurre Ma’? ¿Qué te han hecho? ¿Qué pasó?

—Nada cielo, es que veo que has crecido tanto y ¡me emocioné!

Al llegar a casa, Sofía ya tenía todo listo para el almuerzo, así que él dejó su mochila, fue a lavarse, para así ponerse su uniforme deportivo y luego volvió al área del comedor. Mi madre, la Bella Vivian también estaba en casa. Había horneado un rico pastel para Andrés. Verlo me confortó de alguna manera, pero realmente me sentía con el mundo desplomándose a mi espalda.

—¡Beltrán vuelve en seis días! En seis días... era lo que no podía dejar de repetirme en mi cabeza. Y eso me angustiaba a tal punto, que no pude comer nada.

Mi madre preguntó extrañada: —¿Qué te ocurre Valeria, acaso estás enferma? Siempre has sido de no saltarte las comidas, de cuidar tu salud. ¿Qué ocurre ahora?

—Las emociones abuela, las emociones. Mi mamá viene así desde que me vio a la salida del cole, suspirando por mí... es que le soy irresistible.

Andrés sonreía, pero la Bella Vivian, como madre al fin, supo que algo no andaba bien.

Sofía nos interrumpió para decirme:

—Señora Valeria, el Señor llamó y me pidió que le dijera que encargara una cesta de mariscos y frutos del mar de lo que a él le gustan, para que yo le prepare una cazuela especial. Usted debe estar feliz, ya su regreso está cerquita, según lo que me dijo el próximo domingo estará aquí.

Yo sentí que el piso se abría bajo mis pies y me tragaba o al menos eso realmente hubiera querido.

—¡Beltrán el Grande, ya regresa! La expresión de Andrés era más de un asombro desagradable o temeroso, que de emoción y alegría porque su padre volviera. La ausencia esta vez había sido tan larga, que ya nos sentíamos más cómodos sin él, que con su presencia, la cual me estaba generando angustia y a Andrés como que no le sumaba ninguna grata emoción.

Caminé hasta el salón, para que Andrés no viera mi cara de desconcierto. Tuve que sentarme en uno de los pequeños muebles auxiliares, porque

realmente sentí que me quedaba sin fuerzas. Mi mamá se acercó, puso su mano en mi hombro con tono preocupado y dijo:

—Es por el regreso de tu marido que estas así... ahora lo entiendo.

Yo esta vez no lo negué, como era mi costumbre de hacer cuando algún malestar que tuviera era relacionado con Beltrán. No, esta vez, mi silencio y mi cara de pesar, totalmente lo confirmó.

—¿Qué es lo que ocurre hija, por qué no me lo cuentas? Esa era mi madre, la que estaba ahí para solo escucharme, sin exigir explicaciones, sin condenar, ofreciendo su comprensión y cuidado.

—Mamá, voy a divorciarme de Beltrán. Esas palabras cayeron como unos yunques sobre la vida de mi madre. Sus ojos se abrieron con asombro, no dijo nada, no pregunto, simplemente su mano se mantuvo sobre mi hombro. Tomó asiento a mi lado y me abrazó.

Pasaron unos minutos y al cabo de ellos, fue la Bella Vivian quien rompió el silencio.

—¿Ya lo sabes verdad? Al escuchar esta pregunta, mi mente casi que colapsa; esas palabras saliendo de ella, querían decir que mi madre también estaba al tanto de lo de Beltrán y Manuela, o lo de las otras mujeres en su vida.

—¿Por qué nunca me dijiste nada mamá? ¿Cómo es que todo el mundo sabía de los engaños de él, menos yo? ¿Cómo pudiste guardar silencio? Era casi un grito de auxilio mi voz en aquel momento. Mi decepción iba en aumento. Era tal la evidencia de las andanzas de mi marido, que había sido visible para todo el mundo. La única ciega era yo.

—Valeria, al principio no creía que supieras, pero con el tiempo yo estaba segura de que sí, o al menos eso me hizo creer tu esposo cuando lo confronté. Han sido muchas las veces que le vi en compañía femenina diferente, pero no me atrevía a hacerlo público, para que tu vergüenza no fuera expuesta. Llegué a pensar que era un acuerdo que ustedes tenían, porque siempre te veía tan feliz, que no dudaba para nada que lo fueras.

—No mamá, no fui feliz... nunca lo fui. Ese hombre con el que me casé, yo no lo conozco, nunca supe que me engañaba, desde el principio logró que yo hiciera todo lo que él quería, pero ni aun así fue suficiente para él. No fui feliz mamá... todo fue una gran mentira.

Sentí un peso salir de mí cuando al fin pude pronunciar con verdad, la situación de mi matrimonio. Era doloroso, sí; pero más dolor causaba el estar

en una relación que siempre estuvo muerta, y pretender quedarse en ella solo por cubrir las apariencias. La sensación de angustia volvió a mí, cuando al voltear mi cabeza hacia la derecha, descubrí que Andrés estaba allí, casi escondido detrás de un mueble de madera que marcaba la división de los espacios entre el comedor y el salón.

Al verle no supe que decir, simplemente mis ojos se llenaron de lágrimas.
—¿Se van a divorciar mami?

Esa pregunta me hizo un nudo en el corazón. No podía seguir mintiendo, luego de que él había escuchado la verdad; pero me preocupaba muchísimo como el procesaría todo eso.

—Yo también sé lo de Beltrán el Grande y las mujeres, mamá. Cada vez que he ido con el solo a pescar, una de ellas está por ahí.

Esto ya sobrepasaba cualquier cosa que yo pudiera imaginar. El todo que constituía a aquellos que sabían de los amoríos de Beltrán, también estaba integrado por mi madre y Andrés. Es decir, no había límites para el descaro de mi esposo, había sometido a todo el mundo bajo su control y al parecer ninguno había escapado de sus presiones. Y yo en medio de todo aquel caos.

Por unos minutos continué sentada donde estaba, hasta que recordé que JAEZ estaba en la zona. Me sequé las lágrimas, lavé mi cara para luego salir con Andrés y mi madre. A ella la dejé en casa de una de sus amigas, con quien tendría una amena tarde de té y a mi hijo lo dejé en sus actividades deportivas.

José Antonio me había dejado un mensaje en el chat, sobre su ubicación, así que en tan solo unos minutos llegué al hotel donde se estaba hospedando. Salimos a una de las amplias terrazas donde el viento soplaba y se podía contemplar la inmensidad del mar, fusionándose con el azul del cielo inmenso.

—Se que debe ser difícil para ti, toda esta situación Valeria. Quiero que recuerdes que estoy contigo para lo que quieras. Debo salir a España en un par de días, pero antes de irme mi mayor deseo es dejar todo en claro, tanto con Beltrán como con Andrés.

—José Antonio... tanto mi mamá como el propio Andrés sabían de Beltrán y su relación con esas mujeres. ¿Te imaginas eso? ¿Mi hijo sometido a esas situaciones desde muy pequeño? ¿Y mi madre, casi obligada a guardar silencio?

Sentí su mano cálida tomar la mía, como en señal de fortaleza, y pronto

sus palabras me hicieron entender lo mucho que podía comprenderme.

—¿Cómo es posible JAEZ que yo fuera tan ciega? Nunca me di cuenta. Ahora puedo hasta justificar la rabia que Manuela me tenía, es que he sido una retonta, una completa...

—Tú no eres ninguna tonta Valeria, ni Manuela tiene justificación alguna para albergar esos sentimientos tan horribles en tu contra. Lo que ocurre es que tú percibías al mundo que te rodeaba, desde lo que tú misma eres. Pura nobleza.

Yo temblaba, mientras José Antonio me abrazaba, y es que cuando pensaba que ya había tocado el fondo de la decepción con respecto a Beltrán y todo lo que nuestro matrimonio implicaba, un peldaño más que bajar, aparecía.

—En dos días salgo para Madrid ¡Vente conmigo! Nos llevamos a Andrés y pasamos tiempo los tres, lejos, para tomar un respiro. José Antonio me decía todo esto, y yo le miraba, sin alcanzar a procesar lo que me estaba proponiendo. Luego de unos minutos y de mirar sus ojos que se mantenían interrogantes, respondí: —No puedo. Imagínate, tendría que sacar a Andrés de su ritmo escolar, además irnos los tres, sería engorroso para él. Es como si yo estuviera haciendo lo mismo que hizo su papá.

—Para nada Valeria. No sería lo mismo. Nosotros hablaríamos primero con Andrés, le explicaríamos todo bien. Él y yo nos conocemos, y sabe que yo quiero lo mejor para ti. Él no sería el problema. Tú me dices que te la juegas conmigo, y yo, te aseguro que voy para adelante con esto, contigo y con Andrés. Este es el tiempo para amar Valeria.

Pasamos el resto de la tarde juntos en esa terraza, solo observando el paisaje. Se acercaba el momento de recoger a Andrés, así que abracé a José Antonio para despedirme. Mi teléfono comenzó a sonar. Era Beltrán. Me separé un poco de JAEZ y caminé dos pasos hacia el borde de la terraza. José Antonio vino a mi lado, y en sus labios pude leer que me decía: —¡Yo estoy contigo! Y haciendo honor a lo que decía se quedó allí conmigo, a mi lado.

Beltrán estaba hablando de su próximo regreso, en apenas tres días, y las cosas que quería que yo hiciera con una documentación. Era increíble, pero él estaba al otro lado del teléfono como si no hubiese pasado nada. En su mundo, todo seguía en orden. Continuó hablando, hasta que interrumpiéndole, dije: —Basta Beltrán. Yo en estos momentos no tengo cabeza para todas esas cosas que tú me estás diciendo. Espero que vuelvas, y

no solo para que pongas en orden esa situación con esos documentos, sino para poner fin a la situación nuestra.

—Vamos nena, déjate de seguir en ese plan. Tú sabes cómo es nuestra vida, y tú estás satisfecha y feliz con ella.

—No Beltrán, ese es el punto, yo no estaba al tanto de cómo era nuestra vida. Lo que yo imaginaba, simplemente no era.

—Valeria, tú eres la mujer más feliz del mundo; yo el hombre que construye tu felicidad, punto. Y si quieres que te lo recuerde, bueno te hago el favor.

—Tú no eres de las mujeres que se molesta, tú eres de las que gasta el dinero de su marido en causas “nobles”, de las que siempre está bien y se entretiene con su hijo mientras yo salgo a conseguir más dinero, para que todo esté tan bien como hasta ahora. Te quiero con una prenda de noche bien chiquitica, de color negro como ya te dije; y me vas a esperar ardiendo de deseo para cuando yo llegue, entonces me harás recordar porqué es que eres mejor que todas esas mujeres que quieren estar conmigo. ¿Entendiste?

—Te recuerdo, continuó diciendo Beltrán, que tu casa, tu hijo, tu fundación y toda tu vida dependen de mí. Y si quieres seguir teniendo todo eso, simplemente, debes seguir siendo la mujer feliz que has sido todos estos años. Creo que eres suficientemente inteligente para estar de acuerdo conmigo, en que eso es lo mejor.

José Antonio estuvo a punto de quitarme el teléfono para decirle unas cuantas cosas a Beltrán, pero preferí cortar cuando vi sus intenciones.

—¿Cómo se le ocurre decirte esas cosas Valeria? ¡Me provoca partirla la cara! Los ojos de JAEZ se habían encendidos, pasando de verdes a un amarillo intenso.

—Debo irme, tengo que buscar a Andrés, dije esto y me dispuse a salir del hotel. José Antonio venía tras de mí, argumentando que no podía seguirle el juego a Beltrán, que era hora de ponerle un punto final a esto. Yo solo pensaba en lo que había dicho en cuanto a quitarme a mi hijo; la casa era algo material, la Fundación Crecer algo más de profesión y vida... pero Andrés, él era mi razón, mi amor más importante. Si me lo quitaba, yo no podría resistirlo.

JAEZ me miró al tomarme por un brazo y traerme con suavidad hasta él. Tomando mi cara en sus manos, me dijo: —Valeria, mi amor, no temas. Él no puede quitarte a tu hijo. Yo te garantizo que no puede hacerlo, cálmate. Yo

simplemente temblaba.— ¿Qué tipo de monstruo era este con el que había estado casada por más de 13 años?

—Necesito pensar, fue lo único que alcancé a decirle a José Antonio antes de subir a mi carro y salir. Busqué a Andrés y volvimos a casa. Quisimos darle una apariencia de normalidad a todo. Al llegar, Andrés corrió a su cuarto e hizo una de las bromas acostumbradas cuando se quitaba la franela sudada y luego se metió a la ducha. Yo bajé hasta la cocina, ya Sofía se había ido y me puse a preparar la cena. José Antonio me había llamado y enviado mensajes, pero yo no había vuelto a ver mi celular luego de buscar a mi hijo.

Las próximas cuarenta y ocho horas fueron de mucha presión para mí. JAEZ insistía en que me fuera con él y Andrés, pero el temor no me dejó. Yo sabía de la capacidad de Beltrán para lograr siempre lo que él quería, así que pretendí esperar y enfrentar lo que viniera. José Antonio tuvo que irse a España, era su gira promocional y no podía dejarla; ya que eran compromisos establecidos de esa forma con la editorial.

—Si tú me dices que me quede contigo y enfrentemos juntos a Beltrán, me quedo. Eso me lo dijo repetidas veces. Yo, por supuesto que no acepté.

Al tercer día, como si no hubiera pasado nada, Beltrán apareció. Estaba terminando la semana y yo estaba atendiendo algunos asuntos en el Centro Crecer. Ya la construcción avanzaba y mi presencia era reclamada constantemente por el constructor; ya que afinábamos algunos detalles en la distribución de las áreas.

Por otra parte, luego de la ausencia de Manuela, el profesional que se encargaba de sus chicos no era tan bueno como ella, y eso tuve que reconocerlo. Había días en que le echaba de menos, luego de tantos años juntas era algo normal. Así que no escuchar más sus sarcasmos, sus comentarios ácidos o cualquier otro tipo de ironía o palabras mordaces que dejaba caer como al descuido en mi contra, era de extrañar. Entonces recordaba que todo eso que yo justificaba debido a sus carencias familiares o personalidad fuerte de alguna manera, era solo resentimiento infundado que había acumulado en mi contra producto del amor mal sano que ella había desarrollado por Beltrán; el esposo de la que llamaba su amiga.

Y sin más, él apareció en mi despacho. Entré en mi oficina, luego de atender a unos padres en una de las salas del Centro y al abrir la puerta me encontré con la sorpresa. Ahí estaba sentado mi esposo, hablando por

teléfono de espalda hacia la puerta, mirando al jardín contiguo. Al sentirme entrar giró en la silla y sonrió, como si nada. Su actitud luego de todo lo ocurrido era increíble, parecía la ironía de la más truculenta novela de televisión.

—¡Hola nena! dijo cortando la llamada y poniéndose de pie para aproximarse hacia mí con intención de besarme.

Yo retrocedí, ante sus pasos.

—No te me acerques Beltrán, por favor, no te me acerques.

Había una mezcla de asombro, temor y rabia, así que preferí guardar la distancia.

—¡Vamos nena! ¿Así me vas a recibir? Luego de tanto tiempo sin vernos, he vuelto. Espero que eso signifique algo bueno para ti.

Como pude tomé aire y fui a sentarme en mi puesto. Desde allí podría tener mejor perspectiva de lo que venía, así que me hice a la idea que tenía frente a mí alguien con un problema, como los que tratábamos en el Centro y que yo debía estar lo más calmada posible.

—Me alegra que estés bien Beltrán. Le miraba y no podía asimilar de un todo que el hombre que tenía frente a mí, ese mismo con el que había pasado muchos años, fuese un completo extraño ahora. Sus palabras, su actitud, hasta su aspecto constituían algo ajeno para mí.

—Vine hasta acá antes de hacer otra cosa, mi amor. Ya sabes, luego me ocupo entre muchas actividades y he pensado que no voy a hacer eso más. Tú primero que todo.

No sabía si reírme o ponerme a llorar, ante lo irónico que me parecían las palabras de Beltrán.

—No creo que yo sea primero que nada, Beltrán. Pero si esa es la actitud que quieres tomar, realmente pones esto muy difícil.

—¿Difícil por qué Valeria? Ya te dije cuando hablamos como íbamos a manejar esto, así que confío que lo entiendas y en consecuencia de ello te conduzcas conmigo. No quiero complicaciones.

—En eso estamos de acuerdo Beltrán, yo tampoco quiero complicaciones. Yo solo quiero que nos divorciemos.

Mis palabras fueron pocas, pero contundentes. Ese era mi momento de decir ¡Ya basta! Y me atrevía a hacerlo de una vez, sin esperar a después, sin dar más rodeos o lugar a equivocaciones.

Se hizo un silencio y pude observar el cambio en la mirada de Beltrán.

Fue como si una llama se encendiera en sus ojos. Él estaba del otro lado de mi escritorio y de pronto se fue acercando a donde estaba yo sentada. Llegó a estar tan cerca de mi rostro que podía ver el latido en sus sienes.

—Tú no vas a hacer nada de eso, Valeria. Sus palabras eran frías; más como una orden que como una súplica. Y ahí empezó una batalla campal que se prolongó por algo más de año y medio.

En ese momento Beltrán me sentenció a vivir un tiempo de desasosiego. Me hizo creer por casi un año que estaba gestionando todo para quedarse con Andrés en el caso de que yo insistiera con el tema de la separación. Cosa que por el resto de ese año, no toqué más por el temor que él me infundía.

Sin darme cuenta, o tal vez haciéndolo, me fui convirtiendo en una mujer presa de sus temores y lo que antes hacía porque me resultaba normal en función de mantener mi hogar en buenas condiciones, ahora llegaba a hacerlo por cobardía.

Mi esposo entendió perfectamente que el ardid que había tramado para que yo desertara de la idea del divorcio le daba resultado. Desde ese mismo día en que volvió de aquel viaje la presión comenzó. El pretendió forzarme a estar sexualmente con él y eso complicó aún más la situación.

—Tú eres mía y puedo hacer contigo lo que yo quiera. En definitiva ese era su argumento. Una simple posesión de la cual hacía uso cada vez que quisiera, sin importar que él tuviera algún deber unido a ello.

Yo no sabía cómo enfrentar toda aquella situación, y como siempre él obtuvo lo que quiso. Llegué a sentirme la peor mujer del mundo. Recordar a JAEZ en aquellos momentos era peor. Sentía ganas de vomitar cada vez que Beltrán se me acercaba, pero sin embargo ocurrió repetidas veces, hasta que un día previo a su salida de viaje nuevamente vino otra de sus amenazas:

—No voy a seguir en esto, Valeria. Tú sabes perfectamente lo que me gusta y sobre todo como me gusta, así que no soporto tu cara de sufrimiento cada vez que estás conmigo. Necesito que seas la misma de siempre, la que se moría de amor por mí, complaciéndome con gusto en todo lo que es nuestra vida conyugal.

Entonces comprendí parte de la responsabilidad que yo tenía en todo aquello. Si bien Beltrán era un hombre egocéntrico y falso; capaz de imponer sus caprichos por encima de los intereses de cualquier persona (incluyéndome en ello), no era menos cierto que nunca fui capaz de hablarle de lo que yo no sentía o disfrutaba. Simplemente me plegué a su mundo y fui

un objeto más entre sus manos.

La exigencia que hacía con respecto a la parte sexual era evidente, por cuanto como él mismo decía, yo le complacía en todo lo que quería. Yo nunca sentí gran cosa al estar con él, lo que confirmé luego de estar con José Antonio, pero igualmente yo afirmaba que todo estaba bien. Ahora era distinto, mi corazón, mi mente mi ser completo pedía a gritos estar con un hombre que no era Beltrán, había entendido con JAEZ lo que era sentirse amada, por tanto seguir al lado de mi marido se convirtió en una tortura diaria.

La gira de José Antonio por España tardó al menos unos tres meses, de los cuales todos los días intentó comunicarse conmigo y fueron pocas las veces que yo pude atender. Después de lo ocurrido por la fuerza entre Beltrán y yo, no podía hablar con José Antonio. Todo estaba muy confuso. A no ser por Andrés, mi vida simplemente era un caos.

Así transcurrieron casi doce meses. Yo sumergida en la oscuridad, entre las paredes del temor que sentía ante la amenaza de Beltrán de quietarme a Andrés. Alejada del amor, separada de José Antonio.

El día que Beltrán dijo que volvería a viajar, sentí un gran alivio.

—Insisto en que vengas conmigo cariño. Te haría bien airearte un poco, viajar, ir de compras, estar conmigo en otro ambiente.

—Tengo mucho por hacer Beltrán. La infraestructura nueva está totalmente completada, pero ya comienzan los últimos detalles y es ahí donde hay que poner atención.

La vida seguía aparentemente normal, pero yo estaba rota.

Este viaje sería de solo mes y medio, según aclaró Beltrán. Decía que ya no quería dejarme sola por mucho tiempo, porque me descompensaba emocionalmente.

Él se marchó y yo comencé a hacer planes para salir de aquella casa y que Andrés viniera conmigo, pensé que ese era el momento de huir. A la semana de haberse ido Beltrán me hizo una llamada para decirme puntualmente que conocía mis intenciones. Entonces la amenaza volvió a cernirse sobre mi cabeza.

—Voy a volver antes de lo previsto, porque he decidido que como Andrés ya va acabando el año escolar, puedo llevármelo conmigo un par de meses, así tú te dedicas a lo que tienes en el Centro y pasamos tiempo juntos él y yo, que bastante falta nos hace y tú misma me lo has pedido.

—Ah Nena y ve pensando que así sería nuestra vida, si tú decides por alguna mala idea, separarte de mí. Ya sabes, Andrés se quedaría conmigo.

Con esto él me desarmaba, me hacía sentir impotente, atada, miserable. Pero todo merecía la pena, si se trataba de Andrés.

Cuando se enteró que se iba con su papá por unos meses, Andrés se desconcertó. No lo asimiló de buena gana.

—¿Acaso Beltrán el grande, pretende que te deje sola? Ni siquiera JAEZ está en el país en estos momentos. Y ahí entendí que aunque yo había pasado casi un año sin tener comunicación real con José Antonio, Andrés si seguía hablando con él.

JAEZ no entendió para nada todo ese tiempo que pasé prácticamente en cautiverio por los caprichos de Beltrán. Me dejó mensajes seguidos sobre lo que podía hacer a nivel legal, pero yo en mi temor no me atrevía. Su abogado me visitó para ponerse a mi disposición, pero fueron meses de mucha indecisión.

Mi esposo cumplió su orden de llevarse a Andrés en su viaje, y lo envió de vuelta tan solo una semana después. Esos fueron de los días más duros que he podido vivir en todo el tiempo que estuve al lado de Beltrán. Hablé con mi hijo sólo como tres veces, ya que su padre se encargó en todo momento de interferir las llamadas. Su teléfono desviaba mis llamadas a Andrés al teléfono de él, así que realmente me hizo sentir bastante mal. Era como si no podía tener acceso a mi hijo, si él no me lo permitía. Quería presionarme y lo lograba.

Contrario a lo que Beltrán había dicho originalmente, al séptimo día ya Andrés estaba de vuelta y yo contenta le recogía en el aeropuerto. La expresión que traía mi hijo en este regreso de viaje me preocupó. Aunque vino con muchos paquetes y cosas nuevas que su papá le había comprado, su rostro era algo sombrío, sus ojos no brillaban y casi no articuló palabra desde que lo recogí en el aeropuerto hasta que llegamos a casa.

El me abrazó como tantas veces y sus palabras fueron dulces, pero su expresión seguía siendo de profunda tristeza, si es que eso se podía asociar a la vida de un jovencito. Faltaban apenas unos meses para su cumpleaños trece. Habíamos hecho tantos planes para su celebración, y ahora su ánimo había decaído por completo.

—¿Quieres contarme lo que te ocurre hijito? Me acerqué dulcemente, sabiendo cómo podía ser Beltrán con Andrés. Estábamos sentados en un

mueble en nuestro salón de entretenimiento, frente a un televisor sin encender, y solo me fui pegando a su lado hasta que pasé mi brazo sobre su hombro y allí nos quedamos en silencio.

—No quiero ir más con mi papá a ningún lado, si tú no estás. Sus palabras fueron como una sentencia.

Sentí que el corazón se me paralizaba de alguna manera, y sólo alcancé a decir:

—¿Qué ocurrió Andrés? Por favor cuéntame.

—¡No pasó nada ma'! Al menos no nada nuevo. Entonces entendí a qué se refería Andrés.

—¿Hubo mujeres en el viaje?

—¡Claro mamá! Si no fuera así, él no sería Beltrán el Grande.

—¡Andrés, lo que me cuentas es terrible! ¿Cómo pudo hacer eso tu papá?

—La segunda noche en París, hizo una fiesta en la suite que compartíamos, y aunque yo me empeñé en quedarme en la habitación, una de sus amigas fue hasta donde yo estaba, comenzó a sacarme conversación y me propuso quedarse a dormir en mi habitación. Sus palabras textuales fueron: —Puedo ser tu mami esta noche.

—Cómo tú me has dicho muchas veces que esté alerta ante cualquier comportamiento inadecuado de un adulto conmigo, enseguida yo me levanté de la cama y salí a buscar a mi papá, pero él estaba tan ocupado con sus amigas, que no prestó atención a lo que le dije.

—Ya pronto tendrás que aprender a comportarte como un hombrecito enano. Eso fue todo lo que me dijo. A partir de ese momento, llamé a recepción y les solicité que me dieron otra habitación sólo para mí. Cómo era el hijo de Beltrán Méndez accedieron y lo cargaron a su cuenta. Pasé el resto de estas noches y casi que los días también, en esa habitación solo, mamá.

—¿Por qué no me llamaste hijo? Y realmente sentía como si la sensación de caída en el abismo que experimenté cuando Beltrán me forzó, se prolongara esta vez más, haciéndose como eterna y asfixiante. Literalmente sentí que me dolía el corazón y mi angustia llegó al extremo de solo pensar que alguna de esas mujeres hubiese podido abusar de mi hijo.

—¿Qué clase de monstruo era Beltrán, que no podía tener el menor cuidado con su hijo? Este pensamiento me golpeaba tan fuerte que no pude evitar llorar, cuando en el fondo lo que quería era gritar.

Nos abrazamos y solo le decía:

—Ya estás aquí Cielo, ya está aquí. A salvo. Yo nunca dejaré que te hagan daño.

Y sentía igualmente correr las lágrimas de mi hijo, lo cual lamenté desde lo más profundo de mi ser.

—¿Cómo llegaste a buscar esa solución de la habitación? Porque realmente entre las cosas que te he dicho, nunca me pasee por un escenario como ese. Se supone que donde estemos tu papá y yo, nosotros somos responsables por ti y eso implica tu seguridad.

—JAEZ me ayudó mamá. Cuando salí de la habitación y mi papá no me prestó atención, y las llamadas a tu teléfono no caían, lo llamé a él. Enseguida me contestó, le comenté todo lo que esa mujer me dijo, y estuvo conmigo vía telefónica hasta que me asignaron otra habitación. Él me dijo: —Busca un adulto fuera de esa suite donde estás. Preferiblemente baja hasta la recepción, donde hay más personas y entonces solicita que te asignen una nueva habitación. Si requieren de datos para pagar, me los pasas y yo lo asumo. Así que él pagó la habitación, pero yo no lo dije nada a mi papá y él creyó que se lo cargarían a la cuenta de él.

Veía aparecer a José Antonio una vez más. Era como el ángel que ambos teníamos. Entonces empecé a cuestionar mi actitud de todos esos meses con respecto a él. Estuve con Andrés como por espacio de dos horas más, reforzándole la idea de que yo estaba ahí para él. Le acompañé luego a su habitación y cuando se durmió, me fui a la mía. En ese momento aproveché para llamar a José Antonio. Era pasada la media noche. Había transcurrido al menos seis meses desde la última vez que pudimos hablar, lo demás fueron solo textos cortos que él me enviaba, pero que yo no respondía. Literalmente se había agotado de insistir para vernos y retomar lo que ya habíamos comenzado, pero yo a pesar de que lo pensaba, no me atrevía a dar el paso.

La llamada repicó tres veces y él tomó la tomó sin decir nada.

—José Antonio, disculpa la hora, quizás interrumpo tu sueño. Yo... solo quería llamarte para... bueno, yo quería... y mis palabras se enredaban por completo ante su silencio.

—No interrumpes mi sueño Valeria, yo duermo poco ya lo sabes; y estas son mis horas de revolcarme aquí con mis demonios. Bueno, salvando la distancia que existe entre ellos y Daniela quien me acompaña. A esta hora se me ocurren las mejores ideas para mis libros, apoyado sobre la espalda desnuda de alguien, te puedes imaginar que las musas vienen más rápido.

—Sólo quería agradecerte lo que hiciste por Andrés. Mis lágrimas se derramaban como un río fuera de cauce y él lo notó.

—Por favor Valeria, no llores. Hizo una pausa y escuché cuando le dijo a Daniela: —Por favor Dani, déjame solo, nos vemos cualquier otro día.

—Estabas con Daniela... alcancé a decir entre sollozos.

—Sí, estaba con ella. Al menos ella no me echa de su vida sin darme ninguna otra oportunidad. No espera nada, no le doy nada, y cuando quiero que venga lo hace, aunque sea para escucharme hablar de ti mientras tenemos sexo.

—No tienes por qué darme ese detalle...

—Pero quiero dártelo. Tengo meses queriendo hablarte, verte y me has cerrado todas las puertas. Hablo con Andrés a diario y me cuenta que no estás bien. Que tú misma le dijiste a tu mamá y él escucho, que te ibas a divorciar de Beltrán. Eso ya tiene mucho tiempo y sigues ahí, sin ganas reales de terminar con esa relación.

En su voz había matices de rabia, pero lo que más predominaba era la tristeza. Yo me sentía morir, de imaginar que él estaba con Daniela, pero que podía pedir, si yo continuaba teniendo vida marital con Beltrán, en contra de mi voluntad pero todo seguía así.

—Creo que fue un error llamar, disculpa... yo

—No, no, no... por favor, no vayas a colgar. No ahora, que me dejaste escucharte nuevamente. No me vas a dejar nuevamente así, sin saber qué es lo que ocurre. Dicho sea de paso, las cosas que hace tu marido, son dignas de condenación. Un padre que no cuida a su propio hijo, es lo peor que puede pasarle a un niño.

—Lo sé, lo sé... Andrés me contó lo ocurrido en el viaje con su papá esta noche, por eso te llamé. Por favor José Antonio perdóname. He sido cobarde ante las amenazas de Beltrán, pero todo esto lo he hecho para no perder a mi hijo.

—Siempre te dije que no lo perderías, que te apoyaría en todo y no me has creído. He estado dispuesto a enfrentarme a Beltrán y su dinero, a jugármela completamente por ti, por los dos y no has dejado. ¿Por qué hacerme creer que sentías algo por mí, para luego dejarme así en el aire?

—No tengo más excusas que la de mi propia realidad, José Antonio. Ya sabes por todo lo que he estado pasando y lo que ha ocurrido con Andrés es como tocar el borde del abismo. Quiero que me perdones por dañarte de

algún modo, por no defender como debía lo que sentimos...

Y al decir esto último fue como preguntarme y preguntarle si realmente aún había algo entre los dos.

—Yo no necesitaba que hicieras nada Valeria, yo estaba dispuesto a hacerlo todo por ti. Si tú no podías hablar con Beltrán, yo lo hacía. Ya con Andrés no hay problemas, porque desde que nos vimos hace ya unos cuantos meses y todo este tiempo en el que has estado a merced de tu esposo, eso me sirvió para acercarme más a tu hijo, quien realmente sufre por verte a ti igualmente sufrir.

—Le confesé que te quería, y que si por mi fuera tendríamos una vida juntos los tres.

Yo guardé silencio. La afirmación de JAEZ era como una bofetada a mi cobardía, a la comodidad de no llevarle la contraria a Beltrán, un golpe a la necedad de no apreciar el tiempo que teníamos para amarnos.

Hice mi mejor esfuerzo y pare de llorar. — ¿Puedo preguntarte algo José Antonio?

—Puedes.

—¿Eso que le dijiste a Andrés, aún está vigente? Sé que estás con Daniela, y que quizás ya tengas planes de...

—Valeria, tú conoces mis sentimientos y Daniela también los conoce. Lo que no puedo hacer es pasarme la vida entre noches de tormento, pensando que tú estás con Beltrán. Se me vienen encima todas las palabras que nos hemos dicho, todo el amor que vivimos cuando estuvimos juntos, eso se me diluye, se me hace mentira cuando no te encuentro peleando esta batalla, al igual que yo estoy dispuesto a pelearla. ¡Beltrán es solo un hombre! por tanto no tiene potestad sobre tu vida, si tú no quieres.

—Mi amor por ti, sigue ahí; sin embargo no voy a ir detrás de ti si tú no estás decidida a reconocer que yo soy la persona con quien tu prefieres estar.

—Ha sido un tiempo muy duro José Antonio...

—Yo lo sé, pero en lugar de eso yo te propuse un tiempo para amar, y lo rechazaste.

—Yo no te rechacé. Beltrán me presionó para que yo no introdujera el divorcio y si no rompo definitivamente con él, ¿Cómo podría seguir contigo?

—Todo tiene una salida, si uno quiere Valeria. Una vez más te ofrezco mi ayuda. Ya conoces la experticia de mi abogado y puedes contar con toda su asesoría legal. Solo basta que estés dispuesta a que juntos atravesemos esta

tormenta.

—¿Qué te puedo decir JAEZ? ¡Que me encantaría que estuviéramos juntos! Pero no puedo asegurarte que no flaquearé en el camino. Andrés es mi punto débil y tú lo sabes.

—Está bien Valeria, no voy a presionarte. Como te dije no insisto más si tú no quieres. Que descanses.

Y simplemente colgó. Yo me quede con el teléfono pegado a mi pecho, como queriendo recibir consuelo de alguna manera.

Al día siguiente era sábado y ante la cantidad de trabajo que había en el Centro, decidí pasar en la mañana con Andrés por allá.

Tal como hacía más de año y medio, otro día sábado, JAEZ se presentó en el Centro Crecer y me sorprendió. Fui yo la única sorprendida, porque Andrés ya lo sabía.

Yo estaba en el jardín interior del Centro, sentada entre las plantas, queriendo confundirme con ellas hasta no ser visible ante nadie. Era increíble cómo mi vida había cambiado, al descubrir que no era cierta la base sobre la cual yo creía que estaba sustentaba. Escuché unos pasos a mi espalda y la voz de Andrés, así que permanecí quieta donde estaba. Para mi sorpresa, mi hijo se paró frente a mí, pero yo sentí una mano tocando mi hombro derecho por la parte de atrás. Era JAEZ.

—No sé si es buena idea estar aquí, pero yo he aprendido que las cosas se abordan viéndose a la cara y dejando que un “¡Ya Basta!” necesario a veces salga.

Me giré y le vi. Tanto tiempo sin verle en persona, que me parecía increíble tenerle ahí. Tantas noches de llanto solitario pensándole, mientras escuchaba respirar a Beltrán a mi lado. Tantos días con ganas de correr a su lado y olvidarme de todo. Y ahora, estaba ahí.

—Ya ves, no me hago de rogar. Era todo lo que dijo y simplemente me abrazó.

Yo sentí que todo el dolor contenido durante esos largos trece meses desde los cuales no estábamos juntos, se desbordaba en ese instante en el que me perdía en su abrazo. Sentía su mano acariciando mi mejilla y su aliento ahí tan cerquita, que todo lo demás se volvía pequeño. Él no quiso besarme porque estaba Andrés allí, así que me tomó suavemente por el brazo y camino junto a los dos, hasta que terminamos sentándonos en el cafetín.

—¿Por qué no le has besado? Preguntó Andrés, mirando a JAEZ.

Esa pregunta le desconcertó y no pudo más que sonreír nerviosamente.

—Andrés, nosotros queremos hacer las cosas bien. Tu mamá debe poner en orden las cosas con tu papá primero, yo no quiero complicar una situación que ya está bastante difícil.

—Tú me has dicho tantas veces que la quieres, que yo imaginé que cuando se encontraran sería como de película.

—Hijito yo... quería explicarte primero. Nosotros no pensábamos que...

—Mami, ya tengo trece años, no soy tan pequeño como crees. Tengo más de un año viéndote sufrir. Sé que las cosas con Beltrán El Grande no están bien. Ni contigo, ni conmigo. Por sobre todas las cosas, yo quiero que tú seas feliz. Eres tan especial que mereces a alguien que te quiera de la mejor manera y todos sabemos que papá, no lo hace. Y no por lo que tú sabes ahora, sino por como siempre ha sido.

—¡Wow Andrés, me dejas sorprendida! Nunca pensé que fueras tú precisamente quien pudiera decir unas palabras como estas.

—Hacer lo que hace Beltrán el Grande, yo sé que no lo vas a hacer. Mamá, yo conozco a mi papá más de lo que tú crees, y a ti también, así que tranquila.

Luego de que pudimos hablar con Andrés y comentar abiertamente la situación, la tensión se fue y pasamos unas horas muy agradables los tres juntos.

—Bueno, mi cometido ha sido cumplido así que puedo irme al aeropuerto, mi vuelo sale a las tres de la tarde y ya son la una.

—¿Qué? ¿Qué te vas, estás diciendo? Eso no puede ser. Tanto Andrés como yo, nos negábamos a la idea de que José Antonio se fuera.

—Yo no vine con intención de quedarme Valeria, además no sabía con qué me ibas a salir tú, puesto que has sido suficientemente esquiva todos estos meses. Así que tengo mi vuelo reservado; mañana en la tarde tengo una entrevista en una radio local de la capital, así que debo marcharme.

—Si quieres quedarte, puedes hacerlo y la entrevista puedes darla hasta vía telefónica. Mi voz comenzó muy plana, pero al final era una súplica. — Por favor, quédate.

—Ya sabes que no soy de hacerme de rogar. Tomó su celular y ambos le escuchamos llamar a alguien e informarle que la entrevista al día siguiente debía ser vía telefónica.

—¡Listo! no me voy, así que espero que no sean ustedes los que se vayan

de alguna manera.

—Yo no voy a ningún lado, decía Andrés muy complacido de tener a JAEZ para nosotros aquel día.

Fuimos a comer al mismo lugar donde nos reunimos los tres por primera vez. Ver a los dos reírse mientras contaban anécdotas comunes, y escucharles hablar de los juegos que habían hecho, me parecía más de lo que yo podía esperar. Me sentía tan lastimada, tan fuera de lugar con una vida de mentira, que no pude evitar romper a llorar. Cuando vi que las lágrimas no se detendrían, me disculpé y me dirigí al baño.

José Antonio dándose cuenta, me siguió. —Valeria no llores, todo está bien. Aquí estamos los dos contigo, tranquila que arreglaremos esta situación. Beltrán tendrá que entender que tú no seguirás con él. El me abrazaba y besaba y la vida volvía con su cercanía. Volvimos a la mesa y estuvimos los tres juntos, un par de horas más esa tarde.

—Bueno, debo registrarme en el hotel, dijo JAEZ.

—Nosotros te acompañamos.

—Mami, recuerda que a las seis he quedado con Ernesto de preparar unas láminas que debemos presentar en el Cole el día lunes. Bueno, serán láminas y un poco de juego, ya sabes.

—Sí, yo sé cómo es. No podía dejar de mirar a Andrés a la vez que me asombraba por su capacidad de asumir cada situación. Era un chico emocionalmente fuerte y eso en el fondo me hacía sentir bien.

—Llévenme a casa Ma'. El tío Venancio puede buscarme y ustedes pueden ir juntos a ver lo del hotel.

José Antonio sonrió al ver lo sencillo que Andrés resolvía todo.

—No señorito, las cosas no van a ser así. Vamos a casa, te arreglas y te dejamos en casa de Ernesto y luego yo llevo a José Antonio al hotel. Yo me regreso a casa y espero por ti. Ese es el plan.

Ambos dijeron: —Madres, encogiéndose de hombro y riéndose.

—Así es, madre. Poniendo orden. Esa es mi función. Y terminábamos riendo los tres.

Era increíble el poder reírme, el tener ganas para hacerlo, el sentirme fuerte. Desde hacía un año, no sonreía, al menos no de esta manera. Aunque mi hijo siempre era motivo para agradecer y sonreír, la sombra de Beltrán había estado ahí nublando mi vida.

Todo se hizo como yo lo establecí. Cuando acompañé a JAEZ a su

registro en el hotel, por supuesto que era una tentación subir con él y sentir su amor. Más que una simple tentación era grande la necesidad de sentirme amada por él; sin embargo volví a mi casa sin que eso ocurriera. A pesar de que José Antonio me besó, él mismo cuidó de poner límites y de no continuar más allá.

—Debes resolver tu situación primero. No soy un chico fácil. Sabía que aunque lo decía con una sonrisa en los labios, había mucho de verdad acerca de cómo pensaba en eso.

—Y así lo haré cielo, así lo haré.

Pasamos el domingo con él en el hotel y todo estuvo maravilloso. Él realizó su entrevista en la tarde vía telefónica y estuvo genial.

A la mañana siguiente, luego que Andrés se marchó al colegio, pasé a recoger a José Antonio para llevarlo al aeropuerto.

—Mi vuelo sale hasta la una, así que tenemos lo que queda de mañana para dejar en claro algunas cosas. Era la primera vez desde que conocí a José Antonio que le vi tan serio.

—Nicolás mi abogado, ya preparó todos los papales necesarios para que tú introduzcas la demanda de divorcio. Él te contactará a más tardar mañana, dándote chance de que cuadres tu agenda. Igualmente él se podrá de acuerdo con Raúl, tu abogado local, para que te asista en cualquier detalle, en caso de que él no pueda trasladarse desde Caracas tan rápido como quisiéramos.

—El divorcio... dije esto y me quedé pensativa.

—Si tienes alguna duda Valeria, te agradezco que lo digas ahora. Sí, el divorcio... ¿eso es lo que quieres, no? ¿O tienes una mejor opción para quitarte a Beltrán de encima?

—Calma José Antonio. Por supuesto que estoy clara en que quiero terminar por todos los medios mi relación con Beltrán. Igualmente sé que quiero estar contigo. No son dudas, es simplemente que estoy procesando todo esto en mi cabeza, porque estoy consciente de que luego no habrá marcha atrás.

—Eso es lo que quiero Valeria, que no haya marcha atrás.

—¿Estás molesto? No sé, siento algo en tu voz que me inquieta.

—No es molestia querida. ¿Sabes? Ayer la volví a ver, mientras estábamos los tres juntos en el hotel.

—¿A quién viste JAEZ?! Ah ya sé! A la niña.

—Sí Valeria. Volvía a verla. Tiene tu sonrisa y mis ojos; mi forma de

pararme frente al mundo y tu manera de resolver los problemas. Una mezcla fascinante tuya y mía. Nuestro tiempo para amar en forma. Y entonces viéndonos hoy en esto, pienso que desde hace ya un año pudiéramos estar juntos.

—Perdóname otra vez José Antonio. Estoy haciendo ahora mi mejor esfuerzo por no perder más el tiempo que nos queda.

—Está bien amor, no es un reproche, es más bien una sensación extraña como si algo fuera a ocurrir.

Continuamos conversando, pasamos por el Centro Crecer y allí estuvimos hasta casi las once de la mañana. Empezamos a planear en serio nuestra vida juntos.

—Debo visitar Japón en un mes Valeria. El Silencio de Julieta fue traducido y se está vendiendo muy bien por allá, tanto que algunos dicen que está causando furor y aunque yo no soy de los que me lo creo todo, si sé que me esperan. La estadía quizás se prolongue unos tres meses o más porque es la primera vez que voy a ese país.

—Me parece maravilloso José Antonio. Tienes mucho que compartir por allá.

—Ya empezó la traducción de ¡Ya Basta! También. Es algo que no me esperaba, pero que está sucediendo en el mercado asiático a la par que en otros mercados ya conocidos, así que mi retribución va por delante, ante toda esta buena acogida que le han dado a mis libros.

—Te lo mereces José Antonio. Él sostenía mis manos entre las suyas mientras estábamos en mi despacho y al salir al aeropuerto su mano tocaba mi hombro y mi rostro mientras yo manejaba. No intentó en todo el tiempo que estuvimos juntos aquel fin de semana, pasar a algo más.

—¿Ocurre algo? Pregunté al momento de bajarnos en el aeropuerto.

—¿Sobre qué?

—Estás distante...

—Estoy en mi lugar Valeria.

—O sea que lo que me dijiste de no estar más juntos hasta que esté resuelto el tema de Beltrán, ¿es cierto?

—Tal cual, querida. Yo no soy hombre de bromas, ni de manipulaciones. Mi palabra vale.

Me asombraba su temple. Sabía que tan apasionado podía ser, como me había conquistado y además cómo había conseguido rendirme ante él. Ahora

también conocía su lado de calma y equilibrio, de no desbocarse y mantenerse firme en una posición.

—Está bien José Antonio. Será como tú quieras.

—Como debe ser Valeria. Es lo mejor para los tres.

Me abrazó muy fuerte y nos despedimos. El voló a Caracas, yo volví a la ciudad para recoger a Andrés que ya estaba próximo a salir del colegio.

Al llegar y verme sola preguntó: —¿Dónde está JAEZ?

—Acabo de dejarlo en el aeropuerto.

—¿Y cómo? Pensé que se quedaría a esperar que Beltrán el Grande llegara y ponerle fin a todo.

—Aún no tenemos la fecha de regreso de tu padre, hijito. Además José Antonio tiene compromisos que atender y yo también. No es conveniente que él esté aquí, mientras se resuelven las cosas.

—Uff mami, la vida de Los adultos si es complicada.

—Así es hijito, así es. Decía esto, entendiendo que la decisión que había tomado iba a traer complicaciones, lo que no alcanzaba a imaginar era la magnitud de las mismas.

Mientras Sofía servía la comida, fui hasta mi habitación a cambiarme y Andrés hizo lo mismo. Recordé entonces lo que JAEZ me había dicho de su viaje a Japón en tan solo un mes y eso me inquietó de alguna manera. No tenía claro si me lo había dicho para que tan solo lo supiera o porque quisiera que yo lo acompañase.

Para evitar no hacer conjeturas que no me llevaran a nada, preferí marcar el número de José Antonio y confirmar. Su teléfono repico unas tres veces y tomó la llamada.

—Señora mía, como que calculas muy bien el tiempo. Acabamos de aterrizar aquí en Maiquetía. Ya pensaba llamarte para decirte que todo había sido bien con el vuelo. Su voz era más relajada y cercana.

—¡Qué bueno que el vuelo fue puntual y llegaste sin problemas! Pero además de eso, yo quería saber algo más.

—Si claro amor, dime.

—Es acerca del viaje a Japón que próximamente vas a hacer.

—Ok dime ¿Qué quieres saber?

—Tú me dijiste de ese viaje, solo para que yo estuviera enterada que vas a estar fuera por un buen tiempo o ¿porque quieres que te acompañe?

—¿Sabes? Si hay algo que me gusta de ti Valeria, es que no te andas con

rodeos cuando quieres saber algo.

—Pues, si realmente es importante para mí ¿por qué no preguntar?

—Entonces debo decirte que sí. Si es como piensas, te lo dije para que supieras del viaje, pero también con la intención de que te animaras a venir conmigo. Mejor dicho, se animaran a venir, Andrés y tú. Sería genial para él visitar conmigo los lugares donde se diseñan los juegos que tanto hemos jugado en línea.

—¿José Antonio! Realmente eres un hombre especial y si me preguntas, solo quisiera salir corriendo e irme contigo, pero los dos sabemos (o los tres) que Beltrán regresará quizás tan pronto tú te vayas y quiero hacerle frente a esta situación. Creo que se ha prolongado más de lo que debería. Por mi sanidad mental, debo conversar con mi esposo y acordar los términos del divorcio.

Ya la palabra divorcio estaba bien colocada en mi esquema mental. Yo sabía que mi relación con Beltrán no podía continuar y sobre todo yo debía tomar las acciones necesarias para que eso no solo se quedara en intención.

—Siendo así, señora mía, no puedo más que esperar a que todo se resuelva. Siento que el tiempo para amar es ahora, pero contigo me ha tocado tener toda la paciencia de la que creía carecer. Pero ni modo, esperaré.

—¿Puedo preguntar algo más?

—Puedes

—Esa espera la vas a hacer ¿en compañía de alguien más?

—¿Qué pregunta es esa Valeria?

—Una pregunta directa JAEZ. Quiero saber si tu espera la vas a pasar en compañía de Daniela o cualquiera de las otras chicas que frecuentas. En esta etapa de mi vida, quiero saber a qué atenerme.

—Si tú me dices que es definitivo que vamos a estar juntos, que no vas a dejarme en el aire como la vez anterior, yo con todo el amor del que soy capaz, espero por ti Valeria, sin nadie más. Así evito atormentar a la pobre Daniela, hablándole de ti.

—¡No tienes arreglo José Antonio! Por supuesto que vamos a estar juntos cuando todo esto termine. Lo que yo siento por ti es de verdad.

—Lo que yo siento por ti Valeria, es aún más.

Su actitud había cambiado por completo. Volvió a ser el José Antonio cercano y juguetón a partir de ese momento. Ya no hubo más silencios entre los dos.

Al día siguiente el doctor Nicolás pasó a verme en horas de la tarde al Centro Crecer. Estuvo conversando largo rato conmigo sobre los términos en los que habría de plantearse la separación. Como yo no estaba interesada en que hubiera ninguna disputa por los bienes, solo había que definir la participación que Beltrán tenía en el propio Centro Crecer. Veinticuatro horas más tarde, recibía en mi correo el borrador del documento que esperábamos introducir para solicitar el inicio del proceso de divorcio.

Conversé con José Antonio y lo tuve al tanto de lo que había acordado con el abogado. Estábamos en contacto continuo. Él hablaba conmigo por video llamada o por cualquiera de los chats abiertos y si no me conseguía, Andrés terminaba conversando con él.

Faltaban dos días para que José Antonio se fuera a su viaje a Japón y Beltrán anunció que volvería en una semana a lo sumo. Andrés y yo no pudimos evitar mirarnos y tener la misma expresión de temor y desagrado por la vuelta en pocos días de él a nuestra casa.

Cuando JAEZ se enteró que volvería Beltrán me dijo: —Valeria, voy a posponer la gira dos semanas. Así estoy aquí por si acaso ocurre algo.

—No puedes hacer eso José Antonio. Para los japoneses es muy importante el cumplimiento de los compromisos pautados. Si tú no te presentas sería un deshonor hacia ellos, y eso no es posible. Ve como lo tienes previsto, nosotros estaremos bien.

En vista de que el viaje de JAEZ era inminente a tan solo 48 horas, Andrés me dijo:

—Mamá por qué no le damos a JAEZ una de esas sorpresas que él nos ha dado a nosotros. Vamos a Caracas y lo despedimos para su viaje.

En principio me sonaba a locura, pero no tardé mucho en sumarme a la iniciativa de mi hijo. Hablé con mi mamá y le comenté que me iría con Andrés a Caracas a despedir a JAEZ. Ella había estado muy cerca de ambos en los últimos meses, así que conocía de mi estado de ánimo hasta la aparición recientemente de José Antonio. Solo me dijo:

—Espero que cuanto antes, dejes las cosas claras con Beltrán.

Así, sin mucha preparación al día siguiente Andrés y yo salimos a Caracas en el primer vuelo de la mañana. Antes del medio día ya andábamos por una de las principales avenidas de la ciudad. No recordaba bien cómo se llegaba a la residencia donde José Antonio me había traído la vez que estuvimos juntos.

Le dije a Andrés que lo llamara y consiguiera su dirección y el directamente así lo hizo.

—Quiero hacerte llegar algo hasta el lugar donde vives JAEZ, así que necesito tu dirección.

—Claro amigo, y simplemente le escribió la dirección en el chat. Nosotros le indicamos la dirección al taxista y en una media hora estábamos frente al edificio de José Antonio, el cual reconocí por los molinos que tenía en la entrada.

Hablamos con el vigilante de turno y le solicitamos que llamara al apartamento de JAEZ diciendo que traíamos una encomienda y que se requería que él bajara a buscarla.

Tal como lo solicitamos se hizo, y en unos pocos minutos veíamos a José Antonio llegar a la entrada de su edificio. Nosotros estábamos escondidos en el espacio reservado de la portería y cuando le preguntó al celador donde estaba su paquete, nosotros salimos y nos dejamos ver.

Él estaba muy sorprendido. Comenzó a reírse y a besarnos a los dos.

—Calma, calma caballero. Sé que soy irresistible pero recuerda que ya no soy un bebé, ya estoy muy grande como para que otro hombre me bese y mucho menos me cargue. Calma, calma.

—¿Cómo es que no me avisaron que venían? Yo les hubiera ido a recoger...

—Queríamos darte una sorpresa. Fue idea de Andrés y yo me dejé convencer.

Los ojos de JAEZ tenían chispas de felicidad. No podía creer que estuviéramos ahí, pero ahí estábamos también contentos de verle, de abrazarle y de besarle.

—Vamos, subamos. Menos mal que Matilde vino ayer a hacer la limpieza.

No pude evitar recordar la primera vez cuando subí a ese departamento. El mismo día que conocí a Daniela y lo incómoda de toda aquella situación. Llegamos al piso 11 nuevamente y entramos. El ambiente había cambiado bastante desde que yo estuve ahí la primera vez. Al final del salón el hizo una remodelación que lo unía todo con el balcón y en el fondo, allí estaba yo. El retrato que había hecho mío estaba ahí, terminado con su marco y colgado en la pared.

Cuando entramos Andrés miró al fondo del salón y corrió a ver la pintura.

—¡No puede ser mamá, eres tú! Realmente era yo. Con una expresión realmente feliz. Él supo dibujar una sonrisa en mí desde el principio.

—Bueno, quisimos venir a despedirnos personalmente; ya que vas a estar un tiempo fuera de nuestro radar. Era Andrés con sus palabras sencillas y claras, transmitiendo a JAEZ lo que sentíamos.

—Tenemos reservación de hotel, pero quisimos llegar aquí antes de allá, para aprovechar el máximo de tiempo contigo José Antonio. Yo no podía dejar de verlo, creo que el amor se me salía por los poros. Creo que nunca había estado tan dispuesta y segura de estar con alguien.

—¿Hotel? Están locos. ¿Vinieron a estar conmigo y van a ir a un hotel? ¡Imposible! O ustedes se quedan aquí o yo voy donde ustedes estén. Entonces me miró y juntos recordamos nuestra situación y lo que habíamos acordado.

—Aquí hay tres habitaciones arriba Valeria, se pueden quedar con toda comodidad, quizás no tanta como a la que están acostumbrados, pero podemos arreglarnos sin problemas.

—No queremos entorpecer ninguno de tus planes. Sabemos que debes estar atareado preparando todo para mañana.

—Tranquila Valeria, yo no necesito preparar mucha cosa. Y así era efectivamente. JAEZ iba de viaje con una sola maleta, aun cuando tenía prevista que la gira fuese por al menos tres meses.

—Jeans y franelas son los mismos en cualquier parte de este mundo. Generalmente compro una docena iguales, así no me complico en lo que me voy a poner cada día. Un par de chaquetas y dos camisas por si acaso la ocasión es más formal. Soy de cosas simples y sencillas.

Yo estaba acostumbrada a las maletas de Beltrán que era tan exquisito, con cantidad de trajes completos, corbatas y cuanta parafernalia él era capaz de llevar. Su tratamiento para la piel que jamás lo dejaba y su indumentaria deportiva para entrenar en el lugar que estuviera. Pero este era JAEZ, un hombre espontáneo, sin poses, ni escondederos.

—Tienes razón, es mejor ir liviano. Total si se te ofrece algo más, la compras y ya.

—Claro, así que prepárate a ir de tienda conmigo cuando esté por allá. Yo te enseñaré y tú me dirás si te gusta. Él se acercaba, sin querer evitar darme un beso. Andrés aplaudió que se atreviera y eso nos quitó un poco la vergüenza ante mi hijo.

Fue una tarde entretenida. Estuvimos conversando. Yo cociné para los

dos. Parecíamos una familia normal. Andrés contaba los últimos acontecimientos de su equipo y JAEZ escuchaba con atención. De la misma manera mi hijo le preguntaba sobre sus libros y como era todo el proceso de escribirlo. Yo les miraba, sin poder dejar de preguntarme ¿Cómo es que pude vivir una vida tan de mentira hasta ahora?

Cuando llegó la noche, dejé todo arreglado en la cocina y le dije a Andrés: —Es hora de irnos al hotel. Lo hice en voz bajita para que JAEZ no dijera nada hasta que nosotros estuviéramos listos para irnos.

—¿Sabes lo que ha dicho mamá JAEZ? ¡Qué quiere irse al hotel! ¿Acaso tú no dijiste que nos quedáramos aquí?

—¡Andrés!

—Déjalo que se exprese, Valeria. Respondió José Antonio antes de que yo pudiera decir cualquier cosa. Por supuesto que pueden quedarse aquí. Es más, pensé que era algo tácito, pero definitivamente no debemos de dar nada por sobre entendido.

—¿Nos quedamos mami? Con su mejor sonrisa pedía eso, así que no podía negarme. Además tampoco quería.

—Vengan, vamos a que se instalen.

Subimos y arriba había tres habitaciones confortables. Todo al mismo estilo minimalista de abajo. Paredes claras, ventanales en vidrio que dejaban entrar luz natural, cada habitación con lo básico.

—¿Por qué tres habitaciones si vives solo? Andrés preguntaba y yo agradecía que lo hiciera, porque aunque yo lo pensaba, no me atrevía a hacerlo.

—Porque tengo una hermana y un sobrino.

—¿Y podemos ver tu habitación? Los ojos de Andrés recorrían todo con la curiosidad del que quiere descubrir algo.

—¡Claro! Dejemos el equipaje de ambos en la habitación que va a ocupar cada uno y luego les enseño la mía.

Tal como él dijo, dejamos nuestros bolsos en las habitaciones y fuimos con él a su habitación.

—Así que es aquí donde escribes... ero es totalmente oscuro este lugar.

—No tanto como parece.

Encendió la luz y todo se iluminó perfectamente. Había pequeñas luces blancas empotradas en varios sitios de la habitación, por tanto si él quería la tendría totalmente iluminada.

—Ahora porque es de noche no puedes verlo, pero detrás de esta cortina está mi ventana y el balcón. Te aseguro que el sol viene a tomar café conmigo en la mañana y pasamos un buen tiempo allí.

No pude evitar al ver esa habitación imaginar a JAEZ con Daniela en ese mismo lugar. Hace apenas unos días cuando lo llamé, él estaba con ella y por lo que se atrevió a decirme cuando contestó, él escribía sobre su espalda, así que tenían suficiente intimidad.

—¿En qué estás pensando Valeria?

—¿Yo? Bueno... pensaba en cómo es tu vida aquí, entre estas paredes... con quien...

Andrés preguntó por dónde estaba el baño y al indicarle JAEZ que en la habitación que iba a quedarse había uno, fue hasta allá. Entonces aproveché para compartir mis pensamientos.

—Pensaba que hace días estarías aquí mismo con Daniela, haciendo el amor.

—Directa y al punto. Así me gusta. Entonces, te puedo contar que este departamento lo remodelé por completo hace poco menos de seis meses. Te confieso que este año sin estar cerca de ti, me pegó muchísimo, así que escribí, pinté, viajé y cambié todo lo que yo tenía en este lugar. Incluyendo la cama, los muebles, el color de la pintura. Todo.

—Eso quiere decir que...

—Cuando me llamaste hace unos días, efectivamente yo estaba con Daniela. Tonto sería negarlo. Y sí, estábamos listos para hacer lo que tú sabes que hacen dos adultos en una habitación, que por cierto no era esta, pero tu llamada providencialmente nos cortó la inspiración. Estábamos en un hotel.

Daniela no volvió a tener llave de este lugar desde aquella vez que tú viniste y me las entregó. Luego de la remodelación con el cuadro de tu retrato, terminado y colgado al final del salón, ella dice que es como si tú estuvieras paseando por los rincones de este lugar.

—Así que no pienses que estas en el sitio de mis citas, porque no es así. Ya eso lo hablamos una vez. Creo que estamos contando una historia nueva que hemos decidido vivirla juntos, entonces vamos a ir estrenando cada espacio. ¿Porque eso es lo que hemos decidido, no Valeria?

—Claro José Antonio, claro. Si no, porque crees que estaría aquí, y sobre todo con Andrés.

—Valeria, yo te amo. Y quiero que no olvides eso nunca. Creo que en

nuestras vidas ya pasó suficiente tiempo sin que estuviéramos juntos. El amor tiene urgencia de reunirnos, así que dejemos de darle largas a esto.

—Te repito José Antonio, estoy aquí precisamente por eso. Yo he decidido que quiero estar contigo. Tanto es así que los papeles que redactó el doctor Nicolás ya los he revisado y les di mi visto bueno. Solo esperamos a que llegue Beltrán, para ir primero por la vía de la conciliación y lograr que todo se haga de mutuo, lo que haría que el proceso se haga más rápido; pero si él no lo acepta, que es lo más probable, se introducirá la demanda y tendrá que pasar el tiempo prudencial.

—Ah José Antonio, yo sé que no te lo digo con mucha frecuencia, pero yo también te amo. Y me estoy jugando todo lo que significa mi vida y quizás la de mi hijo, por estar contigo.

—Dicho de esa forma, señora mía, no tengo más que decirte sino ¡Gracias! Me hace muy feliz escucharte decir todo lo que me acabas de expresar. Se acercó a mí, me tomó entre sus brazos y el beso es de los que recuerdo con mucha claridad, hasta el día de hoy. Andrés como que supuso lo que ocurriría, así que sacó de su mochila uno de sus video juegos y se quedó en la habitación unos cuantos minutos.

Fuimos a buscarlo y lo encontramos jugando.

—¡Ajá Andrés, preparándote para el duelo! Dijo JAEZ como rompiendo el silencio

—Si amigo y además dándoles algo de espacio a ustedes, que sé que desde que llegamos no han estado solos ni un segundo.

Andrés tenía unas salidas que nos dejaba pasmados. Un chico de trece años que nos apoyaba con una madurez increíble en toda esta situación. Tal vez nosotros no lo manejábamos tan bien; al menos yo estaba segura que no lo había asumido como debía por todo el tiempo que estuve distante de José Antonio.

—Te agradezco mucho lo que dices Andrés, pero quisiera entender un poco más. Ven, vamos a sentarnos los tres aquí. En el descanso donde desembocaba la escalera, había una pequeña salita en la que había además, un mullido sofá de dos puestos y un puf de gran tamaño.

—Tal cual para nosotros tres, comentó Andrés, señalando el lugar. Así que nos acomodamos ahí mientras JAEZ tomaba la palabra.

—A ver campeón, cuéntanos ¿Por qué tú estás de acuerdo con la relación que hay entre tu mamá y yo? Porque vamos a estar claros, eso no es normal.

Los chicos de tu edad son un conflicto en sí mismos, lo cuestionan todo, no aceptan las normas, pero si alguien las infringe son los críticos de primera. Me interesa muchísimo tu posición, cuéntame.

Nunca me imaginé que sería testigo en una conversación como esta. José Antonio preguntaba a Andrés sin ningún temor a no caer bien, dejando todo al descubierto, sin manipular y permitiendo que se viera sin trampas, lo que pensaba. Andrés por su parte lo recibía todo muy bien, notándose que estaban acostumbrados a conversar. Era simplemente fascinante para mí, ver la interacción entre ellos dos.

—Pues te cuento. Y Andrés como si fuese a dar una exposición en su liceo (porque ya había finalizado su primer año de liceo y comenzado el segundo) comenzó a hablar.

—Por encima de cualquier cosa JAEZ, yo amo a esa mujer que te ama. Yo sentí que el rubor se subió a mi rostro. Y por supuesto que lo que yo quiero es lo mejor para ella. Yo hubiera querido que mi papá nos amara a los dos. Por un tiempo cuando era niño, porque si no se han fijado ya no lo soy; pensé que Beltrán el Grande amaba a mi mamá, pero en la medida que fui creciendo me di cuenta de que no. Con respecto a mí, si estuve siempre claro de que no me quería. Así mamá se las ingeniara para hacerme creer que todo lo contrario; el propio Beltrán se encargaba de confirmar una y otra vez que no. —Lo siento mami, pero es así.

—Les digo que no se enrollen y que se besen, porque sé que entre ustedes lo que hay es amor. Y sí, como tú dices, no soy un típico adolescente, pero es que ella no es una típica mamá, ella es un ser muy especial. La he visto con un brillo nuevo en sus ojos, desde que tú apareciste, pero también llevo viéndola estos últimos trece meses como un zombi. Aunque se empeñe en aparentar que está bien, yo sé que no lo está y es por mi papá.

—Nadie quiere que sus padres se divorcien, pero nadie quiere tampoco padres infelices y tal como yo lo veo, no hay felicidad entre ambos. Mi papá no la respeta. Les digo que se besen porque hay amor entre ustedes; algo muy diferente a lo que he tenido que ver con mi papá y sus acompañantes.

Sentí como un vacío en el estómago al oír hablar a mi hijo de esa manera. Cuánto daño le había hecho Beltrán. A cuantas cosas lo expuso, sin que yo supiera. Ahora, más grande y consciente podía simplemente evaluar lo que hacía su papa.

—Nosotros hemos querido hacer las cosas de la mejor manera hijito. Es

más, realmente ninguno de los dos pensaba que íbamos a terminar juntos.

—Yo sí, decía JAEZ.

—Te pido perdón Andrés, no me imaginé que tu padre podía ser tan... ni siquiera consigo la palabra justa para llamarlo. Sentí que me embargaba una profunda tristeza, pero en ese momento Andrés hizo otra de las suyas.

—Terminada la exposición de motivos, quiero saber que más haremos en esta noche divertida. ¿Por qué no vinimos aquí desde lejos para dormir, no mamá?

—Por supuesto que no, confirmo JAEZ.

—Ya va, ya va. ¿A qué hora sale tu vuelo mañana?

—A la seis de la tarde, debo estar en el aeropuerto al medio día. Así que podemos “rumbear” esta noche.

JAEZ hizo una llamada y luego nos dijo: —Listo, ya se para dónde vamos. Hay un sitio nocturno en un centro comercial cerca de aquí. Un amigo es el dueño y tiene dos hijos más o menos contemporáneos contigo Andrés, por eso hay un espacio para que jovencitos puedan estar allí sin problemas. No supe cuál vía tomamos para salir, ni cuál era el Centro Comercial donde iríamos, solo sé que en pocos minutos llegamos.

Era increíble el movimiento de la noche Caraqueña, aún con todo lo que se escuchaba sobre la inseguridad. Aunque eran pasadas las diez de la noche, tenía mucha vida esa parte de la ciudad, me imaginé por un momento un sitio alocado de esos que frecuentaban los jóvenes; sin embargo cuando llegamos a la parte más arriba de ese Centro Comercial ubicado en el Este, y entramos al lugar de nombre “Noche y Luz” resultó muy agradable. Era un espacio enorme, con varios ambientes separados, terminamos en una sección que era descubierta y se podían ver las estrellas, aunque se escuchaba la música, la separación entre los ambientes evitaba que fuera de tan ruidosa que impidiera tener cualquier tipo de conversación.

El amigo de JAEZ vino a recibirnos. Gabriel era su nombre y al poco tiempo aparecieron sus hijos, uno de 15 y otro de doce. Un ambiente era reservado únicamente para los más jovencitos, donde había mesas para jugar, además de juegos electrónicos.

—Te encargo a Valeria unos minutos.

Me dejó con Gabriel en los cómodos asientos, mientras él iba con sus hijos y Andrés a la zona de los juegos. Empezaron a jugar en una de las mesas y JAEZ también lo hizo. Él no tenía problemas para interactuar con

quien sea, simplemente se adaptaba. Luego que vio que ya Andrés se comunicaba bien con los demás chicos, volvió conmigo. Su amigo estuvo un rato más con nosotros y luego se marchó a atender los asuntos propios del negocio.

—Entonces señora mía, cuéntame, ¿te gusta el lugar?

—Estoy impresionada... creo que nunca había estado en un lugar así. Con Beltrán salíamos a lugares... distintos, no a divertirnos. ¿Tú frecuentas muchos lugares nocturnos?

—¿Yo? ¡Qué va! Estas son mis horas de estar lidiando con mis demonios. Los ato y dejo que las musas los enamoren y mientras ellos la pasan bien, yo escribo.

—¿Y a qué hora duermes entonces?

—Entre las tres de la madrugada y las ocho de la mañana más o menos. Luego duermo un par de horas de una a tres de la tarde y así tengo mis ocho horas de sueño reglamentarias. Me gusta la noche por su quietud para escribir. Literalmente es el tiempo en que siento que los pensamientos me aterrizan mejor, pero también los demonios internos como ya te dije. Si pudieras ver El Diario del Escritor de este último año, te darías cuenta de lo que digo.

—Ví algo de ese diario una vez.

—¿Cuándo?

—La vez que dejaste tú Tablet en mi vehículo. Claro, solo vía las hojas sueltas, no creas que abrí tu portátil.

—Sí es que uso hojas para escribir lo más importante del día. Bueno uso papel, computadora, ipad, lo que tengo a mano para escribir; si se me ocurre algo no lo dejo pasar. Yo respeto el tiempo Valeria, porque sé, que no es mío y no puedo manejarlo. Por eso, te he dicho desde que te conocí que “solo hay un tiempo para amar” y esta última frase la repetimos ambos.

Pasamos un par de horas en “Noche y Luz” y luego volvimos al departamento de JAEZ. Andrés estaba súper contento.

—Gracias por llevarnos a ese lugar JAEZ, me divertí mucho.

—Gracias a ustedes por venir. Realmente alegran mi vida. Yo que pensaba que iba a pasar esta noche solo, triste y abandonado, tenerlos aquí ha sido un regalo.

—Muy bien entonces, hora de dormir. Vamos cada uno a su habitación.

—¿Y tú a dónde iras? Preguntaron ambos.

—¿Yo? Pues... a la mía jajajaja. Los dos se miraron, movieron su cabeza en señal de negación y cada uno se fue a una habitación distinta. JAEZ pasó tanto por la habitación de Andrés como por la mía para despedirse.

Me quedé ahí con los ojos cerrados tratando de ubicarme bien en todos estos que me estaba ocurriendo. Yo estaba en la casa de JAEZ con Andrés de lo más normal y todo funcionaba perfectamente, pero sabía que llegaría el momento de enfrentar a Beltrán. Pensaba una y otra cosa ahí en medio del silencio y de pronto oí una voz dulce y suave que me dijo: —¡Mamá! Abrí los ojos y pensé que era Andrés, pero luego me di cuenta que no podía ser él.

Fui a la habitación donde él estaba y ya se había dormido. Fui a la habitación de JAEZ y lo encontré allí despierto, sentado en su cama con una hoja y un lápiz en la mano. Al verme solo dijo:

—¡Al fin! Pensaba que nunca ibas a venir.

—Qué cosas dices José Antonio. ¿Cómo sabía que iba a venir? Solo vine porque...

Antes de que pudiera decir algo más, simplemente me abrazó y me besó. Las palabras estaban demás. Habíamos esperado demasiado tiempo para volver a estar juntos, así que nuestros cuerpos hablaron y se reconocieron sin dar lugar a esperas. Fue una entrega especial, sin ataduras, sin imposiciones, solo el amor recorriéndonos a ambos. Cuando la madrugada llegó, JAEZ corrió las cortinas con un control desde la cama, así que pudimos contemplar como el sol nacía en el horizonte. Era de vidrio toda la pared, por tanto estaba al alcance de la vista todos los colores que iban apareciendo.

—Este amanecer y tú ¿qué más podría pedir? JAEZ decía eso mientras me recorría con sus manos.

—Soñé con ella...

—¿Con quién?

—Con ella, con la niña. Creo que me has contagiado tu visión. Además anoche oí una voz de pequeña que me llamó: —¡Mamá! Como que me estoy volviendo loca.

—Mientras sea por mí, todo está bien.

Así amanecimos y fue un día bello el que se presentó sobre Caracas. Andrés durmió un poco más de lo acostumbrado, quizás por el trasnocho. Nosotros aunque no dormimos casi, estábamos con mucha energía. Bajamos y preparamos juntos el desayuno. Desperté a Andrés y comimos los tres.

A la una estábamos en el aeropuerto, estuvimos con JAEZ hasta el último minuto y luego nos quedamos allí para abordar nuestro vuelo de retorno a Barcelona que salía a las cuatro de la tarde.

Embarcamos primero que José Antonio, así que cuando el abordó el avión que le correspondía ya nosotros estábamos en casa.

—Saliendo ahora. Desde el otro lado del mundo, seguiremos juntos Valeria.

—Así será amor, así será. Yo estaré aquí pendiente de ti. Esperando que a tu regreso ya estemos con más claridad en mi situación.

—¡Wow! Quiere decir que si te gustó el haber estado conmigo estos días.

—¿Por qué dices eso José Antonio?

—Porque en todo el tiempo que tengo tras de ti, no me habías llamado “amor” así, fuera de la intimidad. Eso me alegra el corazón y me dan ganas de no subir a este avión, sino de salir corriendo para donde están ustedes.

—Vamos mi chico impulsivo, calma. Ya habrá tiempo para encontrarnos y hacer todo eso que quieres o mejor dicho, que queremos.

—Ese es el punto Valeria. Siento que no hay mucho tiempo. Este es el tiempo para amar...

José Antonio dijo esas palabras con tanta seguridad, que sentí algo de temor. Sin embargo lo disipé hablándole hasta el momento en que tuvo que apagar su teléfono por el despegue.

El largo viaje incluía cuatro conexiones, y en cada uno de los lugares donde hacía parada (Senegal, Egipto, Nepal, Japón) fue enviando notas de voz y fotos. Andrés y yo, pendientes de su bitácora. Me sentía bien, como hacía mucho tiempo no me ocurría. Había paz en mi corazón. Estaba con José Antonio, Andrés estaba no sólo de acuerdo sino que lo disfrutaba, el Centro Crecer estaba en plena ampliación. Por primera vez en mi vida todo se parecía realmente a lo que yo era, sin poses, ni mentiras.

A su llegada al hotel en Japón pudimos conversar mejor. Él estaba fascinado con ese país, lo único que le faltaba es que estuviéramos ahí con él, pero estuvimos porque mientras andaba de un lugar a otro sus videos y llamadas nos permitían ver de alguna manera lo que él veía.

Rápidamente transcurrieron los días y Beltrán llegó. Había hablado con Andrés y la bella Vivian, para que él se quedara con ella unos días, a la llegada de su papá. Quería tener un tiempo a solas con Beltrán a fin de conversar bien lo de la separación y que si se presentaba alguna cosa

desagradable, él no la presenciara. Consideraba que ya bastante había tenido Andrés.

Fui a recoger a Beltrán al aeropuerto, porque se empeñó que así fuera. Regularmente no pedía esto, sino que él tenía a alguien que lo hacía, pero esta vez quiso que fuese yo. Llegué a la hora acordada y lo recogí. Al verme me abrazó y me besó, como si nada. En su mundo todo seguía, normal y bajo su control.

Le di las llaves para que metiera las maletas al vehículo y comprobé una vez más que traía una maleta con la cual no se había ido, y además una pequeña que evidentemente no era de él, ni siquiera era una maleta masculina. Me hice la vista gorda, porque total ya no me interesaba Beltrán y sus devaneos, mi objetivo principal era que pudiéramos hablar y terminar de una vez con esto.

Llegamos a casa y él comenzó a hablar de su viaje, de lo que hizo, de la necesidad de enviar a Andrés de vuelta antes de lo previsto, como muestra de la consideración que me tenía al saber que yo sin el enano, no la pasaba bien. Además para que me acompañara, porque yo no estaba acostumbrada a estar sola.

—Perdona que te interrumpa Beltrán, pero es necesario que hablemos de algo ya.

—Pero querida, déjame cambiarme y relajarme un poco. Podríamos además...

Quiso acercarse a mí, de forma insinuante y de una vez lo corté.

—Beltrán he estado esperando que regresaras del viaje, con el único propósito de expresarte que quiero que nos separemos. Lo que te dije hace más de un año, acerca del divorcio hoy lo tengo más claro. Ya hablé con un abogado, el redactó el documento. Aquí lo tengo sobre la mesa, para que tú lo leas y me des tu opinión.

—De verdad siento, que no podemos seguir juntos.

—¿Qué fue lo que te dijo el enano? Empezó a gritar y a ponerse nervioso. ¡Ese mocososo chismoso, no podía quedarse callado! ¡Andrés, Andrés ven acá inmediatamente!

—No tienes por qué levantar la voz y llamar a Andrés, porque él no está. Va a quedarse hoy con mi mamá.

—¡Él no puede quedarse fuera si yo no lo autorizo!

—Pues te recuerdo Beltrán, que yo soy su mamá y tengo tanto derecho

como tú a decidir sobre nuestro hijo. Él quiso quedarse con su abuela, yo lo dejé.

—Claro, tenías todo preparado ¿no? Pero ¿Sabes que, Valeria? Nada de esto te va a salir bien. Primero yo no te voy a firmar nada, ni me interesa leer esto. Tomó los papeles que estaban sobre la mesa y simplemente los rompió, tirándolos al aire.

—¿Ves? No firmo nada, no hay divorcio. Tú eres mía y quiero que no olvides eso. Tú me perteneces, tú hijo, tú proyecto, son míos. A menos que quieras perderlo todo.

—¡Ya Basta Beltrán! Yo no soy de tu propiedad, tú no me compraste, yo no soy un objeto. Tenemos un hijo en común, sí, que merece tu amor y también tu respeto. Él quiere quedarse a vivir donde yo esté, porque así ha sido siempre, tú nunca te has ocupado de la relación entre ustedes dos. Y con respecto al proyecto en Centro Crecer, tu participación, como la de otros ha sido voluntaria y sin ningún interés adicional. Ese proyecto no es tuyo, legalmente no lo es. Y la ampliación que estamos haciendo actualmente que supera aún a la inversión inicial, no tiene nada que ver contigo. Así que por favor, ahórrate todos esos comentarios desagradables que no nos llevan a nada.

Hice una pausa y tomé un respiro. Realmente esta situación no era fácil para mí. Sus amenazas pesaban sobre mí, como rocas.

—De nada vale Beltrán, que hayas roto los papeles, el abogado puede imprimirlos nuevamente. Y siendo esta la actitud que vas a tomar, entonces tendrás que entenderte directamente con él.

—¡Tú no me dejas! ¿Acaso no me has visto bien? ¿Tú crees que vas a conseguir a alguien mejor que yo? ¿Tú te has mirado en un espejo? ¿Sabes cuántos años tienes? ¿Qué te pasa Valeria? Como que se te olvidó como sacar cuentas. Si tú insistes en esto del divorcio yo voy a acabar con el Centro Crecer eso te lo aseguro. Además, no me importa lo que te haya asesorado cualquier abogado de medio pelo, que tengas... ¡también te quito a Andrés, y no lo veras nunca!

Sentí que mis piernas no tenían fuerzas, pero Beltrán solo tenía la reacción que ya habíamos considerado que tendría. Por tanto no había sorpresa, pero aun así me afectaba; sobre todo lo de Andrés.

—Una vez más te digo, vamos a dejar esto así. Ve y cámbiate, ponte algo sugestivo y espérame en la habitación que voy servirte un trago.

—Pero Beltrán, por favor. Yo te suplico que atiendas lo que te estoy diciendo. No quiero una guerra contigo, ni mi intención es alejarte de Andrés; él es tu hijo, pero nuestra relación ya no da para más.

El ya traía el vaso con el trago en sus manos. Estaba realmente rabioso.

—No dá para más ¿Por qué? Simplemente porque tú no quieres. Mírame, yo estoy aquí. En este último año he salido de viaje solo una sola vez y ha sido por poco tiempo. ¿Qué más quieres?

—Ese es el punto Beltrán, que ya no quiero nada.

—Entonces hay otro Valeria. Tú quieres dejarme por alguien más.

—Yo no te estoy dejando por alguien más Beltrán, pero debo serte franca, amo a otra persona.

Sentí que lanzó el vaso contra el piso y me asusté, pero ya todo estaba dicho, así que no podía retractarme y en el fondo era mejor tener todas las cartas descubiertas.

—¿Quién es, dime quién es? ¡Así que me has estado engañando, zorra!

—Mide tus palabras Beltrán, yo he querido actuar de la mejor forma contigo.

—No, no es eso. Tú me has usado para tus planes de salvadora del mundo y ahora quieres darme una patada porque te conseguiste otro.

—Nada de lo que dices es cierto. Yo he estado junto a ti por casi quince años, durante los cuales te he respetado siempre, y te he querido. Pero ya no más Beltrán. Tú a mí no me has querido nunca.

—Y pensar que Manuela siempre me dijo que no me preocupara, que tú eras tan desabrida que ningún hombre se te acercaba para proponerte nada. Entonces comprendí el por qué Manuela había permanecido tantos años en el Centro crecer, junto a mí, a pesar de detestarme. Era su informante de todos mis movimientos.

—Dime ¿Quién es, Valeria? Y se acercaba a mí con furia.

—¿Para qué quieres saber eso Beltrán? Eso no cambia para nada las cosas.

—Dime ¿Quién es, Valeria? ¡Dímelo! Y su grito fue tan fuerte que me asusté, pero aun así le respondí.

—Es JAEZ, el escritor. Amo a ese hombre.

Después de esto solo escuché la palabra perra y perdí el conocimiento. Él levantó su puño, me golpeó tan fuerte que giré, caí al suelo golpeándome y quedando inconsciente.

Cuando volví en sí, sentía que me dolía todo, estaba aturdida y no entendía nada lo que estaba pasando. Estaba en el piso y desde allí, solo alcanzaba a ver sus zapatos.

Todo estaba como nublado a mí alrededor, no tenía fuerzas para levantarme, sin embargo hice el intento.

—Si quieres conocer mi lado malo, ahí tienes una muestra, nena. Yo he querido convencerte de buena manera y ahora tú me sales con engaños y trampas. Pues se acabó. A partir de ahora, puedes sacar tus cosas de mi casa antes de que las tire a la calle, Andrés se quedará aquí conmigo. Te advierto que haré que no puedas entrar al Centro Crecer ni sacar nada de ahí. Tendrás que venir a mí arrastrándote, suplicando perdón como la basura que eres, para que yo pueda aceptarte en mi vida de alguna manera.

—Quiero que salgas de aquí, que no esté para cuando yo vuelva. Sentí sus pasos dirigiéndose a la puerta y luego devolverse hasta mí. —¡Ah y el carro también lo dejas, porque eso como todo lo demás, es mío!

Seguí tumbada en el suelo por unos minutos, hasta que logré sentarme a medias sintiendo que todo giraba a mí alrededor, y luego ir recuperando un poco el equilibrio. Mi ojo izquierdo se había hinchado al punto de no poder abrirlo casi y mi boca sangraba un poco del impacto al caerme.

Antes de entrar a casa yo hice una llamada a JAEZ y la misma quedó abierta, dejando el celular en mi bolsillo. Él me había dicho que quería estar pendiente cuando me tocara hablar con Beltrán. José Antonio temía que se pudiera poner violento, y no se equivocó. Como pude metí la mano en el bolsillo de mi chaqueta y la llamada seguía ahí. Simplemente coloqué el teléfono en mi oído y comencé a llorar.

—Valeria, Valeria... ¿Cómo estás? Al otro lado se sentía la angustia en la voz de JAEZ. ¿Qué te hizo Beltrán? Por Dios ¿Cómo fue que me vine y te dejé sola? Si yo sabía que esto podía pasar. Yo casi no podía hablar, así que colgué.

Pasados como 10 minutos el abogado de JAEZ, el doctor Nicolás entraba a mi casa en compañía de unos paramédicos. Me ayudaron a ponerme en pie y me revisaron.

—Aparentemente no hay daño grave, dijo uno de los paramédicos. ¿Puede caminar señora? Yo asentí con la cabeza.

Mis pasos eran lentos, pero sabía que era el momento de abandonar aquel lugar. Nicolás me subió a su vehículo y junto a uno de los asistentes de salud,

me llevó a un apartamento ubicado frente a la Playa, a tan solo unos minutos de donde yo había vivido hasta ahora.

El abogado sacó unas llaves, me ayudó a entrar y al llegar estaba Sofía y mi madre en ese apartamento. Mi mamá al verme rompió a llorar, horrorizada por mi estado.

—Señora Valeria ¿Qué le pasó? Preguntó Sofía sin entender nada.

Yo no tenía ganas de decir nada. El profesional de la salud, le dio unas indicaciones a Nicolás, al igual que un recípe médico y se marchó.

—Vamos a llevarla a su habitación, debe descansar. Así que entre los tres me condujeron a una habitación muy agradable, muy al estilo del ambiente del apartamento de JAEZ en Caracas.

Solo alcance a decir: —¿Qué hago aquí, dónde estoy?

Mi celular repicó, era José Antonio llamándome. Cuando contesté, solo dijo: —Estás en casa mi amor, estás en casa y a salvo.

—¿José Antonio que es esto? Apenas podía mover la boca y hacerme entender.

—Nada mi vida. Quiero que te quedes ahí el tiempo necesario, hasta que yo vuelva. Tienes a Sofía para que los atienda y tu mami también está pendiente de ti. Cuanto lamento no estar ahí. Ya Nicolás me pasó las fotos de tu estado. El médico dice que estarás bien, pero tengo ganas de partirle el alma a ese bruto de Beltrán. ¿Cómo se le ocurrió pegarte?

—Tu siempre pendiente de todo, gracias Cielo. Colgué y solo le pedí a mi mamá, que no permitiera que Andrés me viera así.

El analgésico que pusieron era bastante fuerte, por tanto yo me quedé dormida por unas horas.

Transcurrió una semana y yo estuve prácticamente recluida en ese nuevo apartamento. Con el tratamiento y la terapia de frío que me colocaba sobre la cara, la hinchazón fue cediendo y solo quedaba el color oscuro del golpe, que me recordaba que Beltrán era peor de lo que yo pensaba. Mi mamá se encargó de decirle a Andrés que había tenido que salir de urgencia fuera de la ciudad, por trámites correspondientes a mi trabajo. Durante esos días solo puede hablar con él vía telefónica. Aunque insistía en video llamada, yo le decía que la cobertura era mala, por tanto debíamos hablar por teléfono normal.

Al séptimo día, no quise esperar más y le dije a mi mamá que lo trajera. Yo estaba bastante mejor, pero era indudable que había recibido un golpe.

Cuando Andrés me vio, se abalanzó sobre mí y tuve que esforzarme para no gritar, porque realmente el cuerpo aún me dolía. El estrellarme contra el piso cuando Beltrán me golpeó, me había dejado con dolores por todos lados.

—Pero ma' ¿qué te pasó? Tienes un ojo literalmente morado. Por un momento pensé en no decirle la verdad y evitar que Andrés pasara por el trago amargo de saber que su padre era capaz de hacerme esto. Por otro lado, lo pensé mejor y me senté con él a explicarle toda la situación. Ya no servía de nada querer esconder quien era Beltrán, porque Andrés ya lo conocía lo suficiente.

—¿Y JAEZ sabe de esto?

—Si lo sabe, hijo. Él mismo arregló todo para que me trajeran para acá y coordinó mi atención médica junto con su abogado el doctor Nicolás. Él, a pesar de que no está aquí físicamente, ha estado muy pendiente.

—Lo sé ma'. Él me llama al menos dos veces en el día. ¿Y este lugar de quién es? ¿De mi papá?

—No Andrés, este apartamento es de JAEZ. Y podemos estar aquí hasta que él regrese y nos organicemos mejor.

—O sea que... Beltrán el Grande, ¿ya firmó los papeles del divorcio?

—Aún no, pero el proceso va marchando. Mi abogado le notificó, así que todo seguirá su proceso.

Con Andrés conmigo, ya me sentía muchísimo mejor. Levantarme y ver el mar desde la ventana, me hacía pensar en que después cuando José Antonio volviera, empezaría la vida que anhelábamos. Pasaron trece días más; en total diecisiete, desde mi encuentro fatal con Beltrán. Me dispuse a ir al Centro Crecer, un taxi me llevaba.

Cuando entré al módulo donde estaban las oficinas en la recepción principal, uno de los guardias me dijo:

—Sra. Valeria, no puede pasar. Trajeron una orden hace dos días, donde la orden explícita del juez es que se le prohibida la entrada, así que no puede ingresar a las instalaciones del Centro.

Yo no entendí bien lo que me dijo el vigilante, así que continué rumbo a mi oficina. Cuando estuve frente a Lucía, al verme ella se incorporó y me dijo:

—Valeria ¿qué está pasando? Sacaron tus cosas de tu despacho y ella las quería botar, pero yo las guardé todas en estas cajas. No entiendo nada, tu esposo ha estado aquí todos los días desde hace un par de semanas pasada.

—Tranquila Lucía, no pasa nada.

Al entrar en mi despacho me encontré a Manuela sentada en mi puesto. Con aire de desdén me miró, preguntando:

—¿Qué haces tú aquí? No te dijeron que no podías entrar a las instalaciones. Hay una caución que dice que no puedes estar a menos de 20 metros de distancia de este lugar.

—¿Sí, quién lo dice? Pues te recuerdo Manuela, que el Centro Crecer legalmente está bajo mi dirección. Yo soy la representante legal... no podía hablar mucho, sentía que si me agitaba, perdía un poco el equilibrio.

—Mira, mira, mira Valeria, yo no estoy para perder el tiempo contigo en estupideces. No puedes estar aquí y punto. Simplemente llamaré a seguridad y que te saquen.

En ese preciso instante entró también Beltrán a la oficina.

—¡Valeria! ¿Cómo estás? Te sienta bien ese color en tus mejillas. Me quedaría a conversar contigo, pero hay unas cosas con unos de esos tarados que se atienden aquí, que debo corregir, así que si me disculpas, me llevo a la experta. —Vamos Manuela.

—Beltrán, tú no puede hacer esto. Yo tengo todo el derecho de estar aquí.

—No es que pueda o no, Valeria. Ya pude, porque ya lo hice. Tú estás fuera, ya te lo dije.

—Te sugiero que llames a tu abogado en este momento, antes de seguir con esta locura.

Efectivamente llamó a su abogado, el cual le recomendó dejar sin efecto la medida que había interpuesto en mi contra y el proceso de reclamo de los derechos sobre el centro. Mi abogado, Raúl junto con el doctor Nicolás, había realizado una llamada al abogado de Beltrán informándole que si no retiraba la medida, iban a proceder legalmente en su contra por agresión e intento de asesinato en mi contra. Ellos elaboraron un expediente, con las fotos e informes médicos, además de mi declaración sobre la agresión recibida.

—Te aconsejo que no entres en disputas domésticas, que afecten tu imagen. Esa fue la recomendación del abogado a Beltrán.

A regañadientes, éste aceptó.

—Está bien, Valeria. Puedes quedarte en este lugar, pero ojo Manuela se queda en esta oficina, vigilándolo todo. No descansaré hasta dejarte sin nada.

Yo simplemente di media vuelta y salí. Fui a recorrer las salas de terapias, a preguntar a nuestros colaboradores como iban las cosas, una visita a la

administración me dejó informada que Beltrán Méndez, había sacado todos los recursos de la cuenta principal del Centro Crecer, es decir para la fecha no se contaban con los ingresos para atender los compromisos regulares de la Institución.

Realmente Beltrán era digno de reconocimiento. Parecía que no tenía límites en su capacidad para sorprenderme.

Pasé por el proyecto en construcción, ubicado justamente al lado de las instalaciones del Centro Crecer. Habíamos mantenido dos entradas independientes y aún eran separados ambos lotes por una pared. Había considerado que sería mejor, para que no se entorpecieran de ningún modo las actividades normales en la Institución y para el resguardo de los niños.

Las nuevas instalaciones iban bien adelantadas, así que aproveché de conversar con el que dirigía la obra a fin de solicitarle que habilitara un espacio para ubicar mi oficina. Él me llevó a un área que había sido destinada para otro fin inicialmente, pero al verla estuve satisfecha. —En una semana más, ya usted podrá instalarse aquí, me dijo el contratista. Así que me marche del lugar conforme con lo que había resuelto..

JAEZ iba monitoreando todo. La construcción del centro, los documentos y la demanda de divorcio con los abogados, Andrés y su fin de año escolar y el campamento a donde quería que fuera.

A la semana siguiente, ya mi cara estaba casi normal, y mis fuerzas también. Era duro entrar al Centro Crecer y ver a Manuela tratando mal a las personas, queriendo parecer la dueña de todo. Estuve con Lucía metiendo todas mis cosas en el carro, a fin de llevarlas a la otra oficina y no pude evitar toparme con Manuela.

—Y qué... ¿al fin entendiste que este ya no es tu lugar?

—No Manuela, lo que entendí es que hay lugares mejores que el que siempre vemos.

—Tú y tus frasecitas. A ver ¿de qué te sirven ahora?

Pasó a mi lado y me tropezó, casi tumbándome con la caja que llevaba, porque Sofía ya había salido a llevar otra hasta la recepción.

—Pero ¿Qué es lo que te ocurre, eh Manuela? ¡Sigues tan ciega!

—¿Ciega, yo? Para nada. Ahora estoy más clara que nunca. Teniendo todo lo que por derecho me corresponde desde hace tantos años.

—¿Qué es lo que te corresponde Manuela?

—Pues, que va a ser... tu casa, tu oficina, tus cosas, tu marido.

—Entonces lo tienes bien claro amiga... bueno, ya no eres mi amiga. Todo eso es mío, y no porque yo me empeñe en decirlo, sino porque de forma natural me lo gané. Si es por lo material, puedes aprovecharlo, pero este Centro no pienso dejarlo a expensas de gente como tú. Voy a rescatar esto, y vamos a seguir ofreciendo ayuda para esos niños, porque ellos se lo merecen. En lo que respecta a Beltrán, quédatelo... tú realmente, te lo mereces.

—Claro que me lo merezco, soy mucho más mujer que tú.

—No Manuela, te lo mereces porque son dos seres humanos despreciables. Pero si algún consejo puedo darte, mucho te serviría que tengas cuidado de él. No sé si conoces su faceta de maltratador, o quizás sí, pero hasta donde sabía, no soportabas a los hombres que golpeaban a las mujeres.

—Valeria y sus exageraciones. ¡Siempre la víctima en todo!

—A ver Manuela, que nos conocemos y bastante. No soy de las mujeres que han interpretado el papel de víctima. Yo tuve un matrimonio e hice todo lo que estaba en mis manos para que funcionara, pero al final me di cuenta que nada de lo que yo pensé que tenía, existía. Yo atendí bien mi marido, mi casa, mi hijo. Si tú dices lo contrario, sufres de amnesia.

—Claro si tú siempre has sido “doña perfecta” y el sarcasmo era algo que no podía dejar a un lado, cuando hablaba conmigo. Siempre haciendo lo mejor para que todos dijeran que eres un sol, la mujer feliz, con la casita soñada, la envidia de todos...

—Ciertamente no hice nada con la motivación que cuentas, pero si era la envidia de muchos (incluyéndote) era porque precisamente no era una víctima. Lo que si te digo es que si Beltrán me parecía alguien sin mucha sensibilidad, ahora estoy convencida de que es una mala persona y los más bajos instintos están en él. Así que en honor a los años que te consideré mi amiga, te aconsejo que te cuides.

Yo continué caminando por el amplio pasillo que llevaba a la recepción y ella no pudo evitar seguirme.

—Y ahora qué vas a inventar ¿Qué Beltrán te maltrataba mientras vivían su vida feliz?

Cuán ciega estaba Manuela. En su afán por tener a un hombre que según ella era perfecto, por cómo se veía y lo que tenía; no podía percibir a Beltrán como realmente era y lo más probable era que terminara destruyéndola.

—No, no puedo afirmar eso. En estos casi quince años que hemos estado

casados nunca me puso un dedo encima, aunque sí me lastimó muchas veces y yo simplemente le justifiqué su insensibilidad, sobre todo hacia mi hijo. No me refiero a los años que permanecimos juntos, sino que puedo citar nuestro último encuentro antes de hoy, en el que un solo golpe de él me derribo al piso y si no me socorren no tengo idea de lo que me pudo haberme ocurrido.

—¡Mentirosa! Estás tratando de ponerlo en mal, delante de mí.

—Manuela, siempre fuiste tú la que me dijiste que Beltrán no era de fiar y al margen de que ahora tú creas que estas con él, sabes que es un hombre que miente y engaña sin ningún reparo. ¿O no estás clara que es así? Él me golpeó simplemente por decidirme a dejarlo definitivamente, por hablarle claro y pedir que me firmara los papeles que ya tenía preparado.

—¡Cállate! No sigas diciendo estupideces Valeria. Beltrán fue quien quiso dejarte y tú has armado toda esta parafernalia para despojarlo de sus pertenencias y él por supuesto que no se va a dejar.

—Bueno Manuela, yo no voy a insistir en convencerte. Como te dije, creo que tú te mereces a Beltrán.

Llegué a la recepción y el empleado de seguridad amablemente me ayudó con la caja hasta el carro. No volví la mirada para ver a Manuela que se quedó tras mío despoticando. Lucía estaba parada frente a mi vehículo y me dijo: —¿Nos vamos?

—¿Estás segura Lucía? Puedes seguir ahí en tu lugar sin problemas. En la sede nueva aún no tenemos muchas comodidades.

—Valeria, claro que me voy contigo a donde sea. ¿Quién puede trabajar con Manuela? Es una loca, histérica. Además desde que yo entré aquí, he estado contigo y me siento bien así.

—Te lo agradezco mucho Lucía.

Así, nos subimos al carro y simplemente rodamos unos pocos metros hasta entrar a la segunda etapa del Centro Crecer. La oficina que me habilitaron era mucho más amplia e iluminada que la que tenía anteriormente, estaba ubicada en el primer piso, ya que este nuevo proyecto abarcaba cuatro niveles. En realidad esta sede triplicaría en capacidad las instalaciones que ya tenía el Centro Crecer. Desde ese nivel, podía apreciar con total claridad las labores de avance en la culminación de los detalles. El lugar para Lucía también había quedado muy agradable; los ambientes aquí gozaban de mayor amplitud.

Los techos eran abovedados con claraboyas que permitían que la luz

natural invadiera las instalaciones. La concepción de un jardín interno seguía también para esta sede, pero además había en la parte posterior casi rozando al Cerro Venezuela, un lugar para una huerta, la cual también pasaría a formar parte de una de las terapias para los niños, un espacio acuático y otro para mascotas. Tendríamos una combinación de actividades para el desarrollo motor e integral de los niños, además de la interacción con animales, ya que estaba comprobado que los ayudaba en la socialización.

Así comenzaron mis actividades en la nueva sede. Podía ir caminando sin inconvenientes cuando alguno de nuestros especialistas requería de mi presencia. Tenía habilitada ya también una de las salas para juntas, así que todo fue tomando cierto criterio de normalidad. Andrés se emocionó cuando vino a ver la nueva oficina. Y JAEZ al contemplarla a través de un video que le hice, también estaba muy satisfecho.

Por su parte, Beltrán no sabía dónde vivíamos, pero el fin de semana se apareció en casa de mi mamá y prácticamente la obligó a venir hasta donde estábamos Andrés y yo. Cuando abrí la puerta, la expresión de mi madre era de asombro y desagrado. —No pude evitarlo hija...

Y Beltrán entró sin pedir permiso.

—Así que es aquí dónde vives... y ¿cómo haces para pagar todo si yo congelé tus cuentas?

—Y las del Centro Crecer también, Beltrán. Llevas casi tres meses tratando de hacerme la vida imposible y no entiendo ¿por qué?

—¡Porque a mí, ninguna mujer me deja Valeria! Yo soy...

—Beltrán el Grande... ya lo sé. No tienes que repetir quien eres, porque realmente ahora te conozco.

—Si tu preocupación es por simple ego y machismo de que nadie diga que una mujer te dejó, podemos arreglarlo. Hazlo oficial, di a todo el mundo que tú me dejaste, que conseguiste una mujer que te gustara más, que estuviera a la altura de tus expectativas y todo lo que quieras. ¿Te sirve eso de algo?

—¡No! Porque resulta que si me dejaste, y para colmo por un tipo sin ningún valor.

—¿Por qué te empeñas en hablar de lo que no sabes?

—Porque está a la vista. El tipo no está aquí, seguro que estuviste con él, y ahora piensa que puede sacarte dinero, mí dinero. Estará en alguna parte, pasándola mejor que contigo, como yo.

Sus palabras eran soeces e hirientes. Realmente no podía soportar que cada vez que nos viéramos, Beltrán estuviera en esa posición de insultos y reproches.

—Si ya terminaste de hacer tu inspección, te puedes ir.

—Claro que me voy, pero me llevo a Andrés. Vas a empezar a saber lo que es tenerme como enemigo.

—¿Beltrán por favor, vas a seguir en ese plan? Ya tú sabes que Andrés no quiere vivir contigo y lo peor, tú no quieres vivir con él. Un hijo es una responsabilidad, es atención, cuidado y amor que tú no estás dispuesto a ofrecer, ni a él, ni a nadie.

—No me importa. Contrataré una niñera para que lo cuide.

—Él ya no es un niño Beltrán, y tus niñeras son poco confiables; como la que quiso sobrepasarse con él, en el hotel cuando lo llevaste en tu último viaje.

—¿Qué estás diciendo? ¡Estás loca! Ninguna de esas mujeres se acercaría a Andrés con una intención errada. Ellas saben con quién pueden hacer lo que hacen.

—Pues no, no lo saben. Si Andrés no sale de tu suite esa noche y consigue otra habitación, no sé lo que le habría pasado.

—¡Qué exagerada eres Valeria!

—¿Sabes que si cuento esto ante “Protección al Menor” te pueden quitar la custodia compartida que podemos tener? Eso si te empeñas en causar problemas.

—Tú no te atreverías a hacer un escándalo de ese tipo.

—Ponme a prueba Beltrán y comprobarás que por mi hijo, puedo hacer lo impensable.

—Vaya, la dulce niña va sacando las garras. Ya veo que te has asesorado bien, pero no te confíes. Como te dije, yo voy a verte llegar a mí arrastrándote, suplicando que te perdone.

—Por favor márchate. Abrí la puerta, señalé la salida y respiré cuando se marchó.

Él no se cansaba de amenazarme. Había momentos en que realmente yo pensaba que no podía más con todo eso, pero JAEZ estaba siempre ahí para animarme y decirme que aguantara, que faltaba tan solo un mes más para que él regresara. La gira se había extendido a casi el doble, ya que recorrió todo Japón en ella.

Los días siguientes pasaron rápido. Cada día la nueva etapa del centro Crecer iba tomando mejor forma. José Antonio había conseguido que nos llegara ayuda para terminar toda la construcción hasta de otros países. Era asombrosa la capacidad de convocatoria que tenía para convencer a otros de participar en algún proyecto. Nunca pensé que se moviera tan bien en el mundo de los negocios y que conociera tanta gente, pero para mi sorpresa así era. Claro, yo estaba acostumbrada al mundo de Beltrán, con sus trucos y formas.

Faltaban dos días para que JAEZ regresara de Japón. Andrés estaba eufórico. Sus clases habían terminado y nuevamente pasaba con honores ya para el tercer año del bachillerato. El abogado me había informado que la sentencia del divorcio pronto saldría, ya que yo en ningún momento tuve intención de pelear por los bienes, así que eso aligeró más el proceso. El detalle lo tenía la custodia de Andrés. El doctor Nicolás y Raúl, decían que era evidente que yo tendría la custodia, pero con Beltrán nunca se sabía.

José Antonio llegó por Maiquetía, así que tuvimos que esperar prácticamente un día más para verlo. Él tomó otro vuelo para nuestra zona y al fin nos encontramos de nuevo. Mientras veníamos en el auto, solo hacía preguntas, queriendo saber de cada cosa. ¿Cómo había sido el fin de año escolar de Andrés? ¿Cómo marchaba la nueva sede? ¿Cómo iba mi recuperación? Y me revisaba una y otra vez la cara, como cerciorándose de que todo estuviera bien.

Estábamos muy contentos y llegamos al apartamento. Habíamos hecho una celebración de bienvenida. Estaba mi mamá, mis amigas de la librería, gracias a quien nos conocimos, mis asistente, su abogado y el mío. Y como sorpresa especial, habíamos contactado a su hermana Giselle y su sobrino César. Él estuvo muy sorprendido por el detalle de la celebración, y sobre todo por la presencia de sus familiares. Andrés se encargó de hacer sentir a César muy bien, aunque era dos años menor, lo acogió de una manera especial. El grado de autismo de César era muy leve, pero aun así. Andrés sabía de cuánta paciencia y atención requerían los niños con esta condición.

La hermana de José Antonio resultó ser alguien muy dulce. Hablaba maravillas de su hermano, así que nos entendimos muy bien desde que nos vimos. Gracias a Matilde pudimos contactarla, así que a ella también la incluimos en esta fiesta de bienvenida.

Fue una hermosa velada. La familia de José Antonio y Matilde se

quedaron en el apartamento junto a nosotros. Mi madre también amaneció aquí. La amplitud del apartamento en el que estábamos permitía alojar hasta diez personas sin ningún inconveniente.

A la mañana siguiente tuvimos un desayuno muy familiar, había un ambiente de cordialidad y se respiraba alegría. Giselle propuso que fuéramos a la playa y los chicos estaban muy dispuestos. La semana estaba finalizando ese día. Pensaba acompañarles a la playa cuando recibí una llamada.

—Valeria soy yo. Necesito que vengas al Centro Crecer, hay una situación realmente difícil aquí.

—Pero ¿Qué ocurre Beltrán? Estaba preparándome para salir a otro lugar.

—Te conviene venir. Te espero en media hora. No faltes.

—¿Quién era Valeria?

—Beltrán

—¿Y qué quería a esta hora?

—Como no fui al Centro Crecer, me llamó porque necesita consultarme algo, o al menos eso creo. No me adelantó nada por teléfono, sino que me esperaba allá en media hora.

—¿Y ahora él se la pasa en el centro?

—Realmente no lo sé. Como yo estoy en la sede nueva, no me entero de si él está allí o no. A quien si he visto es a Manuela, instalada en la que era mi oficina.

—Bueno, la oficina que tienes ahora es más nueva y espectacular. Combina con esta nueva etapa de tu vida.

—Así es.

—¿Y qué piensas hacer?

—Voy a ir. Con Beltrán no me gusta dejar cosas para después, porque no sé con qué pueda salir y enredarlo todo.

—Te acompaño vida.

—Prefiero que te quedes disfrutando en la playa. Yo resuelvo eso y vuelvo. No quisiera que se vieran, porque puede desatar cualquier inconveniente con él.

—Me quedo, no por él, sino por ti. Además quiero que veas lo que traje del viaje para ustedes, que entre la fiesta de anoche y el desayuno tan familiar de hoy, no hemos tenido chance de nada.

—Está bien amor. Voy y regreso enseguida. Todos se dispusieron a prepararse para ir a la playa que solo quedaba luego de cruzar la avenida.

Hacía un día estupendo.

Llamé a Alejandro que era el taxista que me había estado llevando los últimos meses y éste en pocos minutos vino. Había usado el vehículo del Centro unas pocas veces, pero me gustaba dejarlo para las necesidades propias del trabajo. El vehículo que usaba mientras vivía con Beltrán, ni siquiera lo vi más.

Llegué en pocos minutos al Centro Crecer.

—Aquí estoy Beltrán, dime que es lo que necesitas.

—De necesitar, no tengo nada. Es solo que hay unos diez niños en espera de la aprobación de su ingreso al programa y sus familiares dicen que ya hablaron contigo, pero yo no apruebo que entren. ¿Quién va a costear esos gastos? Además hay una serie de compromisos que hay cumplir al final de este mes y tú no me has dicho nada.

—A ver Beltrán, vamos por parte. Primero, no entiendo tu presencia constante aquí en el Centro. Yo he dirigido esto desde su inicio y creo que lo he hecho bien. Segundo, no necesito de tu aprobación para la aceptación de nuevos niños en nuestros programas. Y tercero, cuando son de muy escasos recursos nuestra labor incluye conseguir padrinos que se sensibilicen ante la situación del niño y asuman parte de esos gastos. Los demás gastos nos lo dividimos entre todos los profesionales que laboramos aquí, a fin de que el niño pueda ser atendido.

—Y ¿con qué vas a hacer frente a los compromisos del fin de mes?

—Tranquilo Beltrán, esa es mi responsabilidad y ya tomé mis previsiones.

—¿Cuáles previsiones si no puedes tocar ni un centavo de la cuenta del Centro Crecer y tus cuentas personales las dejé sin anda?

—Así es Beltrán. Cortaste todos los recursos sin importar que tu propio hijo se vea perjudicado, pero no te olvides que yo soy una profesional y que también conozco muchas personas en el medio donde me desenvuelvo e iremos solventando todo lo que se presente. Cuando salga la sentencia del divorcio, tendrás que liberar la cuenta del Centro Crecer, en la que hoy me arrepiento de haberte incluido, porque eso no es parte de nuestro patrimonio conyugal. En cuanto a mis cuentas personales, no te preocupes, yo misma fui al banco y las cerré.

—Vaya, vaya la súper chica que tiene todo bajo control.

Su sonrisa era de un cinismo que yo no entendía. Yo no tenía nada bajo

control. José Antonio había puesto en mis manos unos recursos para atender los compromisos y yo hice promesa seria de devolverle todo al momento de que se liberara la cuenta del Centro Crecer. A veces sentía que me caía por un abismo, al pensar que Beltrán pudiera cumplir cualquiera de sus amenazas.

—No soy ninguna súper chica, pero tú bien sabes que soy una mujer responsable. Si eso es todo lo que querías decirme, podríamos haberlo hecho por teléfono.

—Estás linda Valeria. De pronto quiso acercarse más de la cuenta, y yo simplemente di media vuelta y salí de allí a toda velocidad.

—¿Ves? Todavía te pongo nerviosa. Sigues sintiendo amor por mí.

En ese momento decidí no volver a acercarme más a Beltrán. No terminaba de entender sus intenciones, pero ya había sobrepasado mis límites. Volví enseguida al apartamento y también me cambié para disfrutar el día en la playa con los demás. José Antonio me esperaba ansioso.

—¡Wow que bella!

—¿Qué dices José Antonio? Si estoy de lo más simple.

—Precisamente es tu sencillez, lo que me tiene atrapado.

—Tú eres quien me tiene fascinada contigo.

—Bueno, bueno, los demás casi sobramos... decía Andrés en tono de broma.

Estábamos sentados JAEZ y yo bajo uno de esos toldos de rayas azules y blancas en semejanza al color del mar y su espuma. Él tenía mi mano entre la suya y ambos disfrutábamos de un momento en silencio oyendo el vaivén de las olas. De pronto sentí que él apretó mi mano, abrió sus ojos y me dijo:

—Acabo de verla pasar, como la brisa.

Yo simplemente me acerqué más a él y lo abracé. Ya sabía a qué se refería, mejor dicho a quién.

—Valeria, solo hay un tiempo para amar.

—Sí, ya me los has dicho Cielo y lo sé.

Pasamos los mejores días de nuestra vida juntos. Su familia volvió a su lugar de origen y Matilde volvió a Caracas con José Antonio cuando él tuvo que ir a conversar con una nueva editorial que quería ofrecerle una nueva edición de unos de sus libros más antiguos.

Pasados dos meses más, el divorcio al fin salió. La división de los bienes se realizó a la manera que Beltrán dispuso, sin obtener de mi parte ninguna objeción. José Antonio y yo sentimos un alivio inmenso, él quería que

saliéramos a casarnos al día siguiente y yo como siempre dije: —¿Cuál es el apuro? Hagámoslo con calma después.

Beltrán, como se convenció de que no pudo manipularme con ninguna de sus presiones, empezó a usar otra estrategia. Se acercaba continuamente a mi oficina en la nueva etapa del Centro Crecer y había comenzado su plan de reconquista.

—Pero ¿qué pretendes Beltrán? Ya nos conocemos y tú sabes que yo no voy a volver contigo.

—Valeria, con todo esto de la separación me he dado cuenta que tú eres la mujer que yo realmente he querido siempre.

—Pues, ya es tarde para eso.

—No me cansaré. Voy a insistir hasta que me aceptes de nuevo.

—No malgaste tu tiempo Beltrán, yo estoy con JAEZ y estamos muy bien.

—Pero no te has vuelto a casar, eso significa que aún tengo chance.

—Eso lo único que significa es que estamos haciendo los preparativos con calma.

Se me hacía pesado, el tener que repetirle siempre lo mismo, así que en lo que podía le evitaba. De un tiempo para acá se había convertido en el colaborador más interesado en el Centro Crecer. Estaba próxima la inauguración de la nueva etapa, el derribamiento del muro que separaba las dos instalaciones y la consolidación de todo el proyecto en conjunto.

José Antonio iba unos días a Caracas, pero mayormente estaba aquí con nosotros. Andrés estaba tan complacido que ya no me hablaba de la deficiencia de atención por parte de su papá. JAEZ se había compenetrado mucho con él, al punto de participar hasta con Ernesto y Venancio en noches para padres e hijos “Cosas de varones” era lo único que me decían.

Él insistía en que pusiéramos la fecha de matrimonio antes de la inauguración de la nueva etapa del Centro Crecer y a mí me parecía muy precipitado, pero José Antonio y Andrés empezaron a arreglar todos los preparativos para una posible celebración. Faltando apenas unas dos semanas para la inauguración, entré en mi oficina y encontré un sobre encima de mi escritorio, cuando lo abrí, cayeron unas fotos al suelo. Eran unas fotos donde aparecía JAEZ y Daniela, abrazados, muy sonreídos. Ese día precisamente él estaba en Caracas.

Mi teléfono repicó y era Beltrán.

—Hola nena. Ves que a quien tienes a tu lado, tampoco merece tanta confianza. Él es un hombre igual que yo.

Colgué la llamada y no encontraba como canalizar lo que estaba sintiendo. Me sentí mareada, llamé a Lucía para que me trajera agua y quise incorporarme de la silla, pero al hacerlo me desvanecí. Cuando ella entró a la oficina y vio que me había desmayado, se asustó mucho y llamó a mi madre. Me reanimaron, luego fuimos a la principal Clínica de la zona, que la tenemos bien cerca del Centro Crecer. Un médico internista amigo de mi madre me atendió y me ordenó hacerme unos análisis rutinarios. Quedé en volver a la consulta a los dos días con los resultados.

Llegué a casa y llamé a JAEZ, aun con ese malestar todavía en el cuerpo, quería aclarar con él lo de las fotos en mi oficina.

—¡Hola amor mío, qué bueno que me llamas! Tengo varias cosas que contarte. La primera que ya tengo listo el borrador de mi próxima novela. ¿Sabes cómo se llama?

—JAEZ por favor, necesito que me prestes atención.

—¿JAEZ? ¿Pasa algo señora mía, acaso estás molesta?

—Hoy recibí un paquete que me mandó Beltrán, y al abrirlo encontré un montón de fotos tuyas con Daniela muy amorosos, para mi gusto. Quiero me que digas si hay algo que debo saber.

—Valy mi amor, no sé de qué me estás hablando. Fotos con Daniela, deben haber cientos por ahí. A ella le gusta mucho tomarse fotos y conmigo creo que tiene bastante... Ya sabes nos conocemos desde hace mucho. ¿No estarás celosa, verdad? Yo te he contado todo lo que ha pasado con Daniela, hasta la conociste.

—Si estoy celosa.

José Antonio dejaba escuchar una carcajada. A mí me dio mucha rabia su risa, así que colgué.

El insistió en llamarme unas dieciocho veces y yo no atendí.

Andrés al escuchar los repiques consecutivos, vino hasta donde estaba yo, tirada, boca arriba sobre la cama con los ojos cerrados y el teléfono al lado sin coger.

—¿Mami no vas a tomar la llamada? ¡Es JAEZ!

Yo, no decía nada. Permanecí con los ojos cerrados y mientras lo hacía, las lágrimas salían sin poderlo remediar.

—¡Oh no! Algo grave ocurre, la princesa llora, necesitamos una

intervención inmediata. Decía eso mientras tomaba la llamada dieciocho y respondía con esas palabras a JAEZ.

—Dile que se ponga al teléfono por favor, necesito hablarle. Andrés me puso el teléfono al oído y JAEZ comenzó a hablar.

—Valeria, mi amor. Y realmente tú eres mi amor, perdona si mi actitud te hace llorar. Es que realmente me dio risa que tu pensaras que yo podía estar por ahí con cualquier otra mujer. Me imagino que esa foto con Daniela fue vieja o ¡ya se! Ella recibió su certificación como modelo exclusiva de una marca de perfumes. Estaba muy contenta y fui a darle mi apoyo. Estaba su novio allí y creo que habrá boda pronto. Ella estuvo clara siempre que desde el día que yo te vi, mi mundo cambió.

—No soportaría otro engaño José Antonio... y mi voz se entrecortaba en sollozos.

—Claro que no, vida mía. Como te dije una vez; si yo te tengo no quiero desperdiciar el tiempo en otra cosa que no seas tú. Valeria, solo tenemos un tiempo para amar y yo no lo quiero perder.

—¡Me desmayé! No sé por qué pero perdí el conocimiento y mi mamá tuvo que acompañarme a la clínica para una revisión.

—¿Por qué no me avisaron enseguida? Andrés no me dijo nada.

—Él no sabía nada, todo fue muy rápido y ahora ya estoy en casa. En dos días iré nuevamente a la consulta con los análisis que el doctor me mandó a hacer.

—Pero ¿cómo te sientes? Ahora estoy muy preocupado, debo estar aquí al menos tres días, pero te aseguro que de ahora en adelante todo va a ser on line. No quiero separarme de ti.

Como me sentí bien, continué con mis actividades normales al día siguiente y al segundo día fui con el médico amigo de mi mamá. Cuando entré a la consulta, el médico me recibió con una sonrisa diciendo: —Felicidades señora, usted lo que tiene es un embarazo de ocho semanas.

Yo me quedé asombrada y empecé a llorar de nervios y a la vez de una extraña felicidad. —¡Un hijo! Eso era lo que había querido por tanto tiempo y ante la negativa de Beltrán todo quedó olvidado, pero ahora era una gran sorpresa.

—Ya va doctor, espere un momento. Quiero que esto nos lo diga a los dos padres a la vez.

Inmediatamente llamé a JAEZ y puse al doctor en video llamada, me paré

a su lado y el doctor le notificó que estaba embarazada. Él simplemente rompió a llorar.

—¡Es ella Valeria, es Brisa! La de mis ojos y tu sonrisa, la que he estado viendo todo este tiempo en el que he soñado contigo cada día de mi vida. Su emoción era tal que yo temblaba, era una felicidad indescriptible. No puede evitar recordar cuando Beltrán se enteró que yo estaba embarazada. La alegría fue solo mía. Se hicieron muchas compras y arreglos para la llegada de Andrés, pero de allí a esta reacción de JAEZ había una distancia casi del cielo a la tierra.

—Quiero irme ya para allá. Es más voy a tomar mi carro y me voy por tierra, manejando porque no hay vuelo hasta el lunes.

—No quiero que te vengas por ahí como un loco. Busca a alguien que te traiga o si debes esperar hasta el lunes, hazlo. Necesito que te cuides.

—Y yo necesito besarte y abrazarte ya. La boda Valeria, tenemos todos los preparativos pero no hemos puesto la fecha. ¡Quiero que nos casemos ya! Él hablaba y hablaba; y en su emoción decía muchas cosas. Colgué y salí de la consulta. Llegué al apartamento, llamé a mamá para que vinera ya que Andrés estaba en casa.

Desde el golpe que recibí de Beltrán, JAEZ había contratado un transporte para que llevara a Andrés en sus actividades deportivas y escolares en la tarde. Ya en el año que estaba las exigencias eran mayores, por tanto a veces tenía que ver clases en horas de la tarde.

Cuando mi mamá llegó, los reuní a ambos en el salón y les dije:

—Tengo una excelente noticia que darles. Voy a ser mamá de nuevo.

Los dos quedaron sorprendidos y al minuto reaccionaron poniéndose muy felices. Andrés me abrazó y tocándome la barriga dijo:

—Aquí está tu hermano mayor.

—Hija, muchas felicidades. Me imagino como estas de contenta.

—¿Y JAEZ? Preguntaron los dos a la vez.

—Él ya lo sabe, lo llamé desde el consultorio y el médico le dio también la noticia a él. Fue increíble su reacción, estaba tan feliz que se puso a llorar. Esto es más de lo que yo pude esperar alguna vez. Realmente estoy muy feliz.

Estábamos compartiendo ese momento feliz, cuando mi teléfono repico y era JAEZ.

—Voy saliendo para allá. No conseguí a nadie que me pudiera llevar, así

que me voy por carretera, manejando yo.

—Mi amor, yo prefiero que te quedes allá. La carretera es peligrosa.

—No Valeria, yo quiero irme y verlas tan pronto pueda. Ya voy en la vía, en unas cuatro horas como máximo debo estar allá. Sólo hay un tiempo para amar.

En la vía la cobertura de la compañía telefónica se perdía, pero donde la señal lo permitía él llamaba, así estuvimos en contacto en el camino. Él hablando de cuando Brisa empezara a caminar, de cuando dijera papá por primera vez, de los cuentos que le leería, del libro en borrador que llevaba su nombre, de tantas veces que la vio desde que me conoció. Era impresionante lo que José Antonio anhelaba a su hija, porque ya estábamos todos convencidos de que siete meses más adelante veríamos a Brisa.

Tal como él dijo a las cuatro horas de viaje, me anunciaba que venía entrando a Barcelona. Respiré un poco, porque realmente me había angustiado el pensarlo en esa carretera, además desde temprano yo sentía como un susto inexplicable. A los diez minutos volvió a llamarme para avisarme que estaba por tomar el puente que conectaba con la Vía Alternativa a fin de obviar el tráfico de la ciudad por sus vías principales y llegar cuanto antes a verme. Teniendo la llamada en línea escuche un sonido de frenos muy fuerte y luego solo hoy la voz de José Antonio que en un grito dijo:

—¡Valeria Te Amo! Los amo a los tres. Y luego escuché un gran golpe y no hubo más comunicación.

—¡José Antonio, José Antonio, no, no, no! Empecé a gritar y Andrés y mi mamá corrieron hasta donde yo estaba. Todos estábamos preparados para recibir al futuro papá, y ahora solo tenía aquel mal presentimiento luego de escuchar el sonido de aquel choque. Un vehículo de carga pasada, perdió el control y la carga se despegó de su remolque impactando el vehículo de José Antonio estrellándolo contra las defensas del puente.

Llamamos a emergencia y nos fuimos en el taxi hasta donde él había dicho que estaba en el momento del impacto. Efectivamente cuando llegamos su vehículo estaba allí, destrozado y los bomberos que era el cuerpo de auxilio que se hallaba más cercano lo trasladaron en una de sus ambulancias hasta la Clínica donde yo había estado aquella misma mañana.

Yo no lo podía creer. Él estaba vivo y ahora iba en esa ambulancia con los signos vitales muy comprometidos. Una vez más me sentí caer al abismo. Sólo venían a mi mente esas palabras que tantas veces me dijo: “Solo hay un

tiempo para amar” ahora todo comenzaba a tener sentido. Su urgencia, su presencia en mi vida, la llegada de Brisa. El tiempo que no debí perder desde que lo conocí...

Al llegar a la clínica lo ingresaron inmediatamente y llevaron a quirófano. Tenía un pulmón prácticamente destrozado y necesitaban abrir para comprobar el estado de los demás órganos. Al menos eso fue lo que pude entender yo, en medio de mi total confusión. Fueron quince horas en el quirófano, yo simplemente me quería morir también. Andrés por su parte me abrazaba y decía: —Él va a estar bien mamá, él va a estar bien. Aunque lo decía, no podía evitar llorar.

La angustia era total, más de la que yo podía soportar. Cuando los médicos salieron del quirófano, me informaron que la intervención fue muy delicada, pero que la había soportado y eso era buen síntoma. Había que esperar que pasaran las cuarenta y ocho horas siguientes para confiar en que evolucionaría satisfactoriamente. Yo no me moví de la clínica ni un momento; pasaron las cuarenta y ocho horas y las superó. Lo sacaron de cuidados intensivos a una habitación con la visita muy restringida. Yo estuve ahí sin despegarme y al tercer día el abrió los ojos y me miró. Yo no pude evitar llorar.

—Valeria, quiero casarme contigo. Su voz era casi un susurro, pero su intención era clara.

—Claro mi amor, claro. Nos vamos a casar.

—Ya... solo hay...

—Un tiempo para amar, lo sé cariño, lo sé.

Llamé al doctor Nicolás y ya él tenía arreglado toda la documentación. Buscó al funcionario y aquel mismo día con la presencia de mi mamá, Gisell, Andrés y César nos casamos. Luego de esto José Antonio cayó en coma. Yo pensé que no iba a poder soportar todo eso, pero Andrés en medio de tanta tristeza me dijo:

—Mami, tú eres fuerte y debes darle soporte a él, así como él nos ha dado a nosotros desde que apareció en nuestras vidas. Así día adía yo iba contarle como evolucionaba mi embarazo. El control me lo hacía en la misma clínica, así que fui poniendo los ecos de Brisa alrededor de la cama de su papá. Tomaba su mano y la ponía en mi vientre y era increíble como empezaba a moverse la pequeña que luchaba por animar la vida de su padre.

Todos íbamos y le hablábamos, nunca nos resignamos a que estuviera

ausente solo porque no abriera los ojos o pudiera hablar. Los doctores decían que podía despertar en cualquier momento, así como también había la posibilidad de que nunca lo hiciera. Por supuesto que la inauguración del centro Crecer se suspendió y el año 2017 terminó con nosotros en la clínica dándole un amor presencial a JAEZ día a día. La cantidad de personas con muestras de cariño en el Centro médico era algo digno de contar.

Allí estaba el hombre que había tocado a gran parte del mundo con sus novelas y que particularmente la vida mía la había trastornado para bien. Allí estaba el padre de mi hija, el amigo y compañero fiel de mi hijo, mi razón para seguir, mi tiempo para amar.

Él despertó el segundo día de Mayo del Año 2018 y Brisa nació el octavo día de ese mismo mes. Como quien despierta de una larga y tenebrosa noche, José Antonio despertó para conocer a su hija. Ella nació, tal cual él la describió; sus ojos totalmente grises al momento de su nacimiento, como espejos cristalinos que fueron tornándose verdosos con el paso de los días y que cambiaban a amarillos dependiendo como estaba su ánimo. Su boca como la mía. Su ser, una mezcla de nosotros dos.

La llegada de la niña trajo nueva esperanza a nuestra vida, sin embargo y a pesar de estar consciente y poder hablar y expresarnos todo el amor que teníamos el uno por el otro, cuando ella tenía seis meses me dijo:

—Valeria pronto voy a morir. Estoy agradecido el poder haber visto a Brisa, fue mi más grande anhelo siempre y sabía que lo cumpliría cuando te vi ese día en el restaurante donde también conocí a Andrés. He sido feliz contigo, y quiero que seas fuerte, que me recuerdes con amor y alegría. La urgencia que siempre tuve desde que te vi, era el presentir esto, que la vida es breve, que no podemos desperdiciar en conflictos y temores el tiempo que tenemos para amar, porque es uno solo y quizás muy breve.

Él no podía hablar mucho, por recomendación del médico, ya que el nivel de oxígeno en sus pulmones era muy bajo, sin embargo ese día hablo largamente conmigo mientras sostenía mis manos entre las suyas.

—Te amo con el amor más grande que pude imaginar siquiera que iba a sentir. Tú sobrepasaste todas mis expectativas. Lamento no tener más tiempo para entregarte más de mí, pero eso es lo que quiero que tengas presente, vive el día que tengas, pero vívelo intensamente. No dejes que tus miedos sobrepasen a tus ganas, y no dejes tus ganas en el depósito del olvido. El después no existe mi amor, el después es un invento macabro.

—José Antonio... mi vida. Tú has dado vida a mi vida. Plantearme los días sin ti es horrible. Tú eres lo que no esperaba, pero que deseaba desde lo más profundo de mi ser. Contigo he ido entendiendo que no sirve de nada dejar las cosas y en especial los sentimientos, para cuando todo esté bien y en orden; porque puede que la vida te sorprenda y se extinga la existencia. Es una lección dura que no acabo de asimilar, pero es lo que estoy viviendo actualmente. Estoy agradecida por todo el amor que me has dado a mí y a Andrés.

Y así seguimos por el resto del día estando uno abrazado al otro. Disfrutando de tenernos en el tiempo para amar que teníamos.

Y así el dieciséis de Noviembre del año dos mil dieciocho, José Antonio Estanga Zerpa, JAEZ, falleció. Con la paz de haber conocido a su hija y de haber entregado de sí mismo todo lo que era capaz de dar.

Hoy es Junio veintiocho del año dos mil diecinueve, Brisa acaba de cumplir un año hace un mes y estamos aquí dando inauguración de la sala del Auditorium “José Antonio Estanga Zerpa” en honor al colaborador más especial que ha tenido el Centro Crecer desde su comienzo. Andrés sentado en primera fila con su pequeña hermana sentada en sus piernas y al lado la abuela de ambos.

—Gracias a este hombre es posible que se vuelva realidad el sueño que más de catorce años tuvimos un grupo de profesionales orientados a la atención de los niños con condiciones especiales, haciendo del servicio integral a la familia nuestro norte. Por el apoyo que nos brindó, podemos hoy contar con las instalaciones más modernas a nivel de América Latina de pequeños con trastornos neurológicos. Estoy convencida de que él estaría completamente satisfecho al ver la magnitud del proyecto completado y hoy a través de la inauguración de esta sala, donde espero que sucedan los eventos más importantes no solo en el área que nos compete, sino en cualquier otra que sirva de apoyo para elevar el nivel de nuestra condición humana; a pesar de que no puedo evitar sentir tristeza por su ausencia, también estoy alegre de sentir su presencia en cada rincón de esta etapa. Es para mí un placer recibirles en el Centro Crecer. Solo me queda transmitirle las palabras que JAEZ repetidamente me dejó:

“Solo hay un tiempo para amar”.